

EDMUND CRISPIN

*El misterio de  
la mosca dorada*

*El primer caso de Gervase Fen*

*Traducción y postfacio de José C. Vales*



Lectulandia

Las compañías de teatro suelen ser siempre un hervidero de habladurías. Pero pocas son tan intrigantes como la que se encuentra actuando en estos momentos en Oxford. La joven y letal Yseut, actriz algo mediocre y maliciosa, es el centro de todas las miradas, aunque su principal talento consiste en destrozar las vidas de los hombres que la rodean... Hasta que es hallada muerta en extrañas circunstancias. Por fortuna, entre bastidores se encuentra el excéntrico profesor Gervase Fen, quien halla mayor placer en resolver crímenes que en enseñar literatura inglesa. Y cuanto más investiga el caso, más cuenta se da de que todo aquel que conocía a Yseut habría sido candidato a asesinarla; pero ¿será capaz Fen de descubrir quién lo hizo en realidad? El cadáver de la joven ha dejado una pista reveladora; una reproducción de un extraño anillo en forma de mosca dorada.

Este es el primer caso del extravagante y genial profesor de Oxford y sabueso aficionado Gervase Fen (*La juguetería errante*), y una de las cumbres de la Edad Dorada de la novela de detectives inglesa.

«El misterio de la mosca dorada no podría ser más *british* ni aunque viniera empaquetado con “fish and chips”» (The New York Sun).

Publicada también como «El caso de la mosca dorada», con otra traducción.

**Lectulandia**

Edmund Crispin

# **El misterio de la mosca dorada**

**Gervase Fen - 1**

ePub r1.1

Titivillus 12.08.15

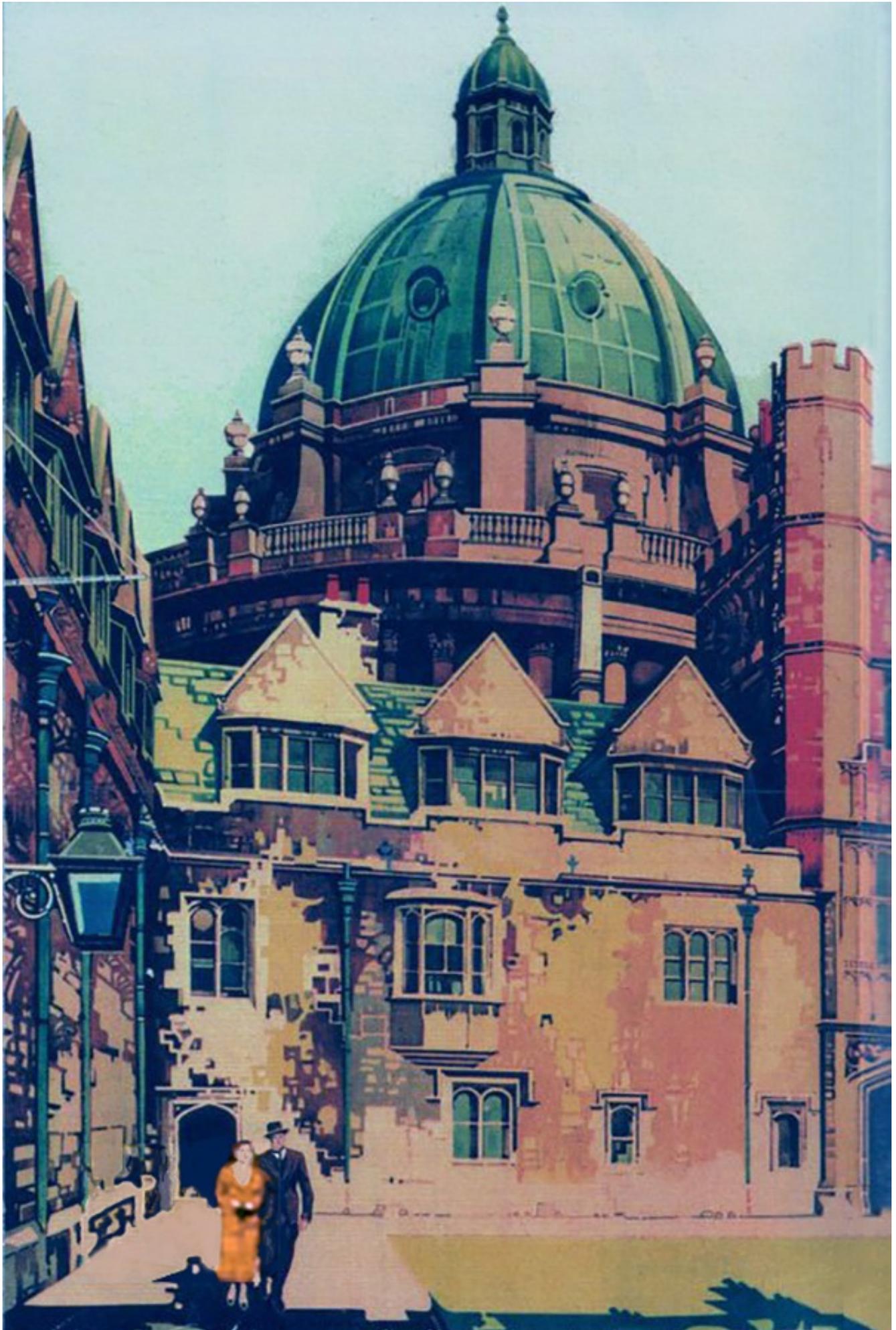
Título original: *The Case of the Gilded Fly*  
Edmund Crispin, 1944  
Traducción: José C. Vales  
Diseño de colección: Enrique Redel

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# *El misterio de la mosca dorada*



Para Muriel y John  
*Donum memoriæ causa*

## NOTA

Dado que el escenario de esta historia es un lugar real, y se describe más o menos de modo realista, debe quedar bien sentado que todos los personajes de la novela son absolutamente imaginarios y no guardan relación alguna con ninguna persona viva y real. Del mismo modo, son también ficticios el *college*, el hotel y el teatro en los que se desarrolla la mayor parte de la acción, y la compañía de repertorio que aquí se describe tampoco guarda relación con la de Oxford, ni siquiera con ninguna otra que yo conozca.

E. C.

# 1. PROLOGO SOBRE LOS FERROCARRILES EN INGLATERRA

*¿Has hecho lo que te pedí?, dice.  
¿Conocerán todos esos católicos la punzada de la muerte?*

MARLOWE

Para el viajero ingenuo y optimista, el apeadero de Didcot representa la inminente llegada del tren a Oxford; para los más experimentados, sin embargo, no significa otra cosa que media hora más de frustración, como mínimo. Y los viajeros, en general, se dividen en esas dos categorías. Los primeros, entre disculpas, emprenden la tarea de bajar sus maletas de los portaequipajes que se encuentran sobre sus respectivos asientos: los bultos permanecerán en el suelo hasta el final del viaje, convirtiéndose en un estorbo y en un montón de esquinas puntiagudas, inesperadas e implacables contra las que golpearse; los segundos continuarán mirando tristemente por la ventana esa desértica extensión de bosques y campos en la que, por orden de alguna estúpida divinidad, se ha plantado inexplicablemente esa estación, y contemplando las hileras de vagones de mercancías procedentes de todos los rincones del país, alineados y reunidos como la isla de los barcos perdidos —ese lugar mítico— en mitad del mar de los Sargazos. Un pertinaz acompañamiento de sombríos gruñidos y gañidos, junto con una sacudida y unos crujidos de madera y metal, que recuerdan la posibilidad de una insólita noche de Walpurgis en el cementerio local, sugieren a los pasajeros más imaginativos que la locomotora está siendo desmantelada y reconstruida nuevamente. La espera en la estación de Didcot suele durar como norma general unos veinte minutos, o más.

Luego se efectúan alrededor de tres *fausses sorties*, con sus peculiares acompañamientos de tremendos golpetazos y sacudidas de la maquinaria, que sumen a los pasajeros en un estado de espantoso pavor. Con infinita desgana y a duras penas, el cortejo de locomotoras y vagones comienza por fin a moverse, arrastrando su infeliz carga a través de las llanuras campestres con extraordinaria parsimonia. Hay un número sorprendentemente elevado de estaciones y paradas en el camino antes de llegar a Oxford, y el tren no se salta ni una, demorándose en ellas siempre, sin ninguna razón conocida o imaginable, porque nadie sube ni baja en dichos apeaderos. Uno piensa que tal vez el guardagujas haya visto a alguien que baja corriendo por la carretera de la estación porque llega tarde a coger el tren, o a algún pasajero del pueblo que se haya quedado dormido en un rincón, y le da pena despertarlo para que se suba al tren; o puede que haya una vaca en la vía, o una señal que impida el paso... Las investigaciones llevadas a cabo para dirimir estas cuestiones demuestran, en cualquier caso, que jamás ha habido una vaca en la vía ni señal alguna, *pro o contra*.

A medida que el tren se aproxima a Oxford, la cosa mejora un poco, porque el viajero ya divisa el canal, por ejemplo, o la Tom Tower. Comienza a percibirse un ambiente de cierta actividad, y se precisa una fuerza sobrehumana para permanecer sentado, sin ponerse el sombrero y el abrigo, con el equipaje esperando en la rejilla superior y el billete en el bolsillo. Sin embargo, los viajeros más animosos se precipitan en ese momento hacia los pasillos. Pero entonces, con seguridad, el tren se detiene justo antes de llegar a la estación: a un lado, los monolíticos depósitos de gas; el cementerio al otro. Allí, junto al camposanto, hace un alto la locomotora, con morbosa pertinacia, emitiendo esporádicos gritos y lamentos de deleite necrofílico. Un sentimiento de feroz e irritante frustración se apodera entonces del viajero. *Ahí* está Oxford, apenas a unos kilómetros de distancia se encuentra la estación, y *aquí* el tren. A los pasajeros no se les permite caminar por las vías, aunque algunos de ellos estarían tentados de hacerlo. Es la misma tortura que Tántalo padeció en el infierno. Ese interludio dedicado al *memento mori*, durante el cual la compañía del ferrocarril recuerda a los muchachos y muchachas en la flor de la vida que acabarán, de forma inevitable, convirtiéndose en polvo, aún se prolonga otros diez minutos — habitualmente—, tras los cuales el tren procede a continuar su andadura a regañadientes, y entra en esa estación a la que Max Beerbohm se refirió tan agudamente como «la última reliquia de la Edad Media».

Pero si a algún viajero se le ocurre imaginar que ahí concluye todo, está muy equivocado. Antes de llegar, cuando incluso los viajeros más escépticos ya han empezado a desfilar, se descubre que el tren ni siquiera se ha acercado al andén, sino que todavía se encuentra en una de las vías centrales. A ambos lados esperan los amigos y los familiares, a los que se les frustra en el último momento el ansiado abrazo con sus seres queridos, y corren de un lado a otro, agitando las manos y profiriendo gritillos, o permanecen impasibles y melancólicos, con la ansiedad reflejada en sus rostros, buscando con la mirada algo que les confirme que se encuentran en el tren aquellos con los que se supone que tendrían que reunirse. Es como si la barca de Caronte se hubiera quedado varada sin remedio en mitad de la laguna Estigia, incapaz de continuar hacia delante, hacia el mundo de los muertos, o de regresar al mundo de los vivos. Entretanto, en el interior de los vagones se generan temblores de magnitudes sísmicas que lanzan a los pasajeros y sus equipajes unos contra otros, formando aglomeraciones y derrumbamientos en los pasillos de los vagones. De repente, la gente de la estación ve con aterradora sorpresa que el tren emprende su marcha en dirección a Manchester, entre una nube de humo y una peste de mil demonios. Al poco, la locomotora da marcha atrás, regresa y, milagrosamente, el viaje ha concluido.

Los pasajeros van pasando por el tornio y se reparten luego en distintos taxis, que en tiempos de guerra cobran tarifas que se ciñen a cierta lógica particular y propia a la que se remiten implacablemente, sin reparar en rangos, edades o prioridades. Se dispersan y desaparecen en el laberinto de antiguallas, monumentos conmemorativos,

iglesias, facultades, *colleges*, bibliotecas, hoteles, bares, sastrerías y librerías que es Oxford. Los más avispados buscan de inmediato un lugar donde tomar un trago, y los más cabezotas se empeñan en intentar llegar a su destino final de una maldita vez. Tras esta diáspora, en la estación solo quedan los pocos viajeros que tienen que esperar otro tren y los que remolonean tristemente por los andenes entre las lecheras de latón.

A esta terrible experiencia, arriba descrita, se sometieron las once personas que, a diferentes horas y por diferentes motivos, viajaron de Paddington a Oxford durante la semana del 4 al 11 de octubre de 1940, y las once reaccionaron de diferentes y características maneras.

\* \* \*

Gervase Fen, profesor de Lengua y Literatura Inglesa en la Universidad de Oxford, estaba francamente inquieto. Como no era en absoluto un hombre paciente, aquellos retrasos ferroviarios solo conseguían enfurecerlo. Tosía y gruñía y bostezaba y movía nervioso los pies, y se revolvía en su asiento, con aquel cuerpo larguirucho y desgarrado que le había dado Dios. Su rostro, alegre y rubicundo habitualmente, bien afeitado, se estaba enrojeciendo incluso más de lo normal; y el pelo negro, que llevaba repeinado con agua, empezaba a sublevarse en forma de rebeldes mechones erizados en la coronilla. Su habitual exceso de energía lo llevaba a comprometerse con multitud de obligaciones académicas de las que después se quejaba con amargura, alegando una sobrecarga de trabajo que a nadie parecía importar, por lo que el retraso era sencillamente un engorro. Y como su única distracción era el libro que llevaba —uno sobre los escritores satíricos menores del siglo XVIII, que estaba releendo a conciencia solo con la intención de confirmar la mala opinión que tenía de ellos—, la mayor parte del trayecto se le hizo tremendamente desagradable. Regresaba a Oxford tras uno de aquellos congresos académicos que proliferaban como champiñones en los últimos años. Se celebraban con el fin de decidir el futuro de tal o cual institución, pero sus conclusiones, si es que alguna vez se decidía algo, se olvidaban dos días después de que hubiera terminado el congreso. Así que mientras el tren ejecutaba sus movimientos con la destreza de un caracol, el profesor pensó con lúgubre resignación en la serie de lecciones sobre William Dunbar que debía impartir en el siguiente trimestre y, fumando un cigarrillo tras otro, se preguntó si tendría la suerte de poder investigar algún nuevo crimen, suponiendo que se diera semejante circunstancia. Algún tiempo después recordaría aquel deseo sin mucha satisfacción, porque, al parecer, los dioses tienen a bien divertirse con ese tipo de ironías del destino.

Gervase Fen viajaba en primera —una inveterada costumbre que tenía a gala

conservar—, pero en aquel momento ni siquiera semejante privilegio le resultaba placentero. De vez en cuando sentía punzadas de mala conciencia por aquella ostentación de relativa riqueza. En todo caso, había conseguido proporcionarse una especie de justificación moral acudiendo a un argumento económico —un tanto cuestionable— elaborado *ex tempore* para callar a uno que imprudentemente le había reprochado aquella ostentación innecesaria de elegante exclusividad. «Mi querido colega —le había replicado Gervase Fen—, la compañía de ferrocarril asume una cierta cantidad de gastos habituales. Si aquellos de nosotros que podemos permitirnoslo no viajamos en primera clase, se verían en la obligación de subir todas las tarifas de tercera clase, y eso perjudicaría a todo el mundo. Cambia tu sistema económico primero —había respondido al desafortunado comentario—, y verás cómo se solucionan los problemas». Más adelante, con cierta presunción, sacó a colación este argumento en una conversación con el profesor de Economía, aunque para su desilusión aquella teoría solo fue acogida con dubitativos tartamudeos.

Cuando el tren se detuvo en Culham, encendió un cigarrillo, dejó a un lado su libro y suspiró profundamente. «¡Un crimen! —farfulló—. ¡Oh, un crimen que sea, de verdad, fabulosamente complicado!». Y comenzó a fantasear con crímenes imaginarios y a resolverlos con increíble rapidez.

Sheila McGaw, la joven directora de la compañía de teatro de repertorio de Oxford, viajaba en tercera clase. Lo hacía porque pensaba que el arte debía regresar al pueblo para convertirse de nuevo en algo imprescindible. Durante el viaje estuvo ocupada mostrándole un libro con los diseños escenográficos de Gordon Craig a un granjero que estaba sentado a su lado. Era una mujer joven y alta, llevaba pantalones, tenía rasgos afilados, una nariz prominente, y un pelo liso, una media melena, de color rubio platino. El granjero no parecía especialmente interesado en los detalles del montaje de decorados teatrales contemporáneos. Ni siquiera un resumen de las desventajas de un escenario giratorio consiguió conmoverlo. No mostró ninguna emoción, excepto tal vez algún indicio de ligero disgusto, cuando se le dijo que los actores de la Unión Soviética habían adquirido categoría de Artistas Especializados del Pueblo y que Josef Stalin les pagaba unas enormes cantidades de dinero. Con el advenimiento de Stanislavsky en la conversación, comprendiendo que no tenía modo de huir, el granjero se puso a la defensiva e intentó un movimiento de distracción. Comenzó a hablar de la metodología en el ámbito agropecuario, se mostró especialmente entusiasta en cuanto al tema del almacenamiento, del apareamiento del ganado vacuno, del gorgojo y otras enfermedades de los cultivos, las desbrozadoras mecánicas evolucionadas y otros asuntos similares; lamentó, con una notable riqueza de detalles, las actividades del Ministerio de Agricultura. Aquella arenga duró hasta que el tren finalmente llegó a Oxford, momento en el que le dispensó a Sheila una calurosa despedida y luego se alejó, ligeramente sorprendido de su propia elocuencia.

Sheila, que se había sentido un poco intimidada ante aquella avalancha de verborrea agropecuaria, al final se las arregló para convencerse a sí misma, mediante un proceso de autosugestión, de que toda aquella charla había sido muy interesante. De cualquier manera, pensó con cierto resquemor, era probable que la vida campesina de aquel hombre se pareciera bastante poco al *Deseo bajo los olmos* de Eugene O'Neill.

El dramaturgo Robert Warner y su amante judía, Rachel West, viajaban juntos con motivo del estreno de la nueva obra de Warner, *Metromanía*, en el Oxford Repertory Theatre. Entre sus amigos había sido toda una conmoción que un dramaturgo satírico tan famoso como Warner quisiera estrenar su nueva obra en provincias, pero había un par de excelentes razones para ello. En primer lugar, su última producción en Londres, a pesar de su fama, había resultado desastrosa, y los productores, angustiados ante una posible crisis descomunal por culpa del Blitz, se habían mostrado extremadamente cautelosos y prudentes; y, en segundo término, la obra incluía ciertos elementos experimentales de cuyo resultado ni siquiera el propio autor estaba completamente seguro. Desde todos los puntos de vista, lo más recomendable era un preestreno y, por razones en las que no es necesario entrar, Oxford fue el lugar escogido. El mismo Robert iba a dirigir la obra, con los actores habituales de la compañía de repertorio de Oxford, pero con la incorporación estelar de Rachel, cuya fama en el West End la convertía en un reclamo más que recomendable. La relación entre Robert y Rachel era amistosa y duradera, y a lo largo del último año se había tornado casi platónica. Además, esta relación se veía fortalecida por intereses comunes, un auténtico aprecio mutuo y una compenetración asombrosa. A partir del apeadero de Didcot ambos permanecieron sentados en silencio. Robert tenía treinta y muchos, una cabellera negra abundante (con un rústico rizo que le caía sobre la frente), unas gruesas gafas de pasta que escondían unos ojos vivos e inteligentes, y era alto, bastante larguirucho y vestía muy sobriamente un traje oscuro y común. Pero sus gestos despedían un aire de autoridad, y sus movimientos transmitían una cierta impresión de severidad, casi de ascetismo. Reaccionó a los retrasos y titubeos de la compañía ferroviaria con ensayo autocontrol, levantándose una sola vez, para ir al lavabo. Al avanzar por el pasillo pudo ver de reojo a Yseut y a Helen Haskell, dos o tres compartimentos más adelante, pero pasó por allí apresuradamente, sin intentar siquiera hablar con ellas y confiando en que no lo hubieran visto. Al regresar le contó a Rachel que Yseut y Helen estaban en el tren.

—Me cae bien Helen —dijo Rachel en tono amigable—. Es una chiquilla encantadora, además de una gran actriz.

—Odio a Yseut.

—Bueno, cuando llegemos a Oxford las esquivaremos fácilmente. Pensaba que te caía bien Yseut.

—Pues no: no me cae bien Yseut.

—De todos modos, a partir del martes tendrás que compartir bastante tiempo con ellas. No veo qué importancia puede tener pasar un rato con ellas ahora.

—Lo mejor es no pasar un rato con ellas, por lo que a mí respecta. Creo que podría asesinar a esa chica sin pestañear —concluyó Robert Warner, recostándose en su rincón—. Ya lo creo: podría asesinar a esa chica sin pestañear.

Yseut Haskell estaba francamente aburrida y, como para ella era una costumbre habitual, no hacía nada por ocultarlo. Pero mientras que la impaciencia del profesor Fen era como un arrebató espontáneo e inconsciente, la de Yseut era más bien una especie de pose. En buena medida todos tenemos la necesidad de preocuparnos de nosotros mismos, pero en el caso de Yseut su preocupación era exclusiva, y, para colmo, sus inquietudes personales eran de una naturaleza predominantemente sexual. Aún era joven, unos veinticinco años, más o menos. Sus pechos firmes y sus redondas caderas adquirían un relieve más descarado gracias a la ropa que llevaba. Lucía también una magnífica y cuidada cabellera pelirroja. Pero, en todo caso, ahí concluían sus encantos... O al menos eso era lo que pensaba la mayoría de la gente. A sus rasgos, bastante bonitos en el sentido convencional del término, se les escapaban ciertas pistas sobre su carácter: una pizca de egoísmo por aquí, una pizca de engreimiento por allá. Su conversación era intelectualmente pretenciosa y vacua. Su actitud hacia el sexo opuesto era excesiva, grosera y provocativa, de modo que apenas lograba atraer a unos pocos hombres, y la actitud para con las de su propio sexo era maliciosa y rencorosa. Era de ese tipo de mujeres, tan abundante, que a temprana edad son sexualmente eruditas sin ser sexualmente expertas, y por tanto consiguen mantener con el tiempo cierta imagen adolescente. Dentro de lo que cabe, era comprensiva y benévola, y dentro de lo que cabe incluso era consciente de sus actos, pero aprovechaba esta conciencia para mostrar la pose que le interesara. Su carrera, tras abandonar la escuela de teatro, se había centrado sobre todo en las obras de repertorio, aunque un breve *affaire* con un representante londinense la había catapultado a un espectáculo del West End. Este, por las razones que fuera, no cosechó un gran éxito. Así que dos años antes había decidido trasladarse a Oxford, y allí había permanecido desde entonces, hablando constantemente de su agente y de la situación de la escena londinense, y de la posibilidad de regresar a la capital en el momento menos pensado, y, en general, mostrando una descarada condescendencia para con los demás, que no solo era de todo punto injustificada teniendo en cuenta los hechos, sino que además solo conseguía poner furioso a todo el mundo, y con toda la razón. Y las cosas no mejoraban con la desconcertante sucesión de líos amorosos que ofendían al resto de las mujeres de la compañía, que propiciaban la expulsión de estudiantes angustiados y completamente inocentes, y que dejaban a los hombres con ese aire de insatisfacción («Oh, bueno, es una cuestión de experiencia, supongo») que generalmente es el único resultado visible de la promiscuidad sexual. Se toleraba su

presencia porque las compañías de repertorio, debido a sus métodos de trabajo especiales y cambiantes, y a su ordenación jerárquica, subsisten emocionalmente en un plano muy complejo y de inestable equilibrio: no son proclives a los cambios, porque la más ligera conmoción lo pone todo patas arriba. El resultado de esto era que los miembros más juiciosos de la compañía se contenían a la hora de mostrar abiertamente cualquier expresión de disgusto respecto a Yseut, pues sabían bien que, a menos que se mantengan las relaciones amistosas —por muy superficiales que sean—, toda la cesta de manzanas se acabará pudriendo, se formarían camarillas hostiles y no quedará más remedio que hacer cambios generales.

Robert Warner había conocido a Yseut Haskell aproximadamente un año antes de los hechos que aquí se narran y nos interesan, y además se habían conocido íntimamente; pero como él era un hombre que exigía mucho más que una estimulación corporal a sus conquistas, la relación se había interrumpido abruptamente. En circunstancias normales, Yseut prefería ser la que pusiese punto y final a sus relaciones, y el hecho de que Robert, hastiado de su insoportable carácter, se le hubiera anticipado en aquella ocasión, había encendido en la joven un considerable rencor hacia el dramaturgo y, como consecuencia natural, un fuerte deseo de cautivarlo de nuevo. Durante el viaje, Yseut le había estado dando vueltas a la inminente visita de Robert a Oxford y a su intención de dirigir la compañía de repertorio, y se preguntaba qué podría hacer al respecto. Mientras tanto, concentró su atención en un joven capitán de artillería que estaba sentado en el rincón de enfrente leyendo *No Orchids for Miss Blandish* y que parecía completamente ajeno a las enloquecedoras maniobras dilatorias del tren. La joven intentó mantener una breve conversación con él, pero el muchacho no le hizo ningún caso, y poco después regresó a su libro con una sonrisa encantadora... pero distante. Yseut se recostó en su asiento, acurrucada en su esquina con patente disgusto.

—Oh, maldita sea... —refunfuñó—. A ver si este condenado tren se mueve de una santa vez.

Helen era medio hermana de Yseut. El padre de ambas, un experto en literatura medieval francesa, y un hombre que mostraba más bien poco interés en alguna otra cosa, había demostrado sin embargo que poseía un excelente sentido práctico del mundo al casarse con una mujer rica. Yseut había sido su primera hija. La madre había muerto tres meses después de que la niña naciera, dejándole la mitad de su fortuna como albacea hasta que la niña cumpliera los veintiún años. El resultado: Yseut era ahora más rica de lo que le convenía. Antes de morir, sin embargo, la mujer había tenido una espantosa discusión con su marido a propósito del extravagante nombre de la niña: Yseut, pero su esposo se había mostrado absolutamente inflexible. El hombre había empleado los mejores años de su vida en un inagotable y completamente infructuoso estudio de los romances franceses de Tristán, y había

decidido que algún símbolo de su objeto de investigación pasara a la posteridad a través de su familia. Al final —incluso para su propia sorpresa—, se había salido con la suya poniéndole ese nombre a la niña. Dos años después volvió a casarse, y dos años más tarde había nacido Helen. Ante la decisión de imponerle semejante nombre a la niña, sus amigos más sarcásticos habían llegado a sugerir la idea de que si se diera la circunstancia de que tuvieran más hermanas, deberían llamarse Nicolette, Eloísa, Julieta y Crésida.<sup>[1]</sup> Sin embargo, cuando Helen cumplió los tres años, sus padres murieron en un accidente de ferrocarril, y ella e Yseut se trasladaron a casa de una prima lejana de su madre. Cuando Yseut cumplió los veintiuno, dicha prima la convenció (mediante argucias que solo el cielo conoce, porque Yseut detestaba a su hermana) de que firmara un documento por el cual le dejaba la totalidad de su dinero, en caso de muerte, a su media hermana.

El asco que se tenían era mutuo. Para empezar, Helen era distinta a Yseut en casi todos los sentidos. Era bajita, rubia, delgada, bonita (con un rostro aniñado que la hacía parecer mucho más joven de lo que en realidad era), tenía unos encantadores y grandes ojos azules, y era absolutamente sincera. Aunque no se distinguía por ser particularmente culta, era capaz de mantener una conversación inteligente, y con una humildad intelectual que resultaba encantadora y de lo más sugerente. Estaba especialmente capacitada para el coqueteo, pero solo cuando el proceso no interfería en su trabajo, que se tomaba con una justificable aunque leve seriedad que resultaba un tanto cómica. De hecho, para su edad, Helen era una actriz extraordinariamente inteligente, y aunque no tenía nada de la rotunda brillantez intelectual de las actrices que precisaban las obras de Bernard Shaw, resultaba encantadora en papeles más sencillos, y dos años antes había conseguido un asombroso y bien merecido éxito por su papel de Julieta. Desde luego, Yseut era muy consciente de la superioridad artística de su hermana, y ello no contribuía en absoluto a generar más cordialidad entre ellas.

Helen no había hablado desde que se subieron al tren. Estaba leyendo *Cimbelino*, con el ceño levemente fruncido en un gesto reconcentrado, y no estaba segura de que le estuviera gustando mucho. De tanto en tanto, cuando el tren se detenía durante un espacio excesivamente largo, Helen dejaba escapar un leve suspiro y echaba un vistazo por la ventana; luego regresaba a su libro. «Un mineral mortal», pensaba. «¿Qué demonios significará eso? ¿Y quién es el hijo de quién? ¿Y por qué?».

Sir Richard Freeman, jefe de la policía de Oxford, regresaba en ese mismo tren de un congreso sobre seguridad policial en Scotland Yard. Estaba recostado en un rincón de su compartimento de primera clase, con su cabello gris acerado cuidadosamente repeinado hacia atrás y con un brillo de malicia en su mirada. Tenía delante un ejemplar de los *Satíricos menores del siglo XVIII*, de Gervase Fen, y estaba concentrado en evaluar los profundos desacuerdos que mantenía con dicho experto

respecto a la obra de Charles Churchill. Cuando Fen tuvo que escuchar semejante crítica más adelante, no se sorprendió mucho, porque de todos modos siempre había manifestado públicamente una absoluta y perfecta indiferencia por el tema de los satíricos dieciochescos. Y, de hecho, la relación entre los dos hombres era un tanto peculiar, porque el principal interés del policía Freeman era la literatura inglesa, y el de Gervase Fen, el trabajo policial. Solían mantener durante horas largas conversaciones en las que exponían fantásticas teorías sobre el trabajo del otro, y poco a poco fueron desarrollando un elegante desprecio mutuo por la competencia profesional del contrario, y respecto a las historias de detectives —de las cuales Fen era un voraz lector—, con frecuencia llegaban casi a las manos, porque Fen insistía, maliciosamente pero con cierta razón, en que dichas novelas eran la única forma de literatura que continuaba con la verdadera tradición de la novela británica, mientras que *sir* Richard Freeman descargaba su furia clamando contra los ridículos métodos que se utilizaban en esos libros para resolver los crímenes. Su relación se había ido complicando aún más por el hecho de que Fen había resuelto varios casos en los que la policía se había estancado en callejones sin salida, y por su parte *sir* Richard había publicado tres libros de crítica literaria sobre Shakespeare, Blake y Chaucer, que habían sido elogiados encomiásticamente en los semanarios culturales, precisamente por abordar la crítica de un modo completamente distinto al estilo anticuado, convencional y académico en el que solía expresarse, por ejemplo, Gervase Fen. En ambos casos, su condición de aficionados era lo que había contribuido al éxito del que gozaban. Si en alguna ocasión se hubieran intercambiado sus puestos de trabajo, tal y como sugirió una vez cierto malicioso y viejo catedrático del *college* de Fen, el profesor habría encontrado el trabajo rutinario de la policía tan insoportable como *sir* Richard las quisquillosas sutilezas de la crítica textual. Una generosa amnesia respecto a sus aficiones conseguía que ignorasen esos tediosos detalles. Su amistad venía de muy atrás, y disfrutaban enormemente de la compañía mutua.

*Sir* Richard, absorto en el autor de la *Rosciad*, no se percató de los erráticos movimientos del tren. Se apeó en Oxford con dignidad policial, y consiguió hacerse sin mayor dificultad con un mozo que le llevara el equipaje y con un taxi que lo transportara hasta su domicilio. Mientras subía al vehículo, recordó una famosa sentencia de Johnson a propósito de Churchill... «Un enorme y frondoso manzano silvestre», murmuró, para gran sorpresa del conductor. «Un enorme y frondoso manzano silvestre».<sup>[2]</sup> Y, luego, secamente añadió:

—No se quede ahí como un pasmarote, hombre. A Ramsden House.

Y el taxi salió volando.

Donald Fellowes regresaba de un agradabilísimo fin de semana en Londres. Había asistido a los servicios religiosos de distintas iglesias para disfrutar del órgano desde las galerías superiores. También había participado en esas interminables charlas sobre

música, órganos, coros infantiles, coros laicos adultos, y en esos cotilleos y malicias respecto a otros organistas que son las conversaciones habituales siempre que se reúnen los músicos de iglesia. Cuando el tren hizo amago de salir de Didcot, Donald cerró los ojos pensativamente y se preguntó si sería interesante alterar el punteado del *Benedictus* y cuánto sería capaz de alargar el final del *Te Deum* en *pianissimo* antes de que alguien empezara a quejarse. Donald era una persona tímida, pequeña y callada, adicto a las pajaritas y a la ginebra, y completamente inofensivo en sus costumbres (si acaso, un poco demasiado apocado), y era el organista en el *college* de Gervase Fen, al que llamaremos... St. Christopher. Siendo estudiante, había dedicado tantas horas a la música que sus tutores (estaba estudiando Historia) habían llegado a la conclusión de que jamás harían carrera de él, tal y como se confirmó al final, lógicamente; y después de cuatro intentos con la Historia, tanto él como sus profesores lo dejaron por imposible, con un sentimiento de cierto alivio por ambas partes.

En aquellos momentos Donald se encontraba en un compás de espera: seguía con su trabajo de organista, preparando más o menos los grupos y secciones, redactando su proyecto de licenciatura en Música y esperando a que lo llamaran para acudir al servicio militar.

En aquel vagón del tren, su contemplación mística de los cánticos corales se veía interrumpida por una contemplación mucho menos remota y mística de Yseut, de quien estaba —como dijo Nicholas Barclay tiempo después— «gravemente enamorado». Por lo general, Donald era consciente de todos los defectos de Yseut, pero cuando estaba con ella era incapaz de distinguirlos: estaba completa y absolutamente rendido a sus pies, y encaprichado de ella. Cuando pensaba en Yseut, se sentía profundamente desdichado, y los retrasos y tardanzas del tren no hacían sino añadir enojo a su desdicha. «¡Maldita muchacha! —se decía a sí mismo—. Y maldito tren... Me pregunto si Ward será capaz de cantar ese solo el domingo. Malditos sean todos los compositores por escribir las partes del solo en la mayor sostenido».

Nicholas Barclay y Jean Whitelegge salieron juntos de Londres, después de un prolongado y silencioso almuerzo en Victor's. Ambos estaban interesados en Donald Fellowes: Nicholas, porque lo consideraba un músico brillante que estaba dejándose destrozar por una cría; y Jean porque estaba enamorada de él (un motivo más que suficiente para odiar a Yseut). Es verdad que Nicholas no tenía ningún derecho a criticar a los demás por haber arruinado sus vidas. En tanto que estudiante de Inglés, se le había profetizado una brillante carrera académica. Se había dedicado a comprarse —y leerse— todas aquellas inmensas ediciones anotadas de los clásicos, en las cuales la mayor parte de las páginas están ocupadas con notas al pie (con un ligero gesto de consideración para con el autor, a quien dejan unos renglones en la parte superior, junto al número de la página), y cuyo estudio se consideraba esencial

para todos aquellos audaces que pretendían obtener una beca de doctorado. Por desgracia, varios días antes de su examen, se le ocurrió cuestionarse los verdaderos objetivos de la investigación académica. Un libro desbancaba a otro libro, una investigación a otra investigación: ¿alguna vez en la vida podría decirse la última palabra respecto a algún tema concreto? Y si no era así, entonces, ¿de qué servía todo aquello? Aquello podría estar bien para algunos, pero él no obtenía ningún placer personal de la investigación académica. Entonces... ¿por qué continuar? Le pareció que aquellos argumentos eran irrefutables, así que decidió abandonar los estudios, y se dio a la bebida, de un modo amable, pero persistente. Después de no presentarse a aquel examen, y hacer oídos sordos a todas las reconvenciones y consejos, había sido expulsado, pero como tenía medios económicos suficientes, aquello no le molestó lo más mínimo, y solía moverse entre los bares de Oxford y los de Londres, cultivando un sentido del humor ligeramente sardónico, haciendo muchos amigos y limitando sus lecturas exclusivamente a Shakespeare: se sabía de memoria los enormes tratados sobre el dramaturgo que tenía. Dadas estas circunstancias, ni siquiera necesitaba un libro para viajar en tren, puesto que le bastaba con sentarse en su asiento y pensar en Shakespeare, para enojo de sus amigos, que lo miraban y lo consideraban el colmo de la pereza. Mientras el tren se encaminaba hacia lo que él había denominado en cierta ocasión la Ciudad de los Alaridos, por su gran oferta de espectáculos musicales, Nicholas dio un discreto sorbo a su petaca de *whisky* y recorrió mentalmente todas las escenas del *Macbeth*. «Los temores reales son menos espantosos que las horribles imaginaciones: mi pensamiento, para el que el asesinato solo es una fantasía...».

De Jean hay menos cosas que decir. Alta, morena, con gafas y bastante sencilla, era una mujer que solo tenía dos intereses en la vida: Donald Fellowes y el Oxford University Theatre Club, una institución estudiantil que producía de modo altruista obras experimentales (que es lo que suelen hacer esas asociaciones) y de la cual ella era secretaria. Respecto al primero de sus dos intereses particulares, Jean estaba atrapada sin posibilidad de escapatoria en las garras de la obsesión. «Donald, Donald, Donald... —pensaba, aferrándose con furia al reposabrazos de su asiento—: Donald Fellowes. ¡Ah, maldición! Esto tiene que acabar de una vez. Está enamorado de Yseut, no de ti... ¡La muy zorra! Esa zorra presumida y egoísta... Si no existiera..., si al menos alguien acabara con...».

Nigel Blake estaba de buen humor, y se entretenía pensando en un montón de variados asuntos mientras el tren se arrastraba con desgana por las vías. Pensaba en el placer de volver a ver a Fen de nuevo, en cómo consiguió la matrícula de honor en Inglés tres años antes, en su laboriosa pero interesantísima vida de periodista desde entonces, en sus escasas vacaciones (apenas quince días), en cómo se le había ocurrido pasar al menos una de esas dos semanas en Oxford, en ver la nueva obra de Robert Warner (estaba seguro de que sería buena), y, sobre todo, en Helen Haskell.

«No te entusiasmes —se dijo a sí mismo—, que aún no la conoces. Es peligroso enamorarse de gente a la que solo has visto en el escenario. Probablemente es una cría horrible y vanidosa; o a lo mejor ya está comprometida... o casada. Y, en cualquier caso, seguramente estará siempre rodeada de jóvenes muchachos, y es ridículo suponer que tú vas a conseguir que repare en tu existencia en el espacio de una semana, cuando ni siquiera la conoces de nada...».

«Sin embargo —añadió para sí con una mueca de contrariedad—, has de intentarlo con todas tus fuerzas».

Cada una de estas personas se dirigía a un lugar distinto de Oxford. Fen y Donald Fellowes regresaban al St. Christopher; Sheila McGaw, a su domicilio en Walton Street; *sir* Richard Freeman, a su casa en Boars Hill; Jean Whitelegge, a su *college*; Helen e Yseut, al teatro y posteriormente a sus domicilios en Beaumont Street; Robert, Rachel, Nigel y Nicholas, al *pub* Mace & Sceptre, en el centro de la ciudad. El jueves, día 11 de octubre, todos ellos se encontraban en Oxford.

En el transcurso de la siguiente semana tres de estas once personas morirán violentamente.

## 2. YSEUT

*Ay, Isolda, hija de rey,  
franca, cortés y fiel...*

BÉROUL

**N**igel Blake llegó a Oxford a las cinco y veinte de la tarde, y se dirigió sin más dilación al Mace & Sceptre, donde había reservado una habitación. El hotel, pensó con cierto abatimiento mientras el taxi lo trasladaba desde la estación, no era precisamente lo que se dice una de las joyas arquitectónicas de Oxford. Se había construido adoptando una curiosa amalgama de estilos que a Nigel le recordaba a cierto salón, enormemente grande y deprimente, a medio camino entre un *nightclub* y un restaurante, que había visitado en determinada ocasión cerca de la Puerta de Brandemburgo en Berlín, donde cada sala se había decorado de acuerdo con los diferentes estilos nacionales, de un modo agresivo y romántico que dejaba bastante que desear. Su propia habitación, el dormitorio que le había correspondido, precisamente, parecía una grotesca parodia del Baptisterio de Pisa. Deshizo la maleta, se lavó y se quitó de encima la suciedad y la incomodidad que siempre implica un viaje en tren. Luego bajó desganadamente las escaleras en busca de un trago.

Para entonces ya eran las seis y media. En el bar y en el salón, los civilizados prolegómenos a la actividad sexual se ejecutaban como un comedido y desagradable espectáculo de marionetas. Estos acercamientos se desarrollaban en aquel escenario falsamente gótico. En general, el lugar se conservaba tal y como Nigel lo recordaba, aunque la población estudiantil había descendido, y la militar, aumentado... considerablemente. Unos cuantos alumnos de Teología, talluditos y amanerados, que presumiblemente se habían quedado estudiando durante las vacaciones, o que habían llegado unos cuantos días antes, gimoteaban y farfullaban en una discusión sobre la poética belleza de la concepción de la Virgen María. Un grupo de oficiales de la RAF, junto a la barra, trasegaban ruidosamente sus cervezas con aburrido entusiasmo. Se encontraban también en la sala uno o dos hombres muy viejos, y una bulliciosa miscelánea de estudiantes de Arte, maestros y famosos de visita que permanecían allí plantados, esperando que alguien los reconociera y sin los cuales Oxford nunca estaría completo. Un variopinto grupo de mujeres, aferradas a los muchachos más jóvenes y ocupadas en su mayor parte en manipular y conseguir ser el centro de atención, completaban la parroquia del Mace & Sceptre. Uno o dos estudiantes indios deambulaban por allí con aire agresivo, haciendo ostentación de libros de los poetas contemporáneos más conocidos.

Nigel consiguió una copa y se agenció una silla vacía, donde se acomodó con un breve suspiro de alivio. Decididamente, el lugar no había cambiado nada. En Oxford,

pensó, las caras cambian, pero los tipos se mantienen, haciendo y diciendo las mismas cosas de generación en generación. Encendió un cigarrillo, miró a su alrededor y se planteó ir a ver a Fen aquella misma noche.

A las siete menos veinte entraron en el bar Robert Warner y Rachel. Nigel conocía a Robert, una amistad superficial basada en una serie de coincidencias en almuerzos literarios, fiestas teatrales y estrenos, así que le saludó cordialmente desde lejos con la mano.

—¿Podemos sentarnos contigo? —preguntó Robert—, ¿o estás meditando?

—No, en absoluto —replicó Nigel, sin percatarse de que su respuesta resultaba bastante ambigua—. Permittedme que os invite a una copa. —Y, dando gracias a Dios por que Robert no fuera de ese tipo de hombres que inmediatamente ponen el grito en el cielo diciendo: «No, no, permíteme que te invite yo a ti», en cuanto supo qué era lo que les apetecía se acercó a la barra del bar.

Cuando regresó se los encontró charlando con Nicholas Barclay. Se llevaron a cabo las presentaciones pertinentes y Nigel tuvo que regresar a la barra. Al final, consiguieron sentarse y durante unos incómodos momentos permanecieron en silencio, mirándose expectantes los unos a los otros y dando sorbitos a sus copas.

—Estoy deseando ver tu obra la semana que viene —le dijo por fin Nigel a Robert—. Aunque debo admitir que me sorprende un poco que la estrenes aquí.

Robert hizo una mueca cuyo significado era un tanto impreciso.

—Es un caso de fuerza mayor —le explicó—. Lo último que hice en el West End resultó tan desastroso que no me ha quedado más remedio que venir a provincias. El único consuelo es que podré dirigirla yo mismo. Y hace años que no tengo la oportunidad de dirigir.

—¿Solo dispones de una semana de ensayos para una obra nueva? —preguntó Nicholas—. ¡La que os espera!

—Es un reto, eso es verdad. Varios agentes y representantes van a venir desde Londres para confirmar su idea de que soy, en realidad, una semilla de diente de león arrastrada por el viento, y de que he perdido el juicio. Confío en defraudarlos. Aunque Dios sabe qué tipo de producción saldrá. Este lugar se ha convertido en un filón de actores imberbes y bisoños procedentes de múltiples escuelas de teatro, con ciertos aires de viejos resabiados y totalmente influenciados por alguno de los comicastro más notables de Europa. Francamente, no sé si conseguiré inculcarles en el plazo de una sola semana el sentido del ritmo y la gestualidad y la entonación que considero adecuadas. Pero por suerte tengo a Rachel, y eso será de gran ayuda.

—Francamente, lo dudo —repuso Rachel—. Una intrusa protagonizando una pieza al frente de una compañía de repertorio, y además con ánimo recaudatorio, genera más problemas que otra cosa. Ya sabéis, murmuraciones y cotilleos por las esquinas.

—¿Cómo es el teatro? —preguntó Nigel—. Creo que ni siquiera me acerqué cuando vivía aquí.

—¡Estudiaba usted en Oxford! —espetó Nicholas, que siempre ocultaba que él mismo hubiera estudiado allí, con gesto de incredulidad.

—No está mal —dijo Robert, contestando a Nigel—. Es un sitio viejo, construido en la década de 1860 más o menos, pero reformado justo antes de la guerra. Ya trabajé en ese teatro hará unos diez años, y..., ¡Dios mío!, fue horroroso: reguladores de luz que chirriaban, decorados pésimos y escenarios que se levantaban en cuanto los pisabas... Aunque todo eso ya está arreglado. Algún alma caritativa con dinero y ambiciones rehabilitó el teatro y lo dotó de todos los recursos técnicos que encontró, incluida una plataforma giratoria...

—¿Una plataforma giratoria? —murmuró Nigel sin mucho interés.

—Sí, una plataforma giratoria. Como una mesa circular grande, dividida por la mitad. Puedes montar la escena siguiente en la parte de atrás, sin que la vea el público, y luego, llegado el momento, basta con girarla y ya está. Eso significa que no puedes tener «suelos» que se proyecten hacia los bastidores laterales, y te limita bastante la composición de los escenarios. Pero en realidad no tengo intención de hacer uso de ese artilugio aquí... Es un lujo caro e inútil por completo. Definitivamente no, no voy a utilizarlo. Es un engorro, además le quita profundidad al escenario...

—¿Y de qué trata la obra? —preguntó Nicholas, recostándose cómodamente en su butaca—. ¿O eso es secreto profesional?

—¿La obra...? —Robert pareció sorprenderse ante semejante cuestión—. Es una reelaboración de una pieza con el mismo título que escribió un dramaturgo francés menor llamado Pirón. Seguramente conocerás la historia. Alrededor de 1730, creo que era, Voltaire comenzó a recibir versos de una tal *mademoiselle* Malcrais de la Vigne, a la cual el dramaturgo contestaba muy galantemente. Entre ellos se estableció una fecunda relación epistolar, todo muy amoroso y literario. Más adelante, sin embargo, *mademoiselle* De la Vigne visitó París y desató la furia de Voltaire y el placer de todos los demás cuando se descubrió que era una joven gordísima llamada Desforgues-Maillard. Piron utilizó esa situación como punto de partida para su obra, y yo la he cogido y la he modificado un poco, invirtiendo los sexos y convirtiendo al personaje principal en una novelista y haciendo de su corresponsal una maliciosa periodista. Ya sé que no parece gran cosa... —concluyó con un tono de disculpa—, pero, bueno, solo he desvelado el esqueleto de la obra.

—¿Quién hace de novelista?

—Oh, Rachel, por supuesto —dijo Robert con alegría—. Tiene un papel precioso.

—¿Y de periodista?

—Francamente, aún no estoy seguro: creo que Helen. Yseut no sirve para los papeles cómicos y, en cualquier caso, me cae tan mal que simplemente me resultaría insoportable. Las demás candidatas al papel son demasiado mayores, excepto una, pero me han dicho que hace unas cosas tan raras en escena que estoy considerando no darle más que un pequeño papel. A Yseut también le voy a dar un papel

secundario..., solo en el primer acto. Pero... —añadió malévolamente, con una pequeña sonrisa esbozándose en la comisura de sus labios—, pero insistiré en que participe en los saludos finales todas las noches, así no podrá quitarse el maquillaje a las primeras de cambio e irse a su casa.

Nicholas suspiró, sacó una pitillera, la abrió y la paseó de un lado a otro, por encima de la mesa, ofreciendo cigarrillos a todos.

—La verdad es que Yseut es muy impopular —dijo—. Jamás me he encontrado a nadie que diga nada bueno de ella.

Mientras cogía un cigarrillo, encendía su mechero y luego lo sujetaba para dar fuego al resto del grupo, Nigel creyó atisbar un brillo de malicia en la mirada de Robert.

—¿A quién le cae tan mal? —preguntó Robert.

Nicholas se encogió de hombros.

—A mí, por ejemplo, pero se trata de algo un poco irracional, aunque tengo un amigo que se está dejando la piel tontamente en intentar conquistarla. «Soy tan verdadero como la sencillez de la verdad, y más ingenuo que la infancia de la verdad»,<sup>[3]</sup> ya saben. Helen, por otra parte... Oh, pobre Helen, ¡con menuda hermana ha tenido que cargar! Y luego está Jean... Oh, ustedes no la conocen, claro: una chica llamada Jean Whitelegge, que aborrece a Yseut porque se ha enamorado del susodicho Troilo... Jean es la humilde damisela campestre que espera que su caballero deje de tontear con la princesa malvada. Todo el mundo en la compañía detesta a Yseut porque es una pequeña zorra intolerable. También está Sheila McGaw, que la odia porque... ¡Oh, Dios mío!

Se interrumpió de repente. Nigel levantó la mirada para ver qué era lo que había originado semejante interrupción, y vio que Yseut estaba entrando en el bar.

—Hablando del rey de Roma... —dijo Nicholas con aire sombrío.

Nigel observó con curiosidad a Yseut mientras esta, junto a Donald Fellowes, se adentraba en el bar, y se sorprendió ante la constatación de que no se parecía en nada a Helen. La breve conversación a la que acababa de asistir le interesaba, aunque por el momento se inclinaba a no mostrarse más que desinteresadamente entretenido ante la inquina que aquella chica parecía despertar en todo el mundo. La joven parecía un compendio de cualidades negativas —vanidad, egoísmo, coquetería— y poco más. (Más adelante el propio Nigel iba a apreciar la malicia como una cualidad positiva). La muchacha iba vestida de un modo muy sencillo, con un jersey azul y unos pantalones azules que no combinaban en absoluto con su cabellera pelirroja. Nigel se detuvo en aquellos rasgos casi imperceptibles que resultaban tan antipáticos, y suspiró: pero salvo por eso... Podría haber sido una modelo de Rubens o de Renoir. A cualquiera de los dos le habría encantado pintarla. «Desde luego —admitió Nigel para sus adentros con un interés que tal vez iba un poco más allá del meramente científico—, tiene un cuerpo magnífico».

Por el contrario, Donald Fellowes parecía muy poco interesado en aquella joven.

De hecho, se comportaba de un modo extraño, bastante antinatural. Nigel pensó que le sonaba de algo... Pero ¿dónde demonios se habría cruzado con aquel hombre? Hizo un intento vago y vano por traer a su memoria el momento en que probablemente se habían conocido, durante sus años de Oxford, y como ocurre siempre en estas ocasiones, no pudo recordar nada de nada... Tan solo unos gestos fantasmales de máscaras vacías e indistinguibles. Por fortuna, el problema se resolvió para él con un destello que creyó apreciar en la mirada de Donald y que demostraba que ya se conocían. Nigel le sonrió levemente, previendo el buen número de torpezas sociales y de momentos embarazosos que se acumularían a continuación: sencillamente, nunca había sido capaz de confesarle a la gente que no la recordaba.

Se produjo la clásica ceremonia de murmullos, disculpas y reconocimientos que siempre se da cuando un grupo de gente que solo se conoce de vista acaba reuniéndose, seguida de una extraordinaria y compleja maniobra de sillas. Nigel, a punto de dirigirse nuevamente a la barra, vio que Nicholas le había tomado la delantera. Mientras pedía unas *gin pinks*, esperó con evidente regocijo las relaciones extraordinariamente incómodas que seguramente se establecerían en el plazo de los siguientes minutos.

Yseut, después de lanzarle una mirada superficial y aparentemente despreciativa a Nigel, se pegó a Robert como una lapa. Rachel se puso a hablar con Donald, y Nigel y Nicholas permanecieron allí sentados, manteniendo más o menos un discreto silencio.

Yseut comenzó a comportarse de un modo quejicoso y resentido, al tiempo que repartía reproches entre la concurrencia.

—Me habría gustado que me dieras el papel de periodista —le dijo a Robert—. Ya sé que es una tontería discutir el reparto, pero, francamente, yo tengo mucha más experiencia en ese tipo de cosas que Helen. Y pensé que tal vez, teniendo en cuenta que tú y yo nos conocemos tan bien...

—¿De verdad nos conocemos tan bien?

Un tonillo de enojo rencoroso tiñó entonces la voz de Yseut.

—Nunca imaginé que lo olvidarás tan pronto.

—Mi querida niña, no es una cuestión de olvidos o de recuerdos. —Instintivamente, ambos bajaron la voz—. Tú sabes perfectamente bien, maldita sea, que nunca hemos estado juntos. Y respecto a esa idea tuya de sacar a colación ahora el asunto del reparto...

—No es solo por el reparto, Robert, y tú sabes tan bien como yo de qué se trata. —Se detuvo—. Te portaste jodidamente mal conmigo, y desde entonces no me has dado ni una maldita frase en tus obras. Eso es algo que no le habría tolerado a ninguna otra persona.

—¿Estás pensando en demandarme por incumplimiento de contrato? Te aseguro que te costará trabajo.

—Oh, vamos, no seas tan jodidamente estúpido. No... No debería haber dicho

eso. —Y en ese momento comenzó a actuar con descaro—. Supongo que en cierto sentido ha sido culpa mía, por no haber podido retenerte, aunque fuera como amante.

—Yo ya tengo una amante. —La conversación, pensó Robert, estaba derivando hacia territorios pantanosos. Mucho peor de lo que había imaginado. Y en voz alta añadió—: Ese asunto no ha tenido ninguna influencia en la elección del reparto, si es eso a lo que te refieres.

(«Bueno, una mentira piadosa —pensó—. ¡Si no fuera tan insoportable...!»).

—Te he echado de menos, Robert.

—Querida..., yo también te he echado de menos, en cierto sentido. —Las convenciones de la buena educación estaban comenzando a socavar la firmeza de Robert.

Yseut lo miró con sus ojos grandes e inocentes, de los que ya asomaban las lágrimas. Robert se temía que comenzara a sollozar.

—¿No podríamos empezar de nuevo otra vez, cariño?

—No, querida. Me temo que no puede ser... —contestó Robert, recobrando su firmeza—. Incluso aunque fuera posible por mi parte, que no es el caso, ¿qué haríamos con ese joven, Donald Comosellame, que está ahí sentado mirándote con ojos de cordero degollado?

Yseut se recostó de mal humor en su silla.

—¿Donald? Querido, espero que al menos me concedas el suficiente buen gusto como para no pensar que puedo tomarme en serio a un lechuguino como ese.

—Es de sexo masculino. Pensé que ese era el único requisito que exigías.

—No me seas cínico, querido. Es ya un *vieux jeu*.

Robert continuaba impresionado por la falta de orgullo que había demostrado Yseut al hacerle semejante comentario. Con cierta curiosidad, decidió continuar por ese camino.

—Y, además, Helen me ha dicho que está enamoradísimo de ti. Me parece que deberías tener cierta consideración con él y no pedirles a otros hombres de forma tan directa que se acuesten contigo.

—Yo no puedo evitar que la gente se enamore de mí —dijo, y agitó la melena con un gesto típico en ella que utilizaba para decir: «¡No es culpa *mía!*!».

—Pues si no lo quieres, rompe de una vez con él.

Yseut resopló.

—Oh, vamos, no me hables como si fuésemos los protagonistas de una novelilla de dos peniques, Robert. Es insufriblemente joven y tonto y patoso e inexperto. Y ridículamente celoso, también. —Había un tonillo de cierta complacencia en su voz.

Se produjo un silencio. Y luego añadió:

—Dios, ¡cómo odio Oxford! ¡Cómo odio a todos estos bobos descerebrados que me rodean aquí! ¡Y el teatro, y todo lo que nos rodea en este sitio mugriento!

—Nada te retiene aquí, supongo. El West End está esperando ansiosamente que decidas qué papel te gustaría representar, y con quién te apetece...

—¡Que te den! —gritó ella, con una repentina furia venenosa en su voz.

—¿Recordando momentos entrañables? —preguntó Nicholas, un poco alejado de ellos. Apenas si había captado unas breves frases de toda la conversación.

—Cierra el pico, Nick —dijo Yseut—. Eres único a la hora de meter la pata.

Nigel vio cómo se petrificaba el rostro de Nicholas.

—Querida Yseut —replicó dulcemente—, qué suerte tenemos de que no haya ninguna razón en el mundo por la que deba ser educado con zorras como tú.

—¡Serás...! ¡Mequetrefe...! —Yseut estaba encendida de rabia—. ¡Robert! ¿Vas a permitir que me hable así?

—¡Cállate, Yseut! —dijo Robert—. Y tú también, Nick. No me apetece pasarme la noche rodeado de crios que no hacen más que reñir. Coged un cigarrillo —añadió, ofreciéndoles la pitillera.

Fue un pequeño pero desagradable incidente, uno de muchos parecidos que acabarían culminando en un asesinato. Pero lo que más asombró a Nigel fue la reacción de Donald Fellowes durante aquellos breves segundos. Literalmente, aquel hombre había temblado de rabia: su mano se agitaba violentamente cuando cogió un cigarrillo de la cajetilla de Robert y cuando arrojó al suelo la cerilla con que lo había encendido sin ofrecer fuego a nadie más. La sangre parecía haber abandonado su rostro y el sudor comenzaba a perlar su frente por encima de las cejas. A Nigel le asustó tanto la posibilidad de que Donald golpeará a Nicholas con lo primero que tuviera a mano que estuvo a punto de levantarse para impedirlo. Afortunadamente... había conseguido controlarse. Pero Nigel se dio cuenta entonces de lo intensa que era la pasión del joven por Yseut, y se asombró aún más.

Fue Rachel quien devolvió la calma a la situación.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo en Oxford? —preguntó a Nigel.

Nigel le siguió el juego de buena gana.

—Alrededor de una semana, creo —respondió con un gesto de forzada despreocupación—. Una semana de merecido descanso del periodismo. Estoy recordando los buenos tiempos... —Su mirada deambuló inquieta sobre los presentes mientras hablaba. Sintió cierto alivio al ver que todos ellos estaban enfurruñados— Aunque, claro, ahora hay muy poca gente a la que conozca aquí. Es curioso lo poco que ha cambiado la ciudad, a pesar de la guerra. —Se hizo un silencio incómodo—. Me pregunto... —se dirigió a Robert— si podría asistir a algunos de los ensayos de tu obra. Si la compañía no tiene inconveniente, claro está. Prácticamente no sé nada de teatro, y seguro que me viene bien aprender algo.

—Desde luego... —afirmó Robert con aire un poco ausente—. Empezaremos mañana mismo con las lecturas, claro. Luego pondremos en escena el acto primero, el miércoles; y los actos segundo y tercero el jueves. Haremos un ensayo el viernes y otro el sábado, y el ensayo general el domingo por la noche. El lunes prepararemos el vestuario, y con eso pondremos punto y final. Seguro que a un par de los miembros más veteranos de la compañía les fastidia que ande gente rondando por allí, pero

tendrán que aguantarse.

—Oh, si va a ser una molestia... —se apresuró a decir Nigel.

—Dios bendito, ¡no! Simplemente procura no llamar la atención, eso es todo. Donald Comosellame va a venir, en cuanto consiga librarse de sus chicos del coro, y también un catedrático al que conocí ayer... llamado Gervase Fen, un nombre ciertamente raro...

Nigel se mostró francamente sorprendido.

—Ah, ¿entonces has conocido a Fen? —preguntó, aunque la respuesta era más que evidente.

—Sí. ¿Es amigo tuyo?

—Fue mi tutor. ¿Cómo lo conociste?

—Por pura casualidad, en la librería Blackwell. Estaba leyendo un libro que cogió de las estanterías y había llegado al extremo de separar las últimas páginas con un cortaplumas. —Robert dejó escapar una risilla sofocada—. Cuando uno de los dependientes se acercó a recriminárselo, él repuso con toda solemnidad: «Jovenzuelo, esta librería ya me tenía prohibida la entrada por deberle grandes cantidades de dinero antes de que tú nacieras. Largo de aquí, inmediatamente, o arrancaré todas las páginas y las desparramaré por el suelo». El dependiente se fue, un poco aturdido, y Gervase Fen se volvió hacia mí y me dijo: «¿Sabe? Por un momento temí que no me quedara más remedio que hacerlo». Charlamos un rato, y pareció sorprendido y abrumado al saber quién era yo. Se me quedó mirando boquiabierto haciéndome un montón de preguntas aparentemente profundas (bastante idiotas, por lo demás) acerca de mi opinión sobre algunos asuntos y sobre si disfrutaba escribiendo. También quiso saber si dictaba mis obras de teatro a una secretaria. ¿Era una pose todo aquello? No creo que lo fuera, pero consiguió que me sintiera un poco cohibido.

—No, no es una pose —confirmó Nigel con completa seguridad—. Siempre tuvo una especie de entusiasmo pueril por los famosos. Al principio resulta curioso y divertido, pero al final se hace pesado, y uno se acaba avergonzando cuando va con él a las fiestas.

—En cualquier caso, el resultado fue que lo invité a venir a ver los ensayos. Y él se mostró patéticamente agradecido. Sin embargo, hacia el final de nuestra conversación, comenzó a dar golpecitos con el pie, y a sentirse como inquieto y azogado y a mirar su reloj una y otra vez, así que me despedí educadamente, y él salió disparado dando grandes zancadas y diciendo: «¡Oh, Dios mío; oh, Dios mío, llego tarde, llego tarde...!», exactamente igual que el conejo blanco en *Alicia*, derribando en su huida una columna de panfletos sobre Rusia y llevándose sin darse cuenta el libro que había estado leyendo. Obviamente, más tarde no debía de recordar de dónde lo había sacado, porque unas horas después lo vi en la librería Parker intentando cambiar ese mismo libro por una novela de detectives.

Nigel emitió un ruidillo que solo puede describirse como una especie de resoplido explosivo que denotaba cierto temor a reencontrarse con Gervase Fen. Cuando se

hubo recobrado, dijo:

—Iré a verlo esta noche, después de cenar. ¿Te gustaría acompañarme?

—Gracias, pero no puedo, de verdad. Lo veré el viernes, cuando me haya quitado esta obra un poco de la cabeza.

En ese momento se presentó de repente junto a la mesa el joven capitán de artillería con quien Yseut había estado hablando en el tren. Sonreía tímidamente. Nigel ya había reparado antes en su presencia, ocupando una mesa cercana. Se percató de que su atención oscilaba entre las últimas páginas de *No Orchids for Miss Blandish* y los encantos de Rachel, que al parecer le habían impactado profundamente.

—Disculpe mi interrupción —dijo, dirigiéndose a Yseut—, pero nos vimos antes en el tren... Estaba espantosamente aburrido y solo... Verá, no conozco a nadie en Oxford todavía —añadió a modo de disculpa.

Se levantó entre los presentes un confuso rumor que podría interpretarse como un modo de invitarlo a que se sentara con ellos.

—En fin, muchísimas gracias... —Aceptó el ofrecimiento—. Permítanme invitarles a otra copa. —Y salió disparado hacia la barra para regresar más tarde con las manos llenas de vasos, derramando la mayor parte de su contenido por el suelo. Mientras tanto, Donald Fellowes se levantó de repente y se marchó sin decir palabra.

—Todo es una cuestión de práctica —dijo el capitán orgullosamente, depositando las copas de mala manera en la mesa y sentándose de golpe—. Me llamo Peter Graham —añadió—. Capitán Peter Graham. Del Real Cuerpo de Artillería de Su Majestad, a su servicio. —Dedicándoles una extraña sonrisa a cada uno de ellos.

Rachel se hizo cargo de las presentaciones del grupo y luego la conversación discurrió por senderos variopintos. Rachel, tras un guiño cómplice a Robert, se dedicó a atender a Peter Graham, que no hacía más que preguntar —esperanzadamente— si la reputación de inmoralidad de las actrices estaba justificada. Robert continuó su conversación con Yseut, mientras Nigel y Nicholas hablaban sobre sus tiempos de estudiantes y descubrían que tenían algunos conocidos en común. Al final, Peter Graham se puso de pie.

—En fin... —dijo—. Me pregunto si les gustaría asistir a una fiesta que doy aquí, en el hotel, en el salón de mi habitación, el miércoles por la noche. Después de que los bares hayan cerrado, naturalmente. Y traigan a toda la gente que deseen. Creo que el hotel me abastecerá de todas las bebidas que solicite, así que no es necesario que traigan botellas. Hasta entonces... —continuó, después de que todos los presentes murmuraran expresiones de encantada aquiescencia—. Rachel, quiero decir, la señorita West y yo vamos a ir a cenar juntos, así que espero que sepan disculparnos.

En ese momento, Robert lanzó una mirada desesperada a Rachel, que maliciosamente se negó a percatarse de ella.

—Bueno, pues adiós... —se despidió Peter Graham alegremente—, espero volver a verles pronto —añadió, sintiendo que tal vez era necesaria alguna justificación ante

una salida tan abrupta—. Creo que me va a gustar Oxford. —Y antes de que nadie pudiera decir una palabra ya se había largado del bar con Rachel colgada de su brazo.

Por los gestos, Nigel y Nicholas también comenzaban a prepararse para marcharse.

—Tengo que irme ya —se excusó Nicholas con firmeza.

—No, no te vayas —se apresuró a suplicar Robert—. Quédate y cena con nosotros. —Señaló con gesto apesadumbrado a Yseut, manifestando evidentes indicios de angustia.

—Sí, bueno, me encantaría, pero he quedado con un amigo en New College. Y llego tarde ya.

—¿Y tú? —le preguntó Robert a Nigel con gesto suplicante.

Pero Nigel no albergaba el menor deseo de cenar con Yseut.

—Lo siento —contestó, mintiendo sin ningún pudor—, pero me temo que yo también tengo un compromiso.

—Ay, Dios mío —suspiró Robert.

—Por cierto... —dijo Nigel mientras se daba la vuelta para marcharse—, ¿a qué hora es el ensayo mañana?

—A las diez en punto —respondió Robert con gesto abatido. Se fueron todos y lo abandonaron hundido en la desolación, junto a Yseut, que sonreía como un gato con la barriga llena.

Ya en la puerta, Nicholas se tropezó con un oficial de la RAF que iba algo borracho. Aunque bebido, reaccionó más rápido de lo que habría cabido imaginar, mirando a Nicholas con gesto de resentimiento durante unos instantes.

—¡Maldito tipejo! —exclamó con la típica precisión descriptiva el soldado—. ¿Por qué no llevas puesto el uniforme...? ¡Maldito tipejo!

—Soy parte de la cultura que tú estás luchando por defender —dijo Nicholas observándolo fríamente. (Había sido declarado no apto para el ejército después de Dunkerque).

—¡Maldito orangután! —insistió el oficial de la RAF. Y dándose cuenta de que se le había acabado el vocabulario, siguió su camino.

Nigel observó curiosamente a su compañero mientras ambos abandonaban el hotel.

—Debo suponer que *Coriolano* es una de tus obras favoritas —ironizó.

Nicholas sonrió:

—En cierto sentido... tienes razón: «El lamento miserable de los perros callejeros».<sup>[4]</sup> A eso te refieres. Pero no es cuestión de ser un clasista, es solo una incapacidad congénita para soportar de buen grado a los idiotas. Y creo que esa es la principal razón, y no los escrúpulos morales, por la que detesto a la zorra de Yseut. Un día alguien va a matar o a mutilar a esa chica..., cosa que yo, personalmente, no lamentaré demasiado.

Ya en el exterior, Nigel se despidió. Y caminando por la calle para ir a cenar a su

antiguo *college* se le vio más pensativo, incluso, de lo que era habitual en él.

### 3. DONDE LAS TIERNAS VOCES SE ALZAN

*El viejo telón se eleva para mostrar la visión  
de antaño que allí trasluce, y la torre en las alturas...  
Donde los infantiles rufianes sus tiernas voces alzan,  
y los pequeños Maximinos a los dioses desafían.*

DRYDEN

**P**asaba ya de la medianoche cuando Nigel salía por las puertas del *college* St. Christopher, donde había compartido la velada con Gervase Fen, para regresar al Mace & Sceptre. Su charla había versado sobre antiguos conocidos, los viejos tiempos, el presente estado del *college* y los efectos de la guerra en la universidad en su conjunto. «¡Imbéciles!», había exclamado Fen, refiriéndose al nivel intelectual de los estudiantes. «¡Párvulos!». Y por lo poco que Nigel había podido ver de los muchachos, estaba bastante inclinado a creer a su amigo. La media de edad del *college* se había reducido muchísimo, y un uniforme ambiente de sala de monitores (de colegio público) había reemplazado las peculiaridades y las excentricidades adultas que habían adornado el *college* antes de la guerra. Y luego, además, se habían multiplicado los estudiantes de ciencias, en detrimento de los de letras, y Nigel, con el instintivo esnobismo de los hombres de letras, lamentaba profundamente semejante situación.

Pero a lo largo de toda la velada había permanecido absorto en sus pensamientos. Había algo en la compleja red de relaciones que se tejía en torno a Yseut que se había apoderado de él tras la breve charla que tuvo lugar en el bar, antes de cenar. Así que durante su conversación con Fen ya se fueron disipando las ganas de divertirse que había albergado antes de aquella extraña reunión en el Mace & Sceptre. Recordó a Donald Fellowes temblando de furia en su silla, los gélidos resoplidos de Nicholas, la repugnancia instintiva y casi física de Robert respecto a ella; y seguro que existían otros detalles de los que ni siquiera se había percatado. Un tanto distraídamente, mientras caminaba hacia el hotel, se preguntó cómo se resolvería aquel embrollo. Probablemente, como en la mayoría de esos *impasses*, la tensión se suavizaría con la supresión de uno o más de sus elementos. Nigel, que era perezoso por naturaleza, deploraba las decisiones apresuradas y los pasos definitivos, y siempre esperaba que la situación cambiara por sí misma sin que hubiera que tomar decisión alguna. Sin duda todo se resolvería sin problemas... de algún modo.

Durmió profundamente y se levantó tarde. Ya eran las diez y media cuando decidió salir para el teatro, y se maldijo por permitirse el lujo de llegar tan tarde.

El teatro estaba a diez minutos del hotel, a paso rápido. Se encontraba prácticamente en las afueras de la ciudad, un poco más allá de una larga calle residencial que también servía como carretera principal para llegar a la población más

cercana. Contemplándolo iluminado por el vibrante y luminoso sol de otoño, Nigel se preguntó si no estábamos siendo injustos con los Victorianos condenando invariablemente su arquitectura como un arte sin elegancia. Desde luego, en el presente caso, el desconocido arquitecto había logrado conferir a su obra una aureola de apacible encanto, si bien un tanto afeminado. Era un edificio enorme, construido en piedra de tenue color amarillento, y delante de la fachada se extendía una amplia explanada de hierba por la que los asistentes podían pasear con copas y cigarrillos durante los intermedios, en las tardes de verano. La mayor parte del teatro había sido restaurada con digna sencillez, aunque solo el proscenio, el escenario, los camerinos y el bar se habían modernizado por completo. El bar, que se encontraba en el primer piso, tras la galería, y al que se accedía por dos tramos de elegantes escalinatas que salían de ambos lados del vestíbulo, estaba decorado con un gracioso pastiche del estilo original que combinaba con el resto con cierto encanto. Destacaban las dos amplias cristaleras de las nuevas taquillas, que habían sustituido a sus clásicas antecesoras, diminutas, con sus puertecillas románicas, a través de las cuales solían hacerse las transacciones monetarias en la mayoría de los viejos teatros.

Nigel se adentró sigilosamente en el patio de butacas, que permanecía casi a oscuras, reprochándose aún la desvergüenza de haber llegado tarde. Le habría apetecido ver los ensayos completos y poder hacerse una idea de cómo se montaba realmente una obra de teatro para su estreno.

Sin embargo, le sorprendió descubrir que prácticamente no estaba pasando nada. (Más adelante se daría cuenta de que esto es lo que ocurre más o menos en casi todos los ensayos de compañías de repertorio). Bajo las luces encendidas del escenario había unas cuantas personas de pie, o sentadas sin hacer nada, en medio del decorado, con unos guiones en la mano y fumando o charlando distraídamente y en voz baja. Una joven, a la que Nigel tomó por la directora de escena, estaba dando golpazos con las sillas y las mesas de un modo tan violento que Nigel sospechó que acabarían hechas añicos en cualquier momento. Robert estaba de pie, hablando con alguien junto al foso, sobre el cual se había tendido una tablazón —que parecía bastante inestable— para poder pasar del escenario a la platea. Un joven tocaba desganadamente unos acordes de *jazz* en el piano, en el foso de la orquesta.

—Ojalá pudiéramos empezar de una vez... —le comentó a alguien en el escenario.

—Clive no ha aparecido todavía...

—Vale, ¿y no podemos empezar por el segundo acto?

—Es que él participa en todos los actos.

—¿Y dónde demonios está?

—Dijo que iba a coger el tren de las ocho y media en Londres. O viene con muchísimo retraso o lo ha perdido.

—Bueno y, de todos modos, ¿qué narices pinta ese tío en Londres hoy?

—Va a ver a su mujer.

—Dios bendito. ¿Todas las noches?

—Sí.

—Dios bendito.

Todo tenía un aspecto curiosamente irreal, pensó Nigel. Probablemente se debía al efecto de la luz artificial. No se le había ocurrido pensar hasta ese momento que hay una gran cantidad de actores y actrices que ven muy poco la luz del sol.

De repente se percató de que estaba escuchando a escondidas, aunque no intencionadamente, la conversación de dos personas que estaban sentadas en la oscuridad, cerca de él.

—Pero, querida, ¿es necesario que vayas detrás de él de ese modo?

—Bah, no seas tonto, cariño: una tiene que ser agradable con esa gente si quiere conseguir algo.

—¿Me estás diciendo que en el teatro tienes que utilizar el sexo para conseguir trabajos?

—Bueno, supongo que no supondrás que la gente consigue los papeles por su capacidad interpretativa...

Alguien encendió unos focos en la galería del electricista y, tras un momentáneo deslumbramiento, Nigel vio que esas dos personas eran Donald e Yseut. Se sintió un poco incómodo y pensó que debía apartarse de allí, pero la curiosidad le impelió a quedarse inmóvil... y seguir escuchando. Ninguno de ellos pareció percatarse de su presencia.

—Si no fueras tan condenadamente celoso, cariño...

—Yseut, querida. Tú sabes lo mucho que te quiero...

—Oh, Dios, sí. Lo sé.

—Sí, claro. Un maldito engorro para ti, claro, porque no estás enamorada de mí.

—Querido, ya te he dicho que te quiero. Pero, al fin y al cabo, se trata de mi carrera.

De repente se oyó un grito de Robert desde el proscenio.

—¡Jane! Da un timbrazo para llamar a Yseut, ¿quieres, cielo? Quiero que ensaye su canción.

—¡Muy bien, querido! ¡Estoy aquí! —exclamó Yseut, y empezó a atravesar el patio de butacas.

El pequeño grupo del escenario comenzó a dispersarse en varias direcciones.

—No os vayáis, chicos —pidió Robert—. Basta con que despejéis un poco el escenario. No tardaremos mucho, y después empezaremos con el texto, cuando haya llegado Clive. O no. Cualquiera de vosotros puede leer su papel. ¿Tienes pensado algún número de baile? —añadió, dirigiéndose a Yseut.

—Sí, pero no sé si va a encajar bien. ¿Estará todo así dispuesto, como ahora?

—¿Está todo listo para el primer acto, Richard? —le gritó Robert al decorador.

—Los bastidores estarán más atrás en el estreno —dijo Richard—. Y no tenemos mesa... ¡Jane! ¡Jane, querida!

La directora de escena apareció por un lateral como si fuera un conejo saliendo de una chistera.

—Jane, esa mesa está demasiado atrás.

—Lo siento, Richard, pero no sé si recuerdas que... está fija. No podemos quitarla de ahí. Y ya nos costó bastante clavarla.

—Oh, bueno, no importa... —siguió Robert—. Hagamos lo que podamos, de momento. Bruce, chico —añadió dirigiéndose al joven del foso—, ¿te importa tocar la pieza ahora, por favor? Todo entero, con los dos estribillos.

El joven del foso asintió con gesto melancólico.

—¿Cuál? —preguntó—. «¿Por qué nací? ¿Por qué estoy viva?» —tararé.

—Eso es. Es una vieja canción, pero absolutamente maravillosa —añadió Robert dirigiéndose a Yseut—. ¿Lista, querida? Y ahora... ¿cuál es el pie, por Dios? Ah, sí... Clive dice: «Bueno, adelante, canta, si es eso lo que quieres hacer». ¡Silencio, por favor!

El murmullo amortiguado que procedía de los laterales dejó de oírse de repente.

—¡BUENO, ADELANTE, CANTA DE UNA VEZ SI ES ESO LO QUE QUIERES HACER! —rugió Robert de pronto.

El pianista tocó un par de acordes como introducción, y luego Yseut comenzó a cantar.

¿Por qué nací,  
por qué estoy viva...?

—Lo siento, lo siento... ¡Solo un minuto! —interrumpió Robert. La música se detuvo—. Yseut, querida, tienes que empezar en el centro y atrás. Ya pensaremos en los movimientos para la coreografía de la canción más adelante. De momento haz lo que te apetezca. Muy bien. «Bueno, adelante y tal y tal, bla bla bla, bla bla bla...».

Robert se retiró, subió por el pasillo de la platea, y la música comenzó a sonar de nuevo.

Nigel se acercó cautelosamente a Donald.

—¡Hola! —saludó.

Donald, cuya mirada había estado clavada en el escenario, contestó con un sobresalto.

—¡Ah, hola! Por un momento ni siquiera te había reconocido. Vamos, siéntate aquí, ¿no?

Cuando se acomodaron en sus respectivas butacas, la atención de Nigel se centró de nuevo en la escena. Contra su deseo, se vio forzado a admirar el modo de cantar de Yseut, que había adoptado para la ocasión un leve acento americano y un ligerísimo ceceo. La interpretaba maravillosamente. Era todo muy provocativo y sensual.

¿Por qué nací,  
por qué estoy viva?  
¿Qué puedo tener,

qué tengo que ofrecer?  
¿Por qué quiero lo que ni siquiera me atrevo a esperar?  
¿Qué puedo esperar? ¡Ojalá lo pudiera sabeeeeer!  
¿Por qué intento  
traerte a mi lado?  
¿Por qué lloro...?  
¡Tú nunca me escuchas!  
Soy una pobre tonta, pero ¿qué puedo hacer?  
¿Por qué he nacido para amaaaaarte?

La canción concluyó. El joven del piano repitió otra vez el estribillo con expresión aburrida e Yseut bailó un poco. Bailaba bien, con una especie de ingenua seducción, pero a Donald no le convenció mucho.

—¡Una interpretación espantosa! —murmuró, y luego, volviéndose hacia Nigel, añadió—: No me explico cómo las mujeres se atreven a hacer ese tipo de cosas. Y encima parece que les encanta.

—Es una cosa inofensiva, ya sabes —dijo Nigel, contemporizando—. Supongo que te refieres a la música.

—No, no me refiero a la música, me refiero al sexo. Y le encanta pavonearse de ese modo.

—Bueno, no es de extrañar... —replicó Nigel—, no es de extrañar que, de algún modo, una mujer disfrute planteando una forma elemental de proposición sexual a una sala llena de hombres que no tienen la más mínima posibilidad, por así decirlo, de dirigirle siquiera la palabra. Seguro que es una emoción muy agradable.

—¿Y si fuera tu mujer?

Nigel lo miró con curiosidad.

—No me importaría —respondió con tranquilidad—, creo que no...

—¡Bueno...! —El final de la canción, seguido de los gritos de Robert, hizo que la conversación terminara abruptamente.

—Ha sido encantador, querida. ¡Gracias! —le dijo a Yseut.

—¿De verdad te ha gustado, cariño?

—Bueno, habrá que cambiar un par de cosillas cuando lo hagamos con el escenario montado —apuntó, rechazando con firmeza el intento de Yseut de arrastrarlo más allá de los límites de la cortesía convencional—. ¡Jane, querida! —añadió apresuradamente—, ¿te importaría llamar a todo el mundo? Vamos con el acto primero... Y... ¡Jane!

—¿Sí?

—¿Ha llegado ya Clive?

—Sí, acaba de entrar.

—Gracias a Dios.

El timbre que anunciaba la llamada a escena resonó estrepitosamente por todo el teatro. La compañía se fue reuniendo poco a poco, incluido el desafortunado Clive,

un joven anodino, ataviado con un sombrero negro, que parecía completamente ajeno al retraso que había originado. Un rato después, comenzaron los ensayos.

Aproximadamente a mitad del primer acto se acercó a Donald y a Nigel una chica a la que este último no conocía de nada. Era Jean Whitelegge, y con su aparición Nigel se dio cuenta de que allí había una pieza más del puzzle (que se había complicado con la llegada de Robert) cuyo centro era Yseut. Resultaba obvio que la chica estaba locamente enamorada de Donald: unas frases sueltas, unos gestos, todo era demasiado evidente. Hasta un ciego se habría dado cuenta. Nigel protestó para sus adentros: no conseguía averiguar qué veía Jean en Donald, a quien él consideraba un hombrecillo bastante idiota, y aún menos conseguía atisbar siquiera qué veía Donald en Yseut. Todo resultaba muy complicado y confuso. Preguntó educadamente a Jean si venía a disfrutar de los ensayos.

—No, he estado trabajando aquí las últimas semanas —respondió—. Me dejan colaborar con el *atrezzo* en vacaciones.

«¡Vaya..., así que *te dejan* colaborar con el *atrezzo!*», pensó Nigel, que sabía lo suficiente de teatro como para darse cuenta de la nimiedad de la tarea. Nigel concluyó que Jean era una de aquellas numerosísimas actrices aficionadas que se emocionan al menor contacto con la escena profesional y echan a perder sus vidas en trabajos inútiles con tal de que estén relacionados con el teatro, como la utilería. Pero mientras intentaba parecer interesado, la muchacha se volvió y comenzó a hablar con Donald en voz baja. Por lo que Nigel pudo deducir, Donald se estaba enojando cada vez más ante la avalancha de reproches de la joven. «Bueno, es la comedia de siempre —pensó Nigel—, un típico drama de situación de la época de la Restauración, pero menos gracioso y mucho más ácido, aburrido, sórdido y carente de ingenio: muchísimo más». Más adelante comprendería hasta qué punto eran ácidas aquellas disputas, y se reprocharía a sí mismo no haberles prestado más atención.

A las doce menos cuarto del mediodía acabaron con el primer acto. Y Nigel, que había estado observando, fascinado, cómo la trama adquiría vida incluso aunque los actores estuvieran simplemente leyendo y hubiera frecuentes interrupciones para organizar los movimientos, lamentó oír decir a Robert:

—Muy bien, compañía, ¡un receso para el café! ¡Solo un cuarto de hora!

—Hay café en el salón verde si quieres —le dijo Jean a Nigel—. Y, por cierto, ¿tienes un *cello*?

—Cielo santo... ¡no! —contestó Nigel con un gesto de terror.

—Y no nos lo prestarías aunque lo tuvieras, ya lo sé. Tengo que conseguir un violonchelo en alguna parte, antes de la semana próxima. —Y desapareció por el pasillo.

—Francamente —le confesó Donald—. Esa chica es un fastidio.

Algo en aquel modo de hablar, *sans façon*, en aquel tonillo frívolo de hombre de mundo, molestó a Nigel.

—Pues yo creo que es encantadora —replicó en tono cortante, y se levantó con la

intención de bajar a saludar a Robert, que estaba en el escenario hablando con la decoradora y con el director de escena.

Los miembros de la compañía se habían esfumado como por arte de magia, las mujeres en dirección al salón verde para tomar café, y los hombres, en su mayoría, al *pub* Aston Arms, al otro lado de la calle. Robert recibió a Nigel con un gesto un poco ausente.

—Supongo que todo esto te parecerá de lo más aburrido —elucubró.

—Dios mío, pues claro que no. Es fascinante y muy... —Nigel dudó un momento a la hora de escoger un adjetivo—, es... una obra encantadora, si se me permite utilizar esa palabra.

—Me alegra que te guste. —Robert parecía sinceramente halagado—. Pero, claro, esto no es más que el esqueleto de la obra entera. No hay todavía ni acción ni elementos decorativos. Pero la compañía es bastante mejor de lo que yo suponía. ¡Si al menos consiguiera que se aprendieran los guiones!

Nigel pareció sorprenderse.

—¿No tienen pinta de ser capaces de aprendérselos? —preguntó.

—Tengo entendido que un par de ellos llevan a gala quedarse en blanco unas seis veces cada noche. De todos modos, ya veremos. ¿Vas a ir a tomar café?

—Si tuviera con quién tomarlo...

—Oh, Dios mío, no, ahora no puedo acompañarte. ¿Sabes dónde está el salón verde? Si no lo sabes, Jane te lo dirá. Bajaré en un minuto. Me temo que no podemos permitirnos el lujo de parar mucho rato.

—¿Vienes? —preguntó Jane (era una joven atractiva y esbelta que debía de andar alrededor de la veintena).

—De acuerdo —aceptó Nigel, y miró a su alrededor con un ligero sentimiento de culpabilidad por Donald. Pero este ya había desaparecido.

\* \* \*

Mientras atravesaban las bambalinas, Nigel observó con curiosidad todo lo que había a su alrededor: la gran galería de los focos, el rincón del apuntador, los bastidores apilados contra las paredes y la hendidura circular que marcaba el borde del escenario giratorio. Como pudo ver Nigel, el reverso de los bastidores estaba garabateado con dibujos de animales, caricaturas de los miembros de la compañía y textos de otras obras de teatro: recuerdos de una repentina exaltación antes de una entrada a escena o de un ensayo general. Incluso entre el repertorio, que representaba una nueva obra cada semana, nunca se perdía la emoción de la noche del estreno.

Salieron por una puerta batiente que había en la parte de atrás (una puerta cuidadosamente preparada con muelles engrasados y acolchada para prevenir ruidos y portazos) y subieron un tramo corto de escaleras de piedra hasta el salón verde.

—¿Has llegado a escuchar la canción de Yseut? —preguntó Jane.

—Sí, sí, la escuché.

—¿Y te gustó?

—Mucho —contestó. Y no mentía.

—Yo soy su suplente, y estoy aterrorizada solo de pensar que tuviera que sustituirla de verdad. Soy incapaz de cantar una nota, pero Robert me pidió que lo hiciera, así que supongo que, al fin y al cabo, él pensará que puedo hacerlo. Pero va a ser un verdadero engorro aprenderme un guión solo por una posibilidad entre mil.

—Sí —confirmó Nigel sin mucha convicción. Estaba pensando en Helen, que no había aparecido durante el primer acto. Y añadió—: Supongo que Helen Haskell aparecerá al principio del segundo acto.

—¿Helen? Sí, exactamente, querido. Ahora te la encontrarás en el salón verde.

Nigel estaba ligeramente desconcertado. Aún no se había acostumbrado a las expresiones de cariño indiscriminado y generalizado que suelen utilizar las gentes del teatro.

Entraron en el salón verde. Estaba bastante lleno, y Jane pasó mucho rato preparándole el café. Pero una vez que se lo dio, desapareció repentinamente, dejando que se las arreglara por sí mismo.

Se sintió un poco herido en su vanidad al darse cuenta de que nadie lo miraba ni se percataba de su presencia. Pero entonces reparó en Helen, sentada sola y leyendo el guión de *Metromanía*, y decidió coger el toro por los cuernos. Cruzó la sala y fue a sentarse a su lado.

—¡Hola! —saludó, no sin cierto nerviosismo.

—Hola —contestó la chica, dedicándole una encantadora sonrisa.

—Confío en no estar interrumpiendo la memorización de tu papel —añadió, retorciendo la gramática de mala manera, y un poco más animado.

La muchacha dejó escapar una leve risa.

—Santo Dios, ¡no! ¡Todavía no, a estas alturas de la semana...! —Dejó el guión en la silla de al lado—. ¿Quién eres? —añadió—. Tengo entendido que estabas en el patio de butacas. Debe de haber sido una experiencia aburridísima.

«¡Condenada mujer! —pensó Nigel—. Consigue que me sienta como un crío. Y estoy seguro de que tengo una pinta deleznable (casi automáticamente se pasó una mano por la cabeza para arreglarse el peinado). A veces desearía que no fuera tan atractiva... pero solo a veces».

Al final consiguió decir algo más o menos coherente.

—Me llamo Nigel Blake.

—Ah, sí... ¡claro! Robert me ha hablado de ti... y Gervase.

El rostro de Nigel se quedó congelado por el terror.

—No sabía que conocieras a Fen —dijo—. En fin, de todos modos, no hagas caso de nada de lo que te diga sobre mí. Solo dice lo primero que se le pasa por la cabeza...

—¡Oh, vaya! ¡Es una lástima! No dejó de elogiarte. —Inclinó la cabeza hacia un

lado—. Bueno, cuando te conozca mejor me encontraré en condiciones de tener mi propia opinión.

Nigel se sintió ridículamente eufórico.

—¿Quieres comer conmigo? —le preguntó.

—Me encantaría, pero dudo que hayamos acabado antes de las dos y media, y a esa hora ya es tardísimo para comer, ¿no?

—Vale, pues cenemos.

—Bueno... La verdad es que empezamos a las ocho menos cuarto, y tengo que estar aquí con bastante antelación para cambiarme y maquillarme. Tendría que salir corriendo casi a mitad de la cena. ¿Qué tal un té?

Ambos se echaron a reír.

—Genial —dijo Nigel con tono resuelto—. Después del teatro. Aunque la ceremonia del té me parece de lo más sosa. Tal vez pueda convencer a los del hotel para que nos preparen una merienda-cena en mi cuarto.

—¡Vaya, caballero! ¡Menuda insinuación!

—Oh, bueno, el lugar es lo de menos. Vendré a recogerte después de la función. ¿A qué hora?

—A las diez y media.

—Perfecto.

Robert entró en la sala y, después de saludar con un gesto a Nigel, comenzó a hablar con Helen de su papel. Esta tarea le tenía tan absorto que la taza de café que sostenía su mano izquierda se balanceaba peligrosamente. Donald, Yseut y Jean Whitelegge formaban un pequeño grupo junto a una de las ventanas, y el ambiente entre ellos parecía lejos de ser amistoso. Con la intención de calmar un poco las aguas, Nigel avanzó hacia ellos.

—Hola, Nigel —saludó con voz hastiada Yseut cuando lo vio aproximarse—. ¿Estás disfrutando de la obra maestra de Robert?

—Me ha gustado —respondió Nigel.

—Qué curioso. A nuestra pequeña Jean también —Jean iba a empezar a hablar, pero Yseut la interrumpió—. La obra es increíblemente superficial, desde luego, y no ofrece ninguna posibilidad de poder lucirse en un gran papel. Pero sin duda el nombre de Rachel atraerá al público como un bote de mermelada atrae a las avispas.

Mentalmente, Nigel inscribió su propio nombre en la ya abarrotada lista de aquellos que detestaban a Yseut Haskell.

Para su sorpresa, casi de inmediato se encontró opinando con aire dogmático:

—Por definición la comedia ha de ser superficial. Y la técnica interpretativa de la comedia, aunque sea diferente de la técnica dramática en las obras serias, no por eso es menos difícil...

—¡Vaya, Nigel! —exclamó Yseut con un gesto de exagerada sorpresa—. ¡Qué listo eres! ¡Y nosotros que pensábamos que no sabías nada de teatro!

Nigel enrojeció.

—Y sé muy poco. Pero he visto ya a muchos actores y actrices retractándose de la suposición de que ellos son las únicas personas que saben de teatro.

Yseut, percibiendo que las posibilidades de resultar desagradable en este tema se habían agotado con excesiva rapidez, cambió de asunto.

—Ya veo que te has presentado por tu cuenta a mi hermana. ¿No es muy atractiva?

—Es muy atractiva.

—Richard también lo cree —dijo Yseut—. Parece que van en serio, ¿no?

A Nigel se le cayó el alma a los pies. Sabía que Yseut solo estaba haciendo gala de su malicia habitual, pero le pareció que debía de haber algún fundamento en aquel comentario. Así que contestó con un gesto tan indiferente como pudo:

—Están juntos, ¿no?

—Oh, pues claro. Creí que lo sabía todo el mundo. Pero tú llevas muy poco tiempo aquí, por eso no estabas al tanto. Aunque seguro que esto ni te va ni te viene, ¿verdad?

Nigel decidió callarse justo en el instante en el que estaba a punto de soltar: «Así es». Si lo hubiera hecho, Yseut se lo habría contado a Helen a la menor ocasión. ¡Qué intrigas infantiles y cuánta hipocresía! Pero el juego de Yseut era tal que obligaba a participar, al menos temporalmente, a todos los que entraban en contacto con ella.

—Todo lo contrario —dijo finalmente Nigel—. Como digo, creo que tu hermana es francamente atractiva.

Sintió entonces el alivio de escuchar a su espalda la agradable voz de un ser racional. Era Rachel.

—Hola, Nigel —saludó—. ¿Estás disfrutando de este caótico ensayo? Qué pregunta tan tonta... —añadió con una sonrisa antes de que Nigel pudiera contestar—. Supongo que todo el mundo te lo habrá preguntado y estarás cansado de responder siempre lo mismo.

—Ya casi me he acostumbrado a contestar: «Sí, me está gustando mucho», y a ver la expresión de educada incredulidad que aparece en la cara de todos.

—Oh, bueno, se irán animando a medida que pase la semana y se acerque el estreno —añadió Rachel, cogiéndolo del brazo y apartándolo un poco del grupo—. No creo que te guste Yseut —concluyó.

—Francamente, no. ¿Y a ti?

—Es una mujercilla repugnante.

Ambos se echaron a reír, y la conversación derivó hacia otros asuntos. De repente, se oyó la voz de Robert:

—Jane, querida, ve al Aston y tráeme a los actores, ¿quieres? Vamos a empezar con el segundo acto inmediatamente.

Yseut se estiró y bostezó.

—Gracias a Dios, yo ya he terminado. Disfrutaré de una maravillosa semana, sin hacer nada —dijo.

—Yseut —explotó Jean Whitelegge bruscamente—, quiero hablar contigo sobre Donald.

—¿Eh? —Yseut resopló levemente—. ¿Y de qué hay que hablar, si puede saberse? Donald, cariño, lo mejor sería que te fueras: te pondrías de lo más vanidoso si escucharas a dos mujeres peleándose por ti.

—Oh, por el amor de Dios, Jean... —farfulló Donald.

—¿Por qué no lo dejas en paz? —estalló Jean de repente—. Tú sabes que no te interesa en absoluto, excepto cuando no hay otros pantalones cerca. Ahora tienes a tu precioso Robert, así que termina con tus juegucitos y deja a Donald en paz. ¡Déjalo en paz!, ¿entiendes? Tú no lo quieres, y nunca lo has querido. ¡Tú no quieres a nadie ni aprecias nada, salvo tu propia vanidad y tu engreimiento!

—Jean, querida, no... —Donald la interrumpió avergonzado.

La muchacha se volvió hacia Donald furiosa.

—¡Oh, vamos! ¡No seas un canalla cobarde! —gritó—. ¿No ves que es por tu propio bien...? ¡Por tu propio bien, estúpido!

—Vaya, vaya, Jean, querida... —dijo Yseut con voz meliflua—. ¡Cualquiera diría que estás celosa...! Pero seguro que una chica lista y bonita como tú no tiene ninguna necesidad de preocuparse por sus rivales. En fin, solo tienes que levantar un dedo y tendrás a Donald a tus pies...

El rostro de Jean parecía congestionado.

—¡Te odio! —exclamó entre sollozos—. Te odio, maldita z... —Y no pudo acabar la frase, pues se derrumbó llorando inconsolablemente.

Rachel se acercó y la agarró con fuerza del brazo.

—Jean —le dijo con firmeza—, voy a necesitar un gran cuadro moderno para el final del primer acto. Bueno, se me ha ocurrido que podrías conseguirme uno que he visto en esa pequeña tienda que hay en Turl Street y que serviría perfectamente: una reproducción de Wyndham Lewis. Sería estupendo que fueras y me lo trajeras ahora mismo.

Jean asintió entre sollozos y salió corriendo del salón, aún llorando. En la puerta casi tropezó con Jane, que asomó la cabeza para gritar:

—¡Acto segundo, empezamos de inmediato, corazoncitos! —y luego añadió, *sotto voce*, solo para Richard—: Dios bendito, ¿pero qué demonios ha ocurrido ahora? —Y desapareció.

—Creo que deberías tener más cuidado, Yseut —le espetó Rachel en un tono gélido—. Un par de escenitas más como esta y toda la compañía estará de uñas contigo, deseando matarte.

—No tengo ninguna intención de debatir mis asuntos privados en público con una niña como esa —contestó Yseut—. Y, en cualquier caso, no es asunto tuyo. Vamos, Donald. Salgamos de este maldito lugar. Al parecer se ha aprobado una nueva norma en las compañías de repertorio: que la amante del director pueda hablarnos de todo lo que le plazca y en el tono que le plazca.

—Lo que esa cría necesita —le dijo Rachel a Nigel cuando Yseut se hubo marchado— es una buena azotaina, ¡maldita sea!

La compañía se reagrupó de nuevo en el escenario, pero cierto desánimo se había adueñado ya del ensayo. La noticia de la escenita de Yseut con Jean había corrido como la pólvora, y el espíritu siempre voluble de la compañía se había sumido en la depresión. Nigel permaneció en el ensayo un rato más, pero se fue discretamente poco antes de la una, y regresó muy pensativo al Mace & Sceptre para comer.

Una semana después se dio cuenta de que algo de lo que había oído aquella mañana le habría permitido descubrir e identificar al asesino.

## 4. UNA CACERÍA DE FANTASMAS

*Rogad por mí, amigos míos, que un viajero  
está llamando apremiante a mi puerta,  
y su figura, aterradora y espantosa,  
jamás, jamás la vi antes...*

NEWMAN

Nigel pasó el resto del día entretenido en distintos asuntos no demasiado interesantes, desde luego. Sus vacaciones estaban resultando de lo más monótonas, en gran medida debido al hecho de que en esos momentos, en Oxford, le quedaban muy pocos amigos. Por otro lado, aquellos a los que había conocido desde su llegada no solo estaban ocupados con su trabajo la mayor parte del día, sino que se llevaban tan mal entre ellos que su compañía generalmente era cualquier cosa menos agradable. Si no hubiera sido por Helen, probablemente habría hecho la maleta y habría regresado de inmediato a Londres. Había confiado en poder salir a comer con Nicholas, pero el joven había abandonado Oxford inesperadamente y no regresaría hasta el día siguiente.

Emprendió un paseo por los viejos lugares de antaño con la esperanza de que al menos despertaran en su espíritu algunos agradables *estremecimientos melancólicos*, pero el periplo se quedó en una caminata carente de cualquier interés. Y cuando las nubes plomizas cubrieron el cielo y una fina y persistente llovizna comenzó a empapararlo todo, se adueñó de él un profundo fastidio y decidió ir al cine. Tras una cena a destiempo, aburrido de todo, se sentó a leer en el salón del hotel, hasta que llegara la hora de ir a buscar a Helen.

La perspectiva de la cita con Helen para su particular cena tardía consiguió levantarle el ánimo. El rumor de su aventura con Richard, que Nigel sacó a colación con tacto de paquidermo, se adueñó de la conversación. Pero Helen lo negó rotundamente y reprochó a Nigel ser tan inocente como para dar crédito a ese tipo de rumores infundados, sobre todo cuando la fuente de dichos rumores era Yseut. Mientras caminaban de regreso al domicilio de Helen, Nigel se puso un poco sentimental. El estado de aparente felicidad en que este regresó al hotel nos lleva a suponer que sus palabras no fueron del todo mal recibidas.

El día siguiente, el día de la gran fiesta organizada por Peter Graham, amaneció con indicios estivales tardíos y con un calor que duraría hasta el final de la semana. Peter Graham, que había pasado el martes bailando sin parar y acosando y molestando sin cesar a Rachel, dedicó la mayor parte del día a los numerosos preparativos. Por la mañana, Nigel lo encontró en el bar, cargado de flores e intentando sablearle un par de botellas de ginebra al camarero.

—¡Cerezas! —gritaba con nerviosismo—. ¡Tengo que llevar cerezas! ¡Y

aceitunas!

Saludó a Nigel con alegría, y lo arrastró casi a la fuerza a comprar con él una gran cantidad de cosas carísimas y completamente innecesarias para la fiesta.

Dentro de lo que cabía —tal y como Nigel admitió más adelante—, fue una buena fiesta. Los momentos desagradables, que los hubo, quedaron difuminados bajo la luz de la neblina alcohólica que impregnaba el ambiente y, en cualquier caso, su experiencia de los días anteriores ya casi le había acostumbrado a esos momentos tan incómodos que parecían constituir la forma habitual de relacionarse de las gentes del teatro. En realidad, a estas alturas, se habría sorprendido si no hubiera ocurrido ningún percance. Sin embargo, el último incidente —si es que puede llamarse «incidente» a algo que pasa totalmente desapercibido— consiguió perturbarlo realmente.

Nigel había pasado las primeras horas de la tarde en el teatro, viendo una obra de la compañía de repertorio en la que unos cuantos hombres y mujeres se enredaban en una compleja red de adulterios sin entusiasmo alguno, acompañados de insípidos comentarios y cócteles de los que abusaban sin mesura. Sin embargo, le gustó ver actuar de nuevo a Yseut y, sobre todo —por distintas razones—, le entusiasmó admirar a Helen; aunque le irritó un poco el descubrimiento de unos sentimientos de orgullo y posesión que lo dominaban cada vez que la muchacha salía a escena. En más de una ocasión tuvo que reprimir el deseo de darle un codazo a su vecino de butaca con el fin de obtener de él una aprobación similar. Pero la trama era tan vulgar y anodina que se aburrió enseguida, y salió del teatro antes de que terminara la obra. Regresó al hotel casi sin detenerse siquiera a pensar cómo demonios acabaría aquel engorroso drama. Sin duda todos los personajes acabarían fatal de los nervios.

Por tanto, Nigel se presentó un poco antes de lo previsto en la habitación de Peter Graham. Se encontró con que solo Nicholas había llegado antes que él, y estaba cómodamente instalado en una esquina: daba la sensación de no tener intención alguna de abandonar su posición antes de que acabara la fiesta. Era evidente que Peter había conseguido hacerse con un extraordinario arsenal de botellas y vasos, y permanecía de pie junto a su botín con aire de propietario satisfecho, animando a Nicholas —innecesariamente, por cierto— a beber todo lo que le apeteciera antes de que llegaran los demás. En cualquier caso, pensándolo más tarde, a Nigel le asombró lo sobrio que Nicholas se mantuvo durante toda la velada. No recordaba haberse cruzado en su vida con nadie a quien le afectara tan poco el alcohol.

Llevaba allí unos diez minutos cuando hicieron su aparición en el salón Robert y Rachel. Peter Graham los recibió con alaridos entusiastas y grandes aspavientos. Un poco después se presentaron en la fiesta dos oficiales del ejército —amigos de Peter— y, más tarde aún, un considerable contingente del teatro, en grupos de dos y tres.

—Nos pediste que invitáramos a todo el mundo... —se excusó Robert—, y me parece que vendrá la mayor parte de la compañía. Excepto Clive —añadió con gesto sombrío—, que ha ido a Londres para ver a su mujer. —La preocupación marital de

Clive estaba empezando a sacarle de sus casillas.

Jean, Yseut, Helen y Donald Fellowes llegaron juntos, rodeados de un séquito de admiradores. Curiosamente, todo parecía transcurrir en paz y armonía, pero, a medida que fue avanzando la velada, Nigel constató que en absoluto se había producido ningún cambio real en la situación. Observó con cierto interés la tendencia de Peter a gravitar desde la órbita de Rachel a la de Jane, una maniobra que llevó a cabo con bastante torpeza, aunque a Rachel se le notaba más aliviada que enojada ante la ausencia de su satélite. El período preceptivo de las conversaciones educadas concluyó finalmente y la fiesta fue derivando hacia una estridente alegría. Algunos fragmentos de conversaciones se elevaban por encima del bullicio general.

—Oh, querida Jane, menuda zorrilla estás hecha...

—Chéjov, te lo aseguro, fue el impulsor de la desintegración del drama con la desintegración del héroe...

—Lo que yo digo es que en mi opinión deberíais representar *Otelo* entero en un jardín...

—... y querían hacer el Wycherley con vestidos modernos, pero se entrometió la Lord Chamberlain...<sup>[5]</sup>

—¿Diana? ¿Dónde está Diana?

—¿Ves ese chico tan feo de allí...? Bueno, querida, que no salga de aquí, pero es...

—Qué asco.

—... es que no hay ninguna posibilidad de revitalizar el drama ahora que el héroe se ha desintegrado...

—Sírvete otra copa, amigo.

—Gracias, ya me he tomado una, amigo.

—Bueno, pues ha llegado el momento de la segunda.

—Gracias.

—... un poco pretenciosa, esta gente, ¿no?

—De verdad que me da un asco insoportable.

—Bueno, salgamos fuera entonces.

—Chéjov..., la desintegración de...

—... una obra increíblemente vulgar sobre una granja con *un gran rebaño de gallinas* por todo el escenario... Dios bendito, era imposible controlarlas. Cada vez que una se metía en un camerino, allí que iban todas, a descansar al número 9...

—... llegamos a Manchester y estaba diluviando, y nos encontramos con que el teatro había sido bombardeado la noche anterior. Así que tuvimos que marcharnos directamente a Bradford y apenas una hora después de que llegara el tren ya estábamos estrenando la obra...

—... así que mi agente le dijo a Gielgud: «Un hombre de mi absoluta confianza. Puede hacer prácticamente cualquier cosa que se le proponga, excepto actuar...».

—Menudos sinvergüenzas, ¿eh, amigo...?

—Oh, bueno, de todo hay en la viña del Señor, ya sabes...

—... y entonces, luego, Shaw reintegró al héroe...

—Ojalá no me diera tanto asco...

Nicholas seguía inmóvil en su rincón, hablando con Richard de la metafísica de Berkeley. Cada vez que una de las jóvenes comenzaba a revolotear a su alrededor, él, con toda la seriedad del mundo, le hacía señas para que se acercara, le plantaba un beso en la boca con igual solemnidad, y luego, con un gesto displicente de la mano, la invitaba a largarse y continuaba con la conversación. El mal humor de Donald Fellowes era evidente. Yseut estaba colgada del brazo de Robert, y le decía:

—Cariño, tienes que ser agradable conmigo esta noche, ¿tienes que ser bueno! ¡Por favor, no me estropees la fiesta, Robert, cariño! ¡Cariño! —A esas alturas ya estaba muy borracha.

Nigel interceptó a Helen a primera hora de la noche y, exceptuando alguna que otra interrupción, se mantuvo a su lado hasta el final. La algarabía y el calor de la sala comenzaban a levantarle dolor de cabeza. El alcohol empezaba a causar estragos, y él no tenía ningunas ganas de verse envuelto en aquella situación. Miró el reloj, se percató de que ya llevaba en aquel salón dos horas, y le propuso a Helen que se largaran de allí.

—En un minuto, cariño. Tengo que encontrar a Yseut..., nunca vuelve sola a casa.

Nigel buscó a Yseut con la mirada y la sangre se le congeló en las venas al verla en mitad de un gran grupo, amenazando a todo el mundo con un pesado revólver.

—¡Mirad lo que he encontrado! —gritaba—. ¡Mirad lo que ha encontrado la nena...!

Peter Graham se abrió paso a codazos entre el corrillo.

—Bueno, ya está, Yseut, cielo... —le dijo—. Será mejor que me des eso: es muy peligroso, maldita sea, ya lo sabes.

—Bobadas... ¡Qué va a ser peligroso...! Si ni siquiera está cargado...

—Da igual, querida, lo mejor será que me lo des. Las armas las carga el diablo... —Le arrebató el revólver, más o menos por la fuerza, y le dijo amablemente—: Y ahora lo llevaremos a descansar a un cajón, con sus amigas las balas, y a otra cosa. ¡Ya está!

—¡Animal! —exclamó Yseut con un gesto mustio. Y luego, de repente, se volvió hacia él e intentó con saña arañarle la cara con sus largas uñas.

—¡Ya vale, ya vale! —El militar la detuvo, sujetándola por las muñecas—. Esto es inadmisibile, ya lo sabes. Qué van a pensar todos estos amigos míos... —añadió, a modo de difusa explicación.

Yseut se puso furiosa.

—¡Suéltame! —gritó, desembarazándose del soldado—. ¡Suéltame, pedazo de... grosero! —Se giró de repente hacia Robert y se colgó de su cuello, rodeándolo con los brazos.

—Cariño —dijo gimoteando—, ¿has visto lo que me ha hecho ese canalla? Ha intentado..., ha intentado... meterme mano, cariño. —Sus gestos eran los de una auténtica loca—. Vamos, ¡pégale, si eres hombre! Vamos, ¡dale a ese cerdo lo que se merece!

Robert, francamente avergonzado, intentó liberarse de sus brazos, pero Yseut estaba tan borracha que se habría caído al suelo si la hubiera soltado. Helen se acercó a su hermana.

—Vamos, Yseut —le soltó sin contemplaciones—. Nos vamos ya. Agárrate a mí. —Consiguió arrastrar a Yseut hasta la puerta, rechazando algunos ofrecimientos de ayuda, más bien vagos y poco entusiastas—. Buenas noches a todos —se despidió Helen con una admirable sangre fría—. Gracias, Peter: una fiesta magnífica. —Y se fueron.

Nigel salió tras ellas para ver si podía echar una mano. Las encontró saliendo de los baños. Yseut estaba pálida, sudando y temblando. Helen, en cambio, estaba sofocada, y parecía sumamente avergonzada cuando lo vio.

—En fin... déjame ayudarte —se ofreció Nigel.

—No, gracias, Nigel. Puedo arreglármelas sola. Tú vuelve a la fiesta y diviértete.

Sin embargo, Nigel las acompañó hasta la puerta del hotel.

—Buenas noches, cariño —le dijo Helen, apretándole la mano—. Si después de esta no se me quitan las ganas de fiesta, no se me quitarán nunca.

—Ha sido bastante desagradable. ¿Estás segura de que puedes apañártelas sola?

—Sí, no está lejos... —E hizo ademán de avanzar y entonces, volviéndose, dijo entre titubeos—: Yseut no es mala, ¿sabes? Solo un poco estúpida.

Una leve sonrisa iluminó su rostro. Dominado por un último impulso, Nigel se acercó a ella y le apretó la mano. El monólogo de Yseut, que seguía colgada del brazo de su hermana, alternaba las bobadas y las frases ininteligibles.

—Que Dios te bendiga, preciosa mía —se despidió. Y luego las muchachas se alejaron.

Cuando Nigel regresó, la fiesta ya estaba empezando a decaer. Los invitados bajaban las escaleras de dos en dos o de tres en tres, bostezando y charlando. Nigel se topó con Rachel, que estaba esperando mientras Robert le daba a Jean algunas instrucciones para la mañana siguiente.

—¿Cómo se atreve esa cría a poner en ridículo a Robert de esa manera, delante de todo el mundo? —exclamó.

—Nadie va a culpar a Robert de nada —contestó Nigel—. ¿Por qué iban a hacerlo? No es culpa suya.

—No creo que le molestara mucho tenerla colgadita del cuello —sugirió Rachel, con una malicia que él no esperaba de ella.

—Bueno, no pensarás que...

Rachel eludió el tema con un gesto de impaciencia.

—Robert es como todos los hombres: para vosotros cualquier cambio es un

cambio a mejor. Pero si él o ella creen que me voy a quedar sentadita y a tolerar...

Se detuvo con brusquedad. Nigel se sintió profundamente incómodo. «¡Otro lío!», pensó. La situación, desde luego, se estaba complicando por momentos.

Después del farrago de las innumerables «buenas noches» y despedidas varias, Nigel y Nicholas se quedaron a solas con Peter Graham. La asombrosa cantidad de bebida que había en el organismo de Peter causó su efecto de golpe. Mientras aún estaban hablando con él, se derrumbó de repente en una silla y comenzó a roncar profundamente. Nicholas suspiró.

—Bueno, supongo que ahora nos toca llevarlo a la cama.

No fue fácil. Cuando volvieron a salir al salón, Nicholas miró a su alrededor con asco, contemplando las botellas vacías, los vasos sucios, las flores deshojadas o rotas, el mobiliario desordenado, una bruma azul de humo de cigarrillos e innumerables colillas, más o menos concentradas en torno a los ceniceros.

—Esto ha quedado hecho un asco. Lo siento por el pobre diablo que tenga que limpiarlo. —Bostezó y se estiró—. Ah... En fin, habrá que ir pensando en dormir, supongo. ¿Nos vamos?

Nigel asintió.

Cuando salieron al pasillo, Nicholas dijo:

—Oh, Dios, tengo un dolor de cabeza espantoso. Si no tomo un poco el aire creo que no podré pegar ojo. Me voy a dar un paseo. ¿Quieres venir?

—No, gracias. Si necesito aire fresco, sacaré la cabeza por la ventana.

—Como quieras —dijo Nicholas amigablemente—. Pero acuérdate de apagar las luces.<sup>[6]</sup> Por cierto... —añadió—, ¿qué te estaba contando esa Rachel antes de marcharse? Me pareció oír algunas críticas a nuestro admirable sexo.

—Las habituales alabanzas en honor de Yseut.

—¡Ah, eso...! —Nicholas no reprimió su risa—. Rachel detesta a esa chica. La pose de «mujer moderna y juiciosa» no engañaría ni a un crío. La odia a muerte.

—¿Es una pose? —se atrevió a preguntar Nigel.

Nicholas se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Esa es la impresión que me da. «Los hombres son todos iguales» —repitió con aire de mofa—. «Para los hombres, cualquier cambio es un cambio a mejor».

—¿Y no es así?

—Cualquier cambio, por muy bueno que sea, siempre será un cambio a peor —sentenció Nicholas con firmeza—. En fin, basta de charla. Que pases buena noche. —Bajó las escaleras.

Nigel regresó a su habitación y comenzó a desnudarse.

Las luces principales de los largos pasillos del hotel hacía rato que se habían apagado; solo unos cuantos pálidos fulgores, muy espaciados entre sí, permanecían vivos aún. Peter Graham gruñía y daba vueltas inquieto en su turbio sueño. En el gran vestíbulo de la entrada, solo una bombilla seguía encendida, colgando solitaria del

techo, mientras el portero de noche dormitaba en su incómodo receptáculo: por eso fue incapaz de ver a la persona que se coló silenciosa y sigilosamente en el establecimiento y subió por las escaleras, hasta la habitación de Peter Graham. El portero, dormido y ausente, tampoco pudo distinguir lo que esa persona ocultaba entre la ropa cuando bajó las escaleras y abandonó el hotel. Las puertas batientes crujieron un poco, y el portero de noche entreabrió los ojos. Luego, como no vio a nadie en el vestíbulo, siguió dormitando. En su habitación, a Nigel se le cayó el botón del cuello de la camisa bajo la mesa del tocador.

—¡Maldita sea! —refunfuñó Nigel.

Se encontraba extrañamente inquieto. Tenía la sensación de que estaba dejando pasar algo importante. Su parte racional le recomendó que olvidara semejantes pensamientos y que se fuera a la cama. Pero aquellos temores infundados y aquella oscura premonición resultaron más poderosos y convincentes que la fría razón. «Esto es una condenada y estúpida cacería de fantasmas», se dijo a sí mismo mientras salía sigilosamente de su habitación en pijama. Dos minutos después se encontraba abriendo la puerta del salón de Peter Graham.

Encendió la luz. Nada había cambiado: la bruma de humo de cigarrillos aún flotaba levemente por el salón, los ceniceros seguían como los habían dejado y la ceniza seguía dispersa por las alfombras. Maldiciéndose por haberse dejado llevar por una loca superstición, se acercó lentamente al cajón donde Peter Graham había guardado el revólver. Cuando abrió el cajón y miró en su interior se le erizó el cabello con una sensación muy desagradable.

El cajón estaba vacío. El revólver y las balas habían desaparecido.

Lo cerró de nuevo y, acuciado por un impulso irreprimible, limpió con el extremo de la manga del pijama el tirador que había tocado. Luego se precipitó hacia la puerta del dormitorio y la empujó ligeramente hasta dejarla entreabierta. Un haz de luz cortó la oscuridad en dos. En el interior de la habitación apenas se oía el sonido de la sosegada respiración de una persona que duerme profundamente. Nigel cerró la puerta con cuidado y regresó a su habitación.

Aquella noche Nigel solo durmió a ratos. A cada poco se levantaba, fumaba y pensaba en lo que había descubierto. Nicholas, cuya habitación se encontraba al lado de la de Nigel, regresó tarde y armó un escándalo horrible —de todo punto innecesario, en opinión de Nigel— al irse a la cama. Pero esa era la menor de sus preocupaciones. En sí mismo no había nada especialmente preocupante en la desaparición del arma, ya que podrían haberla cogido por hacer una gracia, o incluso —se le llegó a pasar por la cabeza— Peter Graham podría habérsela prestado a algún asistente a la fiesta. Sin embargo, él había visto cómo se marchaban todos, y no le había parecido que nadie llevara oculta una pistola... Era un Colt del 38: un arma pesada, bastante aparatosa. Lo único que parecía factible, por tanto —y no resultaba

especialmente agradable—, era que alguien hubiera regresado a las dependencias de Peter Graham, se hubiera colado sin ser visto, después de que acabara la fiesta, y la hubiera cogido; esto es, entre el momento en que Nicholas se fue y el momento en que el propio Nigel había entrado sigilosamente en la habitación del militar. ¿Habría sido el propio Nicholas? Parecía lo más probable, pero, en realidad, podría haber sido cualquiera.

A la mañana siguiente se levantó temprano y bajó a desayunar, preguntándose en qué estado se encontrarían los asistentes a la fiesta que habían estado más animados. Luego, hacia las nueve y media, regresó a su habitación para coger un libro. Pasó casualmente por el pasillo donde estaban las habitaciones de Robert y de Rachel. Aquella circunstancia convirtió a Nigel en parte de un encuentro que a la larga resultaría de enorme importancia. Precisamente cuando estaba frente a la puerta de Rachel, ella salió de la habitación con la idea de bajar a desayunar.

Y fue en ese preciso instante cuando Yseut salió de la habitación de enfrente: la habitación de Robert.

Los tres se quedaron petrificados, mirándose. Para Nigel, en cualquier caso, el significado de la presencia de Yseut en aquel lugar era evidente. Decir que estaba atónito habría sido subestimar por completo su actitud: se había quedado prácticamente estupefacto. Le parecía increíble que Robert hubiera dormido con Yseut aquella noche, sobre todo en vista del estado en que se encontraba cuando Helen se la llevó a casa. ¿Pero qué otra cosa cabía suponer? Aparentemente Rachel era de la misma opinión, y la expresión de su rostro no resultaba en absoluto agradable. Además, la aparición de Yseut conmocionó a Nigel profundamente por otros motivos: iba muy desaliñada, con una blusa y unos pantalones corrientes, llevaba un bolso y un pequeño cuaderno rojo en la mano; y en sus ojos brillaba una expresión que se diría a medio camino entre el temor y la satisfacción que resultaba especialmente repelente.

Los tres se quedaron mirándose los unos a los otros en silencio durante unos instantes. Luego, Yseut, con un ligero resoplido de hastío, se esfumó escaleras abajo. No se pronunció ni una sola palabra en aquel pasillo.

Rachel hizo ademán de querer ir a la habitación de Robert, pero Nigel la sujetó por el brazo.

—No creo que sea lo más inteligente —le dijo.

Después de una pausa casi imperceptible, Rachel asintió y siguió los pasos de Yseut por las escaleras para abandonar el hotel.

Nigel continuó por el pasillo en dirección a su habitación, francamente desconcertado. Todo aquello resultaba inconcebible e incomprensible. Las palabras de Troilo acudieron a su mente casi sin pensar.

¡Oh, pensamiento enloquecido,  
que afirmas lo que dices y lo contrario!  
¡Maestro de la doblez!, donde la razón puede girar

sin enloquecer, y la locura asume toda la razón  
sin moverse apenas...

Por supuesto, todo aquello no era de su incumbencia. Y, por supuesto, no pensaba meter la nariz en semejante embrollo. Sin embargo, el vicio de la sospecha y la especulación se había instalado en su interior, y un temor indefinido seguía escondido y agazapado en lo más recóndito de su conciencia. Solo con mucha dificultad consiguió convencerse de que debía pensar en otros asuntos.

Volvió a ver a Yseut poco después.

Llevaba desde las diez sentado en el bar con Robert, con quien estaba manteniendo una conversación que le resultó extraña y confusa. Alrededor de las diez y diez había llegado Donald Fellowes, había dejado un montón de partituras de música para órgano encima de un radiador y se había sumado a ellos. No resultaba una compañía muy agradable aquella mañana: de hecho, parecía haber recaído en una especie de estado de permanente enfurruñamiento. Se incorporó a la conversación como si solo hubiera un interlocutor, dirigiéndose exclusivamente a Nigel. Semejante actitud solo consiguió que Robert —que un par de días antes se habría limitado a encontrarlo divertido— se sintiera extraordinariamente furioso. Y como hablaba sobre todo de música, un tema del que Nigel sabía más bien poco y deseaba saber aún menos, la conversación pronto se convirtió en una serie de breves monólogos ocasionales. Los tres evitaron obstinadamente tocar asuntos personales, lo cual permitió eludir casi por completo cualquier referencia a la fiesta, salvo unos cuantos comentarios convencionales y difusos. Y Donald obviamente estaba de resaca.

El ensayo de aquella mañana no comenzaba hasta las once. Después de su asistencia a las primeras lecturas, Nigel no había vuelto al teatro para ver la evolución de la obra y, en cualquier caso, no se sentía muy inclinado a repetir antes del ensayo general.

—Haremos un descanso de una hora para almorzar —le comentó Robert—, y continuaremos por la tarde.

—¿Te importaría decirle a Helen que me encantaría verla, si quiere comer conmigo? Estaré aquí, en el salón del hotel, a partir de las doce.

—¿A Helen? Sí, desde luego.

Fue entonces cuando Yseut entró en el bar. Iba tan desaliñada como cuando Nigel la había visto por primera vez aquella misma mañana, y aún llevaba su bolso y el cuaderno rojo. Nigel observó que, cuando la muchacha apareció, en el rostro de Robert se dibujó una expresión de pánico, e incluso comenzó a levantarse con la intención de abandonar el lugar. Entonces, de repente, como si se hubiera dado por vencido, se volvió a sentar, aunque parecía extraordinariamente incómodo. «Teme que esa mujer vuelva a colgarse de su cuello en público y que desvele todo el pastel con sus desagradables insinuaciones», pensó Nigel. Y añadió una nota a pie de página

en su discurso: «Y eso será exactamente lo que haré». Yseut cruzó una mirada con Robert en la que había una extraña mezcla de triunfo y desafío, esparció sus cosas por ahí y se dirigió resueltamente a la barra sin dejar de contonearse. Ninguno de los tres hombres hizo ademán de ir a buscarle una bebida, pero ella los miró fijamente mientras pedía un *brandy* y regresó con él en la mano.

—Bueno, bueno, mis chicos... —dijo—, ¿cómo os encontráis después de la juerga de anoche? Pobre Donald, pareces un poco macilento.

—Creo que sería más adecuado que nosotros te hiciéramos esa pregunta a ti —contestó Nigel secamente.

—¿Me excedí mucho anoche? —preguntó riéndose de un modo muy poco convincente—. Bueno, solo se vive una vez, como dice ese refrán tan aburrido. Yo... eeh... me he pasado por tu habitación esta mañana, Robert, cielo. Una pena que ya no estuvieras allí. Nuestro querido Nigel me ha visto salir, y me temo que habrá supuesto cosas horribles. Y Rachel también andaba por allí. Es una lástima que haya tenido que toparme precisamente con ella: yo que me creía discreta... —Cogió el vaso con una mano temblorosa y se bebió la mitad del *brandy* de un solo trago—. En fin, de todos modos ya encontré lo que quería. —Y sonrió con un gesto zalamero.

—Estupendo —dijo Robert—. Y, como tú dices, es una pena que no nos viéramos.

—No importa... cariño.

(«Ya empieza con las zalamerías», pensó Nigel con semblante sombrío).

Robert añadió:

—Ahora que lo pienso, hoy no te voy a ver en el ensayo, pero supongo que hay algo de lo que te gustaría hablar conmigo...

Yseut levantó las cejas.

—¿A mí, cariño? Nada en absoluto. Hablas de un modo misterioso... ¿a que sí, Nigel? Como si quisieras pasarme un cheque por un chantaje. Aunque si lo hicieras, seguro que a estos chicos no les importaría mucho. Pero, claro, yo no voy a aceptar cheques ni a chantajear a nadie. Eso sería completamente estúpido y, además, es mejor, mucho mejor, que toda la verdad salga a la luz.

—¿De qué estás hablando, Yseut? —preguntó Donald con brusquedad.

—De nada, querido. Solo estaba bromeando. Una broma entre nosotros.

—Bueno, yo tengo que irme ya —murmuró Donald con gesto malhumorado.

—Oh, ¿de verdad, Donald? ¿Vas a practicar con el órgano? Bueno, muy bien. Diviértete.

Donald se levantó, cogió sus partituras y se quedó allí plantado durante unos instantes, observándola. Luego, con un brusco movimiento, dio media vuelta y se fue. Yseut sonrió al verlo marchar.

—Un chico encantador —dijo—, pero quizá un poquito antisocial. Permittedme que os traiga otra ronda.

Nigel se levantó automáticamente.

—¿Qué estabais tomando? ¿*Whisky* y vino blanco? Acompáñame a la barra, Nigel, y ayúdame a traer las copas.

De camino hacia la barra, Yseut siguió mirando continuamente hacia atrás, por encima del hombro, sonriendo a Robert. Cuando llegaron al mostrador, Yseut se dio la vuelta, se apoyó en la barra y dejó que Nigel se ocupara de pedir las bebidas.

Por desgracia, justo cuando el camarero les estaba sirviendo el *brandy* de Yseut, el vaso se le resbaló de las manos y salpicó el mostrador. Consiguió cogerlo casi al vuelo y apartarlo, pero no fue lo suficientemente rápido para impedir que el *brandy* manchara la blusa de Yseut.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Estúpido inútil! ¡Por el amor de Dios, dame algo para limpiarme...!

Nigel le ofreció su pañuelo, incapaz de sentir la más mínima lástima por el incidente, y pidió otro *brandy* mientras ella restregaba la blusa sin ningún resultado positivo. De repente Nigel empezó a sentirse francamente mal —sin duda eran los efectos retardados de la fiesta—, y muy muy muy harto de Yseut y de todo lo que tuviera que ver con ella. Se apoderó de él un ataque de malhumorada exasperación: «Ojalá Dios dejara que se mataran los unos a los otros», pensó.

Regresaron con las copas adonde estaba Robert: curiosa y oportunamente, Yseut había olvidado pagarlas. Nigel se percató de que lanzaba miradas furtivas a su alrededor, como si estuviera buscando algo, y luego se ponía rígida y encendida de furia. Miró a Robert con unos ojos tan llenos de odio que las lágrimas acudieron a ellos, muy a su pesar.

—¡Maldito seas! —vociferó. Y literalmente lanzó la copa sobre la mesa, agarró su bolso y se largó.

Robert parecía completamente desconcertado.

—¡Por Dios bendito! —exclamó—, ¿pero qué demonios...?

Nigel gruñó y se sentó.

—¡Que se largue con viento fresco! —dijo con apatía, y engulló de un trago su *whisky* doble. Como era obvio, con aquel gesto solo consiguió sentirse peor que antes, así que suspiró aliviado cuando apareció Rachel y entendió que podría excusarse con más naturalidad. Obviamente, Rachel quería hablar a solas con Robert, y la conversación fue convencional y vacía hasta que Nigel se levantó y se fue.

—No olvides darle mi mensaje a Helen, por favor —le dijo.

—¿Tu mensaje? —contestó Robert con gesto distraído—. Ah, sí, claro, claro, por supuesto. No, no lo olvidaré.

—Hasta luego, entonces.

Rachel le dedicó un simulacro de sonrisa.

—*Arrivederci* —dijo Robert.

—*Arrivederci* —repitió Nigel, y se fue.

«Menuda despedida más hipócrita —se reprochó cruelmente a sí mismo mientras cruzaba las puertas batientes y salía a la calle, dispuesto a dirigirse al St. Christopher

—: si en realidad estaría encantado si no volviera a verles en lo que me queda de vida. Ahí se arranquen la cabeza unos a otros como animales. Ahí se maten a tiros unos a otros con revólveres robados, y maldita sea si me importa algo lo que les ocurra. Pero no creo que tengan agallas para hacer nada semejante. Todo lo que hacen es superficial y convencional y completamente estúpido. Bah: no tienen agallas».

Pero Nigel estaba equivocado. Porque en esos momentos, desde los límites de la razón, los chacales y las hienas regresaban a sus guaridas, y los lobos comenzaban su cacería sigilosa, merodeando en círculos que se estrechaban progresivamente hasta el punto en que cayeran sobre su víctima, que gritaría y forcejearía impotente, para acabar con ella para siempre. Las discusiones y las peleas se convirtieron, por una mágica e ignota alquimia, en terror físico, en una agonía real y en una muerte violenta. Aquella tarde Nigel abandonó Oxford y volvió a Londres. Regresó a la noche siguiente y oyó un disparo.

La siguiente vez que vio a Yseut... estaba muerta.

## 5. CAVE NE EXEAT

*He visto fantasmas que eran como hombres  
y hombres que eran como fantasmas, perdidos y errantes.*

THOMSON

**L**a intuición —dijo Gervase Fen con firmeza—. Al final todo se reduce a eso: la intuición.

Observó con atención a sus invitados, allí reunidos, como si estuviera retándolos para que alguno de ellos se decidiera a contradecirle. Pero nadie lo hizo. Para empezar, estaban en su residencia del *college*, y todos ellos habían estado disfrutando sin moderación del vino de la Senior Common Room que Fen había pagado, así que resultaba un tanto desconsiderado discutir sus opiniones. Además, hacía muchísimo calor, y Nigel no se sentía en absoluto predispuesto a hacer nada que no fuera estar allí dormitando tranquilamente.

Eran las ocho de la tarde del viernes, y solo hacía tres horas que había llegado de Londres, en el abominable trayecto ferroviario que conducía hasta Oxford. Estaba cansado. Estiró las piernas y se dispuso a escuchar todo lo que Fen tuviera que decir respecto a su tema favorito.

El salón era grande, y ocupaba de esquina a esquina el ala sur del segundo claustro del St. Christopher; daba al jardín por un lado y al citado claustro por el otro. Estaba en el primer piso, y se accedía a él por un tramo de escaleras que partía desde un pasadizo abierto que conducía directamente al jardín. Estaba amueblado con austeridad, aunque resultaba acogedor, y las paredes de color crema —que parecían particularmente claras debido al verde oscuro de las alfombras y las cortinas— estaban decoradas solo con unas cuantas miniaturas chinas y unas cuántas hileras de libros meticulosamente ordenados en estanterías bajas que ocupaban todos los muros de la sala. Sobre la repisa de la chimenea había algunos recuerdos antiguos y bustos de los grandes literatos ingleses; en el extremo norte, un monumental escritorio estaba sepultado por un caótico desbarajuste de libros y periódicos. La esposa de Fen, una sensata mujercilla con gafas llamada Dolly —nombre que no le pegaba nada—, se encontraba sentada a un lado de la chimenea, donde refulgían algunas ascuas —sin que hubiera necesidad ninguna, dado el calor otoñal oxoniense—, mientras el propio Fen había encontrado acomodo en el otro extremo. Entre ellos, en corro y espaciados, estaban Nigel, *sir* Richard Freeman y un viejísimo catedrático llamado Wilkes, que se había sumado a la tertulia sin ninguna razón particular algunos minutos antes. Cuando el viejo se presentó allí, Fen había sido extraordinariamente desagradable con él (aunque la verdad es que como norma habitual era desagradable con todo el mundo. Nigel lo consideraba una consecuencia natural de su vitalidad monstruosa y

excesiva).

—Ah, tú... ¿Qué quieres? —le había preguntado Fen a su viejo compañero. Pero Wilkes no le había contestado: simplemente se acomodó y exigió su *whisky* con la decisión de quien tiene previsto pasar un buen rato en un lugar y retirarse tarde—. Me da bastante rabia que hayas aparecido por aquí, ¿sabes? —había añadido Gervase—. Me temo que a la gente le resultas un aburrimiento y un auténtico pelmazo. —Es imposible precisar si aquella observación se refería a los allí reunidos o al mundo en general.

Sin embargo, Wilkes, que estaba como una tapia, no se sintió intimidado, ni siquiera aludido, por todos aquellos comentarios, y simplemente sonrió con amabilidad a todos los reunidos, al tiempo que repetía su exigencia de que le trajeran un *whisky*. Fen se lo sirvió, con evidentes gestos de dolorosa reticencia, y a partir de ese momento se contentó con proferir acibaradas puyas y con susurrar insultos contra el viejo, para desazón y embarazo de todos los presentes, excepto la señora Fen, que al parecer estaba bastante acostumbrada a aquella conducta y solo decía: «Ya vale, Gervase», en un tono de monótona reprimenda, casi automática, cada pocos minutos.

Estaba anocheciendo. De un lado, la difusa perspectiva de Inigo Jones; por el otro, el amplio recuadro de césped flanqueado por árboles y parterres floridos que comenzaban a confundirse entre las sombras. En el horizonte, tres reflectores antiaéreos comenzaban a formar sus complejas figuras trigonométricas. Mientras, en el claustro, un pequeño grupo de universitarios alborotadores estaba cantando una canción estudiantil con una letra que habitualmente no aparece en las versiones impresas de la misma.

Sir Richard Freeman tosió con gesto desaprobatorio cuando Fen se entregó a su logomaquia particular; ya lo había escuchado mil veces antes. Pero Fen hizo oídos sordos a esas leves insinuaciones y continuó con su irreprimible verborrea, procurando explayar lo más posible sus ideas.

—Como te digo siempre, Dick —explicaba—, el arte detectivesco y la crítica literaria realmente son la misma cosa: intuición; ese desgraciado y degradado elemento de nuestras modernas seudofilosofías... En cualquier caso —añadió, prescindiendo con reticencia de la digresión que él mismo había formulado—, ese no es el asunto central. El asunto central es que, para decirlo sencilla y claramente, la relación entre las distintas claves (yo diría la naturaleza de la relación entre una clave y otra) en la labor detectivesca se le ocurre a uno exactamente de la misma manera a como surge el conocimiento de la relación que hay entre, digamos, Ben Jonson y Dryden, en la crítica literaria: y poco importa si se trata de un proceso lógico o de una facultad completamente *extrarracional*.

Se detuvo, dejando traslucir sus propias dudas, y percibiendo tal vez una inherente debilidad en su formulación, pero dio media vuelta rápidamente y regresó a las regiones más seguras de la verborrea abstracta.

—Luego, una vez que se te ha ocurrido la idea, puedes trabajar en ella para

aplicarla al texto... o a las claves de las que se disponga. Naturalmente, uno puede equivocarse, pero siempre existe la lógica para confirmarlo o refutarlo. De ello se sigue —dijo, sonriendo con alegría y moviendo los pies con su habitual inquietud— que aunque los detectives no necesariamente son buenos críticos —e hizo una indicación displicente hacia *sir* Richard—, los buenos críticos, si se preocupan por adquirir el equipo técnico elemental requerido en el trabajo policial —aquí *sir* Richard protestó con un gruñido—, son siempre buenos detectives. Yo, por ejemplo, soy un magnífico detective —concluyó modestamente—. En realidad, soy el único crítico literario que se ha convertido en detective a lo largo de toda la ficción literaria.

Los allí congregados consideraron aquella reivindicación en silencio durante algunos minutos. Pero cualquier comentario que hubiera podido surgir al respecto fue acallado de inmediato por el repentino timbrado de uno de los dos teléfonos que Fen tenía en su escritorio. Se puso de pie como uno de esos muñecos que saltan con un resorte en las cajas sorpresa y avanzó a grandes zancadas en dirección a su mesa. El resto permaneció sentado con esa clase de embarazo que resulta del hecho de verse obligado a escuchar una conversación telefónica privada. Wilkes comenzó a cantar la obertura del *Heldenleben* de Strauss, lo que le obligó a subir el tono tres octavas y media, de lo cual se derivaron los más estrafalarios ruidos y sonidos guturales. Un eco fantasmal, como una radio o un gramófono, acompañaba a Wilkes desde el exterior, y por eso a Nigel se le pasó por la cabeza que el viejo catedrático no debía de estar tan sordo si era capaz de escuchar aquella lejana melodía y seguir la canción. La voz de Fen podía oírse por encima de aquella algarabía, increpando al teléfono:

—¿Quién?... Sí, claro, desde luego. Dígale que suba directamente. —Colgó el auricular y regresó a su asiento frotándose las manos con nervioso entusiasmo—. Era de la portería —explicó—. Es Robert Warner, el dramaturgo, que sube ahora porque quiere verme. Estoy encantado de tener la oportunidad de que me cuente qué siente cuando escribe y cómo comienza a escribir.

Un suspiro general de consternación se extendió por la sala: la costumbre de Fen de interrogar a la gente hasta la exasperación, inquiriendo hasta los más nimios detalles de sus trabajos, no era precisamente una de sus características más agradables.

—Nosotros, los críticos literarios, debemos acudir a lo fundamental, a los orígenes, ya sabéis —añadió. Luego miró detenidamente a Wilkes y le dijo con gesto compungido—: ¿Y no preferirías irte ya, Wilkes? Me temo que la conversación va a estar por encima de tus posibilidades.

—No, no preferiría irme —replicó el anciano Wilkes con repentina brusquedad—. Si acabo de llegar... ¡Por el amor de Dios, hombre, siéntate ahí y estate quieto de una vez! —chilló.

Aquello amilanó de tal modo a Fen que no tuvo más remedio que sentarse y hundirse malhumorado en su butaca hasta que, unos instantes después, apareció Robert Warner.

El dramaturgo saludó amablemente a Nigel y fue presentado a los demás, y durante todo el proceso mantuvo una llamativa sangre fría, mientras Fen iba de un lado a otro buscando una silla para él y una copa. A continuación le ofreció un cigarrillo de su pitillera con tal torpeza que la mitad de los cigarrillos se cayeron al suelo. Todos los presentes se apresuraron a recogerlos, con tal entusiasmo que, cuando terminaron, estaban agotados y con el rostro congestionado, así que permanecieron durante unos instantes en silencio, recuperándose. Aquel silencio lo rompió inesperadamente Wilkes, exclamando con decisión:

—Ahora os voy a contar una historia de fantasmas.

—¡No, no...! —gritó Fen, levantándose aterrorizado—. De verdad, no es necesario, Wilkes. Seguro que podemos mantener una conversación sin llegar a esos extremos.

—Creo que resultará muy interesante —añadió Wilkes, como una amenaza inexorable—, no solo porque guarda relación con el *college*, sino porque da la casualidad de que es un hecho real. Aparte de eso, al contrario que la mayoría de las historias de fantasmas reales, resulta apasionante y un poco terrorífica también. Pero, claro, si os aburre... —Y se quedó mirando con ojos de cordero degollado a los allí reunidos.

—No, seguro que no nos aburre —dijo *sir* Richard, consiguiendo que Fen le dedicara una mirada de furibunda hostilidad—. Personalmente, necesito un poco de tranquilidad —añadió entre bostezos—. Echar una cabezadita...

—Todos lo necesitamos... —dijo Nigel, y añadió apresuradamente—: Un poco de tranquilidad, quiero decir.

—Entonces, ¿os parece bien si empiezo a contaros la historia? —preguntó Wilkes.

Murmullos difusos, completamente indistinguibles.

—¿Seguro que no os importa?

Más murmullos, quizá más difusos.

—Muy bien, entonces. Hasta cierto punto, este cuento está basado en mis propias experiencias personales. Por aquel entonces yo aún era estudiante (a finales del siglo pasado) y aunque el pequeño escándalo que se formó se mantuvo casi en secreto, yo conocí personalmente a algunos de los implicados. Por supuesto, en aquellos tiempos no había sociedades de investigación psíquica; quiero decir que, aunque Sidgwick y Myers habían fundado una en 1882, tenían aún muy poco crédito, y me da la impresión de que una investigación en ese sentido, crucifijos y pentagramas mediante, no habría hecho más que empeorar (todavía más) la situación. Tal como estaban las cosas, el presidente del *college* en aquella época, *sir* Arthur Hobbes, adoptó el punto de vista más sensato y actuó conforme al sentido común (aunque si acertó con esta decisión es algo que nunca llegaremos a saber). Desde luego, desde entonces no ha ocurrido jamás nada parecido, pero quizá en un futuro no muy lejano o en algún otro lugar le esté aguardando la sorpresa a alguien por segunda..., no, por

tercera vez.

Wilkes se detuvo, y Nigel echó una ojeada a su alrededor para ver la expresión de los demás. Fen, que hasta ese momento no había parado de moverse, estaba ahora como petrificado. *Sir* Richard permanecía recostado con los ojos cerrados y con las manos entrelazadas. Robert fumaba mientras escuchaba con atención, pero a Nigel le daba la impresión de que su mente se encontraba ocupada en asuntos mucho más importantes. La señora Fen continuaba encorvada sobre su labor. Wilkes continuó:

—Todo comenzó cuando tiraron una pared de la antecapilla, la cual, como sabéis todos, está situada en la esquina noreste del presbiterio, en la capilla del *college*. Precisamente la capilla se estaba restaurando por aquel entonces, y las obras corrían a cargo de un arquitecto (no del todo incompetente) de Londres, que al final la dejó tal y como está ahora. Desde luego, en aquella época la estructura estaba sumamente debilitada, y no podía dejarse así, y en términos generales se le hizo poco daño a la original belleza del edificio. En cualquier caso, se respiraba cierta inquietud por la conservación del lugar, debido a nuestro vergonzante, frenético e infinito deseo moderno de preservación (un símbolo, sin duda, de la conciencia plena de nuestra incapacidad para crear nuevas formas de arte). De todos modos, no creo que ninguno de los profesores o del comité de la capellanía pusiera objeciones a las reformas, a excepción del viejo Dr. Beddoes, que se oponía a todo por costumbre y cuyas aportaciones fueron ignoradas convenientemente.

»La historia de los edificios del *college* está poco y mal documentada, y aquí siempre hemos creído que uno de nuestros rectores, durante el reinado de Carlos I, había encargado que se construyese dicha antecapilla para utilizarla como sepulcro para él y su numerosa familia. En términos generales, esta teoría resultó ser cierta, excepto por el hecho de que la antecapilla no fue construida por un rector del *college*, sino que ya existía aunque se trataba también de un edificio reformado, en parte, sobre una construcción más antigua, posiblemente el vestidor de los monjes benedictinos cuyo monasterio estuvo situado originalmente en este emplazamiento, y del cual aún sobreviven algunos pocos vestigios repartidos entre el claustro norte y la capilla. En todo caso, la demolición del revestimiento de la pared norte de la antecapilla —que se vino abajo, según dijeron los obreros, con inusitada facilidad en cuanto empezaron a picar— dejó a la vista otra pared mucho más antigua, con una única losa de mármol bastante tallada en el centro que en ningún caso podía ser posterior al año 1300. Por supuesto, aquel hallazgo causó una gran conmoción, y la gente interesada en este tipo de descubrimientos acudió desde los cuatro puntos cardinales de Oxford para verlo, aunque se dice que el capellán, que seguía oficiando los servicios religiosos en la nave durante la restauración, protestaba por todo y se quejaba de que, por culpa de las obras, la capilla estaba siempre helada y húmeda y, de hecho, cayó enfermo de bronquitis unos días después, así que los servicios religiosos tuvieron que ser oficiados por el rector del *college*, al que se le daban tan mal estos menesteres que con bastante frecuencia la liturgia y el artículo 34<sup>[7]</sup> se

quedaban en nada o eran un auténtico desastre.

»La plancha de mármol a la que me refería se había llevado allí bastante más tarde, y contenía cuatro breves inscripciones... o, más bien, tres inscripciones y un añadido posterior hecho con cal o pintura. Lo primero que se podía leer era la fecha: 1556; lo cual indicaba que había sido colocada en ese lugar durante el tiempo de las persecuciones. A continuación, un nombre: Johannes Kettenburgus. El bibliotecario, un hombre muy instruido en los registros del *college*, no tardó en dar con la referencia precisa de un tal John Kettenburgh, estudiante del *college* en 1554 y partidario entusiasta del partido reformista. En fin, tal y como se podía deducir de la documentación que se conservaba de aquellas fechas, el tal John había sido perseguido por todo el *college* por una caterva de ciudadanos y estudiantes enfurecidos (al parecer había publicado sus opiniones en un tono un tanto agresivo), que le dieron caza y lo golpearon hasta la muerte junto a una de las paredes de la capilla. Podéis consultar en el registro los documentos que narran estos hechos, si queréis, en cualquier momento, aunque desde luego a estas horas estará cerrado. No se sabe lo que les ocurrió a los asesinos, pero presumiblemente, y dadas las circunstancias, nada parecido a un castigo ejemplar. Se supone que la placa se incorporó al muro cuando la reforma anglicana se impuso finalmente, aunque de todos modos no se menciona nada al respecto en ningún documento.

Wilkes se tomó otro respiro, y a Nigel repentinamente le sobrevino la visión de una nítida y nauseabunda imagen de un joven apaleado como un animal acosado junto al muro de la antecapilla, del crujido de los huesos de las muñecas y los dedos al romperse, y del golpe final que se descargó contra el lateral del cráneo y clavó todas sus astillas en el interior del cerebro. A pesar del calor de la noche, Nigel sintió un repentino escalofrío, y se alegró de notar la confortable presión del cómodo y amplio sillón contra su espalda.

—Pero la inscripción más interesante era la tercera —continuó Wilkes—. Consistía simplemente en unas breves palabras: «*Quaeram dum inveniam*», lo cual significa, supongo, «Buscaré hasta que lo encuentre». Por último, la cuarta inscripción, garabateada con una caligrafía mucho más moderna, y aparentemente trazada a toda prisa, decía: «*Cave ne exeat*».

—No lo dejes salir —tradujo Nigel.

—Exactamente. ¿A quién o qué? Eso no lo especificaba, como comprenderéis, y aunque más adelante llegamos a sospechar la respuesta, nadie pudo llegar a una conclusión definitiva, excepto que parecía bastante obvio que el recubrimiento de la pared ya había sido derribado en una ocasión anterior, y que la cuarta inscripción era fruto de un añadido que se había hecho en dicha ocasión, antes de volver a levantar el muro de nuevo. Un profesor del Magdalen College, que era especialista en este tipo de cuestiones, identificó la escritura como propia del siglo XVIII (a partir de la caligrafía y el material utilizado, aunque no recuerdo los detalles en este momento); y el bibliotecario empleó el poquísimo tiempo libre que le quedaba en estudiar la

ingente cantidad de documentación y registros relacionados con ese período.

»No ocurrió nada de importancia durante algunos días, salvo que los obreros mostraron una incontenible repugnancia a trabajar en la antecapilla, y uno de los chicos del decanato tuvo un ataque de histeria una mañana durante el *venite*<sup>[8]</sup> y, aunque tuvieron que sacarlo de allí a la fuerza, posteriormente se mostró incapaz de explicar el origen de tal alteración. Además, el polvo del yeso que se levantó cuando se derribó el muro resultó bastante rebelde, y se negaba a asentarse aunque apenas había corrientes de aire en la capilla, y siempre sobrevolaban aquel espacio humos y nubes de yeso, y parecía como que se espesaran y se hicieran más densos cada día que pasaba; así que los servicios de bomberos se dieron por vencidos, al no saber a qué atribuir aquellos humos, para enorme disgusto del capellán, que tenía sus propias opiniones al respecto, y que insinuó desde su lecho de dolor que al menos habían servido para avisar y prevenir a todos los residentes, pero fue educadamente ignorado.

»Luego le llegó el turno al señor Archer, el deán, un respetable hombre que pertenecía a la vanguardia intelectual de aquellos años. Su *vanguardia* consistía en una adhesión absoluta e inquebrantable al racionalismo, y una concomitante admiración a hombres como Spencer, Darwin, “B. V.” o William Morris.<sup>[9]</sup> Sus lecturas favoritas, supongo, eran el trabajo de Gibbon sobre el cristianismo y las partes más solemnes de Voltaire, así que no resultó extraño que mostrara poco interés en la restauración de la capilla y se limitara a apuntar *sotto voce* que, si la demolieran por completo, no lo consideraría una gran pérdida. Cierta noche (y esto solo lo sé por un profesor que era íntimo amigo suyo) en que se había quedado leyendo hasta tarde, tras sacudir la última pipa que se había fumado antes de irse a dormir, apagó la luz y miró por la ventana que daba al jardín. Era una noche apacible, con escasas nubes y una luna pálida y anémica (expresión que, si no me equivoco, tomó de unos versos de Shelley) y, de repente, algo extraño le llamó la atención. Cuando se le preguntó más tarde, solo consiguió explicar que le había dado la impresión de que hubiera gente diseminada por todo el jardín embarcada en una búsqueda feroz. Los arbustos oscilaban como empujados por repentinas corrientes de aire y su mirada, fascinada y horrorizada a un tiempo, pudo detectar una especie de movimiento irregular desde un extremo a otro (como si hubiera personas que lo recorrieran de punta a punta): algo que le resultó demasiado sistemático e intencional para ser únicamente producto del viento y para... resultar agradable. Naturalmente, en aquel momento se sintió aterrorizado, aunque dice mucho de su valor que permaneciera donde estaba en vez de salir huyendo de allí y buscar una compañía más agradable que lo que quiera que hubiera en el jardín. Tras unos minutos, su valor y serenidad obtuvieron su premio. Vio surgir una oscura figura entre los arbustos, en el extremo más alejado de la explanada de césped, y vio cómo aquella figura miraba a su alrededor y comenzaba a correr a grandes zancadas en dirección al *college*. A medida que la figura se aproximaba, pudo distinguir el rostro congestionado por el pánico de Parks, el

estudiante que ejercía de organista en aquel momento. El muchacho alcanzó el edificio del *college* y se puso a salvo por fin, y cuando Archer volvió a fijar su mirada en el jardín, este parecía haber recobrado su aspecto habitual, nada se movía. Solo por el rabillo del ojo creyó advertir algo blanco que parecía tendido junto al muro sur de la capilla, justo por la parte que daba al jardín. Pero cuando, con alguna reticencia, sacó la cabeza por la ventana para examinar aquel fenómeno con más detenimiento, entendió que, si había habido algo allí antes, ya había desaparecido.

»Y bien, ¿qué debía hacerse entonces? Era ya más de la una y media, y resultaba bastante evidente que Parks tenía la costumbre de utilizar caminos poco habituales para entrar en el *college*, tales como la pared alta y almenada de los muros exteriores, al fondo del jardín. Llegados a ese punto, y tal y como se habían desarrollado los acontecimientos, un expediente disciplinario le proporcionaría una buena excusa para descubrir de qué huía o qué lo había aterrorizado tanto...

»Tal vez debería mencionar que esta sala, donde nos encontramos ahora, era la habitación del deán en aquella época, y que entonces, como ahora, las dependencias que hay debajo de esta, las que ocupa nuestro organista Fellowes, estaban destinadas al maestro organista.

Fen emitió un gruñido. Nigel lanzó una rápida mirada a través de la ventana a la que probablemente Archer había estado asomado aquella noche, alrededor de cincuenta años atrás, y se sintió más inquieto de lo que jamás hubiera creído posible. En esos momentos, la sala ya se encontraba prácticamente a oscuras; sin embargo, a nadie se le ocurrió encender la luz. Nigel deseaba ardientemente que alguien lo hiciera.

—En fin, Archer bajó a ver a Parks y, para resumir una historia bastante larga, lo encontró pálido y temblando, pero recobrando poco a poco su confianza y serenidad. Admitió abiertamente que había estado fuera, en una fiesta, bebiendo cerveza, y que había entrado al *college* saltando el muro del recinto. Pero cuando le presionó para que revelara qué era lo que le había asustado tanto, se mostró bastante incoherente y muy poco dispuesto a hablar de ello. Al parecer, había escalado la parte exterior del muro sin especial dificultad (Archer tomó nota de esta circunstancia y se propuso tomar cartas en el asunto más adelante), pero al saltar desde lo alto hacia el interior, hacia el jardín, casi estuvo a punto de aterrizar sobre algo o alguien que estaba esperándolo allí abajo, y de lo cual no podía decir más que tenía huesos y dientes, que algunos de los huesos parecían estar rotos, y que se había movido arrastrándose, aferrándose a una de sus piernas y tirando de él. El joven suponía que se debía a que no había logrado darle alcance, aunque Archer, que había visto la persecución, prefería reservarse su opinión sobre el particular.

»En resumidas cuentas, el caso es que Archer regresó a su dormitorio, un poco preocupado (porque dejaba a Parks solo durante la noche cuando él mismo no estaba precisamente encantado de quedarse solo también), pero, por otro lado, convencido de que aquel extraño suceso había sido una casualidad y de que, en cualquier caso, no

había nada que temer. Leyó un capítulo de Bradlaugh antes de apagar la luz, pero dicho autor no consiguió transmitirle la presencia de ánimo habitual, y le costó conciliar un sueño que, a decir verdad, fue bastante agitado. A la mañana siguiente, Parks parecía estar ya perfectamente recuperado en cuerpo y alma, e incluso dispuesto a presumir un poco de su aventura, dado que el deán había descartado la posibilidad de un castigo. Sin embargo, aquella misma noche, a altas horas, se oyó un terrible alarido procedente de su habitación. Naturalmente, la ayuda no tardó en llegar, con Archer al frente del tropel, pero fue demasiado tarde. Lo encontraron con la cabeza aplastada a palos, aunque no había ni rastro del arma homicida.

—¡Santo Dios! —exclamó *sir* Richard—. ¡Un asesinato!

—Si lo quiere llamar así, sí. Al parecer, todos sus gritos, o lo que pudo distinguirse de ellos, se reducían a una palabra: «*Arce*», lo cual, si la memoria no me falla, significa algo como «apártate de mí». Y, en realidad, todos aquellos que lo oyeron estaban de acuerdo en admitir que tal era la palabra que gritaba, aunque nadie podía siquiera imaginar o sospechar por qué lo gritaba en latín, o a qué se enfrentaba para decirlo en esa lengua, porque ni siquiera era estudiante de clásicas. Solo puede suponerse que se había visto afectado o impresionado por las inscripciones de la capilla (y, en efecto, era cierto que había mostrado un gran interés por ellas) y que después de su aventura de la noche anterior había utilizado la palabra como una especie de talismán ante otro encuentro semejante. Se afirmaba, creo recordar, que dicha palabra desempeñaba un importante papel en el ritual de exorcismos mágicos, y puede que el joven imaginara que gritar esa palabra podría serle de alguna utilidad, aunque, por desgracia, en aquella ocasión no le sirvió de nada.

—¿Y llegó a descubrirse algo? —preguntó Nigel.

—Naturalmente hubo una investigación policial, pero no se sacó nada en claro, y el veredicto del forense fue que se había tratado de un asesinato cometido por una o varias personas desconocidas.

—¿Y cuál es su opinión?

Wilkes se encogió de hombros.

—Yo comparto la opinión de las autoridades del *college*. Tras unas brevísimas consultas, ordenaron que se volviera a tapiar el muro, cosa que se hizo de inmediato, y que la advertencia anónima del siglo XVIII fuera trasladada a una pequeña placa en el exterior, donde se encuentra actualmente. El bibliotecario, por cierto, descubrió un breve registro de la primera demolición (que se llevó a cabo para facilitar la instalación de un nicho), y parece ser que, aparte de la última muerte, algo por el estilo había ocurrido también por aquel entonces. Le pregunté al capellán, un hombre que sentía un venerable respeto por el malvado Satanás, así como una gran preocupación (más normal) por la Omnipotencia, cuál pensaba él que podía ser la razón de esas persecuciones y crímenes. «Hay una referencia en la Biblia —me contó escuetamente— que habla de alguien que iba buscando algo que devorar». Pero se negó a explayarse en el asunto o a comentarme nada más. Creo que su espíritu

anglicano estaba conmocionado ante la idea de que las uvas tempranas de su religión se hubieran tornado vinagre, como si dijéramos.

—¿Y no ocurrió nada más? —preguntó Robert.

—Nada más, excepto que, para sorpresa de todos, el deán comenzó a asistir a los oficios en la capilla y, según creo, acabó sus días como un devoto hombre de iglesia. Oh, hay aún una cosilla que tal vez debería haber mencionado: en el documento que refiere la muerte de John Kettenburgh se dice que el cabecilla de la banda de asesinos era un tal Richard Pegwell, que era el organista por aquella época. Pero, claro, yo no puedo decir si eso guarda alguna relación o tiene alguna importancia en el caso.

Todos permanecieron en silencio mientras Fen procedía al preceptivo «apagón», cerrando todas las contraventanas y encendiendo las luces. Robert se levantó, se acercó a él y le susurró una pregunta sobre la dirección y ubicación de los servicios más cercanos.

—Baja las escaleras y a la derecha, amigo mío. Pero vuelves luego, ¿no?

—Claro. Solo será un momento. —Robert asintió y abandonó la estancia.

—Una historia muy agradable —dijo *sir* Richard—. O todo lo contrario: una historia muy desagradable. ¿Qué piensa usted, señora Fen? Estoy seguro de que es usted la más sensata de todos.

—Yo creo que ha sido una gran historia —opinó la señora Fen—. Y muy bien contada, señor Wilkes. Pero parece como..., si me perdona la expresión, como demasiado pulcra y artificial para ser cierta. Como decía el señor Wilkes, los fantasmas reales son bastante tímidos y aburridos, aunque, por lo que a mí respecta, ni me he cruzado nunca con uno ni tengo ganas. —Y, tras este breve discurso, volvió a su labor.

Fen la observó con el orgullo triunfal y sentimental del dueño de un perro cuya mascota ha conseguido mantener una galleta en equilibrio sobre su nariz.

—¡Exactamente lo mismo que pienso yo! —exclamó. Y luego, mostrando cierta desconfianza, añadió—: Por cierto, Wilkes, ¿cómo es que yo jamás había escuchado esa historia? No te la estarás inventando, ¿no?

Para sorpresa de Nigel, Wilkes negó con la cabeza.

—No —insistió—, no me la he inventado. Todavía quedan algunas personas vivas, aunque son pocas, que podrían confirmarla. Como acabo de decir, todo se llevó con la más absoluta discreción. Seguramente por eso no habrás oído hablar de ello.

—¿Y usted cree que hay alguna posibilidad de que la... la cosa... vuelva a suceder? —preguntó Nigel, un poco avergonzado. Con el fulgor luminoso de las bombillas eléctricas aquella pregunta sonó bastante más estúpida de lo que habría podido parecer solo unos cuantos minutos antes, en plena oscuridad.

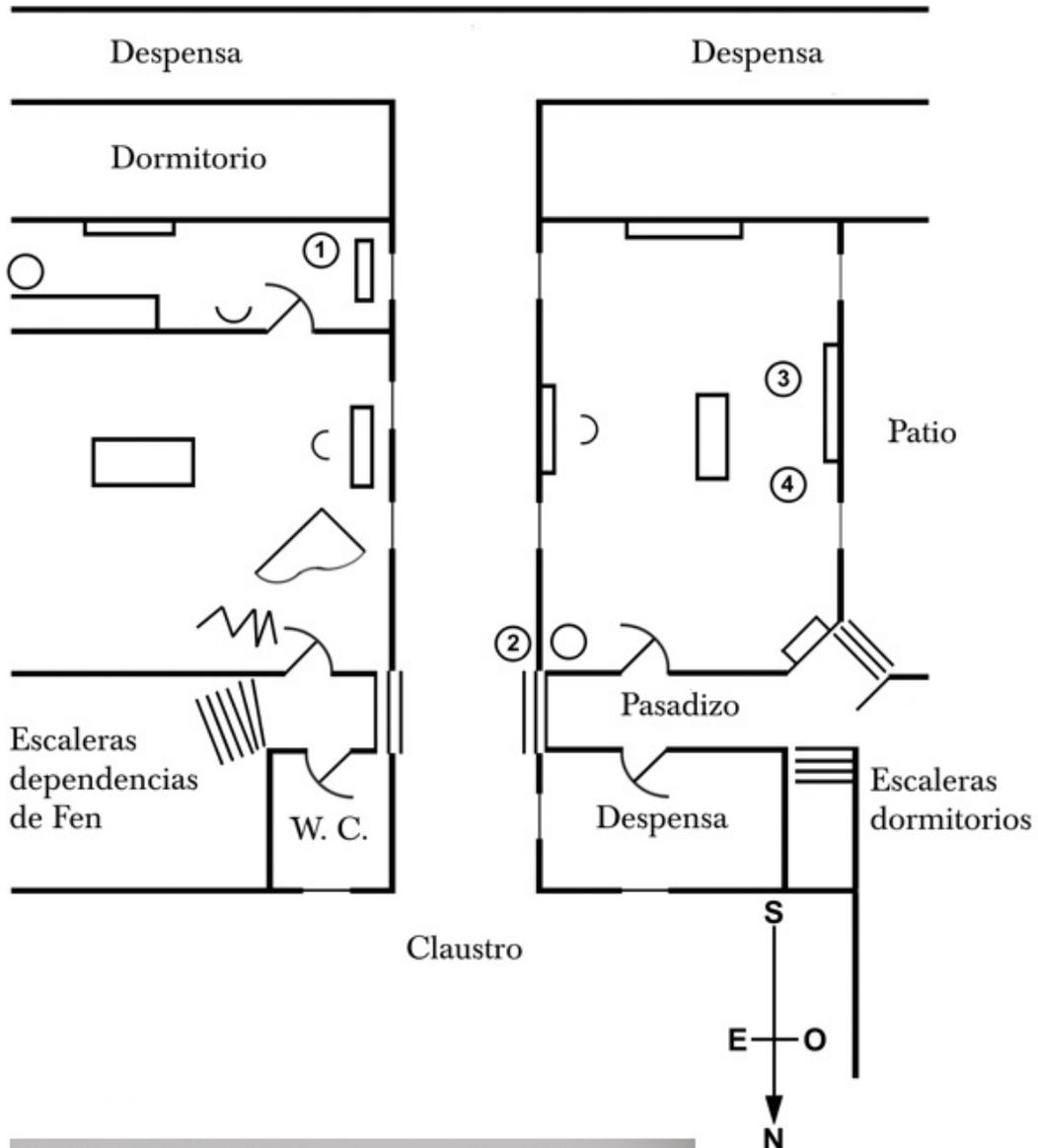
Pero Wilkes se la tomó muy en serio.

—Quizá no del mismo modo. La gente todavía se asusta con los sucesos paranormales, pero en términos generales siempre creen que pueden encontrar una explicación racional. Posiblemente todo sería completamente diferente esta vez. Al

fin y al cabo, lo esencial del caso fue el asesinato, y poco importa cómo se produjera. Un asesinato siempre engendra más asesinatos: es decir, que las deudas nunca se saldan. Y John Kettenburgh, si uno lo piensa bien, tiene muchas deudas que cobrarse aún. Así que me atrevo a decir que tal vez algún día..., de algún modo...

Y fue en ese momento cuando se oyó el disparo.

## Jardines



1. Posición del cuerpo de Yseut.
2. Situación de Williams.
3. Situación de Donald Fellowes.
4. Situación de Nicholas Barclays.

[Volver a nota 45](#)

## 6. ADIÓS, BENDICIÓN DE LA TIERRA

*La desnudez de la carne sanguinolenta e inerme,  
la extrema desnudez de las calaveras con su ofensiva mueca,  
el esqueleto asexual que burla mortaja y paños mortuorios.*

THOMSON

La sala se había quedado tan silenciosa y callada que durante unos breves instantes el ruido pareció ensordecedor. Solo cuando se hubo recobrado de su inicial estupefacción, Nigel se dio cuenta de que el ruido procedía del piso de abajo: de las dependencias de Donald Fellowes. Sumado a la historia que habían estado escuchando, aquel sonido no resultaba precisamente sugerente.

Incluso el flemático *sir* Richard se puso de pie repentinamente y dijo:

—Habrà sido alguno de tus estúpidos estudiantes, que andaràn armando algún lío, ¿no, Fen?

—Si es eso —amenazó Fen, levantándose con decisión—, se van a enterar. Tú espera aquí, querida —le dijo a su esposa—. Iré yo y averiguaré qué es lo que ha pasado.

—Te acompaño —dijo *sir* Richard.

—Yo, también —terció Nigel, cometiendo un error gramatical en solo dos palabras.

La mujer de Fen asintió y volvió a su labor. Wilkes no dijo nada, pero se quedó mirando embelesado las mortecinas ascuas del fuego. Cuando los tres hombres abandonaron la sala, parecían muy decididos y sonrientes. —Así fue como lo expresó Nigel más adelante—. *Sir* Richard se quitó el reloj y se volvió hacia Nigel.

—¿Qué hora tienes? —preguntó.

—Las 8:24, exactamente —contestó Nigel tras echar un vistazo al suyo.

—Bien. Hace un minuto que ha sonado ese ruido, como mucho. Las 8:23 es la hora justa.

—¿No está usted anticipándose un poco? —preguntó Nigel.

—Por si acaso —le contestó *sir* Richard escuetamente. Y siguieron a Fen escaleras abajo.

Ya en el rellano se encontraron con Robert Warner, que estaba saliendo del baño con una ridícula expresión de ansiedad dibujada en su rostro.

—¿Qué demonios ha sido ese estallido? —preguntó—. Me pareció que sonaba como un disparo.

—Eso es precisamente lo que intentamos averiguar —contestó Fen—. Creo no equivocarme si digo que el ruido procedía de ahí.

La puerta de la estancia que había a su izquierda, con el cartel Mr. D. A. Fellowes

escrito en blanco, en la parte superior, estaba medio abierta. Fen la empujó suavemente para abrirla del todo, se adentró en el salón, y los otros tres siguieron sus pasos. A primera vista, nada en la estancia llamaba la atención. Como la mayoría de las salas de los colegios universitarios, estaba amueblada de un modo austero y escaso, y el rasgo distintivo era un gran piano de cola situado a la derecha de la entrada. A la izquierda había un biombo, cuya función presumiblemente era impedir las corrientes de aire, una característica que, tal y como bien recordaba Nigel, solía ser habitual y constante en la mayoría de las habitaciones de los *colleges*. (Un vistazo rápido le permitió averiguar que no había nada ni nadie oculto detrás de dicho biombo). Junto a la ventana, un poco más allá del piano, había un escritorio; y también una mesita baja, con un par de incómodas sillas a su lado, en mitad del salón, sobre una alfombra bastante ajada; y la chimenea, a la izquierda, estaba flanqueada por un par de sillones tapizados en cretona. Un único objeto más completaba el mobiliario: una enorme librería que acogía en una balda algunos libros, y en otra, un montón de partituras, himnarios, libros de salmos y de servicios religiosos. Las paredes, desagradablemente revestidas en roble oscuro, disimulaban a duras penas su macilento aspecto con unas reproducciones diminutas de pinturas modernas: el efecto que provocaba la polvorienta atmósfera de la sala era de profunda tristeza. Pero, por otro lado, la estancia era típica de los *colleges* de Oxford, y como no había nadie dentro, ni Donald Fellowes ni ninguna otra persona, Nigel no hizo más que echar un vistazo y se apresuró a seguir a Fen y a *sir* Richard, que ya se encaminaban a la habitación del fondo, donde se encontraba el dormitorio. Nada más traspasar una puerta entreabierta, se encontraron en una estancia fría, incómoda, con apariencia de ataúd, amueblada con más austeridad que el salón, si cabe. Pero, por el momento, ninguno de ellos se detuvo en semejantes detalles.

Porque junto a la puerta había un hombre mirando a Yseut Haskell, que yacía en el suelo con un agujero negro en el centro de la frente y con la parte superior del rostro totalmente ennegrecida y casi chamuscada.

Como la mayoría de la gente, Nigel se había preguntado muchas veces cómo se sentiría ante una escena en la que se hubiera producido una muerte violenta. Y, como la mayoría de la gente, había concluido que se mantendría tranquilo, sosegado, casi indiferente. De modo que la parte consciente de su mente se encontró totalmente desprevenida ante el repentino ataque de náuseas que se apoderó de él cuando descubrió aquella figura inmóvil y sin vida en el suelo. Retrocedió rápidamente hacia el salón, y se sentó en una silla, ocultando la cara entre las manos. En medio del incontrolable torbellino de pensamientos y sospechas, oyó a *sir* Richard decir, con una urbanidad que en aquel momento le resultó excesiva e impropia:

—¿Le importaría decirme quién es usted y qué hace aquí? Fue una voz familiar y temblorosa la que respondió:

—*Sí señor*, por supuesto, y el profesor aquí presente confirmará lo que voy a decirle. Mi nombre es Joe Williams y ando reparando el muro de piedra que hay ahí

enfrente, pasado el arco del pasadizo. Estaba yo precisamente ahí, guardando lo que se dice las herramientas y preparándome ya para irme a casa, cuando oí ese maldito estallido del demonio... (me perdonen la expresión), y enseguida me planté aquí como un rayo para ver qué pasaba. Debo de haber llegado, me parece a mí, como un minuto antes que los caballeros, ustedes.

—No habrá tocado usted nada, ¿no?

La voz replicó con cierta indignación.

—Ni por pienso. Pero le he echado un buen vistazo a la habitación, y a la otra, y no hay nadie más en ninguna de las dos, a menos que esté escondido en ese armario de ahí. Y pueden estar seguros de que no le he quitado el ojo de encima. Desde que yo estoy en esta alcoba no ha entrado ni ha salido nadie. Es así como lo digo, ¿a que sí, profesor?

—Williams dice la verdad, Dick —aseguró Fen—. Lleva años trabajando para nosotros, en chapuzas varias por todo el recinto, y no creo que sea de los que sufren ataques de maníaco homicida.

—No, yo no.

—Da la luz, Fen —ordenó *sir* Richard.

—Recuerda que todo tiene que estar apagado —recordó con gesto compungido Fen.

—Oh, maldito «apagón». No debemos tocar nada en absoluto.

—Corre las cortinas.

—Oh, bien, de acuerdo.

Nigel distinguió el ruido de las cortinas al correr sobre el riel de la ventana, y a través de la puerta entreabierta un haz de luz se proyectó en el salón dividiendo en dos la estancia. Se levantó como impulsado por un resorte y se apresuró a correr las cortinas del salón, al tiempo que se preguntaba si al hacerlo estaba destruyendo pruebas importantes para la dilucidación del crimen.

Desde el dormitorio le llegó la voz de *sir* Richard:

—Bueno, tengo que llamar a la comisaría inmediatamente. ¿Dónde hay un teléfono?

—Arriba, en mis dependencias —contestó Fen—. Llama a conserjería y te pondrán en contacto con la comisaría. Lo mejor será que les digas a Wilkes y a mi mujer lo que ha pasado, pero no los dejes bajar. Dile a Dolly que, si prefiere esperarme, yo subiré en cuanto pueda. Y respecto a Wilkes, que se vaya a casa. Ese viejo pesado...

—De acuerdo. No le quites ojo a todo esto mientras estoy fuera y, por el amor de Dios, no armes líos.

—Yo nunca armo líos —respondió Fen secamente.

—Williams, lo mejor será que vaya a la conserjería y espere allí. Tendremos que interrogarle luego.

—Muy bien me parece —dijo Williams alegremente—. Aún falta una buena hora

y media antes de que cierren. A lo mejor puede usted hablar conmigo antes — propuso.

—Dígale a Parsons de mi parte que le dé una cerveza de la despensa —dijo Fen.

—Oh, gracias, señor. Muy bien. —Y, tras esta frase, Williams abandonó el dormitorio. Se detuvo al ver a Nigel en el salón y lanzó un silbido—. Bueno bueno, ¡que me aspen si no es el señor Blake! ¿Cómo está usted, señor? ¡Cuánto tiempo! Encantado de volver a verle, ¡ya lo creo!

—Estoy bien, Williams, gracias. ¿Y tú?

—Podría estar peor, señor, podría estar peor. Sigo por aquí dando la lata, como suele decirse. —Luego, bajando la voz, añadió—: Un asunto feo, este, señor. Y una preciosidad la nena, además. Amiga del señor Fellowes. La he visto por aquí muchas veces. Hacía solo veinte minutos que había llegado, y me dio las buenas tardes más simpáticas que pueda usted imaginar.

—¿La vio entrar usted aquí? Eso puede ser importante.

—Sin duda, señor, sin duda. De todos modos, no debo hablar con nadie del caso antes de contárselo todo a la policía, supongo. No creo que les dé mucho trabajo. Es un suicidio: claro como el agua.

—¿Eso es lo que cree?

—¿Y qué otra cosa podría ser? Nadie ha entrado ni ha salido de estas estancias en la última media hora, salvo ella. Y no creo que le pegaran un tiro por la ventana, porque estaba cerrada cuando yo entré en el dormitorio.

Nigel notó que un profundo sentimiento de alivio se apoderaba de él.

—Me alegra escuchar eso, ya lo creo —dijo—. Eso significa que no hay nadie más involucrado.

—Sí, eso es cierto. Pero ¿qué podría haber inducido a esa muchacha a hacer semejante cosa? Una chica tan bonita, y tan educada... Eso es lo que siempre me pareció, sin ninguna preocupación en este mundo, podría decirse. Bueno, tengo que irme ya. Nos vemos después, señor, seguro. —Saludó y salió, bajando con aquellas pesadas botas los peldaños y adentrándose en el claustro.

Al menos un hombre había conservado un buen recuerdo de Yseut, pensó Nigel con amargura. Debía de haber muy pocos conocidos suyos que lamentaran su muerte. Se preguntó dónde andaría Donald, y cómo se tomaría semejante noticia. Luego se acercó al dormitorio para reunirse con los demás, aunque por el momento se cuidó muy mucho de volver a mirar el cadáver de Yseut.

Fen y *sir* Richard mantenían una conversación en voz baja. Robert Warner permanecía a su lado, mirando fijamente a su alrededor con aire profesional. Cuando Nigel se percató de su presencia volvió a sentir una ligera turbación. Habían estado juntos en las dependencias de Fen menos de cinco minutos antes, pero el impacto de ver a Yseut había conseguido que todo lo anterior casi hubiera desaparecido de su

mente. Se atrevió a mirar de nuevo el cadáver, y sintió cierto alivio al comprobar que no se reproducían los mareos y las náuseas de la vez anterior.

*Sir Richard* se volvió hacia *Robert*.

—No quiero retenerle aquí sin necesidad, señor *Warner* —le dijo educadamente para indicarle que sobraba allí.

—Oh, lo siento... —contestó *Robert*—. Naturalmente..., no querrán que ande mucha gente dando vueltas por aquí. Es solo que, bueno, esto es una verdadera conmoción y siento que..., bueno, me siento en cierto modo responsable de la chica.

—¿Sabe usted quién es? —preguntó *sir Richard* con brusquedad.

—Oh, sí. Se llama *Yseut Haskell*. Es actriz en el *Repertory Theatre*.

—Entiendo —dijo *sir Richard* con algo más de cordialidad—. En ese caso, sin duda podrá echarnos una mano. Pero de todos modos le agradecería que no se quedara aquí. Tal vez no le importe esperar en el despacho de *Fen* un momento. Yo no puedo hacer nada hasta que lleguen mis agentes. Puede fumarse el tabaco de *Fen* y beberse su *whisky* si quiere: estoy seguro de que no le importará.

—No, no, claro: acomódese como si estuviera en su propia casa —añadió *Fen* distraídamente. Estaba deambulando por el dormitorio, observando con gesto sombrío el mobiliario—. Estas dependencias son muy húmedas —murmuró—. Habría que hacer algo al respecto. Hablaré con el administrador.

—Y usted, señor *Blake*... —*Sir Richard* se dirigía ahora a *Nigel*.

—Oh, no, no, no... No eches a *Nigel* —saltó *Fen*—. Quiero que monte guardia aquí conmigo. Supongo que... —continuó con gesto pensativo—, supongo que me permitirás contar con alguna ayuda.

*Sir Richard* esbozó una sonrisa maliciosa.

—Desde luego. Pero no creo que haya mucho que investigar en este caso. Es obvio que se trata de un suicidio.

—¿Ah, sí? —preguntó *Fen*, observando a *sir Richard* con curiosidad—. De todos modos, echaré un vistazo por aquí, si no te importa.

—Haz lo que quieras. Tengo que ir a llamar por teléfono. No dejes que entre nadie. —Y desapareció escaleras arriba acompañado por *Robert*.

En ese momento, por vez primera, *Nigel* tuvo ocasión de observar con detenimiento todo lo que le rodeaba. *Yseut* estaba tumbada sobre un costado, con las piernas dobladas, con el brazo izquierdo aplastado bajo su cuerpo, con el derecho estirado y con la palma de la mano hacia arriba. En un dedo llevaba un anillo con un diseño raro y curioso. Junto al cadáver había un revólver grande, de un tono azul metalizado. Llevaba puesto un abrigo marrón oscuro y una falda verde, zapatos marrones y medias de seda; pero, al parecer, en el momento de su muerte no llevaba sombrero ni guantes ni bolso. Yacía delante de una cómoda, y uno de los cajones del mueble estaba abierto mostrando todo su contenido revuelto y desordenado; y sobre la cómoda había un pequeño espejo de mano, un cepillo y un peine, y un frasco de loción para el cabello de aspecto bastante caro. El resto del dormitorio revelaba pocas

cosas significativas para la inexperta mirada de Nigel: una cama, un lavabo y un armario, una alfombra junto a la cama, una mesita de noche con una lámpara, un libro y un cenicero con un par de colillas, y varios zapatos viejos estaban desparramados por toda la habitación. Una camisa colgaba de mala manera del respaldo de una silla, a los pies de la cama. El olor a pólvora aún flotaba en el ambiente. La ventana, al parecer, estaba cerrada, pero en ese momento nadie se acercó a comprobarlo.

Así que Nigel centró su atención de nuevo en lo que quedaba de Yseut. Era curioso, pensó, cómo la muerte le había arrebatado toda su personalidad. Y, sin embargo, no era raro: porque su personalidad se había centrado exclusivamente en su sexo, y ahora que la vida había desaparecido, también eso se había desvanecido, dejando de ella una estructura de materia, neutra e irrelevante, repentinamente patética. Aquella chica *había sido* atractiva. Pero aquel «había sido» no era una declaración convencional del hecho de la muerte. Era más bien la sincera constatación de que, sin vida, el cuerpo más hermoso se convierte en un objeto carente de interés. No somos cuerpos, pensó Nigel, somos vidas. Y, curiosamente, en aquel preciso instante fue consciente de una nueva y firme certeza acerca de la naturaleza del amor.

Contempló el cadáver de nuevo. Recordaba a Yseut cantando y bailando. Se le vinieron a la cabeza las palabras de Helen: «No es mala, ¿sabes? Solo es un poco estúpida». Y con toda su alma, y a pesar de las molestias que aquella chica había causado, deseó que volviera a la vida.

Sí, pero morimos, y no sabemos dónde vamos;  
y yacemos fríos e inmóviles, y solo para pudrimos...<sup>[10]</sup>

Igual que para Claudio el hecho de la virginidad no había sido nada comparado con el hecho de la muerte, así para Nigel cualquier otra consideración palideció ante aquello. Negó con la cabeza, enfadado consigo mismo: no era momento de citas literarias. Si Yseut había sido asesinada... Observó inquisitivamente a Fen, exigiéndole una explicación, pero aquel hombre, sospechando la pregunta no formulada, se limitó a decir sin comprometerse en exceso:

—Parece un suicidio. —Y prosiguió con su desorientada investigación del suelo en torno al cadáver.

*Sir* Richard regresó frotándose las manos.

—Tu mujer va a esperar arriba —le dijo a Fen—. La he dejado hablando con Warner. Y he conseguido que Wilkes se largue a sus dependencias. La policía llegará enseguida, en cuanto puedan, y con ello se pondrá fin oficialmente a mi responsabilidad, gracias a Dios.

Fen asintió. Y luego dijo de repente:

—¿De dónde demonios sale ese ruido? ¡Nigel, ve y dile a esa gente que cierre el pico!

Nigel se dio cuenta de que «Los trabajos de paz del héroe»<sup>[11]</sup> estaban

desgarrando con un trompeteo insoportable el silencio nocturno. Aparentemente esa barahúnda procedía de la habitación de enfrente. Se había olvidado de la radio que había oído a primera hora de la noche. Salió de la habitación y, en el pasillo, llamó con los nudillos a la puerta que tenía delante. Entonces, convencido de que si había una respuesta jamás la oiría por culpa del estruendo, simplemente abrió la puerta y entró sin más.

Se quedó helado al descubrir que los dos ocupantes de aquella habitación eran Donald Fellowes y Nicholas Barclay. Sentados tranquilamente en sus respectivos sillones frente al fuego, escuchaban un aparato de radio que se encontraba sobre una mesa. Nigel se detuvo en seco al verlos, y Nicholas interpretó una elaborada pantomima exigiéndole que permaneciera en silencio, pero Nigel le contestó con un gesto de desprecio e impaciencia.

—¡Yseut está muerta! —exclamó, con innecesaria virulencia, y añadió dirigiéndose a Donald—: ¡En tu habitación! Y, por el amor de Dios, apaga ese aparato: ¡no puedo escuchar ni lo que digo! —Nicholas lo apagó.

—Bueno, bueno, bueno... —fue su único comentario.

Donald permaneció en silencio. No manifestó reacción alguna, o al menos ninguna que Nigel pudiera identificar, salvo quizá cierta palidez en su rostro.

—¿Qué quieres decir? ¿Muerta? —murmuró—. ¿Y por qué está en mi habitación?

—Le han pegado un tiro en la cabeza.

—¿Asesinada? —preguntó Nicholas, y añadió cruelmente—: No puedo decir que me sorprenda. ¿Y a ti, Donald? —preguntó con aparente curiosidad.

—No, maldita sea, no me sorprende.

—Todos los indicios apuntan al suicidio —dijo Nigel.

Donald mostró por vez primera un asomo de auténtica emoción.

—¿Suicidio? —repitió extrañado.

—Pareces sorprendido.

Donald se ruborizó y comenzó a tartamudear.

—Yo..., bueno..., no era muy querida, ya sabes... Y tampoco parecía de esa clase de personas... que se suicida. —De repente se cubrió el rostro con las manos—. Ay, Dios mío... —murmuró.

La situación se volvió incómoda para Nigel y fue incapaz de encontrar nada sensato que decir.

—Supongo que tendría que ir... —dijo Donald a continuación.

—Supongo que puedes hacer lo que te parezca. Es tu habitación. Y, de todos modos, seguro que la policía querrá hacerte algunas preguntas cuando lleguen.

—¡Oh! —exclamó Nicholas—. Entonces, ¿aún no han llegado? ¿Cuándo ocurrió todo?

—Hace unos diez minutos. En estos momentos *sir* Richard está al mando, y Fen le está ayudando.

Nicholas apretó los labios y comenzó a hablar con solemnidad:

—Ese pesado, el detective del *college*, ¿no? Así que piensan que fue un suicidio. Hace diez minutos. Eso debió de ser el ruido que oímos, Donald. Pero en ese momento «La batalla» estaba montando tal escándalo que ni siquiera nos dimos cuenta; y me dijiste que el ruido lo causaba un grupo de estudiantes de segundo que andaban haciendo el tonto por el claustro y los pasillos. ¿Crees que la policía querrá hablar conmigo? —le preguntó finalmente a Nigel—. ¿O puedo irme a casa?

—Supongo que tarde o temprano querrán hablar con todos los que mantuvieron alguna relación con Yseut. Así que puedes quedarte o irte...

—No iré —interrumpió Donald de repente—. No quiero..., no quiero... ver...

—Está bien, amigo —asintió Nicholas—. Nos quedaremos aquí y nos consolaremos el uno al otro. Y si alguno de los dos intenta escaquearse y coger el próximo barco a Ostende, el otro podrá detenerlo. Nos vemos luego, Nigel.

Nigel asintió y salió de allí. Las reacciones de ambos, pensó, habían sido normales y típicas: la frivolidad de Nicholas era la habitual. Sin embargo, le llamó la atención la escasa sorpresa con la que ambos habían acogido la noticia. Era casi como si la hubieran estado esperando.

Cuando regresó a la otra habitación, Nigel encontró a Fen y a *sir* Richard en el salón, esforzándose por simular que estaban haciendo algo, aunque hasta que el doctor, la gente de huellas dactilares y el fotógrafo no hubieran concluido su trabajo, prácticamente no había nada que pudieran hacer. Nigel les contó los detalles de la conversación que había mantenido con Nicholas y Donald, y *sir* Richard, después de unas cuantas preguntas relacionadas con sus identidades y sus relaciones con Yseut, asintió y aprobó las recomendaciones que Nigel había sugerido a los dos amigos.

—Desde luego, no podemos vigilar a todo el mundo —dijo—, y si hay algún otro responsable de la muerte que no sea la propia chica, estarían locos si intentaran largarse y huir.

Un cuarto de hora después llegó la policía y se les puso al tanto de la situación. El inspector, un hombrecillo atento de mirada aguda y voz ronca llamado Cordery, formuló las preguntas habituales y echó un breve vistazo por allí. Luego se enfrascó en una conversación con *sir* Richard, mientras los sargentos que se ocupaban de las huellas dactilares y de las fotografías continuaban con su trabajo. El forense, un hombre alto, lacónico y de voz profunda, hizo una inspección superficial del cuerpo y luego esperó pacientemente a que los otros concluyeran.

—Tomaremos todas las huellas dactilares —había dicho el inspector—. Pero de momento, naturalmente, no vamos a tener nada con qué comparar, salvo las huellas de la chica.

El informe preliminar del doctor fue claro y conciso.

—Murió hace entre veinte minutos y media hora, aproximadamente —advirtió—. La causa de la muerte es la obvia, a menos que haya venenos desconocidos para la ciencia e indetectables a simple vista. La bala seguramente estará alojada en la parte

de atrás del cerebelo. Me da la impresión de que el ángulo de penetración es prácticamente horizontal. No podré decirles más hasta que no examine el cadáver con más detenimiento. Y, por supuesto, tendremos que hacer la autopsia.

Nigel, que había permanecido durante un par de minutos observando a uno de los sargentos que trabajaban con el polvo dactilar, con los cepillos de pelo de camello, las placas de cristal y todos aquellos ungüentos de desagradables olores, enseguida comenzó a aburrirse, y se dio media vuelta para conversar con Fen.

El cambio que se había producido en su amigo Fen, se dijo, era asombroso. Su habitual frivolidad, ligeramente fantasiosa, había desaparecido por completo, y en su lugar solo había una gélida y formidable concentración. *Sir Richard*, que, por experiencia, ya sabía de las fluctuaciones anímicas que se producían en su amigo, se alejó un poco del lugar donde este conversaba con el inspector y lanzó un suspiro. Durante el proceso atravesaba siempre los mismos estadios (y este se repetía siempre que estaba particularmente concentrado en algo, ya fuera una investigación o cualquier otro asunto): cuando no estaba interesado en lo que ocurría, se sumía en una especie de histrionica alegría terriblemente irritante; cuando, por el contrario, descubría algo importante, entraba en una virulenta espiral de melancolía, al modo de aquella jovencita cuya tontuna la indujo a sentarse en un acebo;<sup>[12]</sup> y cuando la investigación por fin concluía, la tristeza que lo invadía le duraba varios días, hasta que finalmente se recuperaba. Y, como es obvio, aquellas costumbres perversas y camaleónicas solían sacar de quicio a las personas que lo rodeaban.

El sargento que se ocupaba de las huellas dactilares asomó la cabeza por la puerta del dormitorio.

—¿Qué hacemos con la ventana, señor? —preguntó, dedicando una mirada indiferente al resto de los presentes—. ¿Me pongo con ella?

—Sí, sargento —ordenó *sir Richard*—, tome también las huellas de la ventana. Hay que impedir que durante la noche alguien venga y lo estropee todo. Olvide el apagón. No ha habido ninguna alerta, y yo asumo toda la responsabilidad. Pero acabe tan pronto como le sea posible.

—Como usted diga, señor —contestó el sargento, y volvió a desaparecer en el interior del dormitorio. Un instante después, al descorrer la cortina, un haz de luz se elevó hacia el cielo de Inglaterra. Un piloto de la Resistencia francesa que pasaba por allí meneó la cabeza contrariado. «*Le black-out anglais...*», se dijo con el gesto de quien ve confirmadas sus peores sospechas.

No transcurrió mucho tiempo antes de que se hubieran recogido todas las huellas dactilares del lugar. Entonces le tocó el turno al doctor, que procedió a realizar un segundo examen del cadáver, más completo y detallado. Antes de que accediera a la habitación, sin embargo, Fen se acercó a él y murmuró algo en voz baja. El doctor dirigió una inquisitiva mirada a *sir Richard*.

—No hay ningún problema, Henderson —le comunicó *sir Richard*—. El profesor está ayudándonos en este caso.

El médico asintió y desapareció en el interior del dormitorio. El segundo examen no le llevó mucho tiempo.

—No hay mucho más que añadir —apuntó cuando volvió a salir—. Unas ligeras abrasiones en la pierna izquierda y en la parte izquierda de la cabeza, causadas presumiblemente por la caída. Nada más que pueda deducirse por el momento. —Se giró hacia Fen—. Y estaba usted en lo cierto: los ligamentos de ambas rodillas están extraordinariamente tensos.

El inspector miró asombrado a Fen, pero por el momento se contuvo y no hizo ningún comentario.

—Ah, y una cosa más... No sé si ustedes se habrán dado cuenta —añadió el doctor—. El anillo que lleva en el dedo anular de la mano derecha está atascado en la falange, como si se lo hubieran puesto después de muerta, aunque no puedo ni imaginarme qué podría haber inducido a nadie a hacer algo semejante. Ese detalle hace que comience a tambalearse la hipótesis de suicidio, ya saben... La gente no va por ahí con los anillos colocados de una forma tan incómoda.

El inspector dejó escapar un gruñido.

—Ve y tráelo, Spencer —le dijo al sargento—. Puede que tenga alguna relevancia. Supongo que lo habrá analizado para ver si tiene huellas dactilares.

—Sí, señor. Nada, me temo.

Spencer volvió al dormitorio.

—Esto me da qué pensar —comentó el inspector—. Las huellas de los dedos de la mano izquierda de la chica deberían estar en el anillo que lleva en la mano derecha..., si es que se lo puso ella misma. En fin, ya nos preocuparemos de cruzar ese puente cuando llegemos hasta él.

—Con la debida deferencia a la metáfora, tan bien traída —dijo Fen—, jamás he visto a nadie cruzar un puente antes de haber llegado hasta él. —Y así consiguió Fen que el inspector le dedicara una mirada furibunda.

—Si ya han acabado ustedes con su guerra particular —interrumpió el doctor, aunque no quedó claro a qué se estaba refiriendo exactamente—, ¿puedo ya trasladar el cadáver de la chica al instituto forense?

Fen, *sir* Richard y el inspector cruzaron miradas inquisitivas, pero nadie puso objeción alguna; y al parecer Fen, por su parte, no mostraba ningún interés por los detalles administrativos del caso.

—Sí, claro: llévesela —confirmó el inspector con gesto cansado.

El doctor abandonó la estancia y regresó inmediatamente con dos policías y una camilla sobre la que depositaron el cadáver y lo trasladaron a una ambulancia que estaba esperando fuera.

Mientras tanto, el sargento Spencer había conseguido extraer el anillo y lo había depositado sobre la mesa que estaba justo delante del inspector. Todos observaron la joya con cierto interés. Era una pieza de notable tamaño, pesada, con un sello ovalado cuyo curioso dibujo representaba de forma esquemática algún tipo de insecto con

alas.

—Parece egipcio —comentó el inspector—. Y me da la impresión de que no es oro, ¿no? —lanzó la duda sin dirigirse especialmente a nadie.

—Bañado en oro —confirmó Nigel—. No creo que valga mucho.

—A mí también me parece egipcio —dijo Fen— o, en cualquier caso, una imitación de un modelo egipcio. Puedo averiguarlo inmediatamente si considera usted que es un dato importante, señor inspector. —Aunque, por la manera de dirigirse a él, era evidente que el propio Fen no lo consideraba en absoluto relevante—. El profesor de Egiptología es colega mío, y supongo que andará por el *college* esta noche. Seguramente estará en la residencia.

—Es una buena idea, señor —dijo el inspector—. Si al final resulta que el anillo no pertenecía a la señorita Haskell, tendremos que seguirle la pista, ya sabe.

—Hum. Sí... —masculló Fen con gesto dubitativo—. Nigel, ¿te importaría ir a ver si encuentras a Burrows? Ya sabes dónde están sus dependencias.

Encontraron a Burrows sin mayores dificultades y, por suerte, este se mostró encantado de colaborar con una investigación criminal con todo lo que estuviera en su mano. El anillo, según dictaminó, era una reproducción de una pieza de joyería de la duodécima dinastía; el original se encontraba ahora en el British Museum. Cuando se le consultó acerca de si era normal que se realizaran copias de dichos objetos en la joyería moderna, se excusó diciendo que no podía contestar con precisión a esa pregunta, pues quedaba fuera de su ámbito de estudio, pero que de todos modos sospechaba que no era una práctica común, porque posiblemente resultaría bastante cara y, casi con total seguridad, requeriría de un permiso especial de los administradores del museo. Tras aquel testimonio, que fue convenientemente registrado en su libreta, el inspector decidió que se tomaría el trabajo de seguir la pista del dichoso anillo. *Sir* Richard, al parecer afectado por un repentino interés cultural, preguntó, con aparente indiferencia, qué tipo de insecto se suponía que representaba aquel dibujo, y se le informó —con cierta pena— de que lamentablemente no era más que una simple mosca. *Sir* Richard comentó que debía de ser una mosca bien rara, porque sus alas se desplegaban hacia delante, y no hacia atrás, como las de la mayoría de las moscas. Le aclararon entonces que, en la medida de lo que se podía distinguir de un diseño tan esquemático, la intención parecía haber sido representar a un tipo especial de mosca, la denominada mosca dorada o *Chrysotoxum bicinctum*. En el instante en que salió a colación el nombre del profesor de Entomología, el inspector, entendiendo que las cosas se le estaban yendo un poco de las manos, decidió tomar cartas en el asunto y se apresuró a redirigir la conversación al ámbito policial, momento que Burrows aprovechó para abandonar la sala entre una nube de efusivos agradecimientos. Desde luego, parecía enormemente satisfecho consigo mismo.

Se celebró entonces una especie de mesa redonda dedicada a elaborar un breve resumen de los avances del caso hasta ese momento.

—Y bien, Spencer —preguntó el inspector, reclinándose hacia atrás en su silla mientras dejaba escapar un suspiro—, ¿qué nos dice de las huellas dactilares?

Pero Nigel se adelantó antes de que el sargento pudiera decir una palabra.

—Yo creo... —comenzó— que puedo decirles de dónde salió ese revólver. —Y les reveló el incidente que había tenido lugar durante la fiesta y el descubrimiento posterior que había hecho aquella misma noche, cuando supo que el arma había desaparecido—. Por supuesto —concluyó—, no estoy en condiciones de asegurar que se trate del mismo revólver, pero si le preguntan al propietario, él nos lo dirá con seguridad.

—Ah, muchas gracias, señor —dijo el inspector—. Esa información nos será de gran ayuda, de gran ayuda, ya lo creo. Aunque... —añadió con un tonillo de desconfianza—, lo que no me cuadra mucho es qué hacía usted volviendo a la habitación de otra persona para comprobar si el arma seguía en su lugar.

Nigel se sintió un poco ridículo y agradeció a los hados poder contar con una firme coartada para el momento del asesinato. Murmuró algo sobre una intuición o...

—Así que fue un impulso repentino o algo así... —continuó el inspector, tomando notas absolutamente innecesarias sobre aquello—. Todos hemos seguido nuestros impulsos en alguna ocasión —añadió con pedante palabrería, con el aire de quien acaba de formular teorías metafísicas de asombrosa originalidad e importancia—. Ahora bien, ¿qué hora diría usted que era cuando entró en la otra habitación y descubrió que el arma había desaparecido?

—A ver... déjeme que lo piense... Yo me despedí de Nicholas alrededor de la una y media —apuntó Nigel—. Y seguro que no empleé más de diez minutos o así en desvestirme. Digamos... a las dos menos veinte.

—Las dos menos veinte, más o menos —repitió el inspector, apuntándolo en su libreta—. ¿Y el nombre del propietario del arma, el caballero que dio la fiesta?

—El capitán Peter Graham.

—Ah, sí... ¡Elbow! —gritó el inspector al policía que custodiaba la puerta—. Haga el favor de llamar al Mace & Sceptre, ¿quiere?, y pregúntele al capitán Graham si sería tan amable de pasarse por aquí en algún momento, a lo largo de la tarde, en cuanto le sea posible. —Elbow desapareció dispuesto a cumplir su misión—. Bien. Spencer —dijo el inspector, hablando con calma de nuevo—: a ver, las huellas dactilares.

—Sí, señor. Había unas cuantas huellas antiguas en el cañón y en el tambor. Naturalmente, no hemos podido identificarlas. En los casquillos, nada. Y tampoco he podido encontrar nada en la empuñadura ni en el gatillo, excepto las huellas de la mano derecha de la señorita: del pulgar en el gatillo y del resto de los dedos alrededor de la empuñadura, en la parte de atrás y por el lado derecho.

—Qué cosa más rara, ¿no? —preguntó *sir* Richard.

—Bien pensado, tampoco es tan raro, señor —dijo el inspector. Cogió el arma y la apuntó a su frente, sujetando con la mano la empuñadura y, naturalmente,

colocando el pulgar en el gatillo para poder disparar—. Esta es la única manera de sujetar el revólver si uno va a dispararse a sí mismo, que es lo que al parecer hizo la joven y lo que en definitiva ha ocurrido.

—¿Había alguna huella en el martillo? —preguntó Fen—. Quiero decir ¿algún indicio de que el arma hubiera sido amartillada?

—Bueno, señor, eso es un poco difícil. Hay una especie de dibujo cruzado en el martillo, para que no resbale, y eso impide que queden impresas ahí las huellas. Pero creo que podría afirmar con bastante seguridad que nadie lo tocó. —Fen asintió, pero no alteró su gesto sombrío y taciturno.

—¿Alguna cosa más de la que deba ser informado? —preguntó el inspector.

—Había un montón de huellas antiguas que supongo pertenecerán a quienquiera que viva aquí. —El sargento echó una ojeada a su alrededor con disgusto, como si esperase divisar, en cualquier momento, a un eremita barbudo e increíblemente harapiento que, desde algún rincón de la estancia, estuviera intentando llamar su atención—. Y encontramos también huellas de la chica en los dos picaportes de la puerta, en los cajones del escritorio y en los de la cómoda que hay junto a la ventana del dormitorio.

—Hum. Parece que estuvo buscando algo. Podría haberse tomado la molestia de ponerse unos guantes —añadió el inspector, empeñándose en la obviedad—. Pero, aparte del asunto del anillo, lo cual me parece francamente extraño, todos los indicios apuntan a que se trata de un caso evidente de suicidio.

—No, no, inspector... —replicó Fen, que había estado observando pensativamente un desafortunado Modigliani que estaba colgado de la pared que se encontraba más cerca de él—. Me temo que no puedo estar de acuerdo con usted.

El inspector lo miró entre molesto y hastiado durante unos instantes. Y luego preguntó:

—¿Y bien, señor? —preguntó, dispuesto a afrontar la penitencia.

—Todas las pruebas apuntan a lo contrario. Dejando aparte, de momento, la cuestión de por qué iba a querer la chica suicidarse, o de por qué no dejó una nota de suicidio o, yendo aún más lejos, por qué iba a escoger una habitación tan desagradable (que además no era la suya) para cometer tal atrocidad, o por qué, incluso, iba a abandonar una supuesta búsqueda a medias (no completa, recuérdese, sino a la mitad), una búsqueda especialmente intensa, además, para pegarse un tiro: recuerden que uno de los cajones todavía estaba abierto...

—Está bien, señor... —apuntó el inspector—, pero ¿no es posible que encontrara el arma en ese preciso cajón, puesto que no sabemos quién la robó, y se disparara en una especie de arrebato?

—No digo que sea imposible, pero pienso que es extremadamente improbable. De todos modos, atendamos a las pruebas materiales. Y utilicemos el sentido común. —Tras una brevísima pausa, Fen exclamó con un arrebato de frenética impaciencia—: ¡Oh, Dios! Miren... Esperen aquí un momento y les demostraré lo que quiero decir.

—Y salió corriendo de la estancia para regresar un minuto después con su esposa. Tras saludar al inspector con una tranquila y amable sonrisa, cogió el arma que Fen le tendía diciendo—: Dolly, ¿te importaría suicidarte un momento?

—Desde luego —la señora Fen no mostró inquietud alguna ante aquella insólita petición, y cogió el arma con la mano derecha, colocando el índice en el gatillo. Apuntó a su sien derecha.

—¡Ahí lo tienen! —exclamó Fen con aire triunfal.

—¿Aprieto el gatillo? —preguntó la señora Fen.

—Claro —respondió Fen distraídamente.

Pero *sir* Richard se levantó al punto de su silla diciendo a gritos:

—¡No! ¡No dispare! ¡Está cargada! —y le arrebató el arma sin contemplaciones. La señora Fen le sonrió.

—Gracias, *sir* Richard —dijo con aire benévolo—. Pero sabiendo como sé de los irremediables despistes de Gervase jamás se me habría ocurrido hacer semejante cosa. ¿Esto es todo, caballeros?

El inspector asintió estupefacto y se quedó mirando a Fen, al cual no le había afectado en absoluto el incidente.

—Muy bien entonces —concluyó la señora Fen—. En ese caso, Gervase, me vuelvo a casa ya. Procura no llegar tarde, y no molestes a los niños cuando entres.

Tras dedicar una amable sonrisa a cada uno de los presentes, se fue.

Fen atajó las enojadas protestas de *sir* Richard diciendo:

—¿Ven a lo que me refería? Inténtenlo con cualquier mujer, la que quieran, y todas ellas harán lo mismo.<sup>[13]</sup> En la práctica son incapaces de hacerlo de otro modo, aunque admito que en teoría parece posible. Así que alguien, evidentemente, se ha comportado de un modo muy poco inteligente. Además, comprueben el peso del arma y el esfuerzo relativamente importante que hay que hacer para dispararla. Intenten apretar el gatillo mientras sujetan el arma en la posición que sugieren las huellas dactilares y estarán de acuerdo conmigo en que es un trabajo de mil demonios. Y luego imagínense a sí mismos suicidándose de esa manera, tan trabajosa y angustiosa, y se darán cuenta de que es completamente imposible que nadie pueda quitarse la vida así. La única manera de reducir la dificultad sería amartillar previamente el arma, lo cual aligera de un modo sustancial la presión que hay que ejercer en el gatillo. Pero, tal y como Spencer nos ha dicho, nadie amartilló el arma.

—Así es, señor —corroboró Spencer, que al parecer creyó que se le exigía una confirmación al respecto.

—En fin, señor... —dijo el inspector, al que se le empezaba a notar bastante disgustado—, admito que en este caso puede usted tener razón, a juzgar por las evidencias... ¿Algo más?

—Luego, claro, está lo del anillo. ¿Es que alguien puede siquiera llegar a imaginar, por muy fantasioso que sea, que una persona vaya a suicidarse con un anillo colocado de una manera tan incómoda y antinatural en la mano con la que

sujeta el arma? Pues no. Los suicidas, por lo general, se toman enormes molestias para estar cómodos. Así que, obviamente, por motivos que solo Dios sabrá, alguien incrustó ese anillo en el dedo de la chica después de muerta, y alguien que tenía mucha prisa además, si no me equivoco.

»Y por último, está el hecho de que la chica estaba arrodillada cuando le dispararon; arrodillada ante la cómoda, que, como habrán podido comprobar con sus propios ojos, es bastante baja.

El inspector se inclinó hacia delante.

—¿Cómo ha llegado usted a esa conclusión?

—Fíjese en la posición del cuerpo, hombre. Si hubiera estado de pie cuando le dispararon, una pierna podría haberse doblado por la caída, pero no las dos, tal y como las tenía cuando la encontramos. Y tenga en cuenta además el efecto del impacto de una bala de gran calibre en una persona arrodillada: la lanzaría violentamente hacia atrás y pivotaría sobre las rodillas. Le pedí al doctor que mirara si los tendones de las rodillas habían sufrido una tensión que él pudiera considerar inusual o exagerada y, efectivamente, así era. *Et voilà*.

Nigel se había quedado boquiabierto, el inspector parecía cada vez más deprimido y *sir* Richard asentía con paciencia.

—Bien por ti, Gervase —le aplaudió—. Bueno, ¿y adónde nos conduce todo esto?

—Cabe la posibilidad de que haya sido solo un accidente... —insinuó Nigel dubitativamente.

El inspector, aliviado ante aquella afortunada manifestación de una inteligencia inferior a la suya, lo miró con desdén.

—Difícilmente, señor —aseveró—. La bala entró de frente, recuerde. Tendrían que haberse dado un montón de casualidades extraordinarias.

—Si las casualidades no fueran extraordinarias, nunca ocurrirían accidentes —insistió Nigel tozudamente, incapaz de pensar en una tercera posibilidad—. La gente nunca toma las más mínimas precauciones.

—No, Nigel, no fue un accidente —explicó Fen—, nada en absoluto apunta a que lo fuera.

Nigel se sumió en una especie de enfurruñamiento.

—Y eso... —concluyó *sir* Richard con gesto pensativo— solo nos deja una opción.

Se hizo un incómodo silencio tras aquellas palabras. Pero el inspector lo rompió inmediatamente, dando una palmada en la mesa y diciendo:

—Por Dios, ¡un crimen! ¡Eso es imposible! Ese hombre, Williams, asegura que nadie entró tras la chica. Y nadie bajó de sus dependencias, profesor...

—¡Eh, un momento! —interrumpió Nigel—. Sí que bajó alguien. Robert Warner bajó al baño dos o tres minutos antes de que escucháramos el disparo.

—Hum —fue la única reacción del inspector ante aquella revelación.

—Sí, exactamente, inspector —admitió *sir* Richard—. Nadie habría sido capaz de haber disparado a la chica y haber montado todo ese falso escenario en tan solo medio minuto, el tiempo del que habría dispuesto antes de que entrara Williams, ni siquiera en el minuto y medio que nosotros tardamos en llegar aquí. Además, no me cabe duda de que la coartada de Warner es auténtica. Yo mismo escuché cómo tiraba de la cisterna cuando bajábamos por las escaleras, y cómo quitaba el cerrojo de la puerta y salía justo cuando nosotros llegábamos al rellano.

Nigel mostró su acuerdo con un leve murmullo.

—Cuando nosotros llegamos ya no había nadie en la habitación, y si hubiera habido alguien aquí cuando entró la chica, no habría tenido tiempo para salir después de cometer el crimen.

A Nigel se le ocurrió una tercera idea.

—La ventana —apuntó, inasequible al desaliento.

—Sí... claro... —dijo el inspector dubitativamente—. Se refiere usted a que quienquiera que lo hiciera pudo haberse escondido aquí dentro previamente, matar a la chica, esperar a ver a Williams entrar y luego, ya sin la vigilancia exterior, salir de nuevo. Pero semejante forma de proceder habría resultado increíblemente arriesgada.

—Y eso por no hablar del poquísimo tiempo que habría tenido para preparar el escenario del falso suicidio —añadió *sir* Richard. Nigel suspiró, sin atreverse ya a proponer ninguna otra idea.

—En cualquier caso —continuó el inspector—, vale la pena detenerse a examinar el caso con más precisión. Cualquiera que saliera por la ventana dejaría huellas. Aparte de eso, yo no tengo ni idea de cómo...

—El suicidio —interrumpió *sir* Richard—, tal y como hemos convenido todos, es una hipótesis bastante improbable, por lo del anillo, por el hecho de que la chica estaba arrodillada y por toda esa historia del arma; aparte del asunto de la elección de este preciso lugar. Un accidente es algo prácticamente inconcebible. Y un asesinato, por lo que parece, es totalmente imposible. Así que la única conclusión es...

—La única conclusión es —sentenció el inspector— que nada de esto ha sucedido realmente. *Quia absurdum est* —añadió con gesto compungido, repitiendo una sentencia que acudió repentinamente a su memoria desde sus días escolares.

## 7. EVALUACIÓN DE MOTIVOS

*¿Quién sabe cómo el ladrón o el malvado,  
con la cobertura de la noche  
por su víctima elevo mi plegaria,  
se enseñará con su espantoso crimen?*

CAMPION

**E**n fin —concluyó *sir* Richard con decidido ademán—, eso significa que hay algo que hemos pasado por alto. Habrá que continuar investigando y averiguarlo, eso es todo.

El inspector suspiró. Un evidentísimo caso de suicidio se le había escapado de las manos, y todo hacía prever un futuro inmediato repleto de horas de tedio y hastío detectivesco. Se limitó a decir:

—Y, entonces, aparte de la investigación rutinaria de cronologías, coartadas y todo lo demás, del portero y de ese tal Williams, ¿por dónde empezamos?

—La investigación, como la caridad, empieza por uno mismo —contestó Fen con gesto aburrido.

—Por lo que yo entiendo —prosiguió el inspector—, el siguiente paso es averiguar si alguien tenía algún motivo para matar a esa chica e investigar a los que lo tengan.

—¿Y no sería mejor no descartar aún ninguna de las hipótesis? —sugirió *sir* Richard—. Al fin y al cabo, en realidad todavía no sabemos a ciencia cierta si fue asesinada o...

—Bueno, señor... —respondió el inspector con una pizca de impaciencia—, entonces, según usted, ¿qué otras diligencias se deberían llevar a cabo?

*Sir* Richard miró a su subalterno como si este acabara de salir de un huevo, pero finalmente se contuvo y no le contestó, aunque solo por la sencilla razón de que no se le ocurrió nada que decirle.

—Centrarnos en los móviles, sí. En mi opinión, es un buen comienzo —murmuró Fen con gesto soñoliento, como si se acabara de levantar de la cama—. Pero no en este infame agujero, por el amor de Dios. Volvamos a mi habitación.

—¿Pero no está ese tal señor Warner allí?

—Oh, Señor, sí... Bueno, en ese caso, supongo que podemos interrogar a Williams y al portero aquí mismo y luego subir y hablar con Warner, quitárnoslo de encima, y que los otros dos suban después.

—El señor Fellowes y el señor Barclay. Sí, eso parece razonable —el inspector manifestó su aprobación con cautela—, pero estoy seguro de que resultaría más productivo interrogar a los testigos en un entorno menos agradable y cómodo.

—Eso es verdad... en cierto sentido —confirmó un Fen cada vez más aburrido y

soñoliento—. Pero si los interrogados están decididos a mentir, seguramente se encontrarán más relajados en un espacio más agradable y cómodo, y formularán mentiras mucho más elaboradas y fantasiosas, y por consiguiente mucho más obvias, que saltarán a la vista, por lo que nos resultará también más fácil descubrirlos. ¡Ah, qué deprimente es todo esto! —concluyó, con un tonillo que sorprendió a los demás.

—Hemos olvidado una cosa... —dijo el inspector—: hay que avisar a los familiares cercanos. ¿Tenía la chica algún pariente aquí, en Oxford?

Nigel se acordó de Helen por vez primera aquella tarde. Las dos hermanas eran tan distintas y, sobre todo, se llevaban tan mal que no era sorprendente que se hubiera olvidado de que existía aquel parentesco entre ellas. Se le cayó el alma a los pies.

—Tiene una hermana —contestó de mala gana—. Helen. También es actriz.

El inspector tomó su ya clásica nota.

—Tendremos que comunicárselo. Supongo que en el teatro habrá teléfono.

—Sí, pero... ¿les importaría que sea yo quien le dé la noticia? Verá, somos muy buenos amigos y...

El inspector le lanzó una mirada severa, pero aquel impulso se resolvió al final en un gesto amigable.

—De acuerdo, caballero —concedió—, pero yo en su lugar no le daría muchos detalles sobre el asunto. Naturalmente, habrá que hacerle un par de preguntas. Supongo... —añadió mientras miraba angustiosamente su reloj de pulsera, diminuto y afeminado—, supongo que estará trabajando en estos momentos.

—Sí. Y entiendo que no pondrán ninguna pega a que se lo cuente todo cuando haya concluido la función, ¿no?

—No, yo también lo considero lo más adecuado. Y, ¿hay unos padres? —Planteó aquella pregunta como si sospechara que las hermanas hubieran venido al mundo por generación espontánea.

—No, murieron. Tienen una tía lejana, creo recordar, que ejerció de tutora suya, pero las conozco desde hace muy poco tiempo y realmente no sé mucho al respecto. Y, por supuesto, ambas son ya mayores de edad.

El inspector asintió y emitió varios gruñidos poco significativos, pues no se le ocurría nada que decir. Fen, que para entonces ya se había quedado completamente dormido, fue zarandeado por *sir* Richard y despertándose, como el Lirón,<sup>[14]</sup> con un pequeño chillido, se apresuró a añadir:

—Propongo que Nigel nos cuente, llegados a este punto, algo sobre esa chica, su círculo inmediato y las relaciones entre ellos, y todo lo que haya podido averiguar o deducir durante estos últimos días. Eso dando por supuesto —dijo, mirando al inspector— que el propio Nigel no está bajo sospecha, porque tiene firmes coartadas, desde *sir* Richard hasta yo mismo y, salvo que haya utilizado un artilugio con poleas y electroimanes, es de todo punto imposible que él haya sido el responsable de los hechos.

Los demás asintieron con leves gruñidos de aprobación, y después de que Fen

ofreciera cigarrillos a los presentes y todos ellos comenzaran a fumar, Nigel contó su historia.<sup>[15]</sup>

Todos escucharon atentamente, incluso Fen, que estaba bastante recuperado de su siestecita. Y aunque se removía y agitaba inquieto y su enfurruñamiento aumentaba progresivamente, era evidente que no se perdía ni una coma. La experiencia periodística de Nigel le sirvió para ofrecer un resumen exacto y preciso, y para que este resultara de lo más útil. Lo contó todo con fluidez y sencillez, sin escatimar un solo detalle potencialmente relevante que hubiera aparecido en el transcurso de las conversaciones. Sin embargo, la narración llevó un buen rato, y ya eran cerca de las diez cuando concluyó. El inspector tomaba notas con aburrida pertinacia. *Sir Richard* jugueteaba con su bigote y escuchaba atentamente con la mitad de su cerebro (curiosamente, la otra mitad la dedicó a establecer una nueva teoría sobre las habilidades dramáticas de *Messenger*).<sup>[16]</sup>

—... así pues, como habrán podido comprobar —concluyó Nigel—, hay motivos más que de sobra y, por tanto, múltiples sospechosos, en el caso de que la chica fuera realmente asesinada. —Y se recostó en su asiento, aliviado de que su tarea hubiera concluido, inspiró profundamente y se encendió otro cigarrillo.

—Vaya, qué tarde se nos ha hecho —farfulló *sir Richard*—. Tendremos que dejarlo para mañana, *Cordery*.

—Sí, señor, totalmente de acuerdo. Sugiero que intentemos establecer la cronología de los hechos con tanta precisión como nos sea posible y, por último, que pasemos un momento a ver al señor Warner, ya que ha tenido la amabilidad de esperarnos. Respecto a los otros dos caballeros... —y miró a los demás con aire dubitativo—, no veo problema en dejarlos para mañana. Tal vez al señor Blake no le importe comunicárselo el mismo...

—*Fellowes* se quedará en el *college* toda la noche —interrumpió Fen—. Ya no puede salir, a menos que salte el muro o vaya por el cobertizo de las bicicletas o cruce por el jardín del Presidente. —Miró a los demás con aire de disculpa—. Todo esto se debe a nuestro sistema semimonacal —añadió con tono ofendido, aunque no le habían dado motivo alguno para molestarse.

—Oh, perfecto, entonces —dijo el inspector aflautando una pizca la voz—. Entonces también hablaremos con él esta misma noche. Pero no hay ninguna razón para que el señor Barclay se quede si no desea hacerlo. —Comenzaba a sentirse ligeramente confuso—. De todos modos, ¿quién es ese señor Barclay? —preguntó, con una irritación comprensible—. ¿Y qué tiene que ver con el asunto que nos ocupa?

—Ah, tranquilo, tranquilo, no se preocupe... —intervino *sir Richard*, con el gesto nervioso de quien intenta tranquilizar a un crío neurótico y excitable—. Es solo que ese Barclay era amigo de la chica muerta, y da la casualidad de que estaba aquí al lado cuando todo ocurrió.

—Ya, comprendo —respondió el inspector, lejos aún de parecer tranquilo—. Bueno, si el señor Blake...

—Sí, sí, inspector —se apresuró a decir Nigel, y se dispuso a pasar a la habitación del otro lado del pasillo, preguntándose por qué siempre se le encargaba que actuara como chico de los recados. Al entrar, se encontró de nuevo con Donald y Nicholas, rodeados de botellas de cerveza y jugando al bezique: Donald, de mal humor y considerablemente borracho; Nicholas, con su habitual expresión de persona educada y formal en su rostro enjuto y moreno. A Nigel estaban empezando a resultarles terriblemente irritantes aquellos modales impostados.

—¿Y bien? —preguntó Nicholas alzando una ceja cuando entró Nigel—. ¿Cómo va todo? ¿Hay algún detenido ya? «Si te hubieran metido en el cepo por hacer esa pregunta, bien merecido lo tendrías»<sup>[17]</sup> —murmuró para sí, levantando una mano con un gesto teatral y afeminado, a modo de disculpa.

—Todos los indicios —mintió Nigel— apuntan a un suicidio, de momento.

Nicholas, percibiendo el disgusto en la voz de Nigel, se encogió de hombros y permaneció en silencio.

—Y no hay ninguna razón especial para que te quedes si no quieres.

—Mi querido amigo —contestó Nicholas—, ya me habría largado hace mucho rato si hubiera querido. Pero, bueno, me quedaré. La verdad es que todo esto me resulta bastante interesante.

—Como quieras —replicó Nigel cortante, y salió, maldiciendo a Nicholas para el cuello de su camisa. Tampoco le había gustado el aspecto de Donald, de quien sospechó que estaba demasiado borracho como para poder someterse a un interrogatorio. Aquello causaría una impresión espantosa, pero, bien pensado, también resultaría mucho más fácil sonsacarle todo lo que supiera. Y, sin embargo, ¿qué razón tenía él para sospechar de Donald, o, puestos a precisar, para sospechar de nadie en absoluto? Se dio cuenta de que si no hubiera sido por Fen, todo el caso se habría archivado con una etiqueta de suicidio. En ese preciso instante, durante unos pocos segundos, dudó de la fama de investigador de Fen... Después de todo, ¿no estaría haciendo una montaña de un grano de arena? Y, sin embargo, cuando recordó ese brillo casi sobrenatural de concentración en la mirada de su profesor y reconsideró las pruebas, no tuvo más remedio que admitir que, sin ninguna duda, había algo raro en todo aquel asunto. Devanándose los sesos en busca de una solución, se apresuró a volver con los demás.

El inspector lo estaba esperando, concentrado de una forma muy teatral en su cuaderno de notas. Recibió la noticia de la decisión de Nicholas sin entusiasmo alguno, preguntándose para sus adentros si conseguiría irse a la cama en algún momento aquella noche. Había tenido un día duro en la comisaría; y, además, se había casado recientemente, así que su actitud era más que comprensible. Aunque de mala gana, se entregó de nuevo a sus obligaciones policiales con resignada determinación.

—Muy bien, señor —comenzó—, de acuerdo con su declaración, hay un buen número de personas con razones más que de sobra para odiar a la joven que ha

muerto asesinada. Permítame que los repase uno a uno... —Y los fue contando con los dedos—: 1. El señor Robert Warner. Conocía a la señorita Yseut Haskell desde hace tiempo, y usted cree que tuvieron una aventura.

Resultaba obvio que su cara mostraba una ligera desaprobación, pero de repente le pareció que aquel juicio de valor estaba totalmente fuera de lugar y se apresuró a sustituir aquel gesto por una larga sucesión de toses, bastante poco convincentes, con el afán de convencer a los demás de que dicha expresión era fruto de esa misma congestión.

—Además —prosiguió—, la joven no le había dado tregua desde el mismo momento de su llegada y, al parecer, la noche anterior lo puso en un verdadero compromiso, pues él mantenía una relación con otra joven, la señorita Rachel West. —Se detuvo, angustiado y horrorizado ante semejantes complicaciones eróticas, y continuó con el siguiente de la lista—: 2. La mencionada señorita West, por las razones anteriormente enunciadas; es decir, celosa por la relación de la señorita Yseut Haskell con el señor Warner. 3. El señor Donald Fellowes, que aunque estuviera perdidamente enamorado de la señorita Haskell, sentiría un odio feroz contra ella por haberlo despreciado en favor del señor Warner; además, el tal Fellowes en concreto desaprobaba su comportamiento indecente en escena.

—¡Oh, vamos...! —murmuró Nigel ante aquel espantoso retrato de los personajes, pero el inspector continuó.

—4. La señorita Jean Whitelegge, enamorada hasta la médula del señor Fellowes y, al tiempo, profundamente dolida por la devoción del caballero hacia la señorita Yseut Haskell, pudo incluso considerar en algún momento que la joven (la señorita Yseut Haskell) estaba jugando con los sentimientos de él (del señor Fellowes, entiéndase).

El inspector narró estas últimas actividades de la Venus Pandemos con un gesto que dejaba traslucir lo mucho que le escandalizaban semejantes desvergüenzas. Nigel a duras penas pudo reprimir la risa.

—5. El señor Nicholas Barclay, que consideraba que el señor Fellowes estaba malgastando su talento en esa devoción que le dedicaba a la señorita Haskell, y además dicha señorita le parecía una persona bastante odiosa, en términos generales. Eso difícilmente podrá considerarse un móvil, señor —dijo, abandonando su comportamiento oficial—. Y, respecto a la primera parte, confieso que tampoco me parece un motivo muy sólido...

Sir Richard, a punto de embarcarse en una disquisición sobre el valor de los artistas para la sociedad, se lo pensó mejor y permaneció callado.

—En fin, no... —admitió Nigel—. Era solo una impresión, entiéndame. Y, por supuesto, puede que existan muchas otras personas con razones más importantes aún para odiar a Yseut a las que ni siquiera conozco. En general, no era una chica muy querida.

—Sí, ya lo veo. Pero creo que de momento tal vez sea suficiente con lo que

tenemos.

—Espero no haberme granjeado la inquina de media docena de personas por haber contado todo esto —apuntó Nigel.

—No, no, señor... Se le ha interrogado oficialmente y se le ha solicitado que aporte sus impresiones personales, y usted las ha dado, y eso es todo, nada más. Si dichas opiniones resultan equivocadas, no se le culpará en absoluto por ello. —Y miró a Nigel con la severidad de un inquisidor medieval que estuviera intentando extraer mediante torturas una retractación a un cátaros pertinaz. Nigel, sin embargo, no se inmutó.

En ese momento, el policía de la puerta asomó la cabeza.

—Señor, está aquí el capitán Graham —anunció—. ¿Le hago pasar?

—Sí, Elbow. Dile que pase.

Peter Graham parecía profundamente angustiado. Su juvenil optimismo había desaparecido y en su entrecejo se adivinaban las arrugas de una ansiedad a la que estaba poco acostumbrado —y que, por tanto, parecían un poco fuera de lugar en su rostro—. Saludó a Nigel con aprensión y se sentó en el borde de una silla con las manos en el regazo.

Dijo que sí, que el arma era suya. Había descubierto su desaparición el día posterior a la fiesta, cuando estaba adecentando un poco la habitación. Explicó que había sufrido una espantosa resaca —lo cual era tan irrelevante como poco sorprendente— y que se había puesto muy nervioso cuando se dio cuenta de que había perdido el revólver. Sí, ya estaba al tanto de lo ocurrido, pobrecita chica, y en cierta forma se sentía responsable. Pero... ¡demontre!, uno no puede sospechar siquiera que vayan a suceder cosas así, y sin duda habría ocurrido de todos modos, aunque nadie hubiera sabido que él tenía un arma. Añadió que no fue él quien la sacó y la paseó por delante de los asistentes a la fiesta para que todos la vieran. Y cuando se le preguntó por qué no había informado a la policía de semejante pérdida, dijo que, en primer lugar, se había sentido verdaderamente mal los últimos días y, en segundo, que pensó que alguien podía habérsela llevado para hacer una gracia y que lo más probable era que la devolvieran a no mucho tardar. Luego se le preguntó si tenía alguna idea de quién podría haberla cogido, a lo cual respondió que no tenía ni idea.

Llegó entonces el turno de la tanda de preguntas sobre sus relaciones con Yseut, pero aparte del hecho de que la chica había hablado con él en el tren, de que la había visto en el bar el lunes por la noche y de que había acudido a la fiesta, no podía proporcionar ningún dato más. No había pensado mucho en ella, dijo, aunque daba por hecho que era una joven atractiva. Respecto a sus líos privados, él no sabía nada. Le pareció que en la fiesta estaba borracha como una cuba y que se había enfadado con él cuando le arrebató el revólver, pero..., ya se sabe, las fiestas son fiestas, y el alcohol, afirmó, consigue que las mujeres reaccionen de forma extraña. Lo sucedido lo había descolocado por completo, dijo, y no podía siquiera imaginar una razón por la que Yseut hubiera decidido suicidarse, aunque, en fin, tampoco podía imaginar

razón alguna en contra de la hipótesis del suicidio.

Y, en efecto, pensó Nigel, aquel hombre parecía completamente desconcertado y atónito. Cuando se levantó para irse, preguntó si podía llevarse el arma, pero se le informó de que debía permanecer en poder de la policía como prueba. Tras el registro de sus huellas digitales, el militar abandonó las instalaciones del *college* profundamente consternado.

—Habría que verificar su declaración —enunció el inspector después de que el capitán se hubiera ido—. Supongo que cabe la posibilidad de que sepa más de la chica de lo que dice saber, pero por el momento debemos limitarnos a lo evidente y ocuparnos de lo demás más adelante. No me queda más remedio que admitir que, desde cierto punto de vista, la forma en que se enfrentó a él la noche de la fiesta parece un poco rara, cuando menos.

El inspector suspiró; era un verdadero engorro —pensó— tener que dirigir un caso con el jefe de la policía observándolo tan de cerca.

Fen no había planteado ninguna pregunta durante todo el interrogatorio, aunque había puesto sus cinco sentidos en la conversación. Pero sus ademanes habían adquirido una inusitada alegría y desenvoltura, indicio ante el cual *sir* Richard, con la fe ciega de los primeros mártires cristianos, no se había tomado la molestia de prestar ninguna atención.

—Sus huellas coinciden con las huellas antiguas que encontramos en el tambor y en el cañón del revólver —informó Spencer, que había estado comparándolas—. Y hay algunas otras huellas menos recientes de la propia chica, presumiblemente de cuando sustrajo el arma en la fiesta.

El siguiente en la nómina de interrogatorios fue Williams, un poco bebido tras un par de horas ingiriendo cerveza en la conserjería del *college*. Daba cierta impresión de ser alguien con cierta tendencia a montar escándalos, por decirlo de alguna manera. Creía recordar que la chica había llegado alrededor de veinte minutos antes de que él oyera el disparo, pero ¿a qué hora exacta? Eso no podía asegurarlo. La joven le había dado las «buenas noches» y, al reparar en que era una auténtica preciosidad (aunque en ningún momento deseaba hablar mal de la muerta, añadió con un comentario que parecía un poco fuera de lugar), le había devuelto el saludo con lo que él describió como «una cautivadora sonrisa».

—¿Atravesó alguien más el pasillo entre el momento en que ella desapareció en el interior de la habitación y el momento en el que usted oyó el disparo?

—Sí, señor. Un caballero, alto, y así moreno, y un poco así larguirucho. Pero le eché yo una mirada así por encima del hombro y él tiró derecho escaleras arriba a las dependencias del profesor Fen.

—Robert Warner —dedujo *sir* Richard.

—¿Qué hora sería cuando apareció ese caballero?

—Digo yo que ese caballero pasaría alrededor de diez minutos después que la señorita, más o menos. De seguro no puedo decirlo yo.

—¿Y no vio usted a nadie más en ese rato? ¿Estaría usted dispuesto a jurarlo?

Williams rumió la pregunta durante unos instantes, haciendo unos leves ruidillos de succión al dejar pasar la saliva entre los dientes. Al final, dijo:

—No, señor, no vi a nadie más. De eso estoy seguro.

El inspector se giró hacia Fen.

—¿A dónde va a parar el corredor, señor? ¿Solo a otra galería de habitaciones?

—Hay una pequeña despensa para los estudiantes a la derecha, según entra uno —explicó Fen—, y un salón a la izquierda, una escalera que sube a un pequeño dormitorio situado sobre la despensa y, a continuación, un pasillo que va al patio que hay detrás.

—¿Y adónde da ese patio?

—Está cerrado, salvo por una pequeña puerta en la parte oeste que da directamente a la calle.

—¿Debo entender que esa puerta se deja abierta?

—Hasta las nueve de la noche, sí.

—Ah. —El inspector parecía complacido—. Y bien, Williams, supongo que nadie pudo acceder a las dependencias del *college* por ese patio durante el período de tiempo en cuestión...

Williams compuso un gesto de cierta indignación.

—Me parece a mí que no. Tendrían que haber pasado por delante de mis narices si lo hubieran hecho. El señor Fellowes y el otro caballero entraron por ahí y se metieron en el otro salón esta misma tarde, justo antes de que ustedes entraran para cenar, pero eso fue todo.

—Bueno, explíquenos qué hizo usted cuando escuchó el disparo.

—Pues vine para acá veloz como un rayo y me di de bruces con la señorita, tal y como usted la vio —contestó Williams con celeridad.

—Sea más preciso —exigió Fen—. ¿A qué se refiere cuando dice que vino «veloz como un rayo»? Exactamente, con detalle, ¿qué hizo usted?

—Bueno, señor, yo estaba a punto ya de rematar la obra, porque en cuanto se pusiera oscuro ya no iba a poder hacer más, y entonces fue cuando lo oí. Así que levanté las orejas y me dije a mí mismo yo: «¿Has oído lo que crees que has oído?». Entonces luego metí los aperos en la bolsa mía y los dejé en la escalera, y luego vine directo aquí.

—Yo no llamaría a eso venir «veloz como un rayo» —protestó *sir* Richard—. ¿Cuánto tiempo calcula usted que tardaría en guardar sus herramientas?

En ese momento se pudo percibir cierta incomodidad en el semblante de Williams.

—Pues no le sabría decir, señor. No le sabría decir yo.

—Se lo plantearé de otra manera, entonces: ¿cuánto tiempo llevaba usted en el dormitorio cuando llegamos nosotros?

—Pues nada más que un momento o dos, señor.

—Ya. Hum. Y solo transcurrieron un par de minutos entre el disparo y nuestra presencia aquí. Me da la impresión de que su relato necesita una pequeña revisión, Williams.

Williams parecía ahora tan asustado como si lo hubieran descubierto a él con el revólver humeante en la mano.

—Dígame, Williams —continuó Fen—. ¿Miró usted por las ventanas de esta sala o de la habitación de enfrente?

—No puedo decir que mirara, señor. Pero estaba tan oscuro que no habría podido ver nada si lo hubiera hecho.

Fen asintió.

—¿Hizo mucho ruido el disparo?

—Bueno, señor, la radio estaba haciendo un ruido tremendo, si se acuerda usted. No, no puedo decir que hiciera mucho ruido. No tanto como para hacerte saltar del susto, digo, o así.

—¿Vio usted u oyó al señor Warner bajar al servicio?

—No, señor, no lo vi, pero es que hay moqueta en las escaleras, y yo estaba mirando en la dirección opuesta, así que es normal que no lo viera ni lo oyera. Me pareció oír que se cerraba la puerta del baño, pero tampoco podría jurarlo.

—No nos ha sido de mucha ayuda —concluyó el inspector cuando finalmente despacharon a Williams—. Pero supongo que, en realidad, nadie esperaba que lo fuera. Sin embargo, una cosa sí es cierta: podemos afirmar con rotundidad que nadie entró aquí después de la chica.

—Estamos dando por hecho —intervino Fen— que la muchacha permaneció en esta sala o en el dormitorio desde el momento en que entró hasta el momento en que le dispararon.

—¿Y dónde podría haber ido?

—Pues tal vez podría haber subido por la escalera hasta la puerta de mi salón (sin entrar), o bien podría haber ido al baño.

El inspector contempló aquella nueva complicación con un enfurruñamiento más que evidente.

—Habrà que investigar eso —admitió de mala gana, aunque si se le hubiera conminado a que explicara cómo demonios iba a investigarlo, no habría tenido más remedio que contestar que no tenía ni la más ligera idea—. Sí, eso habrá que investigarlo, pero lo dejaremos para más adelante. De momento lo mejor será que veamos qué puede contarnos Parsons, el portero, y procurar fijar los tiempos y las horas con la mayor precisión posible.

Nigel aprovechó esta oportunidad para subir a las dependencias de Fen y llamar a Helen. Encontró a Robert leyendo cuando entró, pero este solo levantó la vista un momento y lo saludó con un leve gesto para volver a enfrascarse inmediatamente en su libro.

Fue la propia Helen quien atendió la llamada en el teléfono que tenían en el

teatro, junto a la puerta de actores. Nigel le contó, sin andarse por las ramas, lo que había ocurrido. Se produjo un largo silencio al otro lado del auricular. Luego, casi en un susurro, se escuchó la respuesta:

—Oh, ¡Dios mío! ¿Cómo ha..., cómo ha ocurrido?

—De momento parece un caso de suicidio —mintió Nigel, por segunda vez aquella noche.

—Pero... ¿por qué?

—Dios sabe, cariño. No tengo ni idea. —Y de nuevo otro largo silencio.

Luego, Helen dijo lentamente:

—Ni siquiera puedo decir que realmente lo sienta, aunque supongo que es lo que se espera de mí. Es..., es solo que..., estoy conmocionada. ¿Y se sabe cuándo ha ocurrido? Aquí todo ha sido un desastre terrible: Jane ha tenido que sustituirla, y se quedaba en blanco cada diez segundos. Sheila estaba furiosa.

—Hará unas dos horas.

Se oyó un leve suspiro.

—Dos horas..., ¡oh, Dios mío!

—Helen, cariño: ¿te encuentras bien? ¿Quieres que vaya a buscarte?

—No, querido. Me repondré enseguida. Supongo que la policía querrá hacerme algunas preguntas.

—Me temo que sí. Pasarán por ahí mañana.

—De acuerdo, Nigel. Ahora tengo que irme y acabar de quitarme el maquillaje. Aquí hace frío y no tengo nada con lo que arroparme un poco.

—Que descanses, cariño. ¿Te veo por la mañana?

—Sí, querido, por supuesto.

Nigel colgó el teléfono y regresó al piso de abajo.

Parsons, el portero, estaba a punto de marcharse cuando él llegó. El bedel estaba tal y como Nigel lo recordaba: era un hombre formidable, gigante, con gafas de pasta, cuya permanente actitud feroz y agresiva combinaba de mala manera con su estatus en el *college*. Nigel sospechaba que, como todos los demás porteros de los *colleges*, Parsons había leído en alguno de los innumerables libros que tratan sobre las instituciones de Oxford la afirmación de que cada portero es el rey no coronado de su *college*, y aquella idea había influido profundamente en su modo de actuar, pues se negaba a comportarse de otro modo a pesar de las amargas experiencias que había sufrido a lo largo de los años. Su actitud para con los estudiantes se encontraba a medio camino entre la intimidación más evidente y las expresiones convencionales de servilismo —una actitud de todo punto incoherente—, y no respetaba a ningún muchacho, excepto a aquellos que se negaban a someterse a sus amenazas. El número de estos últimos decrecía en cada nueva promoción, pero Nigel había sido uno de los valientes de su curso, y por eso recibió un cálido saludo cuando apareció por la puerta.

En su breve declaración no se anduvo por las ramas. Yseut había entrado en el

*college* a las ocho menos seis minutos —Parsons había mirado automáticamente el reloj porque no se permite el acceso a mujeres a partir de las nueve— y se había dirigido directamente, al menos hasta donde había podido ver, a las dependencias del señor Fellowes. Robert Warner entró a las ocho y cinco, y había preguntado por el camino a las dependencias del profesor Fen, y también fue directamente hacia allí, pero solo después de que Parsons confirmara por teléfono que efectivamente se le esperaba. Ninguna otra persona ajena al *college* había accedido al recinto desde la hora de la cena, aunque el señor Fellowes llegó con un invitado a media tarde, alrededor de las seis y media, creía recordar. Los miembros del *college* habían entrado y salido como era habitual, pero no podría enumerar todos sus nombres ni las horas concretas a las que lo habían hecho. Se retiró con dignidad, dejando al inspector todavía más satisfecho.

—Muy bien, ya está hecho —concluyó Fen, que cada vez estaba más incómodo y nervioso—. Gracias a Dios ya podemos subir a mis dependencias y hablar con más comodidad. —Y todos abandonaron el lugar.

Cuando los demás entraron en la sala, Robert apartó el libro que estaba leyendo y se puso en pie. Los saludó uno a uno e hizo algunas preguntas de cortesía sobre cómo habían ido las cosas. Fen se derrumbó en un sillón y le rogó que sirviera un poco de *whisky* para todos. Unos y otros fueron ocupando diferentes sitios, aunque de un modo más educado y comedido. Spencer se dispuso a preparar todo lo necesario para tomarle las huellas digitales a Warner.

—Bueno, señor Warner —dijo el inspector—. Me gustaría preguntarle unas cosillas, si no le importa.

—Desde luego, desde luego.

—¿Conocía usted a... a la señorita Haskell?

—Sí. La conocí en Londres en un estreno, hará ahora más de un año. Fuimos bastante amigos durante unas cuantas semanas, y luego ella dejó Londres para venir a Oxford. No mantuvimos el contacto, pero claro, naturalmente, nos volvimos a ver cuando llegué aquí.

—¿Qué está haciendo usted aquí, señor Warner?

—Pues estoy dirigiendo mi nueva obra en el Repertory Theatre.

—Ah, claro. ¿Y cuándo llegó?

—El domingo. Los ensayos no comenzaron hasta el martes, pero quería disponer de un día para echar un vistazo y conocer a la compañía.

—Y su relación con la señorita Haskell era...

Robert pareció inquieto.

—Prácticamente ninguna. Ella no era la clase de persona que se hace querer, en términos generales, quiero decir, y cuando yo me presenté aquí se me echó al cuello y quiso reiniciar nuestra antigua relación. Yo no tenía ni la más remota intención de continuar con aquello, así que las cosas se complicaron un poco. Además, era una pésima actriz: no podía o no quería escuchar las indicaciones que se le daban y

constantemente criticaba la obra y mi forma de dirigirla a mis espaldas. En general, sinceramente he de admitir que para mí era un maldito incordio, en todos los sentidos.

El inspector parecía ligeramente abrumado ante aquel torrente de franqueza, que, a su parecer, era una verdadera indecencia en aquel momento.

—*De mortuis nil nisi malum*<sup>[18]</sup> —añadió Robert, reflexionando en voz alta.

—Entiendo, entonces, señor, que usted no le dio esperanzas de que pudiera retomar la relación..., eeh..., bueno, con usted.

—Ninguna, en absoluto.

—¿Y no acudió precisamente a su dormitorio el miércoles por la noche? Tiene que perdonarme que le haga estas preguntas personales, pero puedo asegurarle que no continuaré por ese camino a no ser que su respuesta sea en algún sentido relevante para el caso.

Robert pareció sorprendido, pero Nigel fue incapaz de decidir si aquella era una expresión en realidad de auténtica sorpresa.

—No —respondió—, a menos que entrara sin que yo me diera cuenta, mientras estaba dormido. En cualquier caso, yo no me crucé con ella.

—Pero ese miércoles por la noche, señor Warner, usted, eeh, ¿estuvo usted...?

—El inspector desea preguntarle —terció *sir* Richard, cortando por lo sano aquella búsqueda desesperada de eufemismos— si durmió aquella noche con la señorita West.

—No —contestó Robert, imperturbable—, puedo asegurarle que no.

—Ahora bien, señor —continuó el inspector—, asistió usted a la fiesta. Y sin duda presenció el incidente con el revólver, ¿no es así?

—Oh, Dios santo, ¡sí! Así fue, yo estaba en la fiesta. Esa zorr... —se contuvo, y luego añadió—: Yseut insistió en que yo debía abofetear a Graham por haberle arrebatado el arma. En ese momento estaba ya bastante borracha.

—Claro, claro. ¿Y qué hizo usted cuando terminó la fiesta? ¿Fue usted de los últimos en marcharse?

—Creo que sí. Sí. Rachel y yo nos fuimos directamente a nuestras habitaciones, cotilleamos un poco y comentamos lo desagradables que son las fiestas en general e Yseut en particular, y después nos dimos las buenas noches. Luego me desnudé, fui al baño, me tomé una aspirina para librarme de los indeseables efectos del alcohol del día siguiente —típico, pensó Nigel— y me fui a la cama. Leí durante una media hora o así, y luego me dormí.

—¿Se levantó usted temprano a la mañana siguiente?

—A las ocho. No sé si usted considera que eso es temprano. Yo no.

—Pregunté por usted cuando bajé a desayunar —dijo Nigel, repentinamente suspicaz—. El portero del hotel me dijo que no le había visto y el camarero jefe me aseguró que no había bajado al desayuno.

—¿Ah, sí? —preguntó Robert con frialdad—. Pues dio la casualidad de que salí a

dar un paseo. Rara vez desayuno.

—¿Y no regresó a su habitación en ningún momento antes de las diez? —preguntó el inspector.

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? Rachel, al contrario que yo, nunca madruga, y pensé que probablemente no la vería antes de las diez y media.

—¿Se encontró usted con alguien durante su paseo?

—Había muy poca gente por ahí. Nadie que yo conociera. Y quiero añadir, inspector —añadió, de un modo bastante desagradable—, que si lo que está usted intentando demostrar es que yo pasé la noche con Yseut, va a resultarles extremadamente complicado.

—¿Es usted consciente de que la señorita Haskell estuvo en su habitación esa misma mañana? —continuó el inspector, imperturbable.

—Sí, eso me dijo.

—¿Tiene usted alguna idea de por qué fue allí?

—Ni la más mínima.

—¿Está usted seguro, señor?

Y, en ese momento, Robert se enfadó:

—¡Sí, estoy seguro, maldita sea!

—Muy bien, señor —dijo el inspector, sonriendo ligeramente—. Pasemos ahora a la tarde de hoy. ¿Le importaría detallarnos sus movimientos durante la última parte de la jornada?

—Los ensayos concluyeron a las cuatro y media. Regresé con Rachel al hotel y tomamos el té en la habitación. A las seis salimos y tomamos una copa en el bar con Donald Fellowes y Nicholas Barclay, que se fueron poco después de las seis y media. Más tarde se marchó también Rachel, pues iba a cenar con unos amigos en North Oxford. Yo cené solo en el hotel, me quedé un rato en el bar y poco después de las ocho vine para acá.

—¿Estuvo usted en el bar con alguien?

—No.

—¿Y sabe usted a qué hora exactamente salió del bar?

—¡Cielo santo! ¡Pues no! ¿Es importante?

—Puede que sí, señor; y puede que no —dijo el inspector con gesto serio—. Solo estamos intentando reunir todos los detalles del caso, señor, nada más. ¿Puede usted decirme cómo reaccionó la señorita West ante las insinuaciones que le hacía a usted la señorita Haskell?

Robert pareció repentinamente preocupado.

—Me sorprendió descubrir su desmedido enfado, ya que por lo general es muy juiciosa y sensata ante este tipo de cosas; y no es que el acercamiento, por llamarlo de algún modo, fuera recíproco. Sí, estaba muy enfadada tanto conmigo como con Yseut.

—Aunque sin ningún motivo, por lo que a usted respecta, ¿no? —apuntó el

inspector rápidamente.

Dos manchas rojas incendiaron las mejillas de Robert, pero consiguió mantener el tipo mientras decía:

—Sin ninguno en absoluto.

—Si la señorita West es habitualmente «juiciosa y sensata en este tipo de cosas», como dice usted, entonces habrá que pensar...

—Le repito que no tenía ninguna justificación para enfadarse conmigo en ese aspecto. Ninguna en absoluto.

El inspector se recostó en su silla con una sonrisa de satisfacción bastante tonta.

—¿Y qué hizo al llegar al *college*?

—Me detuve en la portería para preguntar por dónde se llegaba a las dependencias del profesor Fen, ya que nunca había estado en este lugar. Luego vine directamente aquí, escuché una pequeña y agradable historia de fantasmas que duraría alrededor de diez minutos, y justo después salí un minuto para ir al servicio. Mientras estaba en el baño oí una especie de estallido, muy cerca, y al salir me encontré con todos los demás bajando por las escaleras. El resto ya lo conoce usted.

—¿Llevaba usted guantes, señor Warner?

—¿Guantes? Santo cielo, ¡no! ¡Con este calor!

—Gracias, señor. Creo que esto es todo por el momento. *Sir* Richard, profesor Fen: ¿tienen ustedes algo que añadir?

*Sir* Richard negó con la cabeza y miró inquisitivamente a Gervase Fen.

—Solo una cosa —dijo Fen, arrellanado cómodamente tras un vaso de *whisky*—. ¿Sabe usted algo de la cultura egipcia, Warner?

El desconcierto de Robert era evidente.

—Estuve en Egipto antes de la guerra —contestó—. Pero solo visité los lugares de interés, el tipo de viaje turístico y superficial que puede hacer cualquiera.

—¿No sabe nada sobre el simbolismo de las antiguas religiones en dicha cultura, por ejemplo?

Robert lo observó detenidamente durante unos instantes.

—No —contestó lentamente—. Nada en absoluto, me temo.

—Muy bien, señor. Pues esto es todo entonces —concluyó el inspector.

—En ese caso —dijo Robert, levantándose—, creo que ha llegado el momento de marcharme.

Fen, dándose cuenta a última hora de sus obligaciones como anfitrión, se puso apresuradamente en pie.

—Mi querido amigo —exclamó—, quiero que me disculpe de verdad por haberle hecho pasar una velada tan espantosa. Me temo que no querrá volver por aquí jamás. Lo cierto es que lo que yo deseaba era hablar con usted de su obra. Pero la iré a ver el lunes por la noche, y también me gustaría asistir al ensayo de mañana, si es posible.

—Desde luego —confirmó Robert con simpatía—. Y, por el amor de Dios, no se disculpe. No es culpa suya que se haya cometido un asesinato delante de nuestras

narices. Ojalá que se divierta en el teatro. Y si puedo ayudar con algo más, no duden en decírmelo.

—Me temo que todo este asunto va a complicarle bastante las cosas —se lamentó Fen—. Tendrá que encontrar inmediatamente a alguien para sustituir a la chica.

—Ah, eso no me preocupa ni lo más mínimo —dijo Robert—. Jane, que era su suplente, lo hará perfectamente.

Fen asintió complacido y Robert, después de dirigir un leve gesto de despedida a *sir* Richard, a Nigel y al inspector, se encaminó hacia la puerta. Sin embargo, aún no había abierto la puerta cuando se giró y miró a sus interrogadores:

—Por cierto —añadió—, ¿me equivoco si doy por hecho que el arma con la que se mató a Yseut es la misma con la que ella estuvo jugueteando en la fiesta? Sería lo más probable.

—Sí, señor Warner —contestó el inspector—. Alguien, no sabemos quién, regresó al lugar de la fiesta cuando terminó y la cogió.

—En ese caso —concluyó Robert—, puedo ayudarles aún un poco más. Verán: yo vi a la persona que se la llevó.

—¿Usted... qué? —exclamó el inspector, poniéndose en pie de un brinco.

—Por supuesto, no me he dado cuenta de lo que aquello podría representar hasta esta misma tarde. Pero, cuando fui al baño aquella noche, justo antes de acostarme, vi a alguien que se colaba en las dependencias de Graham sin encender la luz y salía después con un objeto que en aquel momento no reconocí. Simplemente deduje que alguno de los invitados había olvidado algo en el salón.

—¡Sí, sí...! —asintió el inspector casi gritando—. ¿Y esa persona era...?

—Jean Whitelegge.

## 8. UN LUGAR AGRADABLE Y PRIVADO

*La tumba es un lugar agradable y acogedor,  
pero me parece que eso a nadie le sirve de mucho...*

MARVELL

**E**l inspector observó a Robert con severidad. Le había dado la desagradable impresión de que aquella importantísima información hubiera permanecido constantemente agazapada en el fondo de su mente de una forma pura e inmaterial, y de que el dramaturgo se sintiera casi humillado ante la desagradable y vulgar manera en la que se había materializado, mediante el rudimentario y limitado recurso de las palabras. Observó a Robert como si hubiera ocultado intencionadamente una alusión astuta y literariamente adecuada, pero a la hora de expresarla hubiera hecho uso de la trillada banalidad de un proverbio.

—¿Estaría usted dispuesto a declararlo ante un tribunal? —preguntó el inspector casi automáticamente. La pregunta era retórica, desde luego, y resultaba evidente que no tenía ni la más ligera idea de que ese método de sonsacar la verdad ya se había perfeccionado alrededor de tres siglos antes.

—Bueno —contestó Robert con amabilidad, recordando con pesar que se necesita mucha paciencia y perseverancia cuando se pretende instruir a gente poco sofisticada —, podría jurar que esa mujer regresó a la habitación. Naturalmente, no puedo estar seguro de que fuera el arma lo que se llevaba.

El inspector ignoró aquella matización cautelosa y escolástica con un levísimo gesto que consiguió fruncirle levemente el ceño.

—Sí, bueno, ya sacaremos nuestras propias conclusiones al respecto, señor —dijo, con el aire agresivo de alguien que cree que puede hacer uso de esa prerrogativa—. Gracias, señor Warner, nos ha sido usted de mucha utilidad, de mucha utilidad, ya lo creo —añadió, haciendo hincapié en una expresión que enseguida consideró poco adecuada.

Se podría decir que Robert desapareció casi imperceptiblemente de la habitación. El inspector buscó en su mente algunas palabras que expresaran lo mejor posible lo sorprendente y fructífero que había resultado aquel interrogatorio, pero, al no encontrar ninguna, abandonó la idea de comentar nada y lanzó una pregunta a todos los presentes:

—Bueno, visto lo visto... ¿qué tienen que decir al respecto?

Nigel, al menos, no quiso hacer ningún comentario. Ya tenían una relación de la sucesión de acontecimientos, y no le pareció que hubiera nada que añadir en ese momento; pero, sin duda, la revelación era bastante interesante.

—Interesante.

Emitió aquella opinión con cierto pesimismo, consciente de su futilidad.

—Completamente irrelevante —opinó Fen con gesto furioso.

—Habría que investigarlo —intervino *sir* Richard prosaicamente.

La última frase sirvió para rellenar un incómodo vacío en la mente del inspector.

—Y se investigará —sentenció este con una pereza parecida a la que sin duda debió de sentir Aquiles cuando le exigieron que fuera a luchar contra los troyanos—. En todo caso, respecto al resto de la entrevista, a *mí* me parece evidente —y subrayó el pronombre como si estuviera retando a alguien— que el señor Warner *sí* pasó la noche de ese miércoles con la señorita Yseut Haskell. —Y terminó con un profundo suspiro.

—Si considera que eso tiene algo que ver con el caso, Cordery —le reconvino *sir* Richard fríamente—, desde luego está usted en todo su derecho a insistir en ese aspecto. Pero es mi deber recordarle que es usted policía, no un miembro del Comité de Vigilancia Moral.

El inspector recibió aquella reprimenda con la sumisión penitencial adecuada y pertinente de un subordinado.

—Desde luego, desde luego, señor —repitió—. Sin embargo, debe usted admitir que eso podría ser relevante...

—Todo esto está empezando a aburrirme de veras —soltó Fen de repente—. Como sigan así, me voy. Hemos perdido completamente la perspectiva al adentrarnos en el laberinto de la investigación rutinaria. —Su voz adquirió un tono amenazador—. Cuando, en realidad, hay dos puntos sobre los que tomar una decisión: primero, si estamos ante un caso de suicidio; y ya he explicado las razones que refutan esta teoría. (Por cierto, ¿se dieron cuenta ustedes de que no había ninguna marca ni arañazo en la madera, en el lugar donde cayó el arma? Otro patinazo). Y segundo: puesto que evidentemente ha sido un asesinato, ¿cómo se cometió? —En este punto adoptó un tono lastimero—. Con efectuar unas pocas preguntas pertinentes la cosa quedaría resuelta. Sin embargo, esas preguntas han de ir convenientemente enmascaradas en una envoltura de lo que podemos denominar... historias irrelevantes. —Y pronunció esa palabra con cierto disgusto, intensificado además por su incapacidad para haber encontrado otra más apropiada—. Todo esto queda muy bien en una novela detectivesca como esta, donde hay que camuflar las cuestiones más significativas para mantener el suspense. Aunque debo decir que creo que podrían inventarse otras formas de camuflaje mucho más divertidas.

*Sir* Richard se levantó con cierta irritación.

—De verdad, Gervase: si hay algo que me disguste profundamente es ese tipo de historias detectivescas en las que uno de los personajes da su opinión sobre cómo deberían escribirse las novelas de detectives. Ya es suficientemente lamentable tener que sufrir a un detective que lee ese tipo de cosas... (aunque lo hacen todos).

Una oleada de irreprímible furia invadió al inspector.

—¡Ahora son ustedes —gritó destempladamente— los que se están desviando del

tema principal! El problema no es decidir cómo se cometió el crimen, aunque eso pueda tener su importancia; el problema es averiguar quién lo cometió.

—Pero eso ya lo sabemos, ¿no? —preguntó un sarcástico Fen, con deliberada malicia.

El inspector permaneció en silencio. Parecía como si estuviera recabando todas sus fuerzas para responder con un titánico contraataque a aquella insultante insolencia. Su boca se abrió como si se le hubiera desprendido la quijada y la sangre tiñó de rojo sus mejillas. Sin embargo, no disponía de suficientes recursos retóricos para expresar su ira y, lamentándolo mucho, tuvo que reprimir el impulso de un contraataque violento y ofensivo. Optó entonces por una ironía subliminal y no muy fina:

—Seguro que *usted* lo sabe, señor —dijo, sin conseguir el efecto deseado.

—Lo sé —se limitó a contestar Fen.

*Sir* Richard decidió ponerse entonces de parte del sentido común, apaciguando los ánimos y haciendo gala de una notable ecuanimidad.

—¡Qué tontería, Gervase!

—Lo sé, en serio —corroboró Fen, adoptando esa dramática actitud de quien se cree incomprendido por el resto de sus congéneres—. Lo supe tres minutos después de entrar en la habitación donde se encontraba el cadáver.

—¡Tres min...! —La curiosidad luchaba a brazo partido con la indignación en el cerebro de *sir* Richard, pero al final venció la curiosidad—. Bueno, ¿y quién fue?

—¡Ah!

*Sir* Richard levantó las manos al cielo, con un típico gesto de impotencia y desesperación.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. Otra vez el maldito suspense novelesco. Lo sé, lo sé: no puedes revelarlo hasta el último capítulo.

—No, no... No es eso —intervino Fen malhumorado—. Este caso aún no está cerrado. En primer lugar, no tengo ni idea de por qué esa persona hizo una cosa semejante.

—¡Santo cielo! ¿No te parece que se han expuesto motivos más que de sobra?

—Todos han sido motivos sexuales, mi querido Dick. Yo no creo en el *crime passionnel* sobre todo cuando la pasión dominante parece ser principalmente la frustración, como en este caso. Dinero, venganza, seguridad: estos son los tres móviles plausibles en cualquier crimen, y voy a intentar averiguar cuál es el que determinó el caso que nos ocupa. He de confesar también que ciertos detalles, aunque probablemente secundarios e irrelevantes, aún me tienen confuso.

—Bueno, mira por dónde, eso es un alivio... —dijo el inspector con un repentino acceso de jocosidad poco convincente—. Yo creo —añadió cautelosamente, al parecer temeroso de encontrar alguna oposición—, yo creo... que el siguiente paso debería ser una charla con el señor Fellowes.

Haber demostrado la fortaleza necesaria para proponer aquella iniciativa pareció

consolarlo un poco.

—Subirá enseguida —dijo Nicholas Barclay, que oportunamente acababa de asomar la nariz por la puerta, justo después de que el inspector anunciara su deseo de entrevistar a Fellowes—. En este momento, por culpa mía, está sumido en una borrachera violenta y pertinaz. No tolera muy bien el alcohol. En mi opinión, no se le debería permitir beber en absoluto, o con cuentagotas. —Sonrió amablemente a todos los reunidos, y le dio la sensación de que los demás apoyaban su sugerencia—. ¿Puedo preguntar cómo lo llevan?

—Es imposible decirlo aún —respondió *sir* Richard—. Vamos avanzando, pero ¿en qué dirección? En estos momentos no hay un indicio lo suficientemente claro que nos permita aventurar nada concreto.

—¿Siguen barajando esa absurda teoría del suicidio?

—¿No le convence a usted tampoco? —Al bajar la voz al final de la frase, el inspector convirtió aquella pregunta en una especie de confirmación, una confirmación de la que se arrepintió de inmediato.

—Esa idea es una completa ridiculez —exclamó Nicholas—. Yseut era rica y, además, había conseguido crear a su alrededor un escenario con un inmenso potencial para el drama: un amplio y fecundo panorama repleto de cotilleos, malentendidos y murmuraciones. Abandonarlo habría significado renunciar a sus principios existenciales. Cualquiera cosa con tal de sembrar el dolor, como podría haber dicho Hamlet. —Consideró críticamente aquella paráfrasis shakesperiana durante unos instantes, antes de compartirla con inteligencias menores—. Desde luego, no creo que esa chica estuviera dispuesta a renunciar a todo un mundo de posibilidades de aflicción y desavenencias quitándose de en medio con semejante violencia. Rachel, Jean, Donald y Robert: todos ellos caminaban pegados a sus tacones (o debería decir más exactamente a sus faldas) como un indigno tropel. Me temo que fue un asesinato con un móvil muy concreto: dinero o sexo.

—Fen acababa de descartar el sexo como supuesto móvil del crimen —apuntó *sir* Richard.

—«El asesinato es al vicio como el humo al fuego» —contestó Nicholas educadamente, y añadió—: Una comparación obvia.

—¿Perdón?

—Es una cita del *Pericles*, inspector: un guarro drama sobre burdeles, de Shakespeare, de quien supongo habrá oído hablar.

*Sir* Richard interrumpió la conversación apresuradamente:

—¿Y el dinero? La muchacha era rica.

—Para aburrir. Con una renta de cerca de dos mil libras al año, creo recordar. La hereda su hermana. Y, ya que estamos, tal vez debería mencionar que Yseut le dijo a Helen en la fiesta, la otra noche, que tenía intención de ir a Londres tan pronto como

podiera para cambiar su testamento.

—¿Qué demonios está sugiriendo? —protestó Nigel.

Nigel quiso apartar aquella pregunta agitando la mano ante sí como si estuviera espantando moscas.

—Esos equivocados arranques de caballerosidad (que, como nuestro sagaz inspector ya habrá deducido, denotan una apasionada afición por el género equino), Nigel, están absolutamente fuera de lugar.

El inspector le dedicó una mirada cargada de odio y a continuación preguntó:

—¿Está usted dispuesto a confirmar ese detalle bajo juramento?

Nigel pensó que su defensa tácita de Helen se había debido a un impulso instintivo, un impulso que podría haberse producido por cualquier otra afirmación particularmente ofensiva, igual que la salivación de los perros de Pávlov ante el sonido de la segunda campanilla.

—Al contrario que usted, señor inspector —se burló Nicholas simulando seriedad—, yo no hago distinciones entre la verdad común y la verdad bajo juramento. Y, además, soy agnóstico. No hay nada por lo que pudiera jurar.

—¿No sigue ningún principio filosófico básico? —apuntó Nigel con sarcasmo.

—Ninguno, salvo uno: que no existen principios filosóficos básicos —contestó Nicholas sin arredrarse—. En cualquier caso, estamos confundiendo a nuestro buen inspector. A todos los efectos, inspector, debe usted entender que oí por casualidad esa conversación.

—¿Había alguien más presente, señor?

—Estaban presentes una cantidad enorme de personas, inspector. Pero no sería capaz de decirle si alguna de ellas escuchó lo mismo que yo.

En ese momento, Fen, que había estado observando con mirada crítica sus rasgos en un espejo que había al otro lado de la estancia, se giró y se dirigió caminando a grandes zancadas directamente hacia él.

—Se está usted comportando como un imbécil insustancial —le espetó ofensivamente a Nicholas—. Respóndame a una pregunta: ¿qué estaban haciendo usted y Fellowes esta noche en una habitación que no les pertenece a ninguno de los dos?

El anodino dominio de la situación de Nicholas se desvaneció como por ensalmo, repentinamente.

—Estábamos escuchando la radio —contestó de forma poco convincente—. Donald no tiene y el propietario de esa habitación había salido, así que tomamos posesión de la plaza.

—¿Alguno de los dos abandonó la estancia en algún momento? —Fen había adoptado una formalidad aterradoramente oficial, una imitación (aunque con mucho más efecto intimidatorio) de la actitud del inspector.

Nicholas se rascó la nariz como pidiendo disculpas.

—No —contestó, con sorprendente brevedad.

—¿Oyeron el disparo?

—Débilmente. En ese momento estaba sonando el *Heldenleben*. Y, aunque las ventanas estaban abiertas, no se escuchó demasiado fuerte.

—Cielo santo, muchacho. ¿Me está diciendo que tenían las ventanas abiertas con esa música a toda pastilla?

—Bueno —replicó Nicholas con gesto compungido—, hacía bastante calor.

—Así que estaban escuchando la radio con las ventanas abiertas —repitió Fen—. ¡Por mis orejas y mis bigotes!<sup>[19]</sup> —exclamó, abandonando su postura oficial. El inspector le lanzó una mirada entre tímida y asombrada—. Por fin lo tenemos. ¿Y puedo preguntarle qué estaban escuchando antes del *Heldenleben*? —inquirió, adoptando un tono de meliflua cortesía.

Nicholas pareció sorprendido.

—La obertura del *Meistersinger*... creo recordar.

—La obertura del *Meistersinger*. ¡Espléndido, espléndido! —Fen se frotó las manos y adoptó un gesto repentinamente pedagógico—. Una obra admirable, admirable, ¡de lo más admirable!

—Bueno, señor, me cuesta creer... —comenzó a farfullar el inspector, pero Fen le interrumpió.

—¡Lo había sospechado desde el principio! —exclamó—. No, no, mi querido amigo, no me interrumpa con su asombrosa capacidad de razonamiento. ¡El método, el método! ¡Por fin lo tenemos! —Y se derrumbó en un sillón como en estado de éxtasis, aunque la verdad es que daba la impresión de que fuera a echarse a dormir.

—Me parece... —retomó la conversación el inspector— que si el señor Fellowes ya se ha recuperado... —Nicholas se dirigió obedientemente hacia la puerta.

—¡Un momento! —exclamó Fen, retorciéndose de un modo asombroso en su sillón. Tras reflexionar durante un instante, preguntó—. ¿A qué hora cumplieron con el «apagón»?

—Poco antes de oír el disparo, creo.

—¿Quién corrió las cortinas y las persianas: usted o Fellowes?

—Yo en las ventanas interiores y Donald en las ventanas que dan al claustro.

—¿Notó usted algo raro en ese momento?

—No, a esa hora ya estaba todo bastante oscuro.

—¿Dónde estaban ustedes sentados?

—En un par de sillones, delante de la chimenea.

Fen dejó escapar un gruñido. La información pareció proporcionarle alguna especie de ignota satisfacción.

—¿Quién cree usted que es el asesino? —le preguntó.

Nicholas pareció desconcertado.

—Robert... o Rachel... o Jean..., supongo, o Sheila McGaw o...

—¿O quién?

—Sheila McGaw.

—Vaya, un nuevo personaje, inspector —dijo Fen, con un regocijo mal disimulado—. Háblenos de ella —añadió, dirigiéndose a Nicholas.

—Es una joven con pretensiones artísticas que suele colaborar con la Compañía de Repertorio. —Y citó la compañía por su nombre completo y no con la abreviatura «Rep.», como era costumbre—. En la época en la que Yseut tuvo su breve momento de gloria en el West End londinense, se le ofreció dirigir una obra en la que esta iba a actuar. Nuestra joven amiga Yseut utilizó su influencia para que Sheila no consiguiera aquel trabajo, principalmente difundiendo habladurías que sugerían que las costumbres sexuales de Sheila no eran del todo normales. —En ese momento, el Comité de Vigilancia Moral pareció sufrir una conmoción, y lo miró con ojos pudibundos—. Sheila acabó enterándose de todo y, como es normal, se lo tomó bastante mal. Verá, profesor —e intentó una especie de reconciliación con Gervase Fen—, yo conozco los detalles de todo aquel escándalo. De hecho, puede considerarme un Aubrey<sup>[20]</sup> moderno. ¿Qué más podría desear la policía?

—Aparte del hecho de que Aubrey llegó a reconocer en sus escritos —replicó Fen con frialdad— que se cogía unas moñas tremendas cuando bebía mucho, y aparte de que él hiciera gala de un espontáneo y delicioso sentido del humor, sin duda se podría encontrar alguna similitud. Probablemente tu información es tan poco fiable como la suya. Y, si mal no recuerdo, Aubrey llegó al extremo de insistir en el hecho de que fue Ben Jonson quien mató a Marlowe.

Por la expresión de su rostro se hizo evidente que consideraba esa imputación como una infamia extraordinariamente ofensiva.

Cuando apareció Donald Fellowes, resultó que solo estaba parcialmente recuperado de su juerga vespertina. La evolución de la borrachera había conseguido anestesiar un tanto su excitación nerviosa, pero el alcohol aún burbujeaba, cantaba y danzaba en sus venas y, en consecuencia, no solo se sentía mal psíquicamente, sino que su malestar físico era también evidente.

—Y ahora, tú, boquerón —comenzó Fen, que definitivamente había tomado las riendas de la situación—, ¿qué tienes que contarnos?

Aquella pregunta, planteada de un modo tan poco ortodoxo, solo consiguió desconcertar aún más a Donald, que comenzó a farfullar de un modo incomprensible.

—¿Lamentas que haya muerto Yseut? —prosiguió Fen, y añadió, dirigiéndose en un penoso intento de confidencia a Nigel perfectamente audible para todos los presentes—: Esto es lo que yo llamo método psicológico-detectivesco.

Donald pareció desperezarse.

—Tonterías psicológicas —replicó—. Por si de verdad tiene usted interés en saberlo, lo único que siento ante la muerte de esa chica es alivio, no pena. Pero eso no significa que fuese yo el que la asesinó. Tengo una coartada —concluyó, orgulloso como un crío que muestra sus dibujos a una visita.

—No, tú crees que tienes una coartada —repuso Fen con cautela—. Pero si existe la más mínima contradicción entre tu testimonio y el de Nicholas Barclay, no tendrás ni coartada ni nada que se le parezca.

—No podrá encontrar ninguna contradicción —dijo Donald con indignación.

Fen abandonó de inmediato aquel tema tan estéril.

—¿Estuviste ensayando con el órgano ayer por la mañana? —preguntó—. ¿Y fuiste antes a tomar una copa al Mace & Sceptre?

—Sí a las dos preguntas —contestó Donald, que parecía recobrarse por momentos—. Quiero interpretar un complicadísimo prelude de Respighi el domingo.

—¿Y te llevaste las partituras al bar?

Nigel estaba desconcertado ante el giro que había tomado el interrogatorio.

—Pues sí, ya ve —contestó Donald.

—¿Muchas partituras?

—Un pequeño montón —respondió Donald con dignidad.

—¡Ah! —se limitó a murmurar Fen—. Su testigo, inspector. Yo ya he concluido con el procedimiento.

Y, aparentemente, así era. El inspector planteó una serie de cuestiones sobre los movimientos de Donald aquella tarde noche, sobre el episodio del arma y sobre sus relaciones con Yseut, pero no averiguaron nada que no supieran ya. Nigel tuvo la impresión de que el inspector se estaba dando diligentes pero infructuosos cabezazos contra una pared. Le parecía que se limitaba a formular preguntas al azar con la esperanza de que pudiera surgir algo interesante y que, habiendo abandonado por el momento la idea del suicidio, no había sido capaz de abrir una nueva línea de investigación para sustituirla. Nigel estaba completamente convencido de ello. Por otro lado, también comenzaba a sentirse francamente cansado y, como el propio Fen, inclinado a desconectar cuando se limitaran a seguir «el procedimiento». Su primera reacción ante el crimen había sido un tanto sentimental, pero ahora se sentía tentado a creer que la muerte de Yseut, tal vez, podría no haber sido tan lamentable... desde cierto punto de vista.

Si la hubiera atropellado un autobús, el resultado habría sido el mismo, así que ¿por qué preocuparse con consideraciones de índole moral? Los habitantes de las Islas Fiji, pensó Nigel, acaban con sus ancianos esgrimiendo el más admirable de los motivos: la evolución social. Todo aquello se agitaba en la parte consciente de su mente. En su inconsciente, mientras tanto, se instalaba y crecía su proverbial terror supersticioso ante una muerte violenta, impermeable a cualquier tipo de pensamiento racional y a lo que la conciencia estaba intentando reprimir mediante el truco de negarse a pensar más en el problema. Dicho temor permanecía allí, sin duda, porque su origen radicaba precisamente en una superstición: la creencia atávica y ancestral en los misteriosos poderes de los espíritus de la tierra y el aire. Si hubiera visto cómo asesinaban a Yseut, y hubiera sabido quién era el asesino (una persona de carne y hueso), nunca habría albergado tales temores.

Hacia el final del interrogatorio, el interés de Fen —algo bastante voluble— volvió a avivarse.

—¿Qué opinas de Jean Whitelegge? —preguntó de repente, con una patética simulación de desinteresada curiosidad científica.

—Creo que está enamorada de mí.

—Mi querido muchacho, eso ya lo sabemos. No seas tan complaciente. ¿Crees que podría haber matado a Yseut?

—¿Jean? —Se hizo un silencio casi imperceptible. Y Donald contestó visiblemente conmocionado—: No. Por supuesto que no lo creo.

—Ah —dijo Fen—. ¿Qué nos vas a ofrecer en las Vísperas Cantadas del domingo?

—Dyson en re mayor.

—Qué bien —comentó Fen—. Un poco melodramático, pero bueno. Tienes que venir, Nigel. Desde el punto de vista musical, es una batalla entre la religión y el amor: Eros y Ágape.

Nigel asintió desconcertado ante aquella exhibición de conocimientos.

Donald se fue a la cama, a una de las habitaciones de invitados, procurándose antes algunas cosas de su dormitorio bajo la estricta mirada de un policía.

Un cansancio soporífero se apoderó de Fen, Nigel, *sir* Richard y el inspector. Incluso parecía que los dos últimos tuvieran dificultades para mantener el interés en el crimen. Además de que ya era cerca de medianoche. El inspector, volviendo con un esfuerzo heroico al asunto que tenía entre manos, formuló un resumen a modo de sumario.

—Hay algunos asuntos que aunque parezcan obvios o carentes de interés han de ser investigados —concluyó—. Las coartadas de las otras personas implicadas, la cuestión de si la bala salió del arma que encontramos (aunque no me cabe la menor duda de que es así), la cuestión del testamento de la joven, el propietario del anillo y un par de asuntos menores...

*Sir* Richard se deshizo de una cerilla, que durante un rato había estado aplicando a la cazoleta de su pipa sin el menor resultado, arrojándola sin mucha puntería a la chimenea.

—Para mí sigue siendo un verdadero misterio cómo asesinaron a la muchacha —dijo. Su rostro mostró un repentino desconcierto—: ¿Creéis que pudieron dispararle desde el exterior, por la ventana? —Indicó su falta de confianza en su propia sugerencia recurriendo a la aposiopesi.<sup>[21]</sup>

—Incluso sin tener en cuenta el hecho de la quemazón provocada por la pólvora —intervino el inspector—, no entiendo cómo pudo llevarse a cabo el asesinato. Si alguien le hubiera disparado desde el pasillo, William lo habría visto. Si el señor Fellowes y el señor Barclay no mienten, tampoco se le disparó desde la habitación de

enfrente. Con el debido respeto, señor mío —y la mirada que dirigió a Fen no iba cargada de respeto, precisamente—, no veo que pueda tratarse de otra cosa distinta a un suicidio. Por supuesto, estoy abierto a nuevas hipótesis... —afirmó mientras asentía, al parecer aprobando su generosa y ecléctica disposición—, pero me parece que se pueden albergar pocas dudas al respecto.

—Estoy seguro de que podemos dejar este asunto en sus manos con toda confianza, inspector —dijo *sir* Richard, con alguna reticencia—. Y, ahora, ¿que les parece si nos vamos ya a descansar?

La sensación de alivio que proporcionó aquella sugerencia no hizo sino reactivar la habitual tendencia de las personas educadas a entretenerse en una charla amigable y distendida. Al final, *sir* Richard y el inspector se despidieron y se fueron, pero Nigel aún se quedó unos minutos con Gervase Fen. El profesor había abandonado también su teatral melancolía y su antinatural euforia y parecía conmovedoramente serio.

—Háblame de la justicia abstracta, Nigel —le pidió.

—¿De la justicia abstracta? —murmuró Nigel.

—Pascal dice que la justicia humana es completamente relativa —explicó Fen—, y que no hay crimen que no haya sido considerado en algún momento de la historia una acción virtuosa. Naturalmente, Pascal confunde la ley moral universal con las acciones que se pueden juzgar de modos distintos a lo largo de la historia. Pero, incluso así, yo creo que, por ejemplo, el incesto desmiente su teoría: el incesto ha sido universalmente condenado. —Suspiró—. La pregunta es: ¿merece la pena colgar a alguien por el asesinato de esa joven? Al parecer, utilizaba el sexo del modo más rastrero para ejercer su poder, como Merteuil.

—En cierta medida era una hedonista —dijo Nigel.

Gervase Fen pensó en las proclividades apoláusticas<sup>[22]</sup> de Yseut sin ninguna complacencia. Parecía como si se estuviera entablando una lucha corneliana en su interior.

—Esto no me gusta —confesó—. No me gusta en absoluto.

—Pero crees saber quién la mató...

—Ah, sí. Tal vez debería haber explicado que las circunstancias son tales que solo una persona puede cumplir todos los requisitos y, por tanto, será relativamente fácil descubrir quién es esa persona. Naturalmente hay alguna cosa que no me acaba de cuadrar. Incluso es posible que esté equivocado. —Esto último lo dijo sin convicción alguna—. Esa McGaw... —empezó, pero se interrumpió para preguntar—: ¿Estás enamorado de Helen?

Nigel sopesó las desagradables consecuencias que podrían derivarse de una contestación equivocada.

—Apenas la conozco —dijo, confiando en que esa respuesta evasiva despistara a Fen.

Pero este se limitó a sacudir la cabeza.

—Te acompañaré hasta la puerta —concluyó.

Una media luna menguante colgaba ladeada por encima de la gran torre de Oxford. El ambiente era asfixiante, un bochorno que acababa con cualquier resto de energía física y al mismo tiempo presagiaba un cambio meteorológico dramático e inminente. Caminaron con desgana entre los edificios del *college*, cruzando el claustro, bajo la delicada y rebuscada alegría de la arquitectura de Inigo Jones, que, bajo la oscuridad nocturna, se transformaba en algo bastante siniestro, vacío y desalentador. Nigel recordó la historia de fantasmas de Wilkes.

—Una nueva e interesante incorporación a las leyendas del *college* —dijo.

—Y, dime, Nigel —dijo Fen, cuyos pensamientos se encontraban en otro lugar—, ¿estabas aquí en la noche de Todos los Santos de hace tres o cuatro años, cuando se celebró aquella fiesta?

—¿Cuando el *college* al completo bailó desnudo en la hierba bajo la luz de la luna? Sí, estuve metido en aquello. De hecho, me abrieron un expediente y me pusieron las consiguientes multas disciplinarias, que tuve que abonar durante varias semanas, en forma de vino, para uso y disfrute de los profesores.

—Aquellos sí que eran buenos tiempos. ¿Visteis hadas?

—En un determinado momento de la noche hicimos un recuento del que dedujimos que se había colado un extraño entre nosotros, los alumnos. Pero si era un hada o solo uno de los profesores..., eso nunca lo supimos.

—Jamás se me habría ocurrido siquiera imaginar que resultara tan difícil distinguir a un catedrático de un hada —suspiró Fen—. Todos acabamos igual, estandarizados y normalizados, Nigel. El divino don del discurso sin sentido y la acción puramente irracional se está atrofiando. No te lo vas a creer: hace unos días un alumno mío se permitió la impertinencia de reprenderme por leerle pasajes del *Fimble Fowl* y del *Quangle-Wangle*<sup>[23]</sup> como ilustración de la invención poética pura.

Tuve que ponerlo en su sitio. —En la semioscuridad, su mirada se tornó momentáneamente vidriosa y radiante, con la emocionada satisfacción del recuerdo—. Pero en nuestros días ya no quedan grandes excéntricos... Ninguno en absoluto. Excepto, naturalmente, este —y, deteniéndose, se señaló a sí mismo con el dedo.

Llegaron a una parte del *college* que Nigel recordaba como un pequeño jardín cerrado. Vio que allí se había levantado una especie de pequeño recinto, una jaula, dentro de la cual pudo distinguir alrededor de unas veinte máquinas de escribir sobre una mesa, y a doce monos aburridos, sentados en actitudes soñolientas y perezosas, o copulando sin ninguna emoción. Aquella aparición siniestra e inesperada le sorprendió tan desagradablemente que se vio obligado a detenerse.

—Pero ¿qué demonios es esto? —preguntó.

—O es la sala común de los estudiantes —contestó Fen con una triste melancolía— o el aprisco de Wilkes. Más bien lo segundo, supongo. Por supuesto, lo instalaron aquí después de que te licenciaras. Wilkes, que tiene una mentalidad práctica, lo ha encargado para que permanezca en el *college* durante un montón de años. Pero, hasta

el momento, los monos no han escrito ni un solo soneto de Shakespeare, ni un verso de un soneto, ni una palabra de un verso... Ni siquiera dos letras consecutivas han logrado escribir. Naturalmente, los monos que van muriendo se sustituyen por nuevos ejemplares: quizá eso esté resultando determinante en la falta de éxito del experimento. —Fen suspiró—. En fin, los monos no parecen especialmente interesados en las máquinas de escribir y se contentan con comportarse como es habitual en ellos, aunque para nosotros resulta un tanto embarazoso. —Y con un gesto expresó su pesar por la transitoriedad de los descubrimientos humanos. Estaban muy cerca ya de la conserjería del *college*—. Por cierto, recuérdame que en algún momento te dé mi opinión sobre la historia que nos contó Wilkes. Me parece interesante en muchos sentidos. Y resulta mucho más satisfactorio resolver los problemas de los muertos que los de los vivos, ya que aquellos, además, no requieren de ninguna acción real.

»Supongo —añadió a modo de despedida— que no te importará venir mañana, para acompañarme cuando empiece a investigar todo este asunto. De algún modo se podría decir que me he picado con este caso, aunque si la policía insiste en su teoría asnal del suicidio, casi hasta me da pereza contradecirles.

Nigel aceptó, aunque no del todo convencido, su propuesta.

—Nos vemos. —Fen se despidió con la voluntaria vaguedad de alguien que no quiere verse condenado a cumplir con los horarios de una cita definitiva—. Estoy cansadísimo. Debo irme ya y preparar algunos papeles para las hordas literarias que regresan mañana.

Y desapareció de inmediato. En la negra oscuridad que se cernía sobre Oxford una exclamación que contenía una sola palabra, «¡cretinos!», se quedó flotando en el aire.

Nigel, ya fuera del *college*, no sintió ningún deseo de irse a dormir, y dio un paseo hasta Christ Church. A continuación cogió el camino del canal y se quedó un rato mirando las tranquilas aguas del río, en las que distintos reflejos de un luminoso blanco y un negro azabache formaban dibujos silenciosos y extravagantes. La factoría de gas, las chimeneas de las fábricas y las vías muertas de la estación —desde donde podían oírse de vez en cuando los traqueteos y cambios de vías de los mercancías— formaban una silueta negra que se recortaba contra la luz de la luna, como en un grabado de Muirhead Bone. En algún lugar lejano comenzó a lloriquear una sirena que advertía de una incursión aérea, y continuó su progresión sonora y musical en terceras menores.

Poco a poco, los acontecimientos de aquella tarde fueron filtrándose en su mente, formando escenas irreales, exigiendo a gritos una explicación, una dilucidación, incluso un olvido. Las figuras de todos los involucrados se mezclaron ridículamente en extrañas relaciones. Regresaron a sus oídos frases interrumpidas que una repentina sensibilidad consideró sospechosas. El elemento racional, harto y agotado, se retiró a un segundo plano desde donde se limitaba a observar, con impotente desaprobación,

aquel grotesco panorama. ¿Es que podía creerse, siquiera durante un momento, que en aquella barahúnda de imágenes pudiera existir un mínimo atisbo de realidad? Nigel jamás lo sabría. Encogido, a pesar de la cálida temperatura, regresó al hotel.

Aquella noche soñó que estaba desnudo otra vez en el césped del St. Christopher. Solo que en aquella ocasión algo parecía diferente y el *college* retrocedía a una infinita distancia cuando lo miraba. Se percató, muy vagamente, de que Helen estaba colgada de las ramas más bajas de un árbol y de que le gritaba algo. Solo después de un rato se dio cuenta de que Helen había conseguido ponerse a salvo. Mirando a su alrededor, vio que algo se arrastraba hacia él desde los arbustos. Sabía que conocía a aquellas figuras (terriblemente distorsionadas, por otro lado), pero, cuando se despertó —sacudiéndose de encima aquella espantosa pesadilla— y encendió un cigarrillo, no pudo recordar quiénes eran.

## 9. TESTAMENTO Y ÚLTIMAS VOLUNTADES

¡Cómo! ¿Una mujer haciendo preguntas fuera de la cama?

OTWAY

**A**l día siguiente cambió el tiempo. A primera hora de la mañana, antes de que los primeros rayos de sol hubieran teñido de rojo las torres y los pináculos de Oxford, un cielo plomizo cubrió la ciudad y comenzó a llover. Cuando Nigel se despertó, tras un sueño incómodo y desasosegado, las calles todavía estaban empapadas y los retorcidos e ineficientes sistemas de desagüe de la arquitectura gótica, neogótica, palladiana y veneciana de Oxford ya estaban lanzando andanadas de agua sucia sobre los viandantes despistados. Desde Carfax, las alcantarillas vomitaban el agua por la ligera cuesta de High Street, esquivaban el Mitre, Great St. Mary, el Queen, y la corriente continuaba descendiendo hasta el Magdalen y su sempiterna torre, erguida, en solitaria austeridad, observando el tráfico que se dirige hacia Headington o Iffey o Cowley. En el exterior de St. John los árboles comenzaban a crujir y a susurrar, y las gotas de lluvia caían de las ramas y se estrellaban en la acera con aburrida monotonía, mientras unos pocos rayos de sol, tímidos y pálidos, se aferraban al arquitrabe de la Taylorian, se desviaban hacia la fachada sur del Cornmarket o se abismaban para siempre en alguno de los claustros del Brasenose. El cielo ceniciento era como un eco del gris de los infinitos muros de Oxford; el agua corría a mares por la hiedra que más o menos protegía Keble de los comentarios ofensivos del exterior; la lluvia brillantaba lenta y paulatinamente las puertas de hierro forjado del Trinity y se arracimaba en innumerables regueros y riachuelos entre los adoquines que rodean la Radcliffe Camera, que permanece inamovible, en su sitio, plantada como un bote de mostaza entre vinagreras, aceiteras y otros útiles de cocina. Los peculiares ornamentos de Oxford resultan brillantes bajo el sol o a la luz de la luna. La lluvia la convierte en una ciudad presidarla, profundamente deprimente.

Al día siguiente comenzaba el trimestre invernal. Los últimos estudiantes rezagados ya estaban llegando a la ciudad. En el enorme tumulto de una Inglaterra en guerra, aún podía distinguirse el fino goteo, lento pero persistente, de los estudiantes que poco a poco se dirigían hacia Oxford. En el Clarendon, dos vigilantes<sup>[24]</sup> nuevos estudiaban resignadamente una lista de los *pubs* que tendrían que visitar aquella noche, mientras los miembros más jóvenes de la universidad *in statu pupillari* calculaban las escasas posibilidades de permanecer sobrios hasta altas horas. Los anuncios referidos a las actividades de los clubes, la mayoría de diseños ofensivos, comenzaron a aparecer en las conserjerías de los *colleges*. También aparecieron los taxis, cargados hasta los topes con maletas. Una semana después, aproximadamente,

llegaría el resto de los equipajes, de acuerdo con el sistema que las compañías ferroviarias definían —irónicamente— como «equipaje por adelantado». Se prepararon y distribuyeron los horarios y los programas académicos. Los tutores andaban cabizbajos, melancólicos y exhalando profundos suspiros. Los alumnos nuevos llegaban en un estado de profundo desconcierto y angustia aterrorizada y los cocineros de los *colleges* pensaban en grandes hecatombes y envenenamientos masivos.

Era un día tristón, pero Nigel, mientras echaba un vistazo por la ventana de su baptisterio privado en el hotel, se sintió más alegre que de costumbre. Aquel era el momento, se dijo, en el que la cruda y terrible realidad te envuelve y te arrastra en su repentino torbellino. Por suerte, nada de eso estaba ocurriendo. Al contrario, estaba francamente impresionado por lo irrelevante que le parecía todo en ese instante y, de alguna manera, esto hizo que aquella mañana su espíritu se iluminara. Observó atentamente un pequeño reguero de agua que se concentraba y caía, saltando de ladrillo en ladrillo, por la fachada del edificio, y se sorprendió al verlo precipitarse y estrellarse en el paraguas del regio profesor de Matemáticas, que casualmente pasaba por allí abajo. Luego, fortalecido espiritualmente por aquella alentadora visión, apartó la cabeza, se lavó, se afeitó, se vistió y bajó a desayunar.

—Asesinato —le decía Nicholas Barclay a Sheila McGaw, con aire didáctico, mientras desayunaban—. Efectivo, sin duda: desde el punto de vista de la inmediatez, extraordinariamente efectivo. Pero básicamente insatisfactorio. —Hizo un gesto muy expresivo, al tiempo que lanzaba un pegote de mermelada al interior del salero—. Y, por otra parte, piensa cuánto mejor hubiera sido atarla a un carro y arrastrarla hasta la muerte. El asesinato es una cosa tan abrupta que evita cualquier disfrute posterior: es como beber de un trago una copa de buen vino, en vez de regodearse en él y paladearlo. Y luego, otra cosa: hay que tener en cuenta la cuestión de adecuación del castigo al delito. ¡Ah!, ¡qué admirable era la Edad Media en este sentido! Máscaras de hierro, cinturones de castidad, sillas de ahogamiento, cepos y potros de tortura... Todo ello estaba diseñado con la mayor sencillez y se disponía para que la retribución judicial por errores concretos de la naturaleza humana fuera fácil y cómoda. Como diría Ruysbroek, tiemblo de satisfacción cuando pienso en cuántas mujeres como nuestra Yseut fueron sometidas a esos artefactos. El asesinato es una cosa abstracta e imparcial —insistió con tono lastimero— y carece completamente del elemento poético de la elegancia; de hecho, no estoy seguro de que no demuestre en ciertos casos un pésimo mal gusto. Mordió una esquina de su tostada y se quedó pensativo mirando el resto antes de devolverla al plato.

—¿Puedo preguntarte —intervino Sheila— si has utilizado ese argumento para convencer a la policía de que tú no mataste a esa chica? Si lo has hecho, me temo que esa idea está condenada al fracaso.

—Mi querida Sheila: yo no tenía ningún móvil de peso para matar a Yseut. Es verdad que mentí a la policía ayer por la noche cuando afirmé que Donald y yo habíamos estado en todo momento en la habitación, y también es verdad que yo creo que Fen se dio cuenta... maldito sea. Pero aunque eso saliera a la luz, no veo qué tengo que temer. Ahora bien, tú...

Sheila levantó la mirada rápidamente.

—¿Qué motivo tengo yo?

—Venganza, querida —respondió Nicholas histriónicamente—. Les hablé de tu pequeña trifulca con ella. Espero que no te importe.

Para su decepción, Sheila recibió aquella revelación sin un ápice de resentimiento.

—No, claro que no —dijo lentamente, tras un silencio—. Qué más da. Lo habrían averiguado tarde o temprano de todos modos. ¿Van a interrogarme?

—Sin duda. Pero es un proceso inofensivo: no tienen ni la más remota idea de lo que se traen entre manos —murmuró, y se produjo un nuevo silencio—. Yo creo... —añadió Nicholas meditabundo— que iré al ensayo esta mañana: será interesante ver cómo actúa la gente.

En el diminuto, deslavazado y moderno apartamento que ocupaba en su *college*, Jean Whitelegge se despertó y abrió un ojo cautelosamente para recibir las primeras luces del nuevo día. Observó la chimenea que tenía enfrente, con sus pequeños perrillos de cerámica y animales de todo tipo tallados en madera. Miró a través de la ventana: con la lluvia resbalando a chorros por los cristales, las copas de los árboles y las paredes de ladrillo rojo que había detrás se distorsionaban borrosas, formando figuras fantasmagóricas. Luego contempló el armario que albergaba su reducido vestuario y el gramófono portátil, con los discos de los cuartetos de Beethoven desperdigados a su alrededor; un batiburrillo de reproducciones de Gauguin en las paredes, a media altura; y se giró hacia la estantería de libros, con sus alargados y delgados volúmenes de poesía moderna, sus libros sobre *ballet* y teatro, las obras de Strindberg, Auden, Eliot, Bridie, Cocteau y, en un lugar de honor, en lo alto de la estantería, una elegante colección, en una austera y aséptica encuadernación negra, muy usada, de la obra de Robert Warner. Su mirada reflexiva se concentró durante largo rato en aquellos volúmenes. Algunas de las palabras de sus piezas teatrales revoloteaban en la mente soñolienta de Jean, los personajes adquirían personalidad y vida propia, y una infinidad de frases de entrada y frases finales, sutiles, sorprendentes o aparentemente irrelevantes, acudían a su memoria. Se sentó en la cama, se colocó en el hombro un tirante del camisón que se le había resbalado por el brazo, miró el reloj y reconoció que ya era demasiado tarde para desayunar, así que sacó las piernas de la cama, se puso en pie y se detuvo a contemplarse un buen rato en el gran espejo que adornaba la puerta del armario. Sencilla, pensó, pero de una constitución innegablemente

perfecta. En ese sentido, bastante más atractiva que Yseut... Se detuvo a saborear esa idea un instante, y se esforzó por llevar a cabo una recapitulación de sus vagos conocimientos de legislación penal.

Alguien dio un leve golpe con los nudillos en su puerta: una simple convención para avisar de que la persona que estaba al otro lado pensaba entrar inmediatamente en la habitación de todos modos. Estelle Bryant era una de las estudiantes más acaudaladas del *college*, y apareció pintada y perfumada con Chanel, con medias de seda y un traje impecable: todo lo contrario de los *tweeds* toscos y provincianos y las blusas de colores de la mayoría de la plebe. Se derrumbó a los pies de la cama de Jean en un tremendo estado de excitación.

—¡Querida! —exclamó—. ¿Te has enterado de lo de Yseut?

Jean la miró en silencio durante unos instantes. Luego dijo:

—¿Qué de Yseut?

—Asesinada, hija mía. Tirada en el suelo, sin la extremaunción, abandonada, frita, con un agujero de bala en mitad de la frente. Tu pandilla del teatro tendrá que encontrar a una nueva cabecilla. Si no fuera por los encantos de Inglés Medieval, creo que yo misma solicitaría el puesto. —Tumbándose sobre un codo y tras ciertas dificultades, consiguió encender un cigarrillo.

—¿Dónde ha sido, Estelle? —preguntó Jean—. ¿Y cuándo? —su voz sonaba extrañamente indiferente.

—En el Kit;<sup>[25]</sup> y de todos los lugares posibles, en el dormitorio de tu adorado Donald. Ay, Señor, no debería haber dicho eso, ¿verdad? Ha sonado fatal.

Jean sonrió débilmente.

—No me importa. Da la casualidad de que yo sé que Donald no estaba allí en ese momento. ¿Y tienen ya algún sospechoso?

—No entiendo qué ves en ese chico, querida —dijo Estelle, sin contestar a la pregunta de Jean. Hizo esfuerzos evidentes para retomar la conversación—. Ah, que quién lo hizo... Supongo que no lo saben, y si lo saben se lo están guardando para ellos. En cualquier caso, no han detenido a nadie todavía.

—Gracias a Dios.

—Sí, ya veo lo que quieres decir, chica. Un asunto feo, si todo lo que se dice por ahí es cierto. Pero no me gustaría estar en la piel del asesino, ahora que Fen ha metido sus narices en el caso. Incluso el modo en que rompe en mil pedazos mis trabajos resulta espeluznante. —Se detuvo a pensar unos instantes en el personaje—. ¡Dios, qué hombre más inteligente! Aunque eche mano de todos los recursos del Hartnell para los seminarios, para él nunca es suficiente. De primeras parece el colmo de la amabilidad, pero esa impresión resulta más tarde totalmente falsa. ¡Ay, Dios mío! —exclamó con un suspiro.

—No sospecharán de Donald, ¿no? —preguntó Jean.

—Mi amor, a mí no me cuentan sus secretos. Dios Todopoderoso, chica, ¡qué braguitas tan maravillosas! ¿De dónde son?

De la conversación sobre ropa interior pasaron, en virtud de una transición natural, a la sempiterna conversación femenina sobre sexo.

Lo primero con lo que se toparon los ojos de Donald Fellowes al abrirse esa mañana fue con el espectáculo de un desordenado montón de ropas apiladas en una silla junto a su cama. En el desconocido paisaje de aquella habitación de invitados, le llevó algunos segundos darse cuenta de dónde se encontraba y por qué. Una reproducción de Brueghel, que destacaba entre un montón de baratijas flamencas, lo observaba desde la chimenea; y un grabado muy malo de Haden estaba colgado justo encima de él... Para expresarlo de otra manera: la habitación no tenía ninguna personalidad. Sentía un espantoso dolor de cabeza y la boca pastosa. Se incorporó y se sujetó la cabeza entre las manos, murmurando: «¡Dios! ¡Oh, Dios!». Un novato golpeó la puerta con los nudillos y le recordó que el desayuno estaría listo en cinco minutos. Arrastrándose de mala gana fuera de la cama, pensó en Yseut, aunque ya como un ser lejano que le resultara absolutamente indiferente, y en alguna otra cosa. «¡Señor, oh, Señor!», se repitió a sí mismo. «Por Dios bendito, ¿quién habría podido imaginar que...? Las mujeres son incomprensibles». Aquella conclusión tan poco original lo acompañó mientras se ponía las zapatillas y una bata y salía hacia los baños bajo la protección de un paraguas.

Rachel West se recolocó pudorosamente la bata, que había resbalado dejando a la vista más pierna de lo que podría considerarse moralmente correcto, y se sirvió otra taza de té. Robert, observándola desde la silla situada frente a ella, se recreó en su inalterable belleza, que le deslumbraba igual que el primer día. ¿Cuántos años tenía ya? ¿Veintisiete? ¿Veintiocho? Sin embargo, su figura aún llamaba la atención, delicadamente redondeada, ligeramente aniñada... Rachel nunca había permitido que la rutina de una vida cotidiana a su lado la llevara a descuidar su apariencia a primera hora de la mañana, hora en la que las esposas muestran —oficiales y oficiosas— invariablemente su peor aspecto. Una suerte de acuerdo tácito, consolidado gracias a la fuerza de la costumbre, había medrado efectivamente para prevenir ese inconveniente. Cuando terminó de detallarle los acontecimientos de la noche anterior, el silencio invadió la estancia. Finalmente, Rachel se decidió a hablar.

—Me siento un poco culpable —confesó—, por haberme comportado como una tonta en ese asunto. Una locura transitoria se apoderó de mí.

—Me temo que tampoco yo hice nada para suavizar la situación. Y, al parecer, el hecho de que se colara en mi habitación empeora aún más las cosas. Incluso la policía insiste en que aquella noche yo dormí con ella.

—Si yo hubiera estado en mis cabales...

—Oh, al demonio con todo, cariño. Ya pasó.

Rachel estaba seria.

—Ya pasó. Sí. ¿Y tienen alguna idea de quién lo hizo?

—Por lo que yo he podido ver, muy poca. Puede que Fen la tenga, pero como no hace más que sobreactuar, es difícil asegurarlo. De todos modos, por el amor de Dios, dejémoslo estar... Aunque me temo que hoy mismo recibirás una visita de la policía.

—¿Hay algo...?

—¡Santo Dios, no! ¡No tengo nada que ocultar! Diles la verdad.

—¡La verdad! Por lo que a mí respecta... Bueno, cariño, la única verdad es que no fui a North Oxford la noche pasada, eso fue solo una cortina de humo. Después de que discutiéramos, yo..., yo..., bueno, no podía soportarlo, eso es todo. Me dediqué a vagar por los alrededores...

—Me he comportado como un estúpido insensible.

—No, cariño, no es culpa tuya en absoluto. Pero eso no evita que yo me sienta como me siento. Yo..., yo... fui al cine y vi una película espantosa.

—¿Y?

—¿No te das cuenta? ¡Eso significa que no tengo coartada! Supondrán que yo...

—Querida, no van a recorrer Oxford arrestando a todo aquel que no tenga coartada. Cuéntaselo con naturalidad, eso es todo. No dudes —añadió con seriedad— que si empiezan a molestarte, pondré a todos los detectives y forenses de Londres tras sus talones, y entonces sabrán con quién están tratando.

Rachel parecía tan preocupada que Robert se levantó y le dio un cariñoso beso en los labios.

—No te preocupes, cariño mío —la tranquilizó—. Personalmente, no intentaré ocultar el hecho de que me encantaría que nunca llegaran a descubrir quién lo hizo. —Volvió a sentarse en su silla— Gracias a Dios, *Metromanía* está funcionando bien: y ahora irá aún mejor, aunque no debería decir eso. ¿Sabes que tengo ya una idea para una nueva obra? Esta vez habrá que buscar un protagonista masculino. Alguien de la talla de Shotover o Giles Overreach..., aunque vuelvo a irme de la lengua...

—Supongo —aventuró Rachel— que eso significa que vas a encerrarte otra vez en cuanto todo esto acabe. De verdad, eres un excéntrico...

Robert apenas pudo contener la risa.

—Algo de eso hay. La verdad es que disfruto con ello —dijo, mirándola con gesto burlón—. No sé si a los demás les ocurre algo parecido, pero yo ya estoy más que aburrido de mí mismo. Escribir una nueva obra es como tener un hijo o ir a nadar: solo es agradable cuando ha terminado.

Aprovechando que desayunaba solo, Nigel decidió elaborar un breve resumen, lo más sensata y objetivamente posible, de lo que había acontecido hasta ese momento. Sin embargo, la sensatez y la objetividad no tenían nada que hacer en este caso: ninguna de las dos consiguió encenderle la bombilla de esa idea que estaba esperando. El asunto del anillo, en concreto, le tenía totalmente despistado: ¿qué razones podían

haber llevado al asesino a poner un anillo en el dedo de Yseut después de muerta? Divagando, se dedicó a descartar un buen número de complejísimo artilugios fantásticos, a lo Heath Robinson, que previamente se dedicaba a crear en busca de una posible arma homicida. ¿Decía Robert la verdad cuando afirmaba que no había estado con Yseut el miércoles por la noche? Nigel creía que no, pero por otro lado, resultaba imposible confirmarlo. ¿Por qué Donald se había mostrado tan poco sorprendido al conocer la muerte de Yseut? ¿Qué papel jugaba la radio a todo volumen en aquella historia? ¿Y qué sentido tenía el hecho de que Yseut hubiera sido asesinada en el dormitorio de Donald? ¿Qué había ido a buscar allí? ¿Había cogido Jean el arma, como afirmaba Robert? Y, si fue así, ¿demostraba eso que ella era la asesina? Nigel se dio cuenta de que esta retahíla de preguntas, que recordaba vagamente a los diálogos entre el cuerpo y el alma tan populares en los siglos XVII y XVIII, carecía de valor, ninguno en absoluto, y abandonó ese método con el fin de poner a prueba las posibilidades del tan cacareado método intuitivo de Fen. Se concentró en la tarea de intuir, permitiendo que imágenes inconexas invadieran su mente sin orden ni concierto, y el resultado fue que se sintió aún más confuso que antes. Durante unos instantes, concretamente, llegó a pensar que había dado con el quid de la cuestión, la piedra angular que daba cohesión a todo el asunto convirtiéndolo en algo plausible y comprensible, pero al parecer *estaba intuyendo* tan profundamente que no pudo sacar esa idea a flote, a la conciencia racional, y la genial idea se le escapó de las manos. Suspirando con melancolía, abandonó la tarea.

Lo primero que debía hacer, en todo caso, era ir a ver a Helen. Los ensayos no comenzaban hasta las once de la mañana, así que seguramente estaría aún en su casa. C cogió un impermeable y salió del hotel —en medio del diluvio— con la intención de acercarse a Beaumont Street.

Cuando ya estaba llegando al número 265 observó dos siluetas vagamente familiares que se dirigían hacia él. Sin el anonimato que les proporcionaba la bruma de la distancia, aquellas siluetas se revelaron como el inspector Cordery y el sargento Spencer, que evidentemente tenían sus mismas intenciones. Se reunió con ellos, de hecho, a la puerta del 265 de Beaumont Street.

El inspector exhibía un agradable buen humor. Saludó a Nigel con la condescendiente benevolencia de un san Pedro admitiendo a uno de los evangelistas menores a la gloria celestial.

—Bueno, bueno, bueno, señor Blake, ¡el mundo es un pañuelo! —exclamó con aire aburrido—. Me atrevería a predecir que viene usted a ver a la señorita Haskell, como nosotros, ¿no es así?

—Sí, claro, a eso venía precisamente —murmuró Nigel, poco dispuesto a abandonar la pequeña ventaja que había obtenido sobre los policías alcanzando la puerta unos segundos antes.

—Bueno, señor, suba con nosotros, si lo desea. Lo único que debo pedirle es que nos deje llevar las cosas a nuestra manera, y que no obstruya la investigación

interrumpiéndonos de ningún modo.

Nigel expresó solemnemente su acuerdo con aquella petición. Y un segundo después él y el inspector estaban dándose incómodos empujones con la intención de ocupar el primer lugar en las escaleras que llevaban hasta el apartamento.

Helen estaba en el salón, escribiendo cartas; un amplio salón, abierto y luminoso, y meticulosamente limpio y ordenado. Y aunque la mayor parte del mobiliario y los adornos no eran suyos, había conseguido —como la mayoría de las mujeres— imprimirle el sello de su propia personalidad sin demasiado esfuerzo, al parecer. Nigel se percató también de otra característica peculiar, y es que dicha estancia solo podría haber pertenecido a una mujer. Esta deducción había sido extraída —pensó Nigel, sucumbiendo a la costumbre masculina del análisis— de la multitud de pequeños objetos que abarrotaba cada rincón de la sala. «Indudablemente femenina», pensó, recordando la descripción de Crésida en la pluma de Chaucer:

Pero sus maneras todas tan bien  
a la feminidad se acomodaban que  
nunca confundirse pudiera con un hombre.

Igual que Chaucer se regocijaba en la feminidad trascendental e incomparable de Crésida, así Nigel se regodeaba en la de Helen. Observó su rostro aniñado y serio, la suave y sedosa ondulación de sus cabellos, y cayó rendido a sus encantos.

Quiso emitir algo similar a un saludo, pero el sonido se ahogó en su garganta, aunque ella contestó muy educadamente.

Un ridículo orgullo se instaló en Nigel cuando se dio cuenta de que incluso el inspector estaba cautivado por los encantos de Helen. Sus gestos se tomaron tan amables como lo permitía su fisionomía de ave zancuda. Para sorpresa de Nigel, aquel tipo hizo gala de una encantadora cortesía natural al expresar su pesar por tan lamentable suceso, así como sus disculpas por molestar a Helen a una hora tan temprana.

—Suponíamos que estaría a punto de salir para los ensayos, señorita —explicó—, así que pensamos que deberíamos solventar este trámite lo antes posible. En términos generales no es más que pura rutina, ¿entiende?

Helen asintió y les indicó que se sentaran.

—Me temo que les pareceré a ustedes un poco insensible, inspector —se sinceró—, pero Yseut y yo nunca nos llevamos bien... Nunca llegamos a conocernos bien, en realidad... A fin de cuentas no era más que medio hermana mía. Así que, aunque naturalmente todo este espantoso asunto haya supuesto una terrible conmoción... Francamente, no puedo fingir que haya sido para mí una gran pérdida a nivel personal.

El inspector, tras meditarlo durante unos instantes, pareció considerar aquella teoría perfectamente plausible. Sin duda, los modelos culturales adquiridos en la infancia a fuerza de leer cuentos de hadas —en los que las hermanastras son

invariablemente brujas odiosas— todavía subyacían en su mente e influían en su evaluación.

—Bueno, eso no es cosa nuestra, señorita —sentenció. Y añadió sin ninguna coherencia—: Aunque naturalmente tendremos que hacerle un par de preguntas al respecto. ¿Tiene usted algún inconveniente en que el sargento Spencer, aquí presente, le tome las huellas dactilares?

—¿También pura rutina, inspector? —preguntó Helen maliciosamente.

El inspector esbozó una sonrisa a modo de disculpa.

—Exactamente, señorita —contestó.

Spencer, que al entrar había lanzado una mirada desesperada a la formidable batería de cosméticos que adornaban la superficie del tocador, comenzó a disculparse.

—Me temo que le voy a tener que ensuciar un poco los dedos, señorita —se excusó.

—Adelante, sargento —le animó Helen—. Soy actriz: estoy acostumbrada a embadurnarme con toda clase de pinturas y ungüentos.

El proceso de la toma de huellas se llevó a cabo en el más absoluto silencio.

—Y ahora, señorita —apuntó el inspector—, echaremos un vistazo a las dependencias de su hermana.

—Oh, claro. Es el apartamento de al lado, el de la izquierda. Nunca cerraba con llave, así que nada impedirá que puedan verlo. ¿Les acompaño? —preguntó, mientras hacía ademán de levantarse.

—Eeeeh... No, gracias, señorita. En realidad enviamos ayer a Spencer para que cerrara la puerta con llave hasta que pudiéramos echarle un vistazo al apartamento tranquilamente. Supongo que no habrá intentado entrar en ningún momento, ni la noche pasada ni esta misma mañana...

—No, inspector, no he entrado. Así que dudo bastante que encuentre mis huellas dactilares en el picaporte del apartamento.

—¡Ah! ¡Estupendo! Spencer, ve y echa un vistazo. Ya sabes lo que buscamos, ¿no? —añadió con un tonillo misteriosamente siniestro.

Spencer, que no tenía ni la menor idea, sonrió con una mueca rara y bobalicona, y salió. El inspector dejó caer como por casualidad:

—¿Iba su hermana a cambiar el testamento?

Nigel permaneció atento a la respuesta de Helen, pero la joven replicó con absoluta tranquilidad:

—Eso me dijo en la fiesta la otra noche. Precisamente tenía la intención de ir a Londres a ver a su abogado hoy mismo. Supongo que habrá sido Nick Barclay quien se lo ha contado, pues me dio la impresión de que nos estaba espiando. —El inspector pareció tan cariacontecido y chafado que la joven se vio obligada a añadir apresuradamente—: De todos modos, yo misma se lo habría contado.

—Dadas las circunstancias, señorita, eso parece un poco raro.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Helen tranquilamente. Nigel, recordando su

voto de silencio, proyectó un estallido de aplausos telepáticos en dirección a la joven.

El inspector, un tanto desconcertado, intentó acceder a Helen por otra vía.

—¿Sabe usted quién iba a ser el nuevo legatario?

—La verdad es que no tengo ni la más remota idea. No le conocía ningún otro pariente cercano, aparte de mí, y muy pocos amigos. Reconozco que me llamaba la atención que no lo hubiera cambiado antes, considerando el poco aprecio que nos teníamos. Y, francamente, no es un tema que me preocupara demasiado: me basta y me sobra con el dinero que gano por mis propios medios y, de todos modos, no había razón alguna para suponer que fuese a morir antes que yo. Creo que solo me lo dijo por hacerme daño, aunque, como pueden deducir de lo que les acabo de contar, no consiguió su objetivo.

—Habrá que verificar la cuestión del testamento, por supuesto. Pero creo que no me equivoco si digo que usted es en este momento una chic... una mujer bastante rica, ¿no es así, señorita Haskell?

—Supongo que así es.

—Ah. Bueno, ¿conoce usted el nombre de los abogados de su hermana?

—Ni idea. Jamás hablábamos de dinero. Ella nunca me lo ofrecía y yo tampoco se lo pedía.

—¿No le resulta a usted curioso —preguntó el inspector—, cuando menos, que su hermana no viviera, bueno, un poco más de acuerdo con sus posibilidades? ¿No le parece raro que no se hubiera comprado su propio piso, por ejemplo, o que no viviera en un hotel?

—Ni siquiera alguien como Yseut hubiera tenido el descaro de hacer eso estando yo por aquí —contestó Helen secamente—. Se sentía cómoda y vivía bien en estos apartamentos, claro, pero creo que disfrutaba acumulando dinero, considerando que empleaba la mayor parte de su tiempo exprimiendo a jóvenes pretendientes con rentas que eran veinte veces menores que la suya.

—¡Vamos, vamos, señorita Haskell! —la reconvino el inspector. Pero lo dijo en un tono ausente. Era obvio que su mente estaba ocupada en otras cosas. Tras unos instantes, sacó de un sobre el anillo que habían encontrado en el dedo de Yseut y se lo enseñó a Helen—: ¿Pertenece a su hermana?

—¿Eso? Cielos, no. Eso debe de ser... ¿Qué tiene eso que ver con la muerte de Yseut?

—¿A quién pertenece entonces?

Helen parecía poco dispuesta a hablar.

—Ya que quiere saberlo —respondió de mala gana—: pertenece a Sheila McGaw, nuestra directora. Ese anillo siempre ha sido objeto de nuestras burlas en el teatro, es grotesco y espantoso. Pero...

El inspector asintió como si ya lo supiera.

—Solo quería que me lo confirmara, señorita. La señorita McGaw ya ha admitido ser la propietaria del anillo. Dice que se lo dejó hace un par de días en uno de los

camerinos. Al parecer... —añadió pausadamente, como si creer la siguiente afirmación requiriera de un increíble ejercicio de fe—, al parecer alguien del teatro o de fuera pudo haber entrado en su camerino y haberlo cogido.

—Puede ser —aventuró Helen—. No hay ningún vigilante en la puerta de actores, ¿sabe?

—Sí, claro. Si la señorita McGaw está diciendo la verdad —añadió el inspector, dirigiéndose a Nigel, a modo de exégesis—, eso significa que estamos exactamente donde estábamos al principio.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Helen—. ¿Qué tiene que ver ese anillo con esto?

—Se encontró en el dedo de su hermana, señorita. Y todos los indicios sugieren que pudo haber sido colocado allí tras su muerte.

—¡Oh! —Helen se quedó repentina e inexplicablemente callada.

—Y ahora, señorita Haskell, ¿me podría resumir brevemente todos sus movimientos entre las seis y las nueve de la noche de ayer?

—¿Movimientos? Bueno, eso es demasiado decir. Salí de aquí para ir al teatro alrededor de las seis y media, me maquillé, salí a escena al principio de la obra, a las ocho menos cuarto, volví al escenario unos diez minutos después, luego me quedé en mi camerino leyendo hasta que me tocó actuar de nuevo, como a las nueve menos cuarto...

—Espere un minuto, señorita Haskell: ¿debo entender que usted no pisó el escenario entre las 19:55 y las 20:45?

Por primera vez Helen pareció asustada. Nigel sintió una punzada en la boca del estómago. Podrían encontrarse más de mil razones —psicológicas, factuales, probatorias— que demostrarían que Helen no pudo haber cometido el asesinato —ni siquiera en sus sueños más peregrinos se le había pasado por la cabeza esa idea— y, sin embargo, no pudo evitar esa punzada.

—Sí, exactamente —admitió Helen.

—¿Y comparte usted el camerino con alguien?

—Sí, normalmente, sí; pero esta semana no. La chica con la que comparto camerino no participa en esta obra. ¿Está usted sugiriendo que yo podría haber salido del teatro sin que nadie se hubiera dado cuenta? Supongo que podría haberlo hecho. Lo único que puedo decir es que no lo hice. —Recobró un poco la confianza en sí misma—. Desde luego, se necesitaría un motivo al menos tan importante como un asesinato para que alguien se desmaquillara sabiendo que tiene que volver a maquillarse media hora después.

En ese momento regresó Spencer, con bastante poca información que aportar: no había encontrado documento alguno, excepto unas cuantas cartas personales totalmente intrascendentes y una agenda con la dirección del abogado de Yseut. (El inspector se la guardó en el bolsillo).

—Aparte de eso —añadió—, solo la parafernalia femenina de rigor. Oh, perdón,

señorita... —Helen le dedicó una sonrisa en la que la concesión humorística y una tierna amabilidad se mezclaban exactamente en idénticas proporciones.

El inspector se puso en pie.

—En fin, esto es todo, señorita Haskell, muchísimas gracias —concluyó—. ¿Querrá usted identificar a su hermana?

Helen negó con la cabeza.

—Ah. Bueno, dadas las circunstancias, creo que es lo más inteligente. Aunque se verá obligada a identificarla si se lo pide el juez... me temo. Pero, en todo caso, eso no sucederá hasta el próximo martes. No podemos proceder con la identificación, de momento, porque da la casualidad de que tanto el forense como su suplente se encuentran fuera estos días. —Sonrió con resignación ante semejante demostración de incompetencia en las altas instancias policiales. Luego, volviéndose hacia Nigel, dijo en voz baja—: No tengo ningún inconveniente en informarle, señor, de que la bala que mató a la joven ha sido identificada y procede del arma que encontramos.

Nigel procuró mostrar el gesto de sorpresa que merecía una información tan relevante. Si Yseut había sido asesinada, entonces el asesino había sido la persona que había apretado el gatillo.

—Bueno —continuó el inspector—, yo mismo echaré un vistazo al otro apartamento y asunto concluido. Y no me importa confesarle —añadió amablemente— que, en mi opinión, a pesar de ciertos puntos en contra, se trata de un claro caso de suicidio. Esa es la versión oficial —dijo con énfasis, dejando caer el daño que estaban haciendo a la investigación todos esos detectives aficionados. Y después de una despedida cordial, se marchó, con Spencer y todos sus aparejos tras él.

Nigel se volvió hacia Helen. Estaba un poco pálida. Se miraron mutuamente durante unos instantes sin proferir palabra. Luego Helen dijo: «Cariño», y le besó en los labios.

## 10. TIERNAS ESPERANZAS FRUSTRADAS

*¿Qué te podría impeler, en una tierna edad,  
a frustrar todas tus tiernas esperanzas en el escenario?  
¿Y te vale la pena pasar por todos estos espantosos sufrimientos  
para dar a conocer al mundo tu falta de juicio?*

CHURCHILL

**A**lrededor de diez minutos más tarde escucharon unos golpecitos en la ventana. Nigel se acercó, la abrió y miró fuera. Gervase Fen, profesor de Lengua y Literatura Inglesa en la Universidad de Oxford, estaba abajo, observando con gesto lastimero una alcantarilla por la que se le había colado, sin posibilidad de recuperación, el bolígrafo que había lanzado contra el cristal de la vivienda para llamar su atención. A pesar de todo Fen miró hacia arriba con su buen humor habitual. Iba embutido en una enorme gabardina y llevaba un extraño sombrero.

—¿Puedo subir? —preguntó a voces—. Gracias a Dios, he conseguido evitar al inspector y a sus secuaces. He de hablar con Helen. A ti no te quiero para nada en particular —añadió para dejar las cosas claras.

Nigel lo invitó a subir con un gesto, al tiempo que se golpeaba la cabeza con la ventana de guillotina y comenzaba a proferir espantosas blasfemias. Fen subió las escaleras de cuatro en cuatro y entró en el apartamento justo en el momento en el que Nigel se estaba dando la vuelta.

—Estás viejo, padre William<sup>[26]</sup> —dijo Nigel, desconcertado ante esa exhibición atlética.

—Llevo toda la mañana siguiendo los pasos de nuestro pobre inspector —explicó Fen sin detenerse en preliminares—, consolando a los que aterroriza, calmando a quienes enoja y, en términos generales, recabando un montón de información totalmente irrelevante para el caso. —Se detuvo, resignándose a cumplir con los mínimos requisitos de la cortesía, y miró con ojos vidriosos a Helen—. Bueno, ¿y tú cómo estás, querida? Me ahorraré las condolencias, porque sé que no son necesarias.

—Gracias, Gervase —musitó Helen.

—¿Cuánto tiempo hace que os conocéis? —preguntó Nigel con cierto recelo—. ¿Queréis que os deje solos?

—Es una *Wahlverwandschaft*<sup>[27]</sup> —dijo Fen—. ¿Verdad, Helen?

—Deja ya este espantoso flirteo, Fen —protestó Nigel con brusquedad—, y dínos cómo se encuentra el paciente esta mañana.

—Oh, mucho mejor que ayer por la noche —respondió Fen mientras se derrumbaba en una silla—. Han salido a la luz un par de cosillas, sin embargo. Es un asunto complicado: engranajes dentro de engranajes... —anunció con aire misterioso.

—Supongo que eres consciente de que yo aún no sé nada de nada de la muerte mi

hermana —dijo Helen—. Y quiero suponer que uno de los dos me dará algún detalle, aquí y ahora.

Fen se puso serio repentinamente.

—Hazlo tú, Nigel —exigió Fen—. Así podré poner en orden mis ideas.

Así que fue Nigel el que comenzó a enumerar una vez más aquella retahíla de hechos confusos, engañosos e improbables. Ni siquiera al ordenarlos en su relato consiguió que las circunstancias adquirieran una apariencia más nítida y clara. Y, cuando concluyó, le preguntó a Fen si tenía algo que añadir, algún comentario. Fen permaneció en silencio y encendió un cigarrillo, lo sujetó entre sus dedos impregnados en nicotina e hizo un gesto indefinido.

—Ya sabéis, naturalmente —comenzó—, que la bala fue disparada con el arma que encontramos, ¿no? Y que el anillo es propiedad de la señorita Sheila McGaw, que descuidadamente lo dejó olvidado en un camerino.

—Sí, sí —contestó Nigel impaciente—. Todo eso lo sabemos.

—«Señor Puff si él sabe todo eso, ¿por qué *sir* Walter sigue contándoselo?»<sup>[28]</sup> —citó Fen sin poderlo evitar—. En fin, vayamos al caso —dijo, retomando el hilo de su discurso—. Hay un par de cosas que deberían salir a la luz a lo largo del día de hoy. ¿Queréis comentarios? Respecto al escenario general, tened en cuenta lo siguiente: id considerando a todos los sospechosos, de uno en uno, culpables del asesinato, y luego considerad cuál de los otros, sabiendo que esa persona ha cometido el crimen, estaría dispuesto a protegerlo... o protegerla.

—¿Quieres decir que hay dos personas involucradas? —preguntó Nigel.

—¡Oh, Señor, no! No es nada tan decepcionante. Todo fue obra de una sola persona, sin ayuda de nadie. Pero lo que digo es que penséis la hipótesis que os he planteado.

—Bueno —dijo Nigel pausadamente—, supongo que Rachel protegería a Robert, y viceversa. Jean protegería a Donald, aunque no sé si ocurriría lo mismo al revés, pero me inclino a pensar que también él la protegería a ella. Nicholas podría proteger a cualquiera, solo por el puro placer de hacer una maldad, pero sobre todo protegería a Donald. Y respecto a esa McGaw..., bueno, no la conozco de nada.

—¡Ah! —exclamó Fen, y parecía extraordinariamente satisfecho—. Y, ahora, vayamos al crimen en sí. Concentraos en los siguientes puntos: 1. El hecho de que en la radio estaba sonando la obertura del *Meistersinger*, seguida del *Heldenleben*, una conjunción teutónica extraordinaria; 2. El fuerte olor a pólvora que se percibía en la habitación cuando entramos; y 3. El hecho de que nada se tocara al menos hasta un cuarto de hora después de que nosotros llegáramos. Si todo esto no os da una pista —concluyó, completamente seguro de que aquellas indicaciones no les servirían de nada—, es que sois idiotas.

Nigel se apresuró a reprimir el deseo de agredir a su profesor y se limitó a preguntar:

—Entonces, ¿de verdad sabes quién lo hizo?

—Lo sé —confirmó con voz sombría—. En cualquier caso, ya he hablado con todos los sospechosos. Pero todavía quedan muchos cabos por atar, fijar y asegurar. Fue un crimen que se preparó desastrosamente mal: una auténtica chapuza. —Se giró de repente hacia Helen—. ¿Cuál sería tu reacción si permitiera que la persona que mató a tu hermana saliera indemne?

Estoy hablando de una posibilidad real, no de una hipótesis. Por lo que yo veo, no parece que la policía vaya a ser capaz de averiguar qué ocurrió en realidad, ni cómo sucedió.

Helen permaneció pensativa durante unos minutos. Entonces, respondió con asombrosa sinceridad:

—Todo depende de quién fuera el asesino. Si hubiera sido Robert o..., sí, o Rachel, o incluso Sheila o Jean, creo que no me importaría que se fueran de rositas. Sin embargo, si los culpables fueran Donald o Nick, suena un poco cruel, lo sé, pero, bueno, sí, no me gustaría que salieran indemnes.

Fen asintió con seriedad ante aquella declaración.

—Muy razonable —admitió Fen—. Personalmente, yo estoy a favor de concederles a todos ellos una última oportunidad. Me refiero a algo así como un aviso para que tengan la posibilidad de huir. En el laberinto actual de cartillas de racionamiento, registros y carnés de identidad, si alguno de ellos consiguiera largarse y escapar, realmente se lo habría merecido. Todo esto que estamos comentando es de todo punto inmoral, ya lo sabéis —dijo enigmáticamente, involucrando injustamente a Nigel y a Helen en su acusación—, y no estoy seguro de que legalmente no me convirtiera en cómplice después de que el criminal huyera. Pero tu hermana, Helen, perdóname, era al parecer el mismo demonio en muchos sentidos.

Permanecieron en silencio durante unos minutos. Luego, Nigel se atrevió a preguntar:

—¿Y qué se sabe del anillo, Gervase? ¿Qué se sabe de la mosca dorada?

—La mosca dorada, claro. Menudo poetastro estás hecho —bromeó Fen—. Eso, lo admito, eso todavía me tiene confuso. Nos queda mucho trabajo por delante si queremos averiguarlo todo. Y, ahora —dijo, mirando el reloj—, lo mejor que podemos hacer nosotros, y tú también, Helen, es salir hacia el teatro, o de lo contrario llegaremos tarde. Como dijo el señor Herbert Morrison en su inmortal alocución: «Tenemos que irnos».<sup>[29]</sup> Deberíamos poder... ¡Por mis zarpas! ¡Por mi pellejo y mis bigotes! —estalló de repente, con los ojos como platos y con la mirada perdida en el infinito—: ¡Dios, Dios, Dios...! ¡Qué estúpido he sido! Pues claro, todo coincide, es absolutamente evidente... ¡Y tan clásico! ¡Quiera el cielo que Gideon Fell no se entere jamás de mi mala cabeza! No podría soportarlo.

Y se quedó conmocionado, con la boca abierta.

Nigel lo observó con gesto impasible.

—Deja ya de hacer teatro —le amonestó—. Sabes perfectamente que lo que dices es incomprensible para todos excepto para ti mismo. Y vámonos ya. Son las once

menos cinco. Creo que nos tocará correr.

No sin alguna dificultad consiguieron arrancar a Fen de aquel salón.

De camino al teatro, Gervase Fen recuperó su buen humor y se lo hizo saber a sus acompañantes por los medios habituales: una incesante catarata de quejas y lamentos. Se quejó largamente y con la misma inquina de temas tan dispares como el tiempo, el devenir de la guerra, la comida o la universidad en general. Sobre este último asunto, por cierto, hizo puntualizaciones concretas, llegando a rozar la difamación. De todos modos, mientras hablaba no dejaba de avanzar a grandes zancadas, de tal manera que pudieron llegar al teatro a tiempo, aunque Helen y Nigel cruzaron la puerta en un estado bastante próximo a la extenuación.

Podría afirmarse, sin temor a la equivocación, que la compañía había recibido con gran tranquilidad la noticia de la muerte de Yseut: se palpaba en el ambiente una suerte de alivio, y nadie parecía especialmente preocupado ante la posibilidad de que hubiera un asesino entre ellos. La opinión generalizada era, de hecho, que aquel suceso difícilmente podría considerarse un asesinato, y que estaba a la altura de cierto tipo de actos altruistas como ahogar a unos gatos que sobran, la eutanasia indolora de los perros viejos o la imprescindible aniquilación de bichos y alimañas. El ensayo comenzó bien y continuó mejor. Nigel permaneció sentado en la platea y atendió con interés, mientras Fen merodeaba por todas partes, molestando a todo el mundo y haciendo gala de un exagerado interés por la metodología y los procedimientos dramáticos, sin dejar de formular preguntas más bien tontas.

Poco después de las doce, Robert anunció un descanso, y la mayoría de la compañía se fue de cabeza al Aston Arms. Fen y Nigel, con Helen, siguieron a los demás. El Aston Arms no era ninguno de esos establecimientos modernos y resplandecientes que proliferan hoy en día. Bien al contrario, aquel *pub* exudaba un hedor tan fuerte a un pasado rancio que los clientes vivos se sentían espiritualmente acosados y zarandeados por las sombras de los clientes borrachos, muertos y enterrados siglos atrás. Cualquier sugerencia de mejora o modernización se recibía con muecas de desagrado por parte de la dirección, encarnada en un anciano larguirucho que se encontraba en evidente proceso de descomposición. La adquisición y la consumición de las bebidas se llevaban a cabo de acuerdo con un complejo ritual, el cual no podía obviarse jamás, bajo amenaza de anatema. Se mantenía una estricta jerarquía social; los visitantes no habituales no eran bien recibidos, y a los clientes habituales, sobre todo los de la profesión teatral, se les trataba con un desprecio indiscriminado. El único rasgo llamativo de aquel bar pequeño y andrajoso era un enorme loro desplumado que había cogido la manía de arrancarse las plumas hacía tiempo, y que ahora, salvo por la cresta de su cabeza, que le resultaba inaccesible, ofrecía una imagen deplorable y absurdamente gris que resultaba bastante desagradable de ver. Se lo había regalado al propietario del Aston

Arms un profesor visitante alemán —en un arrebatado de lacrimosa gratitud—. El loro tenía la costumbre de recitar un poema de Heine, que, sin embargo, solo surgía de su garganta si se le inducía con dos versos de «*L'Après-midi d'un Faune*», de Mallarmé, los cuales al parecer eran suficientes para incitar al animal a entregarse a la declamación en alemán. Aquella habilidad levantó grandes sospechas entre la clientela militar habitual del Aston Arms, equiparables únicamente a las sospechas de los granjeros y campesinos que tenían una instrucción semejante o mayor que los militares. El propietario aprovechaba dicha habilidad para advertir a los clientes de la inminencia de la hora de cierre, y los estridentes alaridos del «*Ich weiss nicht, was soll es bedeuten, das ich so traurig bin*» constituían el prelude habitual a unos métodos de dispersión más expeditivos.

La irrupción de Fen en el pequeño salón resultó arrolladora, incluso la sibila que estaba detrás de la barra pareció abrumada por su exuberante presencia. Pidió las bebidas saltándose el ritual de un modo profano y herético.

—Cuando yo era vigilante universitario —comenzó a decir—, solía tener grandes problemas... con los *pubs*, me refiero. La gente con la que me encontraba en los bares eran siempre e invariablemente los alumnos más brillantes, y a mí no me parecía que tuviera nada mejor que hacer que quedarme y tomar unas copas y hablar de libros con ellos. Así que lo único que hacía era presentarme en los bares cuando me tocaba y luego me largaba con semblante hierático sin haber apuntado a nadie en el registro. Y cuando la ronda la hacía uno de los jóvenes, yo me enteraba de su itinerario y llamaba a mis mejores amigos para avisarlos. Todo completamente ilegal, me temo —terminó con un suspiro.

—Dios bendito —exclamó Nigel con gesto burlón—, ¡vaya pícaro<sup>[30]</sup> estás hecho, ya lo creo!

Fen le lanzó una mirada enojada.

Sheila McGaw y Nicholas estaban de pie en una esquina, juntos, y Nicholas hacía infructuosas tentativas de acariciar la cresta del loro.

—Si intenta morderte —le recomendó Sheila con aire servicial—, es mejor que no apartes la mano. Solo conseguirías provocarlo para que trate de pillarte el dedo.

Durante unos instantes Nicholas sufrió una profunda agonía. Luego apartó la mano lentamente y se miró el dedo con gesto melancólico:

—Un consejo falaz —apuntó brevemente.

Fen se dirigió hacia ellos.

—Ah, Barclay —le dijo—. Unas palabritas nada más, si no te importa —añadió mientras sonreía afablemente a Sheila, que se apartó para reunirse con Robert y Rachel en la barra. Se hizo entonces un incómodo silencio, a través del cual le llegaba la voz de Donald Fellowes, en el otro extremo del bar, disertando sobre técnicas de orquestación—. Dios bendito —dijo Fen—, qué tranquilo se ha quedado todo de repente. No quisiera que nuestra conversación se volviera de dominio público... —Se dirigió de inmediato al loro, diciéndole algo en francés, y el loro se desató gritando

*Die Lorelei*. En ese momento se elevó el tono general de las conversaciones, con el fin de hacerse audibles por encima de los gritos del loro. En medio de aquella algarabía, Fen le preguntó a Nicholas—: ¿Ha ido a verte el inspector esta mañana?

—No —contestó Nicholas—. Gracias a Dios. Sin duda le pareció que mi coartada era tan sólida que ya no tiene nada más que preguntarme. ¿Cómo van las cosas?

Fen observó su rostro durante unos instantes.

—Como era de esperar —contestó escuetamente—. ¿Estás completamente seguro de que ni tú ni Donald abandonasteis la habitación en ningún momento de la noche?

—*Die schönste Jungfrau sitzt dort oben wunderbar!*<sup>[31]</sup> —gritaba el loro con unos matices de lo más sentidos. Se detuvo y tomó aire varias veces entre estertores antes de proceder con la siguiente estrofa.

Nicholas levantó las manos como si se rindiera ante Fen.

—*Maestro*<sup>[32]</sup>, me ha descubierto —confesó—. ¿Cómo lo ha averiguado?

—Lo averigüé, simplemente —contestó Fen, sin dar más explicaciones—. Pero supongo que no fuiste tú, sino Donald, el que salió inmediatamente después del apagón.

Nicholas se enderezó todo lo largo que era.

—¿Cómo demonios sabe eso?

—Una suposición, nada más. Creo que cuando se acercó a las ventanas vio a alguien a quien conocía, y que después salió para hablar con esa persona. Hay ciertas cosas que no se pueden explicar de otro modo.

—Pues da la casualidad de que está usted en lo cierto. Donald estuvo charlando con alguien justo en la esquina, en el pasadizo que conduce al claustro. No creo que ese obrero idiota se enterara de nada. En todo caso, Donald no tardó más de dos minutos en regresar. No hay razón para suponer que ninguno de los dos tuviera nada que ver con el asesinato.

—Entonces, ¿sabes quién era la otra persona? —susurró Fen.

Nicholas apretó los labios.

—No —contestó.

—Me parece que aunque en el momento en que se marchó no lo supieras, Fellowes te lo habría dicho al regresar.

—¿Y por qué me lo iba a decir?

—Habría sido lo más natural. A menos... —añadió Fen deteniéndose un momento—, a menos, naturalmente, que para entonces ya supiera que se había cometido un asesinato y estuviera dispuesto a ocultarlo a toda costa.

Nicholas se puso pálido.

—Yo no sé quién era la otra persona —repitió lentamente, recalcando su ignorancia.

Fen gruñó y se enderezó en su asiento.

—No estás colaborando en absoluto —le espetó—, aunque afortunadamente eso no tiene la menor importancia. Ya disponemos de suficientes pruebas para colgar a

alguien... Y tal vez tú sepas a quién. Te aseguro que es solo mi propia satisfacción lo que me lleva a querer conocer cada detalle de este caso hasta el final, aunque supongo que no puedo esperar que tú desees lo mismo. —Nicholas buscó con la mirada a Donald—. Muy bien —añadió Fen irónicamente—. Te daré todo el tiempo que precisas para que ajustes tu historia a la de Fellowes antes de que vaya a interrogarlo. Los tontos son una presa demasiado fácil si no se les concede ese tipo de cortesías —concluyó con una mirada feroz.

—*Und das hat mit ihrem Singen die Lore-Ley getan!* —concluyó a su vez el loro, acompañando el último verso con un alarido triunfal, antes de quedarse callado de repente.

Fen se dirigió otra vez a Nicholas.

—Dime: ¿cuál es tu opinión sobre la ética del asesinato?

Nicholas lo miró en silencio durante un instante.

—De acuerdo —contestó al final—. Creo que matar es una necesidad ineludible del mundo en el que vivimos, el abominable, sentimental y masificado mundo de periódicos baratos y mentes aún más baratas, donde se promociona a los imbéciles y se tolera a los necios, donde las artes están agonizando y el intelecto se desprecia, donde cualquier inepto se cree con derecho a decir lo que le gusta o lo que piensa. Nuestra moralidad, nuestra democracia, nos ha enseñado a tolerar a los idiotas de buen grado, y ahora sufrimos una sobreabundancia de idiotas. La muerte de cualquier idiota es un avance y un beneficio: ¡al demonio la humanidad, la virtud, la caridad y la tolerancia cristiana!

Fen asintió con la cabeza lentamente.

—Eso es un poquito fascista —murmuró—. Julius Vander, en *The Professor*, te caería muy bien. Los hechos, siempre que admitamos ciertas libertades, podrían ser correctos. La conclusión a la que llegas, afortunadamente, es falsa. Lo que necesitas —le dijo— es un poco de educación elemental. Me da la impresión de que te resultaría muy provechosa.

Y, sonriéndole amablemente, se marchó.

Fen escudriñó con curiosidad a Sheila McGaw mientras dejaba su copa en la mesa y se sentaba frente a ella. Su primera impresión fue que andaba rondando la treintena. Su pálido rostro afilado estaba surcado por algunas arrugas; su voz resultaba un tanto áspera debido a la costumbre de filmar, y tosía con frecuencia. Solo después de un rato uno se percataba de que en efecto era mucho más joven de lo que parecía: apenas tendría veintidós o veintitrés años. Sus movimientos delicados, una especie de dulzura que subrayaba sus facciones y ciertas expresiones juveniles revelaban su verdadera edad. «Menos dura de lo que parece», pensó Fen, que era proclive a los americanismos novelescos ligeramente anticuados.

La joven le ofreció un cigarrillo diciéndole:

—¿Y bien? ¿Algo más sobre el asesinato?

Fen asintió.

—En cierto sentido. En realidad, lo único que necesito es confirmar el tema del anillo.

—Ah, ya. Tengo entendido que eso me sitúa en primera línea de los sospechosos. Eso y el hecho de que yo tenía un móvil. Y, para colmo, tampoco tengo coartada... — Y expulsó el humo por la nariz con insospechada elegancia.

—¿No tiene coartada?

—Estuve en mi casa, leyendo, toda la noche. La policía ha hecho la brillante deducción de que yo pude haber salido y regresado en cualquier momento sin que nadie se diera cuenta.

Fen suspiró.

—En este caso casi nadie tiene coartada. Un montón de móviles y motivos, escasas coartadas y, en opinión del inspector, un crimen imposible.

—¿Quiere decir que fue un suicidio?

—Estoy completamente seguro de que no lo fue, de ningún modo. Sería un ejemplo demasiado perfecto de ironía dramática<sup>[33]</sup> para ser real.

La muchacha asintió, y luego dijo:

—Si la policía piensa que ha sido un suicidio, ¿por qué se empeña usted en llevarles la contraria? Suicidio o asesinato, lo cierto es que ha sido una bendición.

—Esa joven debe de haber causado tantos problemas y disgustos —murmuró Fen— que a veces me pregunto si no habréis perdido todo vuestro sentido de la perspectiva respecto a ella.

—Si hubiera trabajado usted con ella durante un par de años, no diría eso.

—Dígame: ese anillo suyo... ¿Le hizo alguien algún comentario digno de mención sobre él?

—Yo diría que era motivo de burla por parte de toda la compañía.

Fen gruñó, observó su cerveza con disgusto y engulló la mitad del vaso de un solo trago. Su expresión en aquel momento debía de ser bastante similar a la del hermano Bárbaro cuando san Francisco de Asís le pidió que se comiera el estiércol de un burro. En el Aston Arms no se podía conseguir *whisky* de ningún modo.

—¿Pero ha habido algún comentario especial sobre el anillo recientemente? — insistió Fen—. Digamos... en la última semana.

—Hubo algunos comentarios y risas en el salón verde tras los ensayos del miércoles, en los que más o menos todos participaron. Después me fui a uno de los camerinos para quitarme un poco de pintura de las manos, me lo quité y lo dejé olvidado en el lavabo. Cuando volví a por él media hora después ya no estaba.

—¿En qué camerino? ¿En el suyo?

—Bueno, los camerinos cambian constantemente. Era el camerino que Rachel usará la semana que viene. Es el primero que uno se encuentra nada más acceder al pasillo.

—¿Y quién estaba presente cuando se mencionó el anillo?

—Casi todo el mundo, creo, incluido un grupo de amigos y visitas.

—¿Incluido...? —y musitó el nombre de una persona que consiguió que Sheila se quedara inmediatamente petrificada. Observó a Fen durante unos instantes antes de replicar.

—Sí —dijo en voz baja—, pero seguro que...

—No me malinterprete —dijo Fen—. Sería imprudente llegar a conclusiones precipitadas. —Volvió a su habitual silencio dramático, y luego añadió—: ¿Tiene usted algún inconveniente en que Warner haya venido hasta aquí y haya, como si dijéramos, pasado por encima de usted para dirigir su propia obra, y que encima usted se vea obligada a trabajar para él?

Sheila se encogió de hombros, y sufrió un ataque de tos.

—¡Maldita sea! —protestó, enjugándose los ojos con un pañuelo—. Lo siento. ¿Qué me estaba diciendo? Ah, sí, sobre el hecho de que Robert vaya a dirigir esta obra aquí. Bueno, supongo que habría sido una buena publicidad para mí si me hubiera dejado dirigirla. Pero él es un director infinitamente mejor que yo y, por otra parte, es absolutamente razonable que Robert haya querido dirigir su propia obra. No, no me importa. Podría haberlo impedido programando algo antes si hubiera querido, pero no quise.

—Entonces, ¿admira usted su trabajo?

Sheila sonrió con una mueca extraña.

—«Admirar»... Bueno, yo no utilizaría esa palabra exactamente, creo. ¿Es que alguien puede «admirar» a Shakespeare?

Fen arqueó las cejas.

—¿Hasta ese punto, realmente? Claro... —añadió como titubeando—. Yo no soy bueno juzgando la literatura contemporánea, pero creo que estoy de acuerdo con usted. Sí, creo que estoy de acuerdo. Y *Metromanía* es...

—Lo mejor que ha escrito.

Donald Fellowes se reunió con ellos, con una media pinta en la mano.

—Me cuenta Nicholas que en estos momentos soy el principal sospechoso —dijo con voz apagada dirigiéndose a Fen.

—Fellowes —le respondió Fen amablemente—, eres un perfecto imbécil. ¿Es que no te das cuenta, por el amor de Dios, de que la información más jugosa siempre hay que revelarla al final? Entonces, ¿cómo se te ocurre soltarla ya? Así quedas como un idiota, porque ahora todo el mundo conoce con exactitud lo que estás ocultando.

—Bueno, pues a lo hecho... —murmuró Donald—. Dígame qué estoy ocultando.

—Mi querido muchacho —replicó Fen con cierta aspereza—. No estoy aquí para hacer lo que tú creas conveniente cuando tú creas conveniente. Te lo contaré cuando llegue el momento. Entretanto...

—Entretanto y en cualquier caso —dijo Donald con cierta violencia—, ¿qué demonios tiene que ver esto con usted? ¡Usted no es policía!

Fen se puso en pie y dejó caer su sombra sobre el muchacho de la misma forma que un transatlántico ensombrece un velero.

—Sin la menor duda, eres con diferencia el ser más pusilánime, más idiota, ignominioso y cretino que he tenido la desgracia de cruzarme en toda mi vida. Y, lo que es peor, te vuelves más idiota, más ignominioso, más cretino y más pusilánime a cada minuto que pasa. Aunque a regañadientes, uno no tiene más remedio que admitir que debes de ser muy buen organista. De lo contrario, sería extremadamente improbable que el *college* te hubiera soportado durante tanto tiempo. En diversas ocasiones he tenido que utilizar mi influencia para evitar que te expulsaran por holgazán. Y ahora tienes la impertinencia de venir a cuestionar mi derecho a descubrir lo que pueda en este caso. Lo mejor sería advertirte aquí y ahora que si continúas manteniendo esta estúpida sarta de mentiras, acabarás con toda justicia con tus huesos en la cárcel; y esta vez no saldré en tu auxilio.

Donald palideció.

—¡Maldito sea! —gritó furioso—. ¿Qué derecho tiene usted a hablarme de ese modo? Oh, Dios mío, qué feliz seré cuando pueda largarme de este lugar..., con sus piojosas tradiciones y sus mentes cuadrículadas y sus presuntuosos funcionarios. Si cree que me importan algo sus amenazas, le puedo asegurar que está muy equivocado. —Miró a Fen con ojos vidriosos durante unos instantes. Luego se dio media vuelta y se fue.

Nigel, que había llegado al final de aquella inesperada y desafortunada escena, silbó con admiración.

—¡Vaya, vaya! ¡Una amenaza en toda regla!

Fen sonrió con franqueza.

—Una actuación totalmente premeditada por mi parte, me temo, calculada para un final perfectamente neutro. Tal vez no debería haberlo hecho. —Pareció dubitativo—. Sin embargo, puede que sea útil. —Y se rascó la nariz con gesto pensativo.

Sheila dejó escapar una risilla tímida.

—Esa pose digna de Donald siempre me pareció ligeramente ridícula —comentó—. En menos de media hora se le habrá pasado el enfado. —Luego bostezó y se estiró.

—Y ahora —continuó Fen, mirando preocupado a su alrededor— tengo que ver a la señorita West, antes de que se reanuden los ensayos. —Señaló su pichel de cerveza—. Nigel, sé buen chico y consígueme un poco más de ese espantoso brebaje. —Y se dirigió sin vacilación hacia Rachel, que estaba hablando con Robert.

—Espero que no te hayas aburrido mucho en el ensayo —le dijo Robert, haciéndole un guiño tras los cristales de las gafas.

—Todo lo contrario. Lo encuentro fascinante —repuso Fen— e inconcebible.

—¿Inconcebible?

—En esa obra he encontrado elementos que uno solo puede atribuir a la divina inspiración. De muy pocas obras literarias puede decirse lo mismo. Normalmente uno

puede seguir sin la menor complicación los procesos imaginativos y mecánicos del pensamiento de los autores. Pero, en este caso, son las cosas inesperadas e inconcebibles que no cuadran con el resto del proceso las que al final se demuestran absolutamente correctas, eso es lo que quiero decir.

Robert ahogó una risilla complaciente.

—Bueno, ¡son trucos! Un montón de trucos, nada más, te lo aseguro. Voy a empezar otra obra dentro de poco y confío en que sea mejor... o menos mala.

Fen se quedó pensativo.

—¿Otra?

—En cuanto termine con todo esto. Y la próxima vez la presentaré en Londres, con toda la pompa y el boato necesarios. Confío y espero que esta también tenga su oportunidad. En realidad, estoy seguro de ello, ahora que hemos llegado hasta aquí. Incluso después de tantos años de experiencia uno nunca está completamente seguro, cuando escribe una cosa, de cuál será el resultado final sobre el escenario.

Bajo la sobria indiferencia que aparentaba con su modo de hablar subyacía una suerte de tensión fanática que condujo a Fen a preguntar:

—Pero, esencialmente, ¿por qué escribe usted?

Robert sonrió.

—Por dinero y por vanidad. Creo que esas son las razones por las que han escrito la mayoría de los hombres, incluso los más grandes. La Creación de Arte —y consiguió poner mayúsculas al hablar— es un objetivo que apenas entra en nuestros cálculos. Necesariamente. Los artistas más originales no saben lo que es el arte, ni la belleza; son casi sin excepción pésimos críticos. Los escritores no saben ni una palabra de música, los músicos no saben nada de literatura y los pintores no saben nada ni de una cosa ni de otra, así que no puede haber belleza en lo que persiguen. La belleza, por tanto, es prácticamente un hecho casual y fortuito, como una perla en una ostra.

Se hizo un silencio momentáneo. Entonces, Fen asintió, convencido y emocionado.

—Iré a ver la obra el lunes por la noche —anunció—. ¿Se las está arreglando bien sin Yseut?

Robert pareció incómodo.

—Aunque parezca cruel e insensible, todo funciona maravillosamente sin Yseut. Su costumbre de criticar hasta el detalle más nimio estúpida e incansablemente se había convertido en un auténtico engorro. Yo no tengo ningún problema en que critiquen mis obras, siempre que se haga dentro de los cauces normales. Pero ella, querido amigo, no tenía ni idea de teatro, y simplemente ponía verde cualquier cosa que no casara con sus prejuicios comerciales. Y lo hacía pública y ofensivamente, además. Puedo asegurarle que se estaba volviendo un serio problema.

—Doy fe —confirmó Rachel—. Aunque creo que todo el mundo ha estado exagerando su capacidad de dar la lata, sobre todo desde que se ha sabido lo de su

muerte. Después de todo, no era más que una de las muchas personas insoportables que la Providencia elige para hacer sufrir al resto del mundo.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Fen—. Se ha hablado demasiado de su lengua viperina. Ha sido excesivo —suspiró—. Parece como si todo el mundo hubiera estado deseando contarle a la policía lo mucho que les desagradaba para alejar las sospechas de sí mismos, supongo, con una especie de sofisticado doble farol: y han sido tan insistentes que ha resultado imposible dar con opiniones más matizadas, afinadas o significativas.

—¿Es normal que los detectives comenten el crimen con sus sospechosos tal y como lo hace usted, así, de un modo tan imparcial e informativo? —preguntó Robert con curiosidad.

—Es un proceso *sine qua non* —replicó Fen con entusiasmo—. En el curso de las conversaciones se supone que las personas dan rienda suelta a sus sentimientos más íntimos. ¿Pero por qué lo pregunta? ¿Se consideran ustedes sospechosos?

—Bueno —dijo Robert con una pizca de indiferencia—, supongo que podría haber salido de prisa del lavabo, haberle pegado un tiro a la chica, haber vuelto corriendo al servicio y haber reaparecido en el momento adecuado.

—Lamento decirle —apostilló Fen— que por razones que ya se han discutido, usted no podría haber hecho eso de ningún modo. Está usted completamente libre de cualquier imputación.

—No le diré que me siento aliviado, porque realmente nunca me tomé la acusación muy en serio. Pero es agradable tener algunas cosas claras.

Así que Robert adoptó un gesto de indiferencia, como si estuviera archivando el asunto en un rincón remoto de su mente.

—¿Y yo? —preguntó Rachel—. ¿Yo sí soy sospechosa?

—Bueno, eso depende —replicó Fen amablemente—. ¿Qué estaba haciendo usted en el momento del crimen? —añadió con toda formalidad.

—Verá, señor, estaba en el cine, dándole vueltas a la idiotez del sexo masculino.

—¿Ah, sí? —preguntó Fen con un gesto de sorpresa—. Pero yo suponía que alguien podría confirmar sin ninguna duda su presencia en North Oxford...

—Ha sido por mi culpa —se excusó Robert—. Con mi habitual vanidad y mi mentalidad aferrada a la literalidad de lo que se me dice, no se me ocurrió pensar que esa repentina visita de Rachel a North Oxford era solo una excusa para alejarse de mí.

—El inspector —prosiguió Rachel— me pareció espantosamente suspicaz respecto a todo este asunto. Y, lo que es peor, no puedo ni recordar a qué cine fui. Me metí en el primero que vi, ni siquiera recuerdo qué película estaban poniendo. No presté la más mínima atención, y tampoco estoy segura de que pudiera explicar de qué trataba. El inspector, por supuesto, es una de esas personas que van a ver una película concreta, llegan puntualmente antes de que empiece y ponen toda su atención en la pantalla, desde el principio hasta el final.

Fen asintió.

—Por lo que a mí respecta —comentó, con un aire un tanto ausente—, nunca voy al cine excepto para dormir. Encuentro el ambiente del cine francamente soporífero... —Eché un vistazo a su alrededor, como si estuviera buscando la admiración y la aprobación por su excentricidad. A continuación se le nubló la frente ligeramente y añadió—: Pero yo no me tomaría su falta de coartada tan a la ligera, si estuviera en su lugar. Desde luego, es todo comprensible y natural, pero lo cierto es que usted aún no tiene una coartada que la sitúe lejos del lugar del crimen cuando este se cometió.

—Acepto la reprimenda —acató Rachel con seriedad—. Evidentemente, tiene usted toda la razón. ¿Pero está ya por completo descartada la hipótesis del suicidio? Ya sé que parece improbable, pero...

—Nada se puede descartar del todo —dijo Fen— hasta que la policía no se convenza de ello. Son el inspector y sus hombres, más o menos, quienes *dirigirán* al forense; el forense más o menos *dirigirá* al jurado y, a menos que surjan nuevas pruebas relevantes... En fin, de un modo u otro, la idea del suicidio se mantendrá durante un tiempo.

—Pero usted está trabajando mano a mano con la policía —apuntó Rachel—. ¿Cuál es su opinión personal?

—Yo creo que fue un asesinato —dijo Fen en voz baja—, y hace tiempo que sé quién es el asesino.

Robert consiguió fingir un gesto teatral, moderadamente sorprendido.

—Entonces, ¿por qué demonios no se lo dice a la policía y acabamos de una vez por todas con esto? —preguntó—. ¿O no tiene ninguna prueba?

—Mis pruebas no son concluyentes, desde luego. Pero los hechos principales son claros como la luz del día. Solo hay una persona en el mundo que pudo haber matado a Yseut Haskell. Y admito que todo depende de la fiabilidad de un testigo, pero no tengo razón alguna para dudar de ese testigo, al menos en el caso que nos ocupa. — Su rostro permanecía serio.

—¿Entonces no van a detener a nadie? —preguntó Robert—. ¿Por qué no lo hacen inmediatamente?

Fen hizo algún gesto indefinido.

—El asesino es un ser humano, no una cifra, no es una x, aunque lo es hasta que se le descubre. Y, mientras se le descubre, inevitablemente la caza se ralentiza. Uno ha estado persiguiendo una liebre eléctrica y, al acorralarla, se da cuenta de que es una liebre de verdad. Confieso que no soy muy proclive a... —Y no dijo más.

Robert asintió con vehemencia.

—Claro, claro: es comprensible —intervino—, aunque todo esto me resulta una pizca sentimental. El crimen es un golpe repentino, definitivo, inesperado. El descubrimiento del criminal conserva toda la crueldad acumulada de la caza. Sin embargo, un asesinato es un asesinato —sentenció, satisfecho con aquella reflexión tan ramplona.

Nigel no tardó en regresar con una pinta de cerveza. Fen la observó con cierta

pesadumbre. La colocó sobre el mostrador y le dio la espalda, como si tuviera la esperanza de que, al ignorarla, pudiera desaparecer.

—Recuerdo... —le sugirió vagamente a Robert—, recuerdo haber oído a alguien mencionar que estuvo usted por Sudamérica antes de la guerra. ¿Fue un viaje agradable?

Robert pareció un poco tenso y desconcertado.

—Demuestra usted un apasionado interés por mis viajes —respondió secamente—. Ayer por la noche me preguntó por Egipto. Sí, he estado en Sudamérica en varias ocasiones: Buenos Aires y Río, sobre todo.

Entonces Fen se volvió hacia Nigel y le preguntó:

—¿Y tú con qué asocias Sudamérica, Nigel?

—Cacahuetes, las llanuras y pastizales de la Pampa, Carmen Miranda... —contestó Nigel enseguida.

Fen hizo ruidillos guturales que denotaban una amplia satisfacción.

—Excelente, muy bien, ya lo creo —contestó—: un resumen perfecto en una mente periodística. La libre asociación de ideas tiene sus ventajas.

—Tenemos que irnos —interrumpió Robert, consultando su reloj.

Fen se giró para dedicarle toda su atención a la cerveza, aunque de mala gana, y se las arregló para apurarla de un solo trago, en medio de algunos murmullos de admiración.

—Creo —dijo pensativamente mientras volvía a dejar el pichel en la barra— que eso no ha sido una buena idea.

—*Revenons à nos moutons*,<sup>[34]</sup> queridos míos —concluyó Robert—, debemos avanzar, debemos avanzar...

En grupos de dos y de tres personas, todos se encaminaron por fin hacia la puerta. El insigne loro les dirigió una última mirada somnolienta mientras abandonaban el establecimiento.

## 11. LA BESTIA LUJURIOSA

*Y distante, por los tejados, mas allá del banquete,  
oí el grito de la bestia lujuriosa,  
donde se rascaba en el espacio entre  
la sustancia de la reina y la reina.*

CHARLES WILLIAMS

Jane se topó con todos ellos cuando entraban por la puerta de artistas.  
—Precisamente salía en su busca —le dijo a Fen—. Tiene una llamada de *sir* Richard Freeman, en el teléfono que hay a la salida del salón verde. Dice que es importante y que ha estado intentando localizarle por todas partes.

Fen asintió y salió corriendo en busca del teléfono.

Nigel se dirigió al auditorio y se acomodó en la platea para asistir a lo que quedaba de ensayo. Se había quedado impresionado ante los avances de la producción desde el martes anterior: ya estaba todo el *atrezzo* disponible; el escenario, perfectamente dispuesto; el apuntador en su rincón; la gente ya no necesitaba los guiones; los movimientos se llevaban a cabo con aparente naturalidad, y había relativamente pocas interrupciones. Nigel lamentó no haber presenciado los ensayos intermedios, perdiéndose así parte del proceso que va desde una representación claramente artificial a la convicción y el realismo, la gradual desintegración de la barrera entre los actores y la obra, la progresiva convergencia y la fusión final de las personas reales y los caracteres ficticios. Desde luego, al ver la evolución del trabajo, uno podía comprender perfectamente la tensión que se iba acumulando poco a poco y el nerviosismo que los actores tendrían que superar el día del estreno.

Tras atender la llamada, Fen bajó a la platea y se derrumbó en un asiento, junto a Nigel.

—Era *sir* Richard —le susurró innecesariamente—, para darme la versión oficial. Finalmente se han decantado por el suicidio. Le he dicho que no estaba de acuerdo, pero demostrar la verdad me obligará a apechugar con una responsabilidad que ahora mismo me aterra.

—A propósito —preguntó Nigel—, ¿cuál fue el resultado de la autopsia?

—Exactamente el que esperábamos. Nada nuevo.

—Hum... —protestó—. Entonces, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Seguiremos como estamos, y aclararemos las cosas todo lo que esté en nuestras manos. Después, Dios dirá. Creo que me encerraré con el profesor de Filosofía Ética para intentar averiguar cuál es el modo de actuación más recomendable. Nigel, ¿qué personaje es ese que se dirige al fondo del escenario?

—Es uno de los tramoyistas.

—Ah. Bueno. ¿Qué te estaba diciendo? Ah, sí, lo del profesor de Filosofía Ética. ¿Cómo demonios ha salido en la conversación? Es un hombre sin ningún sentido de la responsabilidad. Para mí que es bígamo.

Nigel dejó escapar un suspiro de agotamiento.

—Te has vuelto a ir del tema, Gervase —le dijo—. Lo que te pregunté es qué íbamos a hacer ahora.

—Ah, sí, bueno... Lo primero que tengo que hacer es hablar con esa chica, Whitelegge, y luego he de llamar a un amigo mío que antes estaba en el secretariado de la Liga de Naciones, y después debería hablar con el portero del Mace & Sceptre. Por cierto, ¿te he contado ya que la policía ha investigado los movimientos de Yseut durante las horas previas, antes de que fuera al *college*? Poca cosa. Estuvo escribiendo unas cartas por la tarde, tomó el té en su apartamento, fue a visitar a un joven en el BNC,<sup>[35]</sup> regresó, llamó a alguien no identificado desde el Mace & Sceptre..., aunque le pidió el listín telefónico de Londres al portero (por cierto, eso es lo que quiero consultar con el portero), y después, al parecer, fue directamente al *college*, donde la mataron.

—¿Y todo eso sirve de algo?

—No especialmente. En realidad, hay un enojoso y pertinaz espacio en blanco en todo este asunto que me encantaría completar, aunque no sé cómo voy a conseguirlo. Si al menos no te hubieras largado a Londres para andar de pingo por ahí —soltó con fingida indignación—, podrías haberme sido de gran ayuda.

—¿Cómo podía saber que se iba a cometer un asesinato!

—¿No eras tú el de las intuiciones, esas intuiciones de muerte inminente? Pero, bueno, no importa ¿Ese hombre que se ha caído de las escaleras es parte de la obra de teatro?

Durante unos instantes, Nigel dirigió su atención a lo que sucedía en el escenario, y luego contestó:

—No.

Se abrió entonces una puerta a la izquierda del patio de butacas y por allí apareció Helen, que vino a reunirse con ellos.

—Un descansito de unos minutos —explicó—. Dios mío, no me sé el texto de este acto. ¿Por qué estáis aquí: solo por diversión o esperáis encontrar alguna pista contemplándonos?

—Pura holgazanería —explicó Fen—. ¿Os ponéis nerviosos a medida que se acerca la noche del estreno?

—Yo estoy muerta de miedo —confesó Helen—. En general, las noches de estreno son horrosas, pero en este caso va a ser aún peor: es casi un acontecimiento a nivel nacional. Vendrán la mitad de los agentes, representantes y productores de Londres, y en escena todo el mundo intentará llamar la atención. Si no fuera porque Robert ejerce una especie de férreo control remoto sobre todo el montaje, sobreactuaríamos espantosamente.

—¿Te interesaría —ofreció Fen— que le pidiera a un amigo mío que viniera? — Y pronunció el nombre de un actor tan famoso que los ojos de Helen se abrieron como platos—. Está buscando a alguien que coprotagonice con él su siguiente producción, y me da la impresión de que no conoce a nadie como tú. Además, tengo influencia sobre él, por llamarlo de algún modo. Sé cosas horribles que hizo durante su época de colegial, porque fuimos compañeros...

—¿Lo harías por mí? —preguntó Helen, haciendo alarde de una gran entereza, dadas las circunstancias—. Era lo que me faltaba, pero hay que intentar superar ese pánico escénico.

—Le haré una requisitoria —dijo Fen en tono notarial— y acudirá bajo amenazas de horribles revelaciones. Y ahora, dime, ¿anda por aquí esa chica, Jean Whitelegge? ¿Está en el teatro?

—Ya debería haber llegado, aunque tengo entendido que dijo que se retrasaría esta mañana. Probablemente la encontréis en la sala de *atrezzo*; bajando las escaleras, a la izquierda de la puerta de artistas. —Helen miró durante unos instantes al escenario—. Dios, ¡me toca! —Se apresuró a recorrer el camino por el que había llegado, y reapareció un instante después en el escenario, para exclamar:

—¡No lo encuentro por ninguna parte! He mirado por toda la casa, bajo el..., bajo el... —chasqueó los dedos en dirección al apuntador—. Dime qué... —Pero nadie le dio el pie.

Robert bajó a grandes zancadas por el pasillo de la platea.

—¿Es que no hay nadie con el guión a mano? —preguntó—. ¡Jane! ¡Jane, querida!

Desde el rincón del apuntador llegó el sonido amortiguado de un lío de papeles y de páginas pasando rápidamente. Todos los actores que se encontraban en aquel momento en el escenario miraron hacia aquel lugar con una mezcla de disgusto y hastío. Al final se oyó una voz femenina.

—Bajo el suelo, en el tejado...

—Sí, cariño —dijo Robert—. Hazme el favor de seguir el guión o perderemos un tiempo del que no disponemos.

Jane asomó la cabeza un instante.

—Lo siento, querido —se disculpó—, pero voy a tener que dejar que Michael haga de apuntador en esta escena, porque yo tengo que localizar una vitrola donde sea. —Tras este comentario se produjo una agria discusión.

—Bueno, no me importa quién lo haga —concluyó Robert—, siempre que haya alguien ahí. Muy bien, atención todo el mundo. ¡Seguimos! —Y el ensayo continuó como estaba previsto.

Fen se retorció, incómodo, en su silla.

—He de hablar con esa tal Whitelegge —anunció fingiendo cierta indignación.

—¿Te acompaño? —preguntó Nigel.

—No, gracias, Nigel. Ha de ser un encuentro delicado y confidencial. Poco

adecuado para un hombre con tu temperamento: sincero, abierto y sano.

Nigel lo siguió con la mirada mientras se alejaba.

Fen encontró a Jean Whitelegge en el salón verde. Estaba allí sentada, sola, y leyendo un ejemplar de *Metromanía* sin prestarle excesiva atención. Mientras se presentaba, a Fen se le ocurrió que la muchacha parecía demasiado dispersa para concentrarse en la lectura. La observó con la curiosidad propia de quien la consideraba el último eslabón en la pequeña cadena de motivos y pasiones que habían conducido al asesinato de Yseut, y se percató de que era discreta, pero no fea; tranquila, pero de ningún modo carente de personalidad; competente y, según sospechaba Fen, un poco fanática en lo tocante al arte. Su suave pelo castaño resplandecía con delicados destellos bajo la luz matutina y se convertía en finos bucles detrás de las orejas. La muchacha, con los labios cuidadosamente pintados, llevaba un sencillo vestido azul confeccionado para ajustarse a las exigencias de una mujer plenamente consciente de que su figura no necesita ni aditamentos ni disfraces. Fen se tomó unos instantes para admirar la elegancia natural y tranquila de la muchacha, y confió en que pudiera encauzar su vida de un modo útil y agradable, lejos de los pesados trabajos mecánicos en el teatro.

—Le ruego que me perdone si la interrumpo —comenzó—, sobre todo porque creo que el inspector ya pasó a visitarla esta misma mañana. —Y adoptó prudentemente una pose de superioridad intelectual—. Pero, francamente, no creo que el inspector sepa lo que se trae entre manos. Y, además, siento una enorme curiosidad respecto a ciertos asuntos. Como Webster, estoy absolutamente «poseído por la muerte». —Introdujo esa cita deliberadamente, y observó con atención a la joven para ver la reacción que provocaba en ella.

Jean sonrió.

—«La calavera bajo la piel»<sup>[36]</sup> —dijo—. Yo también soy un poco tétrica y lúgubre. —Su voz se tornó repentinamente cauta—. Pregunte lo que quiera.

—Bien. Lo primero de todo: ¿cogió usted el arma de las dependencias del capitán Graham?

Fen creyó atisbar una momentánea muestra de alivio en los ojos de la chica.

—Sí —confirmó—. Regresé para pedírsela prestada, pero, al llegar, vi que el capitán se había ido a la cama y, bueno, me temo que... simplemente me la llevé. Pensé contárselo más adelante, pero estaba tan ocupada y, bueno, sea como sea, el caso es que al final no lo hice.

—Y usted la cogió, naturalmente, porque quería utilizarla como *atrezzo* para *Metromanía*.

Jean asintió con vehemencia.

—Exactamente. Aparece una pistola en el último acto. Por supuesto, nosotros teníamos pistolas de *atrezzo*, pero todas se las llevaron al comenzar la guerra, y nos dijeron que podíamos alquilarlas o pedir las prestadas a la policía local si alguna vez

las necesitábamos.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Bueno, seguro que le parece ridículo, pero, verá, ya les pedimos una prestada en una ocasión anterior y, bueno, acabamos perdiéndola...

—¿La perdieron?

Jean dejó entrever con un gesto que aquel error ya no tenía remedio.

—Desapareció el fin de semana. En el teatro de repertorio suelen pasar cosas de este tipo. Cuando la gente no se lleva los objetos, acaban en un montón con otros mil cachivaches. El caso es que al final resulta prácticamente imposible encontrar lo que se necesita. En definitiva, que la policía no nos tiene en mucha estima y yo, simplemente, no tuve el valor de acudir a ellos de nuevo. En realidad... —añadió en un arrebato de franqueza—, tampoco creo que Peter Graham me la hubiera prestado, así que la cogí.

Dio la impresión de que Fen elaboraba un rápido juicio mental evaluando la moralidad de dicho proceder.

—Un poco arriesgado, ¿no? —dijo amablemente.

—Bueno, Robert la necesitaba para el jueves por la mañana (me lo dijo en la fiesta), y pensé que, hasta que encontrásemos otra opción, podíamos utilizarla temporalmente.

—Y luego, claro, desapareció. ¿Dónde la dejaste?

—En la sala de *atrezzo*.

—¿Y puede entrar cualquiera allí?

—Sí, cualquiera. Pero fue a última hora del jueves cuando... desapareció.

—Y con el arma, supongo, algo más. —Fen dijo algo en voz baja y la joven lo miró asombrada y con gesto de incredulidad.

—¿Cómo lo sabe? —exclamó. Un repentino fulgor de pánico brilló en su mirada.

—Lo deduzco de lo que me ha contado, está claro —respondió Fen con amabilidad—. Es perfectamente comprensible. Entiendo que no fue usted la que se llevó las balas. No las necesitaba para nada. —Jean negó con la cabeza—. ¿Dónde estaban las balas cuando cogió el revólver? —prosiguió Fen.

—Yo..., yo..., la verdad es que no me acuerdo.

—Puede que alguien se las llevara de allí durante la fiesta. ¿Cree que eso es posible?

—Supongo que sí.

Fen asintió, aparentemente satisfecho.

—Eso me parecía —sentenció—. Y, naturalmente, dar por hecho que todas las balas seguían en el cajón no fue más que una suposición del capitán Graham. —Se quedó callado—. Y, ahora, ¿le importaría proporcionarme un relato verídico, sin omitir detalle, de todos sus movimientos de ayer por la noche? Y le rogaría que no sea lo mismo que ya le ha contado a la policía.

La joven palideció.

—No he mentado a la policía. Yo no maté a Yseut. Permanecí en mi *college*, en mi habitación, toda la noche.

—Yo no lo creo —contradijo Fen.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Por favor, señor Fen. Es la verdad. Yo no maté a Yseut...

Fen se sintió un poco incómodo.

—Y no he dicho que usted lo hiciera. De todos modos, a estas alturas sé perfectamente cómo ocurrieron los hechos, hasta tal punto que sus afirmaciones, en realidad, no tienen mucha importancia. Lo único que digo es que me gustaría llegar al final de este asunto sin dejarme ningún cabo suelto.

—¿Sabe usted quién lo hizo? —se atrevió a preguntar la muchacha, inclinándose hacia delante, con un hilillo de voz.

Fen asintió, y esperó la inevitable pregunta.

—¿Va usted a llamar a la policía? Es decir...

Fen dejó escapar un suspiro.

—¡Por todos los huesos de mis antepasados! —exclamó el profesor—. O es usted la mujer más caritativa y piadosa o la más inmoral que me he encontrado en mi vida. ¡Todos ustedes están deseando que el caso quede sin resolver! No es muy alentador por su parte.

Jean se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro de la sala.

—¿Y bien?

—Bueno —contestó Fen—, tengo que pensármelo. Si me permite decirle algo, señorita Whitelegge, es usted una pequeña embustera. Y, en segundo lugar, me parece que carece usted de la más mínima capacidad para el disimulo. De principio a fin —añadió, mirándola fijamente—, todo ha sido un completo desastre en el que me ha resultado lamentablemente fácil averiguar quién fue el autor del crimen. No puedo sino calificarlo de deprimente. No se ha dado el típico duelo de inteligencias superiores, solo ha sido un paseo, carente de interés, y las victorias obtenidas con tanta facilidad acaban por tornarse amargas. A lo mejor es por eso por lo que me cuesta tanto echar las campanas al vuelo: un atavismo del código de honor detectivesco que aún pervive. Es demasiado fácil vencer a un cerebro de segunda categoría.

La muchacha se giró hacia él, con los ojos centelleantes.

—¿No se le ha ocurrido pensar que tal vez el autor del crimen, quienquiera que lo hiciera, simplemente no tenga ningún interés en el arte del disimulo y que desprecie todos esos pesados puzzles intelectuales y criptogramas que al parecer le encantan a usted?

—Sí, se me ha ocurrido —contestó Fen con frialdad—, y creo que exactamente esa fue la actitud del criminal en un principio. Ciertos indicios de despreocupación deliberada parecen sugerir que así fue. Pero a última hora nuestro asesino decidió elaborar un criptograma: un misterio para que alguien lo resolviera. Y, como todos los

criptogramas *extempore* y poco meditados, resultó patéticamente simple. —Se puso en pie para concluir—: Gracias, señorita Whitelegge. Aunque no lo ha hecho de buena gana, ha sido usted extraordinariamente útil.

La muchacha pareció de repente asustada y desconcertada.

—Yo..., yo...

—No tengo ninguna intención de endilgarle ningún sermón —terminó Fen amablemente—, y sin duda usted está dispuesta a aceptar las responsabilidades que se deriven de sus actos. Pero debo advertirle, con absoluta franqueza, que el juego ha terminado. No le estoy sugiriendo que acuda a la policía, pero le doy de plazo hasta el lunes por la mañana para acudir a mí y contármelo todo. —La joven permaneció en silencio—. Dios sabe, muchacha, que comprendo que va a ser un mal trago. No se preocupe y conserve la calma. —Y se giró para marcharse. Entonces, como si se le hubiera ocurrido algo en el último instante, añadió—: Por cierto, ¿qué estaba leyendo?

La joven se volvió hacia él con la mirada perdida.

—Clásicos, griegos y latinos.

Fen asintió.

—Me voy. Consúltelo con la almohada. Le advierto que si no hace lo que le he dicho, puede estar poniendo en peligro la vida de otra persona.

Y, dándose media vuelta, se retiró.

Nigel comenzaba a tener hambre. Su atención deambulaba cada vez con más frecuencia desde lo que estaba aconteciendo en el escenario a las imágenes de un succulento almuerzo. Y no solo la visión del almuerzo empezaba a ganar intensidad, sino que además, de repente, se le ocurrió que al asistir a los ensayos podría estar echando a perder el placer que se derivaría de la sorpresa de asistir por primera vez a la representación la noche del estreno del lunes. Al parecer, la divina Providencia compartía la misma opinión y, en ese mismo momento, interpuso con violencia una barrera entre él y *Metromanía* en forma de un telón de seguridad. Dicho telón de seguridad era un pesado artilugio que dejaron caer accidentalmente de improviso, y que estuvo a punto de rebanarle la cabeza al ferviente esposo Clive, que se quitó de en medio de un salto mientras lanzaba un aterrorizado juramento. Nigel apenas había conseguido digerir la información que aparecía impresa en el telón de seguridad —en el que se decía que en caso de incendio el teatro debía ser evacuado en tres minutos—, cuando se escuchó el rugido furioso de Robert, que estaba sentado unas butacas por delante de él. El bramido amenazador al parecer provocó el efecto deseado, y el telón de seguridad volvió a izarse para descubrir a un pequeño grupo de actores desconcertados en escena, lanzando confusas miradas a la galería superior de los electricistas, desde donde se accionaba el telón. Cuando Fen regresó a la platea, aún se mantenía una acalorada discusión sobre quién había tenido la culpa de que el telón

de seguridad cayera de aquel modo tan irresponsable.

—*Allons* —se limitó a decir el profesor—. Ya no tenemos nada que hacer aquí.

Y abandonaron el caos en que se habían convertido los ensayos.

Ya en la calle, mientras avanzaban a buen paso hacia el Mace & Sceptre, Fen dejó escapar un resoplido.

—Acabo de amenazar a una persona del modo menos caballeroso que puedas imaginar —le soltó. Y pasó a hacer un breve resumen de su conversación con Jean.

Nigel parecía un poco desconcertado.

—Bueno. ¿Y? —preguntó.

—Que mis suposiciones eran las correctas. Ya poco nos queda por hacer. Una cosa, pero por pura rutina: registrar la habitación de Fellowes, aunque no albergo esperanzas de que lo encontremos nosotros.

—¿Te refieres a lo que Yseut estaba buscando?

—Nigel —contestó Fen con evidente sarcasmo—, has resultado ser un alumno aventajado. Haremos de ti un gran detective.

—Yo no quiero ser detective. —Nigel se enfurruñó como un niño.

—Confieso que, en un caso como este, el trabajo adquiere un cariz francamente desagradable —concedió Fen—. Sé sincero conmigo, Nigel: ¿cuál es mi deber? Admito que si sigo mi instinto de buen ciudadano, debería comunicar mis resultados a la policía, como he hecho en otras ocasiones. Pero hay que tener en cuenta otras consideraciones: Robert y su gran obra dramática; Rachel, la elegante actriz; Nicholas, que cuando está en sus cabales hace gala de una inteligencia de primera categoría; Fellowes, el brillante organista; Sheila McGaw, una magnífica directora; y Jean Whitelegge, que en esencia es simplemente una persona encantadora. Yseut no reunía ni una sola de estas cualidades, y no me gustaría ver a ninguno de estos personajes atrapado en la desalmada maquinaria judicial por su culpa, o por culpa mía. ¡Si la policía se dignara utilizar el sentido común, con eso bastaría! Su profesión es dar caza y acabar con los culpables, y estas consideraciones a las que me refiero no deberían importarles. Pero siguen empeñados en la idea del suicidio, y solo mi intervención podría sacarlos de su error.

—Eso depende —se atrevió a añadir Nigel en voz baja—. ¿Crees que el asesino podría volver a actuar?

—¿Otro asesinato? Permíteme dudarlo, aunque ese haya sido precisamente uno de los argumentos que he esgrimido para presionar a la señorita Whitelegge.

—Entonces creo que deberías leer el *Tasso* de Goethe. —Una repentina inspiración parecía haber asaltado a Nigel—. Una suerte de ensayo sobre cuán lejos puede llegar el temperamento artístico en su afán por desafiar a la sociedad.

—Mi querido Nigel: esa obra plantea el problema, pero no se acerca ni de lejos a la solución. Estoy tentado a adoptar el punto de vista de los cínicos, ya sabes, que consideran eso que tan pomposamente denominamos temperamento artístico una sublime chorrada. Buena parte de los artistas más grandes de la historia no han tenido

en absoluto eso que llaman temperamento artístico. O bien han sido lo suficientemente astutos para satisfacer sus instintos más bajos *sub rosa*, en secreto, sin despertar la ira de la sociedad. El temperamento artístico es muy a menudo solo una coartada para esconder la falta de responsabilidad... *Vide* la tristemente fallecida Yseut. Una tía de las que ya no quedan —sentenció.

—Mi querido Gervase, si no puedes evitar utilizar esos miserables vulgarismos, por favor te pido que los utilices correctamente. Lee a Mencken. Una «tía» es un vulgarismo para denominar a una mujer cualquiera, no es necesariamente despectivo.

Fen puso cara de estar considerando aquella información, pero cuando se decidió a hablar, dijo:

—Creo que lo mejor es lo que le he sugerido a Helen: difundir de algún modo una breve y sucinta advertencia para que el criminal se largue. El problema es que Oxford está tan atiborrado de lumbreras —comentó con gesto enfadado— que seguro que alguno se pasa de listo y nos descubre. El hecho del asesinato, que excita un inmediato instinto de autoprotección en los que son menos sofisticados, ha de penetrar en nuestras almas animales a través de un grueso muro de sofismas. Pero, por lo que parece, en el presente caso ni siquiera ha ocurrido eso: simplemente rebotaron contra él. Sin embargo, un asesinato es un asesinato —«solo para yacer rígido y gélido, y pudrirse»,<sup>[37]</sup> pensó Nigel— y no hay modo de evitarlo o ignorarlo. Al parecer, las oraciones y la meditación son mi única salida. ¡Qué engorro es esto de tener conciencia! ¡Y pensar que hace solo unos días estaba deseando que se cometiera algún asesinato bellamente complejo! ¿Sabes qué es lo que da sentido a todo este asunto, Nigel? El sexo: la bestia lujuriosa. Ese es el origen y la raíz de todo. Si lo reducimos a lo esencial, no se trata más que de la copulación de los monos en la jaula de Wilkes.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nigel—. ¿Quieres decir que todo esto ha ocurrido porque la gente se ha estado tomando el sexo demasiado en serio?

—No —contestó Fen—. Irónicamente, no ha sido así. Todo ha ocurrido porque alguien no se lo ha tomado suficientemente en serio.

—Pensé que no creías que el sexo pudiera ser un motivo para asesinar.

—Y sigo sin creerlo. Pero, en cualquier caso, el sexo está en la raíz de todo este asunto. Te lo explicaré más adelante, Nigel. Ocurra lo que ocurra, tú lo sabrás. Y Dios no permita que adornemos esta historia tan triste con los pesados ropajes del simbolismo moralista —sentenció con un tonillo más alegre—. La bestia lujuriosa es solo un recurso poético. En realidad, no existe.

Caminaron en silencio hasta llegar al hotel y Fen se dirigió sin demora hacia la garita del portero. Este, un hombre de mediana edad, delgado y con aire de persona eficiente, le dio la bienvenida con una sonrisa.

—Bueno, señor —dijo—, ¿y cómo marcha la investigación, si me permite la osadía de preguntarle?

—¡Ah! —exclamó Fen—, creo que tal vez podría ayudarme un poco, Ridley. Por

cierto, ¿cómo ha sabido que yo estaba investigando? Supongo que habrán sido sus chivatos —lanzando a Nigel una mirada acusadora— los que le habrán puesto al tanto.

—Viene todo en los periódicos, señor —le contó el portero, dando unos golpecitos en un diario que tenía delante—, aunque no se explayan mucho: no van más allá de los hechos mundos y lirondos. La prensa local trae algo más, pero solo suposiciones y habladurías. —Y añadió con aire burlón—: Ha sido una cosa terrible: una chica tan joven... Aunque debía de ser toda una Jezabel, si me permite la libertad.

Fen pareció sorprendido ante aquella referencia bíblica.

—Dígame, Ridley —inquirió—: ¿cree usted que si una persona absolutamente abominable es asesinada, el asesino merece librarse del castigo?

El portero lo meditó unos instantes.

—No, no lo creo, señor, no. Hay otras maneras de lidiar con las personas abominables sin necesidad de recurrir al asesinato.

Fen se volvió hacia Nigel.

—¿Ves?

—Entonces, señor, ¿debo entender que fue un asesinato, y no un suicidio, como dicen los periódicos? —preguntó el portero.

—Eso es lo que estamos intentando averiguar —contestó Fen—, y ahí es donde usted puede ayudarme. La chica, ¿pasó por aquí esa última noche?

—Sí, señor. Alrededor de las ocho menos veinticinco o menos veinte, serían. Preguntó por el listín telefónico de Londres, hizo una llamada desde una de esas cabinas de ahí y luego se fue, inmediatamente después.

—¿Y se fijó usted en si llevaba alguna joya pequeña o algo semejante?

—Bueno, señor, es gracioso que lo pregunte, porque mientras ella buscaba el número yo estuve precisamente pensando en las pocas joyas que llevan las chicas de hoy, en comparación con las que llevaban hace treinta años. Ni un anillo, ni un collar, ni una pulsera, ni siquiera un broche.

—¿Está usted seguro de eso?

—Absolutamente, señor. Me fijé bien.

—Y eso... —concluyó Fen mientras se alejaban—, eso elimina totalmente la posibilidad de que fuera la propia Yseut quien cogiera el anillo. Y, al mismo tiempo, completa mi versión del caso.

—Sin desviarse un ápice del camino de la intuición.

Fen parecía incómodo.

—Bueno... —dijo con prudencia—, no, no exactamente. Ni siquiera he tenido la oportunidad de hacer uso de la intuición. Tú has sido testigo de los mismos hechos que yo. Es más, tú has dispuesto de mucha de la información antes que yo y de primera mano: te deberían haber proporcionado todos los datos necesarios para resolver el caso. ¿Y de verdad me dices que aún no sabes quién es el culpable?

Nigel negó con la cabeza.

—No tengo ni la más mínima idea —contestó—. Espero que me lo cuentes, porque, hasta entonces, viviré en la más completa oscuridad.

Fen lo miró con severidad.

—Esa execrable profesión tuya de periodista —se lamentó— ha causado un efecto demoledor sobre un cerebro antaño prometedor, aunque mediocre. Bueno, basta por ahora. Nos despedimos aquí, hasta las Vísperas Cantadas de mañana. Una montaña bestial de exámenes que corregir me espera en mi despacho. He de redactar mis notas y preparar una conferencia sobre William Dunbar, *mort à Flodden*. —Se dirigió hacia la puerta del hotel, pero justo antes de salir se volvió y le dijo adiós con la mano, alegremente—. Concéntrate —le animó—. Al final lo averiguarás.

Y un instante después había desaparecido.

## 12. IDILIOS

*«Cualquier otra vida —dijo— no vale una higa,  
pues el matrimonio es tan puro y tan limpio  
que es de este mundo el paraíso».*

CHAUCER

**E**l sábado por la noche, después de la función, el teatro quedó a disposición de los técnicos. Los actores aún no habían terminado de desmaquillarse y desvestirse cuando comenzaron las labores de desmontaje del escenario antiguo. El domingo por la mañana ya trabajaban a pleno rendimiento el diseñador escénico, el pintor, los montadores, el director de escena y los electricistas para tener listo a tiempo el escenario de *Metromanía*, mientras los actores y las actrices se entregaban a largas y reparadoras horas de sueño o se dedicaban a leer, o bien paseaban, o bebían, de acuerdo con sus preferencias. En contadas excepciones, incluso repasaban sus guiones para el ensayo general que iba a tener lugar ese mismo domingo por la tarde. Era un preludio de paz y tranquilidad antes de la tormenta final, antes del desenlace de todos los esfuerzos que tendría lugar el lunes por la noche... Y antes de otro desenlace más grave y mucho menos agradable.

Donald y Jean prefirieron pasear por los parques de la universidad. La lluvia del día anterior había dado paso a un sol radiante y otoñal. Las campanas estaban silenciosas, pero en las iglesias y las capillas de Oxford el culto al Señor se iba preparando de diferentes modos —todos muy solemnes—: desde el uso de las cornetas resplandecientes y los sonoros timbales del Ejército de Salvación hasta los inciensos y casullas de las iglesias, pasando por toda una serie de complejas y puntillosas variaciones doctrinales. Oxford aún conserva algunos vestigios memorables que recuerdan que antaño fue uno de los principales centros cristianos de Europa. Los coros infantiles desfilan con aire desenfadado por las calles, ataviados con sus togas y sus birretes cuadrados; los organistas ensayan en silencio el registro (que sus admiradores creen espontáneo) que utilizarán para acompañar los salmos; los seglares dejan de lado sus ocupaciones diarias; los profesores escogidos para la lectura en el atril vagan nerviosos preguntando cuál es la pronunciación correcta de los nombres hebreos más complejos y difíciles; toda la clerecía prodiga breves sermones intelectuales y los catedráticos se disponen a honrar a la Divinidad.

Durante un buen rato Donald y Jean se habían limitado a pasear tímidamente, sin cruzar palabra, un silencio que por ambas partes resultaba incómodo. Entonces, Donald dijo:

—Me parece que he estado haciendo el idiota. Primero, con esa chica; luego, contando una sarta de estúpidas mentiras sobre lo que estuve haciendo en el momento

del asesinato. Pero tú ya sabes por qué lo hice, ¿verdad?

Jean bajó la mirada.

—Sí —musitó—, creo que sí. Pero, de verdad, no era necesario...

—Jean —murmuró el joven—, ¿entonces tú no...?

—Cariño, es realmente intolerable que sospeches eso. ¿Por qué iba yo a...?

—Una conclusión precipitada, me temo. Soy un tonto. Ya sabes que estos últimos meses no he estado lo que se dice muy centrado...

—¿Te enamoraste realmente de ella, Donald? —preguntó la muchacha a media voz.

—No... —contestó Donald entre titubeos—. Quiero decir, creo que no. Simplemente estaba obnubilado por su carácter salvaje. Los hombres siempre sentimos cierta fascinación por las chicas malas. Ya sabes... Dadas las circunstancias, tal vez no debería tener la caradura de decirte esto ahora, pero... creo que de quien realmente estoy enamorado es... de ti.

—Oh, Donald. Eres un encanto...

—No lo soy. Me he comportado de un modo espantoso.

—Y yo también. Si hubiera tenido un poco más de sentido común, me habría dado cuenta de que solo era un capricho. Ahora... —su frente se nubló— ya es demasiado tarde.

Donald parecía incómodo. Con un gesto inconsciente pinchó una hoja caída con la punta de hierro de su bastón.

—No —repuso el joven apagando la voz—, nunca es demasiado tarde. ¿No te das cuenta de cómo la muerte de Yseut ha hecho que las aguas vuelvan a su cauce? Nos ha reunido de nuevo, y a Rachel y a Robert... Y en la compañía se respira un ambiente mucho más agradable. Parece que todo el mundo ha salido ganando con lo ocurrido.

Jean dijo con gesto lúgubre:

—Alguien la mató. ¿Quién sería?

—Diga lo que diga Fen, yo creo que fue un suicidio, y he oído que eso es lo que cree la policía también. Confío, Dios lo quiera, en que tengan razón. ¡Ojalá todo acabara así!

—Me temo que Fen sabe lo que se trae entre manos —contestó Jean—. Es exasperante que todo dependa de él. No quiero ver a nadie colgado por esto. Quería que yo le contara...

Donald se volvió hacia ella bruscamente.

—¿Que le contaras qué?

La muchacha se puso inmediatamente a la defensiva.

—Ya lo sabes.

Donald asintió repetidamente, luego se detuvo y se volvió a mirarla, sujetándola por los brazos.

—Jean —le dijo—. Lo tengo decidido. En cuanto termine el curso, me voy a

alistar en la RAF.<sup>[38]</sup> Parece que allí es donde acaban la mayoría de los organistas en este país. Para entonces tú ya habrás acabado aquí y, bueno, en cuanto me hayan concedido un destino, me gustaría que te casaras conmigo.

La muchacha se echó a reír: una risa breve y feliz.

—Oh, Donald, eso sería maravilloso... Yo..., yo dejaré el teatro y me ocuparé de nuestro hogar. No se puede pedir más.

Lo miró durante unos instantes con lágrimas en los ojos. Y luego se besaron.

De algún lugar lejano, ajeno a los efluvios del hechizo amoroso, llegó el sonido de las campanadas de un reloj. Donald se estremeció como si le hubieran disparado.

—¡Dios mío! —exclamó—. En un cuarto de hora son los maitines —dijo, cogiéndole la mano—. Vamos, cariño. Prepararé un servicio religioso coral para nuestra boda; como himno inicial: *Let the Bright Seraphim*, ¡y contrataré al mismísimo coro de la catedral de San Pablo!

\* \* \*

—Hoy en día da la impresión de que la gente se casa sin tener ningún motivo en absoluto —le decía Nicholas a la rubia—. Las razones aducidas por la Iglesia de Cristo en la tierra han pasado a ser, gracias a los avances de la ciencia, absolutamente irrelevantes. Me gustaría apuntar, de todas maneras, algo sobre el modo en el que han ido decayendo los principios eclesiásticos. En un primer momento, la continencia absoluta era el modelo de la virtud, y el amor sin matrimonio, el descarrío y el pecado. En la actualidad nadie se toma en serio la acusación de debilidad que sugiere la expresión «tales o cuales personas no tienen el don de la continencia». —Y dejó escapar un suspiro—. Es una verdadera lástima que no se demuestre el más mínimo respeto por la castidad en nuestros días. Incluso la Iglesia la ha abandonado, más o menos, junto con la misa del Miércoles de Ceniza, con su listado de terribles amenazas y eternos castigos, así como con otras partes de los ritos eclesiásticos que al final les resultaban inconvenientes o incómodas. —Sonrió con benevolencia—. Por supuesto, el matrimonio tiene sus ventajas: uno puede saltarse el tedioso y poco estimulante proceso del cortejo, por ejemplo.

—Oh, no te pases de listo conmigo, Nick —le reconvino la rubia con un mohín de enfado.

—Todo lo contrario: precisamente estaba procurando rebajar mi conversación a un nivel que te resultara comprensible. ¿Otra copa?

—No, gracias. —La rubia cruzó sus atractivas piernas y se ajustó la falda dejando a la vista la porción de carne que consideraba adecuada—. Cuéntame lo del asesinato. Quiero saberlo todo.

Nicholas resopló con disgusto.

—Estoy hasta las narices del dichoso asesinato —protestó—. No quiero volver a oír una palabra más del tema en lo que me queda de vida.

—Bueno, pues yo sí —insistió la rubia—. ¿Ya se sabe quién lo hizo?

Nicholas parecía huraño.

—Fen cree que lo sabe —accedió a contestar—. Sé que ha acertado en anteriores ocasiones, pero no creo en la infalibilidad de los detectives.

La rubia le contradijo:

—Si dice que lo sabe, créeme: lo sabe. He seguido de cerca otros casos suyos y todavía no ha fallado ni una sola vez.

—Bueno, si lo sabe, espero que mantenga el pico cerrado, eso es todo.

—¿Qué estás diciendo? ¿Estás diciendo que no quieres que arresten al asesino? ¡Qué bonito! —dijo la rubia indignada—, que la gente vaya por ahí matando chicas y se vayan de rositas.

—Con algunas chicas —corrigió Nicholas con gravedad— ese parece ser el único camino.

—¿Quién crees que lo hizo?

—¿Quién creo yo que lo hizo? Cielo santo, niña, ¡no lo sé! Supongo que podría haberlo hecho yo mismo, en un momento de enajenación mental.

Como era de esperar, la rubia se asustó.

—No puede ser verdad —repuso angustiada.

—Hay un montón de personas que tenían motivos para cometer ese asesinato, y media ciudad parece estar involucrada en el crimen de uno u otro modo. Jean Whitelegge cogió la pistola, Sheila McGaw era la propietaria del anillo que se encontró en el dedo de la muerta, Donald, Robert Warner y yo andábamos por allí cuando todo ocurrió, y Helen y Rachel no tienen coartada. Yo voto por Helen. Es la única que saca un beneficio real: dinero. Y Fen se ha mantenido pegado a ella, acosándola con los ojos inyectados en sangre y la lengua fuera, como un sabueso. Siempre es especialmente amable con sus asesinos... hasta que los arresta. Sí, creo que Helen es la opción más plausible. Es la clase de mujer apasionada y poco evolucionada que sería capaz de un comportamiento tan primitivo.

—¿Y no será que simplemente estás celoso? —sentenció la rubia con una inusual perspicacia—. ¿No sale con ese periodista tan atractivo?

Nicholas resopló malhumorado.

—Bueno, la verdad —respondió—, si tu modelo de belleza masculina es...

—De acuerdo, Mefistófeles —interrumpió la rubia con brío—, ya sabemos que cualquier cosa que no entre dentro de tu byroniano encanto es anatema. Ya puedes traerme otra copa, si quieres. Hoy me he propuesto desplumarte, por si te interesa.

Nicholas se levantó de mala gana.

—Hay ocasiones —dijo para concluir— en las que deseo que los comentarios de Timón sobre Frinia y Timandra hubieran sido un poco más sutiles y un poco menos explícitamente ofensivos. En ciertos momentos, habrían constituido unas citas francamente útiles.<sup>[39]</sup>

Robert y Rachel caminaban con lentitud por el Addisons Walk, con la dulce, pulcra y delicada belleza del Magdalen a sus espaldas.

—¿Estás nervioso por lo de mañana? —preguntó Rachel.

—No, no exactamente nervioso, un poco tenso, tal vez. Creo que al final va a quedar mucho mejor de lo que pensaba. La compañía ha trabajado con brillantez y tú, querida mía, eres más de lo que cualquier director podría desear.

—Gracias, caballero —dijo Rachel con fingida elegancia.

—Un estreno... —murmuró Robert—: la ridícula efervescencia de la vanidad personal. «Miradme, soy el genial señor Warner, alardeando de mi propia banda de actores y actrices»... A eso se reduce todo en realidad. Recuerdo mi primer estreno. Fue en un pequeño teatro-club de Londres, cuando aún era un principiante, un insignificante actor de repertorio de veintiún años. ¡Señor, eso sí que fueron nervios! Iba por el mundo fingiendo que aquello era mi pan de cada día y levantando castillos en el aire sobre la posibilidad de estrenar y permanecer en cartel durante un año en el West End... Cosa que, sobra decir, nunca ocurrió.

—Y yo recuerdo mi primer papel en Londres —apuntó Rachel—. Una descocada Helena en una producción del *Troilo*. Imaginé las alabanzas de los críticos: «Especial atención merece la señorita Rachel West, que interpreta una brillante miniatura de un papel poco agradecido». Pero la verdad es que nadie escribió una palabra sobre mí.

Robert le lanzó una mirada muy teatral.

—¿Ves? —confirmó—. Al final, todo es vanidad. Costals, en la novela de Montherlant, es la quintaesencia del artista: el autosuficiente, el infantil, el egotista cruel. En pocas palabras, mi propio retrato.

Rachel dejó escapar una carcajada.

—Oh, no, no... Robert mío —dijo, cogiéndolo del brazo con ternura—, no me lances el anzuelo para que te regale cumplidos y te alabe. No voy a alimentar tu vanidad más de lo necesario.

Él suspiró.

—Qué bien me conoces, querida.

—Después de... ¿cuánto?, ¿cinco años? Bueno, después de cinco años debería conocerte un poco.

—Rachel —interrumpió Robert de repente—, ¿estarías dispuesta a considerar la posibilidad de casarte conmigo?

Rachel se detuvo y lo miró con gesto de asombro.

—Robert, cariño, ¿qué te ha pasado? ¿Es un gesto amable, aunque tardío, en pro de mi virtud? Te lo advierto: si vuelves a repetirlo, te tomaré la palabra.

Entonces fue él quien no pudo evitar la sorpresa.

—¿Quieres decir que podrías llegar a considerar esa posibilidad?

—¿A qué viene tanto asombro? Mi instinto femenino me lleva hacia el matrimonio. Lo único que ocurre es que tú no has querido, y cualquier otra persona que no fueras tú me habría resultado intolerable.

—¿Te das cuenta de que eso implicaría un montón de murmuraciones bastante enojosas? Sobre la inminencia de pequeños seres y todo eso...

—Eso no se puede evitar. Si la gente murmura, dejemos que murmure.

Robert la condujo hasta un banco frente al río.

—Hace tiempo que deseo cierta estabilidad —le confesó—. Resulta agotador luchar contra las convenciones sociales indefinidamente.

—Eso rebaja un poco el encanto de tu proposición.

Robert sonrió con una mueca.

—Lo siento. No pretendía ser grosero. Me parece que sería un buen matrimonio, ¿a ti no? Uno de esos matrimonios tranquilos y duraderos. Nos conocemos lo suficiente como para respetar las obsesiones y las manías del otro. —Meditó un instante y luego añadió—: Tal vez, como Próspero, me estoy obsesionando con casarme.

Rachel le cogió la mano.

—¿El asesinato tiene algo que ver con esto?

—Oh, un poco, tal vez. Una lección práctica sobre lo espantoso que puede ser el sexo no regulado.

—Robert —y la voz de Rachel adquirió un serio matiz—, ¿qué va a pasar ahora? Con el asesinato, digo. ¿Crees que ese hombre, Fen, realmente sabe quién lo hizo?

Robert se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Espero que al menos se lo guarde hasta mañana por la noche, hasta después del estreno...

—¿No sería mejor que se esclareciera todo el caso, en vez de tener esa espada de Damocles sobre nuestras cabezas?

—Querida mía, podría haber sido casi cualquiera del reparto... o tú o yo mismo, ya puestos. En el caso de que hubieran sido Donald o Nick, la cosa no tendría mayor trascendencia. Pero si quieres que te diga la verdad, creo que Gervase Fen no va a hacer absolutamente nada al respecto.

—Sí, ¿y qué vas a hacer al respecto, Gervase? —preguntó la señora Fen.

Fen recogió distraídamente una pelota que su hijo pequeño había lanzado más o menos en su dirección, y se la devolvió.

—Ni me preguntes —contestó Gervase Fen—. Estoy más que harto de todo este asunto.

—No hables así —dijo la señora Fen razonablemente, apartando un ovillo de lana que estaba llamando la atención del gato—. Tienes que tomar una decisión.

—Bueno, pues aconséjame.

—Yo no puedo aconsejarte, a menos que sepa quién lo hizo.

Gervase Fen se lo dijo.

—Oh. —La señora Fen dejó de tejer, y luego añadió con tono tranquilo—: Pero

eso es extraordinario.

—Sí, ¿verdad? Resulta bastante sorprendente.

—No te preguntaré el porqué y el cómo —dijo la señora Fen—. Al final me lo acabarás contando todo. Pero sugiero que dejes caer alguna pista...

—Ya estuve barajando esa posibilidad. ¿Pero es que no comprendes que, haga lo que haga, este asunto pesará sobre mi conciencia hasta el fin de mis días?

—Tonterías, Gervase, estás exagerando. Sea lo que sea lo que decidas, al cabo de tres meses lo habrás olvidado por completo. De todos modos, un detective con conciencia es una ridiculez. Si vas a montar una escandalera así cada vez que asumas un caso, no deberías volver a meterte en estos asuntos jamás.

Fen reaccionó a este consejo del sentido común femenino del modo más típicamente masculino.

—No estás siendo muy comprensiva... —le recriminó—. Todo el mundo igual. Lo único que me recomiendan es que lea el *Tasso*. —Evocó la imagen de una persecución monstruosa y trascendental—. Estoy entre la espada y la pared de un dilema corneliano: desgarrado entre el deber y el deseo... —Hizo un gesto con la mano, como si quisiera olvidarse del tema, perdió el hilo de lo que estaba diciendo y se quedó con lo último que podía recordar—. ¿Por qué utilizamos la expresión «estar entre la espada y la pared» para referirnos a un dilema? ¿Qué tienen que ver las decisiones y la esgrima?

La señora Fen le hizo el favor de ignorar aquella digresión.

—Y pensar que jamás lo podría haber sospechado, ni remotamente... El señor Warner estuvo dándome una conferencia, por cierto, mientras vosotros estabais en el piso de abajo. Dijo que pensaba que el asesino había entrado por el patio.

—¿Ah, sí? —dijo Fen distraídamente—. Muy inteligente por su parte.

—Yo, por la mía, le comenté que algo así me parecía imposible. Me pareció que se disgustaba mucho.

—Supongo que te hablé del crimen solo por cortesía. No le interesa en absoluto la investigación. No es raro, porque su obra se estrena este mismo lunes.

—¿Y es buena?

—Brillante. En la tradición jonsoniana de la sátira, más o menos.

La señora Fen simuló un escalofrío muy teatral.

—Nunca me gustó el *Volpone*. Es cruel y grotesco.

Fen resopló.

—Toda buena sátira es cruel y grotesca —repuso—. John —añadió, dirigiéndose a su vástago—: no deberías coger al gato por el rabo y meterlo y sacarlo así de la pecera. Es cruel.

—Bueno —se resignó la señora Fen—, de todos modos no voy a ir a verla.

—Tú no puedes ir a verla —contestó Fen con aspereza—. No hay sitio.

La fraseología más desagradable de las criaturas de *Alicia* tendía a colarse en su conversación.<sup>[40]</sup>

—¿Con quién vas a ir, entonces?

—Con Nigel y *sir* Richard.

—Nigel es un chico encantador —convino la señora Fen con gesto pensativo—. ¿No me dijiste que estaba saliendo con Helen?

—Con toda seguridad anda deambulando de acá para allá con ella por ahí ahora mismo —dijo Fen con aire nostálgico—. En fin, me pidió la bicicleta. Espero que me la cuide. La gente es tan dejada...

La bicicleta de Fen era un artefacto grande e inmanejable que parecía ensamblado con vigas de hierro forjado. Mientras pedaleaba trabajosamente por Walton Street con Helen a su lado, lamentó —aunque no por primera vez— la monástica indiferencia de Fen hacia el progreso. Una vez llegaron al camino, sin embargo, la marcha se volvió menos trabajosa, y avanzaron a buen paso y alegremente hacia su destino, el Trout.

—Ojalá no te tomaras este paseo como una carrera ciclista —dijo Nigel, jadeando por el esfuerzo.

Helen le dedicó una alegre sonrisa por encima del hombro.

—¡Anda, tortuga! —gritó, y redujo la velocidad para permitir que le diera alcance—. Sin embargo, para serte sincera, tengo mala conciencia por esta excursión —añadió—. A Yseut la mataron antes de ayer y aquí estoy yo, montando en bicicleta por Oxford, con unos escandalosos pantalones rojos de pana. Me da la sensación de que todo el mundo me mira con indignación.

—Es por los pantalones —confirmó él—, no por tu comportamiento poco fraternal. Me pregunto si Fen habrá engrasado alguna vez este trasto... —protestó, y miró los engranajes como si estuviera buscando algún rastro de aceite en la bicicleta.

—¡Cuidado! —exclamó Helen—. ¡Te vas a meter en un charco!

Nigel sorteó el obstáculo con toda la dignidad de la que fue capaz.

—No voy a hablar hasta que lleguemos —se propuso—. Esto es agotador. Luego tomaré un trago, o varios tragos, para ser exactos, y almorzaremos en algún sitio al otro lado de los prados. ¿A qué hora tienes que volver para el ensayo general?

—Debería estar en el teatro a las cinco y media.

—Y yo en la capilla para las Vísperas Cantadas a las seis, así que todo cuadra perfectamente.

Siguieron pedaleando y disfrutando del limpio frescor del día otoñal mientras observaban las temerarias maniobras de dos estudiantes en un barquito de remos.

En el Trout encontraron a Sheila McGaw con un grupo de gente variopinta.

—Hola —les dijo, saludándolos de lejos con la mano—. ¿Vosotros también habéis aprovechado la oportunidad para salir de Oxford? Con tanta policía y entre una cosa y otra, la ciudad se ha puesto insoportable.

—No nos hables de policías... —pidió Nigel—. Como en la Legión Extranjera, salimos para olvidar.

Almorzaron en la hierba junto a un diminuto riachuelo que se curvaba en absurdos meandros hasta desembocar en un barrizal que había al fondo. La comida se compuso de sándwiches, tomates y manzanas. Helen, incorporándose y apoyándose en el codo, observó:

—Es increíble lo duro que está el suelo.

—No apartes el impermeable, boba —dijo Nigel—. La tierra todavía está empapada de la lluvia de ayer. ¿Quedan tomates?

—Ya te has comido cuatro.

—He pedido un tomate, no una conferencia.

—Te daré una pequeña conferencia en vez de un tomate. Ya no quedan.

—Oh... —Nigel permaneció en silencio durante un instante. Luego añadió—: Helen, ¿te quieres casar conmigo?

—Cariño, estaba esperando que me lo pidieras. No, no me beses ahora, que tengo la boca llena.

—¿Quieres, entonces?

Helen se lo pensó.

—¿Serás un buen marido? —preguntó al final.

—No —contestó Nigel—. Seré un marido espantoso. Solo te lo estoy pidiendo para poder aprovecharme de esa gran cantidad de dinero que vas a heredar.

Helen asintió, seria.

—¿Te vas a entrometer en mi carrera?

—Hasta límites insospechados.

—¿Cuándo te quieres casar?

Nigel se incorporó con gesto incómodo.

—Ojalá no examinaras mi propuesta como si fuera una prenda que te quedara larga o fuese de mala calidad. Lo más propio sería que te lanzaras a mis brazos en un incontenible arrebatado de amor.

—No puedo... —se excusó entre fingidas quejas Helen—. Con toda esta comida por el medio...

—Bueno, pues ¡fuera comida! —exclamó Nigel, haciendo gala de una repentina energía y lanzando en todas direcciones el contenido del mantel—. *Voici, ma chère!*

Helen se arrojó a sus brazos.

—¿Cuándo podremos casarnos, Nigel? —preguntó unos instantes después—. ¿Puede ser pronto?

—Tan pronto como tú quieras, vida mía.

—¿No tenemos que conseguir amonestaciones y licencias y todo eso?

—Tú puedes conseguir licencias especiales —dijo Nigel—. De hecho, si pagas veinticinco libras por una licencia especial en el arzobispado obtienes poderes sobre la vida y la muerte de todos los clérigos del país.

—¡Qué bien! —exclamó, y se acurrucó en el regazo de Nigel—. Eres todo un portento cortejando a las chicas, Nigel.

—Cariño, no vuelvas a repetir algo así. Nada perjudica tanto al sexo masculino como alabanzas de ese tipo. Por supuesto —añadió—, aunque ahora eres asquerosamente rica, insisto en mantenerte.

Helen se incorporó indignada.

—¡No digas eso! ¿Vamos a desperdiciar todo ese dinero?

Nigel suspiró de felicidad.

—Confiaba en que dijeras eso —admitió—, pero en estos momentos lo propio era proponer lo contrario.

Helen estalló en risas.

—¡Serás tonto! —le recriminó con una sonrisa de felicidad. Luego, después de besar a Nigel, añadió—: ¿Sabes? No creo que el aire libre sea el mejor lugar para el cortejo amoroso.

—Tonterías. No hay lugar mejor. Mira las églogas...

—Probablemente Phyllida y Corydon acabaron con un montón de magulladuras —dijo Helen pensativamente.

—Entonces, según tú, ¿cuál es el mejor sitio para los arrumacos amorosos?

—La cama.

—¡Helen! —exclamó Nigel con gesto escandalizado.

—Cariño, tú y yo ya somos marido y mujer a los ojos de Dios —afirmó solemnemente—, y esas cosas son un asunto que tiene que quedar entre nosotros. —Entonces, su tono cambió repentinamente hacia el desánimo—. Oh, Nigel, ¡pero si voy hecha un desastre!

—«Un encantador desorden en el vestido, cierta lascivia confiere a las prendas...» —recitó Nigel.

—No, Nigel, recuerda tu promesa: nada de versos isabelinos. Oh, querido, ¿por qué los jóvenes literatos siempre estáis soltando citas? ¡Déjalo ya, cariño!

Rodeó con sus brazos el cuello de Nigel y Herrick fue deliciosa y apropiadamente silenciado con un beso. Se derrumbaron en el suelo, riendo y agotados de amor, mirando las nubes algodonosas que colgaban inmóviles del pálido azul del cielo de Oxford.

## 13. UN INCIDENTE EN LAS VÍSPERAS CANTADAS

*Una almohada sucia en la cama de la Muerte.*

CRASHAW

Aquella tarde, cuando regresaba al St. Christopher, a las seis menos veinte, Nigel iba pensando que todavía quedaba algo del estudiante que debía de haber sido Gervase Fen. Celestial, ingenuo, voluble y deliciosamente encantador, Fen iba por el mundo preocupándose con auténtico interés por cosas y personas ajenas en todo a él, al tiempo que conservaba un ecuánime sentido de la autoridad en su propio ámbito profesional. Respecto a la Literatura, sus comentarios eran agudos, incisivos y extraordinariamente sofisticados. Sobre cualquier otro asunto, asumía una actitud de absoluta ignorancia y un deseo vehemente de ser instruido, aunque al final siempre resultaba que él sabía más sobre el tema en cuestión que su interlocutor, pues sus lecturas, en los cuarenta y dos años que habían transcurrido desde su aparición en este planeta, habían sido sistemáticas e incontables. Si su ingenuidad hubiera sido afectación, o una mera atrofia de su personalidad, habría resultado sencillamente insoportable, pero era una actitud sincera y derivada de la genuina humildad intelectual de un hombre que ha leído mucho y por eso ha sido capaz de percatarse de los enormes espacios de conocimiento que inevitablemente debe dejar atrás en el estudio. Respecto a su temperamento, era un romántico empedernido, aunque ordenaba su vida de acuerdo con un criterio rígidamente racional. En cuanto a los hombres y sus asuntos, su actitud no era ni cínica ni optimista, sino que destilaba una fascinación que jamás remitía. El resultado de todo ello era una especie de inconsciente amoralismo, porque siempre estaba tan interesado en lo que hacía la gente, y en por qué lo hacía, que nunca se le ocurría juzgar la moralidad de sus acciones. Todo aquel lío respecto a lo que debía o no debía hacer en relación con el asesinato de Yseut, pensó Nigel, era, por tanto, el típico laberinto en el que solía perderse Gervase Fen.

Lo encontró en su despacho, dando los toques finales a los apuntes que había ido transcribiendo sobre el caso.

—La policía ha llegado a la conclusión de que fue un suicidio —anunció—, así que esos —y señaló un pequeño montón de papeles— tendrán que quedarse en la nevera durante un tiempo. Por cierto —añadió—, ya he decidido lo que voy a hacer. —Y le tendió a Nigel una pequeña cuartilla de una libreta.

En ella había escrito tres palabras, una cita de una de las sátiras de Horacio.

DEPRENDI MISERUM EST

—«Es muy triste ser descubierto» —tradujo Nigel—. ¿Así que...?

—Así que voy a enviar la nota por correo esta misma tarde y a entregar mis apuntes a la policía el martes por la mañana. Eso le concederá a... al asesino una mínima oportunidad de escapar. Por cierto, confío en que no te vayas de la lengua. He averiguado que lo que voy a hacer es un delito penal. —Y sonrió alegremente.

—En ese caso —repuso Nigel—, ¿crees que es una buena idea...?

—Es una pésima idea, mi querido Nigel —contestó Fen—. Pero, después de todo, soy yo quien tiene la sartén por el mango. Siempre puedo decirle a la policía que me había equivocado y que, en realidad, estaba tan perdido como ellos, y nadie podrá probar lo contrario. Además, si uno no se arriesga un poco de vez en cuando, el mundo sería insufrible. —Se sentía como si estuviera izando una simbólica bandera con dos tibias y una calavera al palo mayor.

Nigel emitió un gruñido raro, pero resultaría imposible decir si fue en señal de agrado o desaprobación. Fen escribió un nombre y una dirección en un sobre, metió el papel dentro y lo cerró.

—Esto quedará en manos de los carteros de la Oficina de Correos hoy mismo, después de que asistamos a las Vísperas Cantadas. Y se metió el misterioso sobre en un bolsillo.

—¿Se te ha ocurrido pensar —preguntó Nigel— que puedes estar poniendo en peligro las vidas de un montón de personas totalmente inocentes dejando huir a un asesino?

Fen pareció repentinamente preocupado.

—Lo sé —afirmó—. Sí, lo he pensado. Pero no creo que el sujeto en cuestión vuelva a matar a nadie. Dime: ¿aún no tienes ni idea de quién lo hizo? —añadió, evitando con premura detenerse en la primera cuestión.

—He pasado la noche en vela dedicado a la humilde tarea de elaborar un esquema registrando horas y hechos y, como sospechaba, continué sin sacar absolutamente nada en claro. En fin, la mitad de las aseveraciones que hay en mi tabla o no se han demostrado o son indemostrables, así que tampoco podía esperar mucho de ella. —Extrajo una cuartilla de papel y se la entregó a Fen—. Y ahora es el turno del gran detective: échale un vistazo, dale unos golpecitos con el dedo índice y di: «Esto lo aclara todo».

—Bueno, así es —dijo Fen—. ¿Qué le vamos a hacer si eres tan burro que no te das cuenta de que la solución está aquí? Yo he confeccionado una tabla horaria parecida, haciendo hincapié en ciertos asuntos y añadiendo unos cuantos comentarios. Mírala otra vez, muchacho. ¿No te salta a la vista el asesino, como una verruga en una calva monda y lironda?

—Pues no —admitió Nigel, mirando el listado con expresión perpleja.

La tabla horaria era la que sigue:

Desde las 6:00 p. m.

Robert, Rachel, Donald y Nicholas en el bar del Mace & Sceptre. Yseut, en el Brasenose College. Helen, en su domicilio. Sheila y Jean en los suyos. (Los últimos tres, no confirmados).

6:25 Donald y Nicholas se van del M&S. Llegan al *college* aproximadamente a las

6:30 Rachel también sale del bar y se va al cine (sin confirmar).

aprox. Helen llega al teatro.

7:10 aprox. Yseut sale del Brasenose College.

7:35 - 7:40 Yseut llega al M&S, y hace una llamada de teléfono.

Helen va al teatro. Donald y Nicholas cambian de habitación y se van a la que está enfrente de la de Donald.

7:50 aprox. Robert sale del M&S y se dirige al *college* (sin confirmar).

Yseut llega al *college*.

Helen sale del escenario.

8:05 Robert llega al *college*.

8:21 aprox. Robert baja al servicio.

Se oye un disparo.

Encontramos a Yseut muerta.

Helen vuelve a entrar en escena.

Jean y Sheila dicen que estuvieron en sus domicilios toda la tarde (sin confirmar).

Rachel dice que estuvo en el cine hasta las 9:00 (sin confirmar).

Donald y Nicholas dicen que permanecieron en la habitación desde las 7:45 (sin confirmar).

—No veo que esto pueda servirnos de nada —dijo Nigel—. La mitad de las afirmaciones pueden ser falsas.

—Sin duda, pueden serlo —replicó Fen sosegadamente—. ¡Pero qué reveladores resultan todos esos «sin confirmar»! ¡Este listado descubre todo el pastel, Nigel! —añadió, dándole unas benevolentes palmaditas en la espalda. ¿Por qué incluyes a Helen en la tabla? No sospecharás de ella...

—Por supuesto que no, pero así se completaba un poco la lista. De otro modo, se me hubiera quedado en nada. Escúchame una cosa, Fen: no quiero saber quién lo hizo, pero me gustaría saber que no fue Helen.

Fen sonrió.

—No, por supuesto que no fue Helen.

—En realidad..., le acabo de pedir que se case conmigo. Fen cayó en una especie de éxtasis sentimental.

—¡Mi querido amigo! —exclamó—. ¡Cuánto me alegro! Tenemos que celebrarlo..., pero ahora no —añadió, echando un vistazo temeroso al reloj—. La oración matinal nos espera. —Cogió una sobrepelliz que cubría el respaldo de una

silla—. Siempre que utilizo esto —dijo, colgándoselo del brazo cuando salían— me da la impresión de que me pongo un sudario.

Cuando entró en la capilla, Nigel tuvo la agradable sensación de alguien que regresa a un lugar de sus recuerdos con la certeza de que no habrá cambiado en absoluto. En términos generales, siempre había estado dispuesto a admitir, como el viejo Wilkes, que las sucesivas restauraciones no habían dañado nada el aspecto de la iglesia. El lugar presentaba un aspecto pulcro y un acabado impecable, pero no adolecía de esa agresividad que provocan las rehabilitaciones mal hechas y, por suerte, carecía de ese leve olor a putrefacción que nos invade cuando entramos en una de estas antiguas iglesias. La vidriera, aunque no había llamado la atención de los expertos del mundo, resultaba agradable a la vista, y del órgano, un instrumento nuevo que había sido instalado siete años atrás y que ocupaba la galería del lado norte del coro, surgían unos sobrios tubos dorados, organizados en un dibujo sencillo y geométrico que no dejaba de tener cierto encanto. El organista —que accedía a la galería por una escalera metálica que subía desde la sacristía— se ocultaba a la vista de los asistentes tras un ajado biombo de madera (sin embargo, el músico tenía un modo de comprobar lo que estaba ocurriendo al otro lado, gracias a un gran espejo que colgaba justo encima de su cabeza). En aquel momento se oía una de aquellas soporíferas improvisaciones que los organistas al parecer consideran el colmo de sus responsabilidades antes de que comience efectivamente el servicio religioso.

Fen se encaminó directamente a los asientos reservados para los profesores. Nigel se acomodó junto al coro. Había poca gente en la capilla aquella tarde. El rector parecía ceñudo y malhumorado en su cátedra, tal vez debido al reducido número de estudiantes y visitantes que habían asistido a la ceremonia. No pasó mucho tiempo antes de que el coro y el capellán hicieran su entrada, y la improvisación del organista se convirtió de pronto en una rápida y pirotécnica serie de modulaciones en el mismo tono del primer himno, y luego se detuvo. Salutación. Primer verso del *Richmond*.<sup>[41]</sup> Y luego el delicioso himno de Samuel Johnson:

Ciudad de Dios, cuán enormes y hasta dónde  
se extienden tus sublimes murallas...

Por primera vez en su vida, Nigel no se sintió conmovido ante lo que siempre había considerado una de las piezas más hermosas de poesía religiosa. Mientras sostenía el misal entre las manos, emitiendo sonidos guturales y abriendo y cerrando la boca de un modo rítmico pero ajustado a la música (para terror de uno de los niños más pequeños del coro, que lo miraba con una mezcla de horror y fascinación), sus pensamientos deambularon entre los acontecimientos de los días anteriores. ¿Quién había matado a Yseut Haskell? Robert Warner era el candidato más probable, pero, aun así, era difícil imaginar cómo pudo haberlo hecho. ¿Preparó la escena del falso

suicidio antes de disparar a la chica? No, eso era ridículo. A menos que estuviera hipnotizada, Yseut jamás habría aceptado participar en semejante farsa. Mientras el pastor demostraba viva y fehacientemente la vanidad y la vacuidad de los ataques de ira, Nigel se preguntó si Yseut habría llegado a conocer la identidad de su asesino, y entonces se percató de que forzosamente tuvo que saberlo: durante un terrible instante, la chica se encontró cara a cara con el rostro de su asesino. Aquellas quemaduras de pólvora... Le habían pegado un tiro en mitad de la frente.

«Queridos amadísimos hermanos, las Escrituras nos impelen a luminosos parajes...». Nigel se mantuvo ocupado colocando con la puntera del zapato un reclinatorio y, mientras se agachaba para arrodillarse, desvió la mirada hacia Fen. Pero el profesor parecía ensimismado en sus propios asuntos. Los escaños de los profesores estaban inteligentemente diseñados para que nadie pudiera comprobar desde fuera si se ponían de rodillas. La consecuencia directa de este tipo de diseño era que la mayoría de ellos habían desarrollado la perezosa e irreverente costumbre de inclinarse hacia delante en sus escaños, apoyándose en el frontal pero sin arrodillarse, mientras duraban las oraciones. El viejo Wilkes, un poco más allá, estaba aparentemente sumido en un estado de coma profundo. Nigel recordó su historia, contada aquella dramática noche de viernes (¿solo habían transcurrido dos días? De repente le parecieron más de dos años), y miró instintivamente hacia la antecapilla donde John Kettenburgh, demasiado implicado y defensor de la reforma anglicana, había sido apaleado hasta la muerte por Richard Pegwell y sus secuaces. «*Cave ne exeat*», «No insultes su espíritu». Nigel se desembarazó de aquellas reflexiones inútiles para admirar el canto del salmo y la musicalidad que el organista le había conferido: aquel toque de preciosismo, aquel modo de alargarse, acortarse, o aquella especialísima modulación de las vocales que es prerrogativa esencial de un buen coro. Los chicos eran buenos: el joven corista principal ni siquiera mostraba aquella tendencia habitual a ejercer su autoridad levantando su voz por encima de los demás. A Nigel le pareció que Donald se encontraba allí en su elemento. Fuera del coro, Donald era un don nadie, incompetente en casi todo, patoso en sus relaciones personales. Allí, sin embargo, ejercía un indudable y absoluto dominio de su entorno.

Después de que las tensiones dramáticas y triunfales del *Magnificat* de Dyson hubieran alcanzado su arabesco final, se hizo patente por vez primera en el coro una cierta sensación de incomodidad. Por alguna razón, los muchachos parecían inusualmente inquietos: alargaban el cuello para oír algo, y abrían la boca y susurraban, y bajaban sus libretos de tal modo que incluso los clérigos laicos, que tenían la prerrogativa de pellizcarlos ferozmente cuando se portaban mal, parecían incapaces de restaurar el orden. En ese preciso momento, un estudiante que estaba leyendo las Escrituras dejó caer el marcador del libro y se demoró varios minutos en encontrar el lugar exacto en el que se había quedado y reanudar la lectura. Finalmente, se averiguó que el corista principal, por alguna razón que permanece ignota hasta el día de hoy, había olvidado repartir entre los miembros del coro los

ejemplares con la letra del himno. Así que al principio del *Nunc dimitís*, por orden del tenor, el segundo del coro tuvo que ir a la sacristía para recogerlos. Para asombro general, regresó con las manos vacías durante el *Gloria* y volvió a colocarse en su sitio. Se produjo cierta confusión. Dos de los hombres lo sacaron de allí y lo dejaron en manos del bedel, regresando apresuradamente al final de las colectas con los ejemplares necesarios.

Durante un rato todo fue bien. El himno —el *Expectans expectavi*, de Charles Wood— transcurrió sin incidentes, al igual que las oraciones subsiguientes que precedían al cántico final (no iba a haber sermón aquella tarde). El orden al parecer se había restaurado. «*In Hymns Ancient and Modern No. 563, in Songs of Praise...*». El coro esperó a que se fijara el tono. Pero del órgano no salió ningún sonido.

Al final, el tenor del coro de los decanos, un hombre gordo y autoritario, asumiendo el poder que le confería su estatus, lanzó una nota e hizo una señal, y se ejecutó el himno completo sin acompañamiento alguno. El capellán, el presidente y los profesores se quedaron mirando un poco perplejos al lugar donde se situaba el órgano. Por el rabillo del ojo, Nigel pudo observar cómo Fen abandonaba su asiento y se escabullía de la capilla. Siguió sus pasos sigilosamente, alcanzándolo cuando ya entraba en la sacristía por la puerta exterior y encendía la luz. En su rostro, Nigel vio materializarse una expresión en la que se mezclaba el temor y la ansiedad, un gesto tan inusual en él y a la vez tan intenso que le sorprendió y le asustó. No había nadie en la sacristía, y Fen se dirigió directamente hacia el pequeño pasadizo abovedado de la derecha, por donde la escalera metálica subía al estrado del organista. Nigel le pisaba los talones, con la cabeza llena de los desagradables recuerdos de John Kettenburgh: «Allí había dientes y huesos, y muchos de ellos parecían estar quebrados...». La escalera metálica estaba oscura y helada, y ascendía sin sujeción alguna por una especie de pozo de piedras que rezumaban humedad. Nigel no resistió la precaución de mirar atrás por encima del hombro.

Llegaron a la sala. Una clásica antesala de organista. Repartidos por la estancia se podían encontrar fotografías enmarcadas de otros órganos (el de San Pablo, Truro, el del Kings, de Cambridge), armarios y estanterías con libros de partituras e himnarios, un viejo y cómodo sillón para los momentos de asueto y un hornillo de gas en el que Donald solía prepararse el té durante los sermones del rector, por lo general bastante largos.

¿Qué esperaba encontrar allí? Nigel ni siquiera sospechaba por qué Fen había salido corriendo hacia la antesala del organista. Pero lo que vieron, efectivamente, fue a Donald Fellowes, tendido junto a una banqueta de organista, con la garganta seccionada de oreja a oreja y un cuchillo ensangrentado en el suelo, a su lado.

Cuando Nigel se paró a pensar en las horas que sucedieron a aquel macabro hallazgo, todo había cobrado la forma y la consistencia de una terrible pesadilla. Tiempo después recordaba haber oído decir a Fen, en un tono de estupefacción absolutamente desconocido en él: «¡Cómo iba yo a saberlo! ¡Que Dios me ayude!

¡Cómo iba yo a saberlo!». También recordaba haber oído en la lejanía las palabras de la bendición, elevándose sobre aquel silencio espantoso: «La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la bendición del Espíritu Santo estén con...». Recordó incluso haber dicho, casi en un susurro, sin poder evitar cierto temblor en la voz: «¿Una mujer puede haber hecho esto?», y la sombría y desconcertante respuesta de Fen: «Nunca se sabe».

Entonces se planteó la cuestión de deshacerse discretamente del coro en cuanto regresaran a la sacristía, de informar a las autoridades del *college*, de mantener alejados a los curiosos y de telefonar inmediatamente a la policía. Fen interrogó sin mayor dilación al chico que había desaparecido durante el servicio religioso. A duras penas consiguieron elaborar una ordenada sucesión de los hechos de su incoherente historia. Al parecer, había entrado en la sacristía por un lateral de la capilla y la había encontrado a oscuras; el interruptor de la luz estaba junto a la puerta que daba al exterior. Había tenido que atravesar la sacristía a oscuras, para llegar hasta él, y cuando estaba a la mitad del camino había oído un ligero movimiento en la oscuridad, y alguien, o algo, le había susurrado que se acercara y le tendiera la mano, una invitación que el muchacho rechazó de plano. Había permanecido durante unos instantes allí, sin atreverse a mover ni un solo músculo, aterrorizado, y luego había regresado a la carrera a la capilla, sin las partituras que le habían encargado. Después de aquello ya no recordaba nada más. Se le preguntó si la voz que había escuchado era de hombre o de mujer, y contestó de un modo bastante razonable que cuando una persona susurra es muy difícil determinar si es hombre o mujer, y añadió que él pensaba que no era ninguna de las dos cosas. Ante lo cual, Fen, que había recuperado su habitual compostura, se alejó resoplando con fastidio y deplorando la influencia de M. R. James en los jóvenes.

El inspector, el médico y la ambulancia llegaron poco tiempo después, y tras ellos apareció inmediatamente *sir* Richard Freeman como una visión apocalíptica, caído de ninguna parte, para disgusto del pobre inspector. Sus investigaciones resultaron bastante inútiles. Algún tiempo después Nigel recordó cómo Fen les mostraba unas leves manchas rojas, mínimas pero indiscutibles, en un ejemplar abierto del *Respighi prelude* que había sobre el atril del órgano, aunque en aquel momento nadie pareció darse cuenta del significado y la importancia de aquellas manchas rojizas. También recordaba un comentario casual e irrelevante sobre el extraño registro que Donald había escogido para cantar el último himno. La hora de la muerte, aparte de las pruebas que pudiera aportar el médico, era bastante fácil de establecer: había ocurrido en algún momento entre la antífona y el último himno, es decir, en algún momento entre las 6.35 y las 6.45. El inspector preguntó cómo era que no se había escuchado ningún ruido de lucha o pelea, pero Nigel, que había visitado la antesala del órgano varias veces durante su época de estudiante, le recordó que en realidad apenas se oía nada de lo que ocurría allí desde ningún sitio, ni siquiera desde la sala que estaba situada justo debajo; y unas mínimas comprobaciones demostraron que esa teoría era

correcta.

Respecto al arma, su procedencia se descubrió inmediatamente. El cuchillo había salido de la cocina, situada cerca de la capilla, en la que se preparaban las comidas de los veteranos: un cuchillo normal, afilado y de hoja delgada. Nadie había estado trabajando en la cocina desde las 5.30 de aquella tarde, y no encontraron huellas dactilares en el cuchillo, excepto algunas antiguas marcas pertenecientes a uno de los cocineros. En la escalera metálica aparecieron algunas huellas de zapatos, pero habían sido en parte borradas por Fen y Nigel, y fue imposible dilucidar si eran de un tipo concreto o cuál era la talla. Abajo, en la sacristía, aparte de unas cuantas manchas de sangre de alguien que llevaba guantes, no había nada reseñable. Fen volvió a subir a la antesala del organista para continuar su infructuosa búsqueda, tras lo cual preguntó al inspector:

—¿Cuándo retiró la vigilancia de la habitación de Fellowes?

—Esta tarde, a las 4.30.

—Entonces —dedujo Gervase Fen—, imagino que su habitación también habrá sido registrada.

«*Quaeram dum inveniam!*»,<sup>[42]</sup> pensó Nigel.

Las comprobaciones ulteriores le dieron la razón, pero no se descubrió nada concreto que les ayudara a saber más de lo que ya sabían.

Se le preguntó al portero si había visto a gente extraña en el *college* aquella tarde. No había visto a nadie raro, pero señaló que en el colegio había media docena de entradas por las cuales cualquiera podría haber accedido al recinto sin ser visto. Se convocó a todos los estudiantes y profesores que habían estado aquella tarde en el *college* pero que no habían ido a la capilla. Se les reunió en el gran salón y se les preguntó si habían visto a alguien a quien no conocieran en el *college* entre las cinco y las siete, pero nuevamente los resultados fueron negativos. Aquella sucesión de frustraciones estaba comenzando a angustiar al inspector hasta límites insospechados, *sir* Richard mantenía un meditabundo silencio, y Fen, en cambio, mientras seguía los procedimientos oficiales con bastante indiferencia, parecía poco preocupado por lo que se pudiera derivar de los mismos.

Los problemas del inspector alcanzaron su cénit cuando decidieron ir a ver el ensayo general. Por fortuna, todos los posibles sospechosos se habían reunido allí, incluido Nicholas, que había acudido a ver la función; pero, por desgracia, ninguno de ellos pudo ser descartado, porque ninguno tenía una coartada que pudiera soportar la más mínima investigación. Y los pocos que se atrevieron a reclamar cierta inmunidad acabaron por demostrar que ni tenían coartada ni nada por el estilo. La mayoría de ellos no había llegado al teatro hasta las 6:45, y algunos bastante después, y como el teatro se encontraba solo a cinco minutos del *St. Christopher*, nadie quedó libre de sospecha. Cuando Robert se reunió con la compañía en el escenario, al final del primer acto, para comunicarles sus observaciones, se les contó lo que había ocurrido, pero aparte de la natural inquietud, no hubo ninguna reacción especialmente

llamativa. Solo Jean dio un pequeño gritillo ahogado de lástima y se fue directamente hacia Fen. Permaneció a su lado durante un rato, manteniendo con él un diálogo de todo punto incoherente. Nigel no tuvo ocasión de quedarse a solas con Helen, pero leyó el miedo y la desolación en su mirada. El pequeño grupo que regresó al St. Christopher parecía desanimado y abatido.

Ya de vuelta en los aposentos de Fen en el *college*, el inspector admitió con total sinceridad que estaba completamente perdido. Nadie se atrevió siquiera a mencionar la palabra suicidio. Por supuesto, lo único que le importaba ya era resolver el caso y hacerlo tan pronto como fuera humanamente posible. Apeló sin titubear a la sagacidad de Fen.

—No sabemos por dónde continuar, señor —confesó—, y si usted no puede ayudarnos, nadie podrá. En cierto modo, se trata de un crimen perfecto: no hay por dónde agarrarlo.

—Sí... —confirmó Fen—, un crimen perfecto porque ha sido un crimen con suerte. El asesino entró en el *college* por la puerta de atrás, sin que nadie lo viera, cogió el cuchillo de la cocina y subió a la galería del organista, aterrorizando a un muchacho por el camino; un muchacho que, dicho sea de paso, no ha logrado identificarlo. Luego mató a Fellowes en la antesala del órgano y se largó, aún sin ser identificado. El asesino tuvo una suerte bárbara y, si se hubiera tratado de un asesinato aislado, creo que este caso jamás se habría resuelto. Quienquiera que matara a Fellowes comprobó que todos sus botones estaban perfectamente cosidos antes de marchar, se abstuvo de fumar, y no permitió que su ropa se enganchara en puntas o clavos sobresalientes. Todo perfecto. Pero dado que contamos con el asesinato de Yseut, ya no queda duda respecto a quién ha sido el asesino del organista Fellowes. —Pareció meditarlo durante un instante—. Fellowes ha sido asesinado por mi culpa, pero no podía haberlo previsto: era imposible de prever. Podría haberlo evitado, si hubiera actuado con más rapidez...

*Sir* Richard preguntó:

—¿Y, entonces, el asesino es...?

—Os lo diré —contestó Fen—, y os diré cómo fue asesinada Yseut Haskell, con una condición muy sencilla. ¿Nos perdonas, Nigel? Será mejor que no lo sepas todavía.

Nigel asintió de mala gana y salió al jardín a pasear y a fumar. Durante más de media hora Fen mantuvo una conversación con *sir* Richard y el inspector en voz baja, explicando, enfatizando, demostrando... Mientras hablaba, *sir* Richard se atusaba el bigote y la boca del inspector se abría poco a poco como un indicio indiscutible de asombro ante la sagacidad de Gervase Fen. Luego, *sir* Richard y el inspector se marcharon.

—Nigel —dijo Fen una hora después, cuando ambos se encontraban sentados en su

despacho—, parece que mis escrúpulos eran un tanto estúpidos.

—Me temo —dijo Nigel— que desde que descubrimos el cadáver se apoderó de mí una especie de terror supersticioso.

—¿Terror supersticioso? ¡Ah, te refieres al cuento de fantasmas de Wilkes! Ha llegado la hora de que ese fantasma particular de nuestro *college* sea expulsado de una vez por todas. He aprovechado la oportunidad para estudiar el caso y he descubierto algunas cosas raras de las que ya te habrás percatado tú, supongo. Como sospechaba, el rector del *college* en aquella época no había sido tan formal como Wilkes quiso hacernos creer. Era más parecido, en lo bueno y en lo malo, al común de los mortales de lo que creían: un viejo idiota que había conseguido ese cargo por nepotismo y buenas influencias. Seguro que recuerdas que fue Archer, el deán, el que utilizó al supuesto fantasma para explicar los extraños acontecimientos que habían tenido lugar (excepto uno o dos que fácilmente podrían justificarse de otro modo mucho menos irreal). Parks, al parecer, nunca mencionó a su «aventurero» nocturno a nadie más. Y fue una completa invención, también, todo el asunto sobre John Kettenburgh y el muro de la capilla, aunque semejantes fantasías le proporcionaban el *cadre* adecuado. La relación entre Archer y Parks era, al parecer, de un tipo tan desaconsejable que en aquellos tiempos de puritanismo no podía susurrarse siquiera. Entonces Parks decidió chantajearlo un poco, y Archer se lo cargó, escondiendo el arma Dios sabe dónde, antes de que los demás llegaran.

—¡Santo Dios! —exclamó Nigel, profundamente conmovido—. ¿Pero cómo lo has averiguado?

—Por todo ese latín macarrónico, por supuesto. ¿Qué joven en su sano juicio proferiría una invocación latina para liberarse mientras está siendo apaleado hasta la muerte, aunque fuera por un fantasma? Lo que realmente gritó fue el nombre del hombre que lo estaba matando. Y como era un organista de iglesia y no un profesor clásico, estoy por apostar que utilizó una pronunciación del latín eclesiástico, empleando el sonido /ch/ en vez de /c/. Pero supongo que la patraña que difundió Archer, viniendo de un racionalista convencido, conmocionaría a todo el mundo, y como los que lo rodeaban no eran muy listos y él en cambio sí era un hombre respetable, no la rebatieron. Aun así, seguro que lo pasó francamente mal. ¡No me extraña que acabara consagrando su vida a Dios!

—Espectacular, mi querido Holmes —admitió Nigel, que estaba efectiva y verdaderamente impresionado. Y añadió—: Y en varios sentidos. ¿Y qué me dices de la teoría de Wilkes según la cual el fantasma sigue actuando a través de personas vivas?

—Eso —sentenció Fen con crudeza— son todo bobadas. Cualquiera que no esté loco de remate puede contenerse y evitar cometer un asesinato. Se tiende a echar mano al fácil recurso de la posesión demoníaca cuando se trata de evitar asumir responsabilidades. Y eso me recuerda que...

Sacó de su bolsillo el sobre que pensaba enviar aquella tarde a primera hora, lo

rompió en mil pedazos y los arrojó al fuego. Ambos amigos contemplaron en silencio cómo el papel caía entre las llamas, se prendía y se consumía en cenizas.

—Mañana por la noche —anunció Gervase Fen— salimos de caza.

## 14. ES HORRIBLE SER DESCUBIERTO

*¡No! ¡Aún no! ¡Si no lo hace este, otro lo hará!  
¿Aún no? Me ocuparé de ti más adelante. ¡Venganza!*

FORD

A eso de las seis, la cola para conseguir una entrada para los asientos no reservados se alargaba ya medio kilómetro calle abajo. A las siete, el conserje del teatro salió, los contó, cotejó su número con el de los asientos disponibles e informó a los que de ninguna manera podrían conseguir plaza de que era absurdo que siguieran esperando. El final de la cola se rompió y se dispersó, pero muchos de ellos continuaron esperando y merodeando por allí, en parte para ver si veían a algún famoso que se hubiera dejado caer por Oxford y en parte con la esperanza de que algunos de los asientos reservados no se ocuparan finalmente y les fuera posible adquirir las entradas. Tres policías intentaban ordenar a la multitud, cada vez más numerosa, dándose mucha importancia, aunque con escasa eficacia. Incluso aquellos espectadores que tenían asientos reservados llegaron pronto para retirar sus entradas, temerosos de que se las quitaran y, después de haberlo hecho, deambulaban en pequeños grupos por la explanada de hierba de la entrada, conversando animadamente. De todos los hoteles de Oxford salieron agentes, representantes teatrales, actores, actrices, productores, críticos y compañeros dramaturgos. Algunos, que no habían podido salir de Londres antes por cuestiones de trabajo, fueron directamente desde la estación en un taxi. La *intelligentsia* de la universidad acudió al teatro con sus típicas expresiones de aburrimiento. Los profesores también aparecieron al final, y desfilaron ante la plebe con una parsimonia ensayada y con la tranquilidad de aquellos que poseen cierta autoridad sobre el mundo. En todas partes proliferaban las charlas, las conversaciones y los murmullos. Un grupo compuesto por tres eminentes críticos había preferido quedarse en el exterior, hablando compulsivamente y lanzando miradas nerviosas por encima del hombro.

—Ya lo dijo Shakespeare —farfulló Nicholas con gesto melancólico mientras avanzaba con la rubia colgada de su brazo—: «Un diamante malamente pulido».<sup>[43]</sup>

El electricista, Richard Ellis, Sheila McGaw y los empleados del teatro permanecían juntos, meditabundos, en un rincón, observando la riada de gente cada vez más abundante procedente de todas partes: los inevitables nervios de la ocasión los estaban consumiendo. Robert avanzó a grandes zancadas para dar la bienvenida a un grupo de amigos que habían venido desde Londres, y de repente se convirtió en el objeto de atención de todos ellos, que, aunque disimuladamente, no le quitaban la vista de encima. Los folletos anunciaban el estreno de *Metromanía*: un sobrio

panfleto en blanco y negro que casaba mal con la excitación general que reinaba en el ambiente. Rachel, en su camerino, se dedicaba a la difícil y doble tarea de aplicarse la máscara en los ojos y repasar su papel en el libreto que tenía abierto a su lado. Jean supervisaba por última vez el *atrezzo* e, incluso con la honda amargura de haber perdido a Donald, no era inmune al ambiente de nerviosismo imperante. La mayoría de los hombres de la compañía se encontraban aún en el Aston Arms, bebiéndose el valor necesario para subirse al escenario bajo la mirada conminatoria del loro. Clive ya había conseguido zafarse de los brazos de su esposa y se dirigía hacia el teatro a toda velocidad, probablemente con el tiempo justo para prepararse para salir a escena. El bar del teatro, que había contratado a cinco personas para esa noche, estaba a rebosar; también habían instalado una barra auxiliar en un extremo. Helen, entrando por la puerta de artistas con Bruce, observó aterrorizada a la multitud y dedicó los siguientes tres cuartos de hora a intentar olvidar lo que había visto. El editor de Robert anotó mentalmente —aunque con cierto pesimismo— que no tendría más remedio que elevar los *royalties* del contrato por *Metromanía*. El propio Robert merodeaba por allí serio y frío en apariencia, pero interiormente más nervioso de lo que lo hubiera estado jamás.

Nigel, *sir* Richard y Fen se dirigían ya hacia el teatro. Gervase iba diciendo:

—La última vez que vine a este teatro, juré que no volvería. Y, sin embargo, aquí estoy, ya veis. Por cierto, confío en que mi amigo actor llegue a tiempo. Me gustaría presentarle a Helen antes del espectáculo.

Nigel asintió con un gesto, demasiado nervioso para poder proferir palabra.

—Supongo que todo estará dispuesto —le consultó Fen a *sir* Richard en voz baja.

—El inspector y toda su gente se presentarán allí a su debido momento. Algunos andan ya por allí, desde luego, controlando a la multitud. Siento echarte a perder la velada por culpa de todo este operativo —lamentó *sir* Richard sin mucha convicción.

—Dios sabe que yo lo siento también —contestó Fen—, pero tú sabes que no he podido evitarlo. Aunque no veo por qué el operativo va a impedir que nos divirtamos.

*Sir* Richard lo miró con curiosidad. Luego se encogió de hombros.

—Desde luego, a mí no me lo va a impedir —anunció con solemnidad.

—Podrías contarme qué piensas hacer —pidió Nigel.

—Al final del espectáculo vamos a tener una pequeña reunión —contestó Fen— y se va a proceder a la detención. Todo se hará tranquilamente, por supuesto, cuando el nerviosismo de la representación ya haya pasado. Solo los directamente implicados estarán presentes.

—Oh... —Nigel se quedó callado un instante, y luego añadió—: Es una lástima.

—Cortarle el cuello a una persona y pegarle un tiro a otra también da mucha lástima —repuso Fen con sequedad.

Y siguieron caminando en silencio.

—¡Dios, qué cantidad de gente! —exclamó Nigel mientras se aproximaban al teatro—. Supongo —le dijo a Fen, con una fea sospecha revoloteando en su interior

— que llevas las entradas...

Fen se palpó los bolsillos y una expresión de terror se dibujó en su rostro.

—¡Por mis orejas y mis bigotes! —exclamó—. ¡Me las dejé en la mesa del despacho!

Nigel gruñó.

—Sí, eso fue exactamente lo que hiciste —confirmó *sir* Richard sosegadamente—. Así que yo mismo las cogí. En estos casos, confío en ti lo mismo que confío en tu opinión sobre Charles Churchill. Vamos, Gervase, por el amor de Dios. No te deprimas.

Consiguieron abrirse camino a través de la multitud, mientras Fen saludaba alegremente con la mano a amigos y conocidos. Nigel se asombró ante la extraordinaria cantidad de gente a la que parecía conocer su profesor. No sin dificultad, Fen encontró al Eminente Actor y lo condujo a empujones hasta la puerta de artistas para presentarle a Helen. Nigel y *sir* Richard, conscientes de que la discreción era la mejor parte del valor,<sup>[44]</sup> se zambulleron en un océano de impermeables, pies y programas de mano hasta llegar a sus asientos.

El Eminente Actor, que tenía pinta de hombre de negocios, era un hombre discreto y encantador.

—Es cruel por nuestra parte venir a molestarla a usted en un momento tan importante como este —se excusó con Helen—. Por mi parte, un estreno nunca ha dejado de aterrorizarme y sacarme de mis casillas —añadió con una sonrisa.

Helen, casi frenética, admitió que estaba un poquito nerviosa y solo fue capaz de mantener una conversación agradablemente superficial. Fen se dedicó a deambular por el camerino, embadurnando su cara con maquillaje a modo de experimento.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Cinco minutos y a escena! —avisó la voz cansina del ayudante de dirección. Poco después, pasillo adelante, se repitió el mismo aviso—: ¡Cinco minutos y a escena!

—¡Cielo santo! —exclamó el Eminente Actor—, tenemos que irnos. Por el amor de Dios, Gervase, quítate esa guarrería de la cara. No, con el pañuelo no, idiota: tienes que ponerte desmaquillante antes. ¡Así! Ahora quítatelo con esa toalla húmeda...

Fen, escarmentado por aquel arranque de curiosidad y molesto por tal cantidad de procedimientos desmaquillantes, se limitó a gruñir.

—En realidad no es necesaria tanta prisa —explicó Helen—. Hay tanta gente que seguro que empezamos tarde, y yo no entro hasta el segundo acto.

—No importa —dijo el Eminente Actor—. Debemos irnos, igualmente. Veré el primer acto por Robert, y los dos siguientes por usted. ¡Buena suerte!

En el proscenio, se encendieron las candilejas, bañando con un mitigado fulgor blanco la parte inferior del telón. Fen se despidió del Eminente Actor con una velada amenaza: «No olvides aquella vez que empujaste a esa persona tan molesta de octavo

curso al lago», tras lo cual fue a reunirse con Nigel y *sir* Richard. Nigel, escrutando la sala, localizó al inspector, vestido de calle y acompañado de dos fornidos polizontes, sentados justo detrás de él. Sheila McGaw estaba en la parte posterior, en la zona más barata del patio de butacas. Nicholas y su rubia, dos filas por delante; Robert y su grupo, en primera fila. Entre bambalinas, los actores que aparecían en el primer acto bajaron de los camerinos. El ayudante de la directora de escena preparó su ejemplar del guión, por si se diera el caso de que tuviese que apuntar. Jane le echó una última mirada profesional al escenario.

—¡Luces! —exclamó.

Se oyeron una serie de chasquidos en la galería del electricista, y el escenario quedó iluminado con focos generales de ambiente, puntos de luz y fluorescentes. Los actores ocuparon sus lugares.

—¡Luces de platea!

La sala se quedó a oscuras. Las puertas se cerraron y se corrieron las cortinas para evitar a los mirones, a los tardones y otras molestias que pudieran surgir. El murmullo del público cesó. Clive, repentinamente acuciado por la convicción de que se le había olvidado algo, cruzó apresuradamente el escenario, cogió un periódico y regresó al lugar donde se encontraba. Allí lo abrió y lo miró con atención.

—¡Telón!

Jane presionó el botón que tenía al lado. Y con un suave y sugerente susurro, el telón se levantó para dar comienzo a la primera representación de *Metromanía*.

Desde el primer momento no hubo duda alguna de que iba a ser todo un éxito. Nigel, con la prudencia genética heredada de sus ancestros escoceses, se había preguntado si tanta expectación no sería tal vez demasiado para la obra, pero no tardó en convencerse de que aquello no era motivo de preocupación. Los espectadores esperaban mucho de Robert y, en un sentido literal, sus expectativas se vieron más que colmadas. De la compañía no esperaban tanto, y fue de lo más agradable que en ese caso sus expectativas se vieran defraudadas. Incluso Sheila tuvo que admitir a regañadientes que nunca antes habían trabajado tan bien juntos. Coordinación, momentos climáticos, entradas y salidas: todo perfecto. Una representación que nadie en la compañía olvidaría jamás. Desde el principio fueron conscientes de estar haciendo un gran trabajo, y el público era tan bueno como puede llegar a ser un público. A medida que se desarrollaba la obra, los que no estaban en el escenario se situaron entre bambalinas y apenas se atrevían a hablar, por temor a interrumpir los diálogos. Rachel, no es necesario recalcarlo, fue la heroína de la velada. Durante toda la obra hizo alarde de una gracia fluida y flexible, controlando exquisitamente la situación y centrando toda la estructura dramática sobre sí misma. Los otros, aun reconociendo su dependencia respecto a Rachel, actuaban y brillaban con luz propia. Cuando Helen llevaba en escena solo cinco minutos, Nigel a duras penas consiguió

reprimir un grito de emoción. Sin ninguna duda, fue una representación excepcional, una entre un millón. La tensión, gradualmente en aumento, dejó a todo el mundo, actores y espectadores por igual, en una especie de estado de agotamiento emocional al final de la velada.

Con todo, la clave del éxito había que atribuírsela a la obra. Mientras la veía, Nigel se descubrió a sí mismo maravillado ante la revelación de un genio único y especial. Durante el primer acto, podría haberse pensado que la obra no pasaba de ser una comedia particularmente ingeniosa y excéntrica, enriquecida por la extraordinaria facilidad con la que los actores transmitieron la gran gama de matices de los personajes que interpretaban al atento público. Durante el segundo acto hubo un cambio de registro: la comedia adquirió un cariz grave que desconcertó a los espectadores. Se escuchaban menos carcajadas y por la platea se extendió un sentimiento cada vez más agudo de inquietud y desasosiego del cual eran incapaces de desprenderse. Los personajes del primer acto, sin perder su identidad, se tornaron menos humorísticos y más abiertamente grotescos. No se trataba de que hubieran cambiado de personalidad, era que poco a poco y cada vez más claramente ofrecían al público su verdadero ser. El último acto se interpretaba en la semioscuridad, bajo la sombra de una tragedia personal inminente y amenazadora. En ese momento, excepto Helen y Rachel, todos parecieron degenerar en muñecos monstruosos y autómatas, farfullando palabras que los descubrían como una terrorífica parodia de sus anteriores personalidades. El montaje se había llevado a cabo sin ninguna clase de efectismos expresionistas, en el marco de una representación ostensiblemente naturalista. Pero automáticamente todos los actores secundarios, sin excepción, perdían la simpatía del público y se difuminaban para acabar convirtiéndose en meras sombras parlantes, de modo que la realidad de los personajes de Rachel y Helen resaltaba cada vez más. La sensación final era que una repentina corriente de aire hubiera disipado el humo en que habían convertido los secundarios, dejando en el escenario únicamente a las dos protagonistas. Con un leve apunte que insinuaba una conmovedora tragedia personal, la obra concluía.

El telón se cerró y se volvió a levantar hasta veintitrés veces para ovacionar a los actores. Robert apareció en la quinta, con Helen y Rachel de la mano. Proliferaban los ramos de flores. En el décimo quinto saludo, Robert pronunció un breve discurso:

—No creo que deseen escuchar más palabras mías esta noche. Pero al menos me gustaría agradecer haber tenido la ocasión de estrenar mi obra ante un público tan excepcional, y permítanme también expresar mi más cordial gratitud a la compañía y a los técnicos de este teatro por haber puesto todo su empeño (y haber conseguido llevarlo a cabo maravillosamente) en la hercúlea tarea de poner en marcha una nueva obra en el transcurso de una sola semana. Todos los aplausos de esta velada deben ser para ellos.

La algarabía en el teatro se redobló. Tuvieron que salir a saludar otras ocho veces antes de que el público les permitiera retirarse. Había sido una velada gloriosa.

Y fue entonces cuando Nigel recordó, con un gélido presentimiento, lo que aún estaba por venir.

Leyó aquella amenaza en el súbito cambio de expresión de Fen y en la mirada que *sir* Richard le lanzó al inspector cuando abandonaban sus asientos. Vio que el inspector cruzaba el patio de butacas y le decía algo en voz baja primero a Sheila McGaw y luego a Nicholas Barclay. Para Nigel, la emoción de la velada comenzó a esfumarse a marchas forzadas, y su lugar lo ocuparon un mal presentimiento y un profundo pesar que contrastaban llamativamente con el sentimiento de excitación generalizada que lo rodeaba. Cuando llegó al camerino de Helen se encontró con que el Eminent Actor y su oferta para trabajar en Londres se le habían anticipado. Pero aunque su júbilo era sincero, no podía disfrutar de él por completo teniendo el otro asunto en mente, y se sintió francamente aliviado cuando el resto de la compañía abandonó el teatro, conversando bulliciosamente, en busca de un lugar para cenar donde poder continuar con la fiesta. Al final, cuando casi todo el equipo abandonó las instalaciones y se fue, el teatro quedó sumido en un vacío y extraño silencio. Nigel dejó que Helen acabara de vestirse y se acercó al bar.

Fen, *sir* Richard, el inspector y Nicholas ya estaban allí. Los demás fueron incorporándose a la reunión poco a poco: Robert obviamente exhausto, Nicholas pálido y extrañamente silencioso, y una insignificante Jean que parecía haber perdido de repente el color y la personalidad. Nigel pensó que en la mirada de Sheila se percibía el brillo de un terror animal. Helen y Rachel fueron las últimas en llegar: Rachel, silenciosa y naturalmente distraída, y Helen aún emocionada y manteniendo los vestigios de la tensión nerviosa precedente. Atravesó el grupo y cogió a Nigel de la mano. Todos permanecieron en silencio, un silencio intensificado por los repentinos y pequeños ruidos procedentes del teatro. Aquel escenario conservaba, como los restos fantasmales de un naufragio, las últimas vibraciones de una velada excepcional, esperando a que el telón volviera a subirse para el último acto de otra comedia.

Gervase Fen dijo:

—Lamento muchísimo tener que cerrar de este modo tan desagradable una velada que, para mí, ha sido inolvidable —e inclinó la cabeza en señal de respeto hacia Robert, que le respondió con una cansada sonrisa—. Pero creo que todos ustedes... —entonces, se corrigió—, que algunos de ustedes se alegrarán también de que el asunto del doble asesinato quede finalmente resuelto. Sería del peor gusto por mi parte explicarles ahora las razones por las que hemos decidido pasar a la acción. A mí en concreto me desagrada profundamente ser el portavoz de este asunto. Para cualquiera con la más mínima pizca de sensibilidad e imaginación —y sonrió un poco irónicamente—, una situación como esta no es plato de gusto. Es una victoria pírrica.

Silencio.

Y repentina e inesperadamente por la mente de Nigel pasó en aquel momento, como un relámpago, el eslabón cardinal, fundamental y esencial que había estado

buscando durante tanto tiempo. Cuando más tarde volvió sobre el asunto, llegó a la conclusión de que, si no hubiera sido porque estaba en un estado de excitación mental especial, nunca se le habría pasado por la cabeza. Pero después de aquella suerte de iluminación, lo demás se fue recolocando con extraordinaria rapidez. Todo apuntaba a una sola persona, todo deletreaba un nombre muy familiar...

De repente, Helen se aferró a su brazo, tan violentamente que casi le dolió.

—¡Nigel! —susurró—. ¿Dónde está Jean?

Nigel miró a su alrededor: Jean Whitelegge había desaparecido.

Nigel se sintió un tanto confundido al oír lo que Fen estaba diciendo.

—... y, finalmente, también he de advertirles que todas las puertas de este teatro están vigiladas, y que no hay ninguna posibilidad de escapatoria. —Se detuvo un instante, al parecer un poco perdido—. Tal vez, inspector, si usted quisiera...

Dio un paso atrás con un leve gesto de resignación. Su rostro reflejaba tristeza y preocupación a partes iguales. Él, el inspector y *sir* Richard dirigieron la mirada hacia alguien que permanecía de pie en una esquina, junto a la puerta.

Cuando Nigel se giró para localizar el objetivo de su atención, vio qué esa persona les apuntaba con una diminuta y fea pistola automática.

—Que no se mueva nadie —dijo Robert Warner.

Una inmensa oleada de alivio, casi de alegría, siguió a la conmoción inicial. «Y llegados a este punto —pensó Nigel, que parecía haberse quitado un gran peso de encima—, ante una inepta policía que se muestra incapaz hasta de hacer el simple trabajo de arrestar al criminal, el caballero Nigel se abalanza sobre el asesino y lo desarma ante los ojos de su amada. Sin embargo —añadió sin una pizca de remordimiento—, no voy a hacer nada semejante». Descartando con vergüenza aquellas chiquillerías de novela romántica, se preparó, con curiosidad, para contemplar el devenir de los acontecimientos. Sujetó la mano de Helen con más fuerza.

—Eso es una completa estupidez, Warner —advirtió *sir* Richard con tranquilidad—, porque me temo que no va a poder escapar.

—Me arriesgaré —dijo Robert—. Esta melodramática salida final es de un pésimo gusto, pero me temo que ha sido inevitable. —Y, volviéndose hacia Fen, continuó—: Gracias por permitir que disfrutara hasta el final de mi gran noche. Muy considerado por tu parte. Si llegan a condenarme por esto, tendré tiempo para escribir una secuela de *Metromanía*, ya lo he pensado. —Su voz sonaba amarga—. Sería una pérdida de tiempo permanecer más tiempo aquí, dándoles explicaciones y justificaciones de mi conducta. Pero, por si no vuelvo a tener ocasión de decirlo, lamento amargamente haber hecho lo que hice, y no por salvar mi pellejo, sino porque Yseut era solo una pequeña y torpe estúpida, y yo no le guardaba ningún resentimiento en absoluto a Donald. Para la posteridad, dejemos bien claro que me

doy perfecta cuenta de que he actuado como un auténtico imbécil. Aunque creo... — se irguió un poco, no con arrogancia, sino más bien para insuflarse confianza—, creo que a la posteridad le interesarán más otras facetas de mi personalidad.

Se volvió después hacia Rachel.

—Y tú, querida mía... Me temo que nuestra boda tendrá que... posponerse. Nunca podré hacer de ti una esposa digna. —Sonrió ligeramente, y su voz pareció quebrarse por la emoción—. Y ahora... —dando otro paso atrás—, me voy. Debo advertirles que si cualquiera de ustedes, *cualquiera*, intenta seguirme, le dispararé sin el menor titubeo.

Lanzó una mirada rápida a todos los reunidos y desapareció.

Dio la impresión de que había transcurrido una eternidad cuando el primero de ellos se decidió a moverse (en realidad, fue una cuestión de segundos). El inspector sacó una pistola y corrió escaleras abajo, con Nigel, Fen y *sir* Richard pisándole los talones. El vestíbulo estaba vacío, pero llegaron a la parte posterior del patio de butacas a tiempo de ver cómo Robert se encaramaba al escenario y pretendía escabullirse por la abertura del telón. Cuando se percató de que lo perseguían, se volvió y les apuntó con la automática. Y entonces Nigel escuchó varios estallidos ensordecedores. Robert bajó el arma, se agarró la pierna, se dobló y cayó como un muñeco roto. Mientras todos corrían hacia él, vieron que incluso con aquel dolor insoportable estaba buscando las gafas, que estaban rotas en el suelo, más allá de su alcance. Era extraña y terriblemente patético.

Pero ahí no había acabado todo. Tras un ligero movimiento en lo alto del arco del proscenio, vieron cómo el telón de seguridad caía con todo su peso y con la velocidad de una guillotina sobre un indefenso Robert, magullado, herido y ciego. Nigel corrió hacia la puerta que había entre bambalinas, consciente de que era ya demasiado tarde. Y aunque subió a toda prisa el pequeño tramo de escaleras de piedra, la sangre que bullía en sus oídos no impidió que pudiera escuchar el horrible golpe que hizo temblar el teatro entero. En dos brincos había alcanzado la galería de los electricistas y había accionado el interruptor para subir el telón de seguridad. La plancha metálica comenzó a deslizarse lentamente hacia arriba mientras los demás trepaban por el foso de la orquesta hacia la masa informe que yacía en el escenario.

Nigel observó a la mujer que lo miraba en silencio, aferrada a la barandilla de aquella estrecha galería metálica. Pero Jean Whitelegge le devolvió una mirada confusa y luego se desmayó. En lugar de ayudar a la joven, Nigel dirigió su mirada al pequeño grupo reunido en torno al cadáver de Warner. Casi desde el más allá, le llegó la voz de Fen:

—Me temo que ya no podemos hacer nada por él.

## 15. CASO CERRADO

*Vivamos el hoy,  
nuestros días son inseguros,  
las promesas son vanas  
y los cuentos ya no sirven.*

MAXWELL

—Y la clave de todo fue simplemente esta: que el disparo que oímos no fue el disparo que mató a Yseut —explicó Fen.

Helen, Nigel, *sir* Richard y el propio Fen se encontraban de nuevo en el despacho del profesor, contemplando a través de la ventana los jardines y el claustro. Ya habían transcurrido dos días desde que aconteciera la tragedia del teatro. Acababan de regresar de una excelente cena en el George (cena que Helen, para embarazo de *sir* Richard y para satisfacción de Fen, había insistido en pagar) y ahora se habían instalado cómodamente en sus respectivos asientos para escuchar el informe *post mortem*.

—Era de esperar que nosotros diéramos por supuesto justamente lo contrario —añadió—, lo cual convertía el suceso en algo imposible. Y yo averigüé la verdad, como os dije, tres minutos después de que llegáramos a la habitación donde se encontraba Yseut. Williams nos aseguró que nadie había entrado o salido de allí, y nosotros mismos estábamos convencidos de que era totalmente imposible que alguien hubiera disparado a la chica, simulado un suicidio y salido de allí sin ser visto. El accidente o el suicidio tampoco eran una opción, ya los descartamos en su momento. Así que, ¿qué alternativas nos quedaban?

Nigel maldijo en voz baja su propia torpeza.

—Pero si fue otro disparo el que acabó con ella —añadió—, ¿desde dónde se hizo? ¿Y cómo demonios pudo dispararle a Yseut y luego poner las huellas de la chica en la pistola?

—Por supuesto, es evidente que el asesino no disparó la pistola que encontramos en la habitación. Preparó el montaje del falso suicidio y después disparó una pistola normal con un cartucho de fogeo. Eso le concedió la ventaja adicional de dejar ese agradable olor a pólvora recién quemada en el aire, y también provocó las quemaduras en el rostro de Yseut, que sugirieron que había sido ella misma la que se había disparado. O que quienquiera que lo hubiera hecho había permanecido a muy poca distancia.

—Entonces... ¿El asesino no estaba a su lado?

—Pues claro que no. ¿Que cómo la mataron? Estaba viva cuando entró en aquella habitación. Y nadie la acompañaba ni la iba siguiendo.

—No puede ser —intervino Helen—. Ese hombre, Williams, estaba en el pasillo

exterior, así que no le pudieron disparar desde el pasillo. Y Donald y Nicholas estaban en la habitación de enfrente, así que tampoco pudieron dispararle desde allí... El propio Williams vio cómo Robert subía hasta aquí, así que, aunque se confesó culpable, tampoco consigo entender cómo pudo hacerlo. ¿Cómo lo hizo? Me sigue pareciendo tan imposible como antes.

—Ah, sí... —convino Fen—. Eso, desde luego, es el siguiente punto. Recordaréis que inmediatamente después del asesinato yo mismo reconocí que no tenía ni idea de cómo se las había ingeniado el asesino. En ese momento, los datos de los que disponía solo me permitían identificarle con seguridad. Una única persona podía haber disparado la bala de fogeo tras haber fingido el suicidio, y ese era Warner. Nadie entró en la habitación desde el exterior. Nadie abandonó esta sala, excepto él. Así pues, no había más opciones. Él fingió ir al aseo, organizó todo lo del falso suicidio, disparó el cartucho de fogeo y se metió de verdad en el servicio antes de que Williams apareciera. Pero Yseut *ya estaba muerta* antes de que Robert saliera de mis dependencias. También pudo haberse escondido tras el biombo del salón y meterse en el baño después, cuando Williams pasó al dormitorio tras oír el disparo. Y fue entonces cuando nosotros, que estábamos bajando las escaleras, nos encontramos con él, que estaba saliendo del servicio. Y, como es lógico, solo el asesino podía ser el responsable de preparar la escena del falso suicidio. Entonces, obviamente, Warner era el asesino. Unos servicios, por cierto, son una coartada estupenda: a nadie le gusta indagar en lo que un hombre estuvo haciendo ahí dentro. Y probablemente también le sirvieron para otro propósito: imagino que hay un par de finos guantes y el cartucho de una bala de fogeo en algún lugar de las alcantarillas de Oxford en este momento.

—¿Qué es lo que hizo para simular el suicidio? —preguntó Nigel.

—Cerró la ventana, falseó las huellas digitales, puso el arma junto al cuerpo y le colocó como pudo el anillo. Luego, disparó la bala de fogeo, colocando el arma cerca de la cara de la chica muerta, para que se produjeran las quemaduras. En preparar toda esta parafernalia no pudo tardar más de tres o cuatro minutos, probablemente menos. Un apunte secundario: ¿recordáis que os llamé la atención sobre el hecho de que no se tocó nada en la habitación hasta al menos un cuarto de hora después de que nosotros llegáramos? Eso significa que nadie comprobó el arma para ver si, en efecto, había sido recientemente disparada. Si se hubiera disparado, habría estado caliente. Sin duda Warner confió en nuestro buen hacer: estaba seguro de que no tocaríamos nada. Pero como para entonces el asunto ya me parecía lo suficientemente obvio, me limité a dejar que se siguiera el viejo procedimiento policial.

»Ahora llegamos al problema de cómo fue asesinada en realidad la chica. Tú, Helen, has planteado las dificultades del caso claramente, así que de nuevo el único modo de llegar a una conclusión era un proceso de eliminación. En realidad, la solución me la proporcionó por casualidad un comentario de Nicholas. Él nos contó que estuvo con Donald escuchando la radio a todo volumen con las ventanas abiertas.

¡Todas las ventanas abiertas! Ese dato me proporcionó la clave que me permitió confirmar, sin ninguna duda, todas mis sospechas.

»Yseut solo pudo recibir el disparo de una única manera: desde el patio, a través de tres ventanas abiertas. Las dos ventanas de la habitación ocupada por Donald y Nicholas, y una última ventana, la del dormitorio, enfrente de la cual la muchacha estaba arrodillada mientras rebuscaba en los cajones de la cómoda.

»Si miráis atentamente el plano,<sup>[45]</sup> veréis que la cosa fue de lo más simple. Las dos ventanas de la habitación de enfrente, la habitación donde estaban Nicholas y Donald, se encuentran prácticamente alineadas con la ventana del dormitorio de Fellowes. No hay muebles ni nada que impida ver a través de las tres ventanas. Y Fellowes y Barclay estaban situados, como comprobamos, absolutamente fuera de la línea de fuego, frente a la chimenea.

»Finalmente, se daba el hecho de que la radio estaba armando un escándalo de mil demonios: la obertura del *Meistersinger* (el *Heldenleben* comenzó justo antes de que Warner se reuniera con nosotros). Supongo que a estas alturas ya nadie duda de que utilizó un silenciador para el arma y que se deshizo luego de él. Incluso así, el disparo haría algún ruido, pero escogió su momento extraordinariamente bien, con la reentrada en *fortissimo* del tema principal, en la sección contrapuntual donde todas las variaciones aparecen a un tiempo. Incluso un disparo con silenciador se habría oído cuando bajó de mi casa al servicio, pero, en medio de tal estrépito, era prácticamente imposible que nadie lo escuchara. Y luego, naturalmente, se marchó, para evitar ser visto por los dos que ocupaban la habitación a través de la cual había disparado.

—¡Es una idea extraordinaria! —exclamó *sir* Richard—. Disparar desde un lugar al aire libre, a través de una habitación, conseguir que la bala cruce otro espacio abierto y finalmente llegue a otra habitación. ¡No me extraña que no se me ocurriera!

Parecía ofendido de que alguien hubiera podido esperar de él semejante cosa.

—Exactamente. Llegados a este punto, pues, era relativamente fácil descubrir qué había ocurrido. Descubrir el origen del arma no planteó ninguna dificultad. Warner le dijo a Jean en la fiesta que necesitaba un revólver para el ensayo de la mañana siguiente y, conociéndola, confiaba en que la muchacha encontraría el modo de hacerse con el arma de Graham. Y, aunque no lo hubiera conseguido, apenas importaba, salvo que eso constituiría una salvaguarda adicional para él. El propio Warner podría haberse hecho con ella si Jean no se la hubiera llevado, y la ya archirepetida ostentación del arma por parte de Yseut ante todos los sospechosos era una coartada bastante buena en sí misma. El caso es que Jean regresó al hotel y, como él mismo nos dijo, la vio entrar. (Sin duda Warner estaba al acecho, esperando a que apareciera). Lo que no nos contó fue que *él* se había colado en la habitación de Graham inmediatamente después y se había apoderado de las balas. Esto lo estoy suponiendo, pero parece lo más plausible. Así que cuando tú, Nigel, miraste en el cajón, todo había desaparecido: el arma y las balas. Después de eso, solo le restaba

coger el arma del almacén del *atrezzo*, cosa que hizo la tarde siguiente.

»El viernes por la tarde, vio que Yseut se dirigía hacia la habitación de Donald y se imaginó sus intenciones. Y provisto de un silenciador, un par de guantes y una pistola con balas de fogeo... Por cierto, esa pistola, que se utilizaba para efectos de sonido fuera de escena, la cogió del almacén del *atrezzo* junto con el arma del crimen. Se me ocurrió que tenía que haber una en el teatro y le pregunté a Jean si había desaparecido, y efectivamente se comprobó que había desaparecido... —se interrumpió de repente—. ¿Por dónde iba?

—Estabas diciendo que Warner vio a Yseut entrar en el *college* —apuntó *sir* Richard amablemente.

—Ah, sí. Bueno, Warner entró por el patio occidental, por la puerta de la calle, disparó en el instante adecuado y mató a Yseut. Salió de nuevo por el mismo camino, probablemente escondió el silenciador en algún lugar, volvió a entrar por la portería del *college* y luego subió aquí, como ya sabemos. En el momento que consideró oportuno, bajó y preparó la falsa escena del suicidio. Ahora comprenderás, Nigel, por qué tu tabla horaria resultó tan reveladora. No solo mostraba que Warner era la única persona que podía haber preparado la escena del crimen, sino que también demostraba que la hora a la que abandonó el hotel no podía confirmarse, y que podía haber sido antes o después o cuando a él le hubiera venido bien. En sí mismo, ese dato no habría tenido importancia, pero Warner lo estropeó todo intentando hacer de la escena un criptograma bajo la apariencia de un suicidio que resultaba imposible. Cualquiera (tú, Nigel, o Helen, Rachel, Sheila, Donald o Nicholas) podría haber efectuado el disparo desde el patio occidental y, si lo hubiera dejado ahí, nadie habría podido resolver el caso jamás. Pero, como os he explicado ya, solo una persona pudo falsear el escenario, y quien lo falseó tuvo que ser el mismo que asesinó a Yseut.

»Añadiré que también hubo algunas pruebas circunstanciales que en sí mismas podrían haber sido enormemente sugerentes, aunque no concluyentes. Por una parte estaba el hecho (del cual me informaste, Nigel, y que posteriormente verifiqué) de que Warner había decidido que Jane fuera la sustitúa de Yseut. Ahora sabemos lo suficiente del teatro de repertorio para darnos cuenta de que por razones prácticas este tipo de compañías no trabaja con actores suplentes... Y, desde luego, no de papeles tan pequeños como el que tenía que interpretar Yseut. Pero su ansiedad por el éxito de su obra lo condujo a esa elemental metedura de pata. Por otra parte, nos contó que había tenido que preguntar en la conserjería por dónde se llegaba aquí, porque no había estado antes en el *college*. Sin embargo, en la conversación que mantuvo con mi esposa inmediatamente después del asesinato, dio a entender que el asesino podría haber entrado por el patio, de cuya existencia, si la otra aseveración era cierta, no podía tener ni idea. Esa fue otra metedura de pata, resultado de un exceso de celo que le llevó a querer elaborar demasiado sus mentiras.

»Confieso, sin embargo, que ciertos detalles no me cuadraban para nada con este sencillo y absolutamente obvio desarrollo de los hechos. Y uno de esos detalles,

Nigel, me lo proporcionaste tú. Dijiste en varias ocasiones que te había llamado la atención *lo poco sorprendido* que se mostró Donald cuando recibió la noticia de la muerte de Yseut. Pero mientras tú parecías observar eso como una especie de estado psicológico anormal sin ningún motivo aparente, yo me sentí inclinado a buscarle una explicación más sencilla. Aquello podía significar: a) que Donald sabía que iba a cometerse el asesinato, o b) que había visto a alguien a quien conocía rondando por el lugar antes del descubrimiento del asesinato, alguien que odiaba a Yseut, y, al conocer la noticia, inmediatamente llegó a la conclusión errónea de que aquella persona era la responsable del crimen. Ahora bien: a) era muy improbable. Robert, desde luego, jamás habría confiado en Donald, y la posibilidad de que Donald hubiera descubierto el plan de Robert (que dependía en todo caso y en buena medida de que se diera la oportunidad adecuada en el momento adecuado) era tan pequeña que debía ser descartada completamente. Así que solo quedaba b). En primer lugar, era perfectamente posible que Donald hubiera visto a Warner. Pero, en ese caso, ¿por qué iba a guardar silencio al respecto? Warner no era santo de su devoción, pues lo consideraba un rival potencial frente a Yseut. Al saber de la muerte de la chica (recordad que estaba encaprichado de ella), si hubiera sido a Warner al que hubiera visto, sin duda lo habría contado. Sin embargo, no lo hizo, y no lo hizo porque había otra persona a la que quería proteger: ¿quién era? Esa persona solo podía ser Jean Whitelegge. Y yo di por sentado, desde luego provisionalmente, que Donald la había visto en el patio occidental (pues era el único lugar donde podría haberla visto). Probablemente eso ocurrió mientras se disponía a cerrar las ventanas y las persianas por el apagón obligatorio. Dadas las circunstancias, también di por supuesto, en primer lugar, que Donald habría hablado con ella y, en segundo término, que como la chica estaba allí en el momento del crimen, probablemente habría visto al asesino, o hasta el mismísimo asesinato: recordad que tuvieron que cumplir con el apagón muy pocos instantes después.

»En aquel momento, esa teoría no era más que pura especulación. Pero me pareció que valía la pena seguir ese hilo, aunque solo fuera para mi propia distracción y satisfacción. (Los hechos principales del caso ya estaban claros y demostrados más allá de cualquier disputa). Y, al interrogar a Nicholas, pude sacarle sin mucha dificultad que Donald se había encontrado con alguien aquella noche y que había hablado con esa persona, aunque se negó a decirme quién había sido. Eso no me importaba mucho, porque yo ya lo sabía con casi total certeza. Ni siquiera presionando a Donald pude sacarle nada. Se estaba comportando como un caballero, fiel a su palabra. Creo que de alguna forma se sintió aliviado con la muerte de Yseut, y no se vio con fuerzas para abandonar a Jean, a quien probablemente consideraba la autora del crimen: no estaba dispuesto a permitir que sufriera por ello. La propia Jean, a quien consulté para confirmar la segunda parte de mi teoría, colaboró más con la investigación. A fuerza de alabar la mentalidad del asesino, conseguí provocarle un bonito estallido de rabia e indignación. Eso me confirmó que no había estado

admirando el crimen *in vacuo*: era obvio que sabía quién era el asesino. Y como ella en ese momento no tenía ni idea de las circunstancias del caso y no podía hacer las deducciones que hice yo, era razonable suponer que efectivamente lo había visto. Que Jean estuviera decidida a protegerlo, por cierto, no era de extrañar. No tenía ninguna razón para apreciar a Yseut y, como sabemos, profesaba una tremenda admiración por la obra de Warner. Sus escrúpulos sin duda eran los mismos que los míos: una fuerte reticencia a poner a un gran artista, ya no en la flor de la vida, en manos del verdugo. De ahí su negativa a admitir incluso que había estado en el *college* aquella noche.

»Le sugerí que podía venir y contarme en privado lo que sabía y, cuando Donald fue asesinado, de hecho lo hizo. Al parecer siguió a Warner hasta el patio y, efectivamente, vio cómo cometía el crimen. Como nos ocurriría a la mayoría, su primer instinto fue ocultarse: se metió en el pasadizo y esperó hasta que Warner se hubo marchado. Fue entonces cuando Donald la vio y salió a hablar con ella. Dadas las circunstancias, Jean debió de mostrarse bastante angustiada en el curso de aquella breve conversación, y sin duda aquello le proporcionó a Donald aún más argumentos para sospechar que ella había sido la asesina.

—Imagino que después de la muerte de Donald Fellowes, la muchacha quería ir directamente a la policía y contarles lo que sabía —se atrevió a apuntar *sir* Richard—. ¿Cómo conseguiste impedirselo? Oí que Fellowes y ella se habían reconciliado y que tenían previsto casarse.

Fen refunfuñó.

—Dios mío, es verdad —confirmó—. La aterrorizada muchacha estaba prácticamente fuera de sí, la pobrecilla. Pero, al mismo tiempo —y añadió de un modo bastante pretencioso—, ya que yo era la única persona que tenía una ligera idea de lo que estaba sucediendo, no iba a permitir que la muchacha interfiriera en mis planes. Mi intención era que el estreno de *Metromanía* discurriera sin ningún incidente... Como de hecho ocurrió.

*Sir* Richard carraspeó.

—Sí —recordó—, esa fue la condición que pusiste para hacernos partícipes de los secretos de tu cerebro privilegiado.

Fen lo miró de reojo con aire desconfiado.

—En cualquier caso —añadió—, mentí a la muchacha para que no desbaratara mis planes, y tuve que poner mi imaginación a todo gas para convencerla de que los asesinatos habían sido cometidos por diferentes personas. Y más o menos lo conseguí: lo suficiente para mantenerla callada durante un tiempo, pero solo más o menos. Al final se dio cuenta de lo que ocurría, con el resultado... —Hizo un gesto de impotencia. No tenía muchas ganas de recordar lo que había ocurrido.

—Y ahora, por el amor de Dios —intervino Nigel—, ¿qué sabes de los motivos? Desde luego no la mataría solo porque se estaba convirtiendo en un engorro o porque estuviera provocando las rabietas ocasionales de Rachel. Te has puesto bastante

místico cuando te referías al asunto de los móviles del crimen. Explicáte.

—Mis aseveraciones *místicas* —dijo Fen con gesto grave— se reducen a tres: que no creo en el *crime passionnel*, que las razones para asesinar son casi siempre el dinero, la venganza o la seguridad; y que, no obstante, es el sexo lo que se encuentra en la raíz de todo el asunto. Voy a explicarte ahora mismo cómo se pueden justificar dichas aseveraciones.

»El motivo inmediato del primer crimen fue sin ninguna duda ese algo misterioso que tanto Yseut como el asesino estaban buscando. Y la primera clave para saber de la existencia de ese algo me la proporcionaste precisamente tú, Nigel, cuando resumiste de aquella manera tan admirablemente lúcida la mañana posterior a la fiesta. En ese resumen, describiste sin ninguna incongruencia aparente que dos personas se estaban comportando de modos extraños e incoherentes, y atribuiste sus locuras a la probabilidad de que Yseut hubiera dormido con Warner la noche anterior y estuviera haciéndose la loca en aquel momento. Permíteme que recapitule lo ocurrido (y corrígeme si me equivoco).

»1. Yseut entra en el bar, con su bolso y un pequeño cuaderno rojo, que deja tirado por allí.

»2. Robert, al verla, da la impresión de estar: primero, enfadado, y luego incómodo.

»3. Yseut lo mira con gesto “triumfal y desafiante”.

»4. Habla con él y pronuncia las palabras “chantaje” y “toda la verdad”.

»5. Donald coge sus partituras y se larga, mientras

»6. Yseut se va contigo hacia la barra, pero sigue mirando constantemente a Robert.

»7. Entonces se distrae porque tú o el camarero le derramáis un vaso de *brandy* encima.

»8. Yseut regresa contigo a la mesa, “rígida y encendida de furia” de repente, y se larga haciendo aspavientos.

»9. Cuando se marcha, Robert parece “completamente desconcertado”.

»Pues bien, todo esto me resultó de lo más raro, y efectivamente solo puede explicarse si se da por hecho que ese cuaderno rojo es el centro de todo el embrollo. Tú viste salir a Yseut de la habitación de Warner aquella mañana temprano. Teniendo en cuenta los puntos 2 y 4, yo di por hecho que ese cuaderno rojo era algo extremadamente importante para Warner, y que probablemente lo incriminara en algo grave. Si era así, todo cuadraba: la actitud de Yseut, su insinuación sobre un chantaje (sin duda un chantaje para trabajos en el West End más que por dinero), las miradas acusadoras... Los dos últimos puntos de mi lista eran particularmente reveladores. Suponen, primero, que Yseut se había despistado y que el cuaderno había desaparecido; y segundo, que no había sido Warner el que lo había cogido.

»A estas alturas ya habréis comprobado que todo cuadra a la perfección. Eso explica por qué Yseut estaba rebuscando en la habitación de Fellowes, y explica por

qué el propio Fellowes fue asesinado. A pesar del hecho de que la prueba material no estaba en sus manos, Yseut sabía demasiado para seguir viva. (Ahí está el motivo que buscabas: la seguridad de Warner). A mí me pareció obvio, como desde luego le pareció a ella y como fue inmediatamente evidente para Warner, que había sido Fellowes el que se había ido con el cuaderno rojo, cogiéndolo, sin darse cuenta, junto con todas sus partituras. No pudo hacerlo adrede porque no sabía lo que contenía. Sin embargo, fue en ese punto cuando mi lógica estalló por los aires y cometí el fatal error de dar por supuesto que Warner había encontrado el cuaderno entre las partituras de Donald (que ni siquiera lo habría visto) cuando mató a Yseut, o más bien cuando entró en sus dependencias para falsear la escena del crimen convirtiéndola en un suicidio. En realidad, no lo había localizado. No tuvo tiempo para buscar nada cuando falseó el suicidio, ni después, porque esas estancias estuvieron vigiladas hasta las cuatro y media del domingo. Aunque no abandonó su búsqueda, no lo encontró (igual que yo cuando miré en el cajón el mismo día del crimen, y por eso pensé que Warner ya lo tenía en su poder), y por eso fue a la capilla y subió a la galería del organista en busca de Fellowes. Creo que caben pocas dudas de que para entonces Fellowes ya había descubierto el cuaderno, lo había leído y se había dado cuenta de lo que representaba: aparte de todo lo demás, aquel cuaderno había sido el motivo real por el que habían matado a Yseut. Unas cuantas manchas rojas en una de las partituras, donde la cubierta del cuaderno había estado en contacto con el papel, acabaron de confirmar mis sospechas. ¿Qué sintió Donald Fellowes cuando vio aparecer a Warner? Eso solo Dios lo sabe. Pero Warner se dio cuenta de que Fellowes lo sabía todo y tomó la única decisión posible... De hecho, subió allí preparado para ello. Antes de morir, Donald nos comunicó la identidad de su asesino como buenamente pudo, esperando en vano que alguien se percatara de ello. Recordaréis mi observación sobre la curiosa mezcla de registros que había incluido. El inspector pensó que se trataba de alguna tediosa irrelevancia musical, pero no lo era. En el registro de mano derecha, las palancas se accionaron en el siguiente orden: *Rohrflote* (o flauta travesera), el Oboe, el Bordón, Eufonio (o bombardino, en el coro), otra *Rohrflote* (en el coro), y una Tercera de Picardía:<sup>[46]</sup> *R-O-B-E-R-T*. No se han tocado desde entonces, así que podéis ir y verlo vosotros mismos.

—Lo que sigo sin entender es dónde estaban las partituras y el cuaderno, si no estaban en la habitación de Donald —dijo Nigel.

—En la antesala del organista, naturalmente: no podían haber estado en ningún otro lugar. El contenido del cuaderno queda en el terreno de la suposición. Yo recordaba que Warner había estado en Sudamérica varias veces antes de la guerra, y pensé que cabía la posibilidad de que hubiera estado relacionado con la industria por la que esa parte del globo es famosa: el proxenetismo. Llamé a un amigo del secretariado de la Liga de las Naciones y supe por él que se sospechaba que, efectivamente, Warner había estado implicado en asuntos de ese tipo, pero que finalmente no se había podido probar nada contra él. Eso fue antes de la guerra,

naturalmente. No creo que hoy en día siguiera con esas prácticas. Pero no reclamo mis laureles por haber averiguado esto, no fue más que un golpe de suerte. Sin embargo, a eso es a lo que me refería cuando dije que la bestia lujuriosa estaba, de hecho, en la raíz de todo el asunto, aunque el motivo inmediato fuera su propia seguridad. Me temo que los manejos de Warner nunca despertaron en mí una excesiva indignación. Siempre me pareció que, a menos que esas chicas sean secuestradas y obligadas, son más pecadoras que víctimas. Parece un triste final para un gran dramaturgo, pero había un lado oscuro en el carácter de Warner, una especie de profundo fatalismo que le impedía tomarse nada en serio. Ni siquiera los crímenes se los tomó en serio: para él eran episodios brillantes, ingeniosos, arriesgados.

Se hizo un largo silencio.

Entonces, Helen dijo en voz baja:

—Me alegra que la obra solo se haya representado una vez, aunque Rachel se encontrara en condiciones de continuar con el espectáculo. Me parece..., me parece que, en cierto sentido, ha sido lo que tenía que ser: una obra de una única representación, una representación perfecta.

Fen asintió.

—Un magnífico mutis final por el foro, estoy de acuerdo —admitió—. Pero final, en cualquier caso. Y es una gran pérdida.

—Por cierto, ¿qué ha sido de Rachel? —preguntó Nigel.

—Se ha ido al campo. Y hemos enviado a Jean a casa de sus padres. Dadas las circunstancias, no podríamos haber procedido contra ella, porque técnicamente estaba «ayudando a apresar a un asesino a la fuga». Bueno, no es que Warner tuviera muchas posibilidades de escapar... y menos cuando esa cosa le cayó encima y lo aplastó.

La voz de Fen sonaba impasible.

Todos se quedaron mirándolo mientras él se retiraba su lacio cabello de la frente. Parecía viejo y cansado.

—Ha sido un asunto horrible —murmuró—, y la consecuencia es que todos salimos perjudicados de uno u otro modo. Ya no habrá más *Metromanías*. Y eso es algo que me entristece profundamente.

## 16. EPÍLOGO. LA MOSCA DORADA

*No importa si caemos por ambición, crímenes o lujuria.  
Como los diamantes, somos tallados con nuestra propia materia.*

WEBSTER

**E**l viaje desde Oxford a Didcot (y desde allí a Paddington) conlleva inconvenientes distintos a los que se experimentan en dirección contraria. El tren, cuando inicia su marcha de una santa vez, avanza a un ritmo uniforme, aunque nada espectacular. El problema es saber cuándo demonios va a empezar a moverse. Nicholas siempre insistía en que el primer tren que salía por la mañana se retrasaba diez minutos adrede, lo cual suponía que el siguiente tren saliera incluso con más retraso. Y el proceso continuaba acumulándose en progresión aritmética a lo largo de todo el día. En un momento dado de la jornada, sin embargo, afirmaba el joven, alguno de esos trenes retrasados acababa saliendo a la hora exacta del tren al que le tocaba salir inmediatamente después (el de las 12:35 salía a las 13:10 y el de las 13:10 a las 13:35), de modo que al final del día había probablemente varios trenes que sobraban, por decirlo de algún modo. Sea como fuere, lo cierto es que si uno llegaba a la estación a su hora para coger el tren, tenía que esperar como mínimo otra media hora, mientras que si se confiaba —como es natural y razonable— en que dicho tren saldría al menos diez minutos más tarde, y llegaba a la estación con un mínimo retraso, el tren invariablemente salía a su hora y uno lo perdía. Por esto era por lo que Nicholas insistía en que el dios ciego del Azar llevaba el uniforme de la GWR.<sup>[47]</sup>

Las seis personas que viajaron durante la semana del 19 al 26 de octubre de 1940 se vieron, en cualquier caso, poco afectadas por estos contratiempos. Por distintos motivos, todos ellos estaban demasiado contentos como para preocuparse por los horarios ferroviarios.

Nicholas, cuya rubia fue a despedirlo a la estación, estaba encantado con la melodramática resolución del caso. Además, pensaba que había enriquecido sus conocimientos respecto a ciertos personajes shakesperianos. En su opinión, Goneril, por ejemplo, siempre debería ser interpretado por una joven pelirroja.

—Fen es un demonio inteligentísimo —le murmuró a la rubia después de que ambos hubieran discutido el caso *ad nauseam*—, a pesar del hecho de que me considere un fascista.

—¡Ah!, ¿no eres un fascista? —dijo la rubia, un tanto sorprendida.

—Por supuesto que no. Apoyo con verdadera vehemencia esta guerra. Por eso es precisamente por lo que vuelvo a Londres.

—¿Qué vas a hacer allí?

—Buscar un trabajo en el que pueda colaborar con la lucha. No en una fábrica con odiosas máquinas y espantosos martilleos dando trompazos todo el día gracias a artilugios mecánicos (que el Cielo me proteja), claro; sino en algo civilizado y útil.

Llegó el tren. El joven subió a un compartimento de primera clase y se asomó por la ventana. Pensó que las reticencias de todos los trenes a iniciar su marcha convertían el pleonasma de las frases de despedida cuidadosamente preparadas en un asunto bastante tedioso.

—No es necesario que esperes... —sugirió.

—No voy a esperar. Voy a ir contigo. Espérame ahí —replicó la rubia.

—¿A qué..., a qué se debe esta decisión tan repentina? —preguntó Nicholas.

—Tarde o temprano tengo intención de casarme contigo, según los mandamientos descritos en la Orden de la Solemnización del Sagrado Matrimonio. Lamento ser tan impulsiva, pero estoy enamorada de ti, de verdad, y tú eres tan burro que jamás conseguirías casarte por iniciativa propia.

—Oh, querida —dijo Nicholas—, tengo que leer *Mucho ruido y...* Mi situación se torna más *benedictina*<sup>[48]</sup> a cada instante que pasa. —Entonces sonrió—. Pero ¿sabes una cosa? —añadió—, creo que me gustaría.

El tren inició su marcha en dirección a Londres.

Fen y *sir* Richard viajaban juntos. Fen ya había olvidado prácticamente el caso, aunque, si se le hubiera preguntado por ello, lo habría negado taxativamente. Su interés en lo que acontecía a su alrededor era tan intenso que le impedía desarrollar recuerdos durante un tiempo prolongado: solo vivía el presente. En aquel momento estaba enfrascado en una agotadora disertación sobre los méritos de Wyndham Lewis, parándose a cada rato para intentar persuadir a *sir* Richard, con una rudeza impostada, de que abandonara el proyecto de ese volumen crítico y laudatorio sobre la obra de Robert Warner que pretendía escribir. Estaba tan contento y feliz como un escolar en vacaciones, y comentaba con susurros cada vez más hirientes y ofensivos la apariencia física y los supuestos vicios de las otras personas del compartimento.

Helen y Nigel, que se habían casado cuatro días antes. Prácticamente no se ocupaban de nada más que de sí mismos y uno del otro. Habían pasado su escueta luna de miel viajando en bicicleta por la campiña, por los alrededores de Oxford, y ahora Nigel regresaba a su trabajo y Helen iba a comenzar los ensayos con el Eminente Actor.

—¡Adiós, Oxford! —exclamó Helen, mirando por la ventana mientras el tren se alejaba de la estación. Entonces, volviéndose hacia Nigel, le dijo—: ¿Sabes?, me da pena marcharme.

Nigel asintió.

—Oxford se hace muy pesado —dijo—. La vida ociosa, informal y alejada de las convenciones es una prueba demasiado exigente para mi peculiar manera de ser. En

mi época siempre lo detesté. Y, sin embargo, no puedo resistir la tentación de regresar.

Helen le cogió la mano.

—Regresaremos un día y rezaremos por los muertos. No por Robert, porque... no creo que lo necesite.

Permanecieron en silencio durante un instante, pensando en sus cosas. Entonces, Helen añadió en un tono más alegre:

—Creo que fue muy sensato por parte de Sheila escoger otra obra para ponerse a ensayar inmediatamente. Y lo hizo muy bien, además. ¿Viste al inspector y a su mujer, dos filas por delante de la nuestra?

—Sí, Dios mío... Ella era igualita a Hedy Lamarr. ¡Menuda conquista! «Blanca como el sol, delicada como el lirio». Una comparación extraña. ¿El sol es blanco?

—No te deprimas, Nigel —le dijo Helen, con sentido práctico—. No puedo comprender —añadió, volviendo a su ejemplar de *Cimbelino*— por qué un hombre de «tan hermosas prendas externas y tan nobles prendas internas» tiene que emborracharse y meterse en una apuesta tan estúpida... Por cierto, ¿te despediste de Gervase?

—Sí, por supuesto que sí. Estuvimos hablando sobre los jardines, la comida y el estado de la Iglesia militante de Cristo en la Tierra. Llevaba un sombrero extraordinario.

—Demasiado Shakespeare en este caso —le había dicho Fen con aire melancólico.

Gervase Fen y Nigel se habían reunido en el bar del teatro durante el primer intermedio de la representación del *Rey Lear*, y Nigel, torturado por los recuerdos de un problema aún no resuelto, había aprovechado la oportunidad para preguntarle por el anillo: por la mosca dorada.

—Demasiado Shakespeare... —había repetido Fen, como si estuviera fascinado con la frase que él mismo había pronunciado—. Estoy preparando una nueva antología: *Los versos más espantosos de Shakespeare*. Por ejemplo: «Alas, pobre Gloster. ¿Perdido ha el otro ojo?». Este se lleva la palma.

—El anillo, Fen —insistió Nigel. Fen dio un largo trago. Parecía poco proclive a recordar todo aquel asunto.

—No fue más que una floritura barroca en la estructura principal —explicó al final—. Un pequeño toque cínico y muy personal. No pude identificar la referencia hasta que no junté, por pura casualidad, en la misma frase las palabras mosca dorada y señor Morrison.<sup>[49]</sup> Creo que en parte fue un irónico guiño al principal interés de Yseut en la vida, y en parte un recuerdo de la justicia bíblica y shakesperiana del «ojo por ojo». Ella vivía para el sexo, y para el sexo, o por el sexo, murió: justicia poética. El anillo solo resultó ser el primer símbolo que Warner tuvo a mano. Pocos asesinos pueden resistir la tentación de poner su propia guinda al pastel.

—¿Pero cuál es la referencia? —preguntó un ya desesperado Nigel.

—Esta gente ha cortado la obra de mala manera —dijo Fen—, de modo que uno no sabe dónde se reiniciará. Pero si no recuerdo mal, será en el acto IV, escena 4.<sup>a</sup>.

Sonó el segundo timbrazo. Gervase Fen acabó su copa de mala gana.

—No entiendo —dijo abatido mientras se dirigía a la puerta— por qué permiten que actores extranjeros interpreten a Shakespeare. La mayor parte del tiempo no se les entiende ni la mitad de lo que dicen...

# POSTFACIO



## EL DETECTIVE EN LA BIBLIOTECA

*El laberinto referencial en las novelas de Edmund Crispin*

*por José C. Vales*

«**Y** así fue como me convertí en un pedante y en un esnob intelectual». Edmund Crispin recordaba de esta manera sus años en la Merchant Taylors' School, la vieja escuela londinense fundada en el siglo XVI. Un leve problema congénito en las piernas le impedía participar junto a sus compañeros en los juegos y actividades deportivas, de modo que se veía obligado a encerrarse en la biblioteca, a leer o a practicar con el piano.

Edmund Crispin es el seudónimo de Bruce Montgomery (1921-1978), seguramente el autor de novelas detectivescas más singular de todos los de su clase. Su peculiaridad no reside en el modo de diseñar los casos (aunque se convirtió en un verdadero *gourmet* de los casos llamados «*locked room misteries*» o de cuarto cerrado, donde a primera vista el crimen resulta imposible) ni en el dibujo de tramas o personajes (con ser algunos de ellos verdaderamente notables, como el propio Gervase Fen o el metomentado Wilkes, o los excelentes secundarios Cadogan y Nigel Blake, que actúan como guías para el lector de las novelas). La singularidad de Bruce Montgomery y sus peripecias detectivescas radica en el tratamiento especialísimo de la alta cultura, encastrada de un modo sorprendente y abrumador en un territorio habitualmente destinado a la literatura más ligera.

Crispin, estudiante de Oxford (donde «todos somos condenadamente listos»), experto pianista y organista, y juerguista impenitente, sentía devoción por las novelas baratas de detectives que en los años previos a la Guerra Mundial y durante la gran contienda llenaron quioscos y librerías. Por encima de todos los autores, en su estimación se encontraba el novelista americano John Dickson Carr (1906-1977), cuyo doctor Gideon Fell recibe el homenaje de Crispin cuando este decide llamar a su detective aficionado Gervase Fen. Carr había publicado novelas de misterio durante toda la década de los treinta y había ensayado con gran éxito los «crímenes imposibles»; en 1944 un grupo de amigos fundó en Oxford (en un bar, como no podía ser de otra manera) el llamado Carr Club. Al parecer, el nombre oficial del club era

The Carr Society, y estaba inspirado en *Appointment by Fear*, una serie de programas de radio de la BBC dedicados al terror y al misterio para los que Carr escribió algunos de sus primeros relatos. En aquel *pub*, uno de los miembros del club proponía un caso y el resto intentaba esclarecerlo mediante deducciones supuestamente detectivescas. Tal y como se indicó en la edición española de *Trabajos de amor ensangrentados* (*Love Lies Bleeding*, 1948), Bruce Montgomery llegó a proponer una misteriosa cita en un *pub* de Ockley, en Surrey, a la que debían acudir los miembros del club y el propio J. D. Carr. En algún caso se habla también de las reuniones del club en Dartmoor, pero de estas solo se recuerda que la factura por el alojamiento apenas llegaba a las cinco libras y la factura por las bebidas ascendía a veinticinco libras. Al parecer Crispin ya avanzó algunas de sus tramas en dichas reuniones.

Philip Larkin, que fue compañero de correrías de nuestro autor, señalaba en su novela *Jill* el «vivificante epicureísmo intelectual» de Crispin. Recordaba su apabullante actividad intelectual, su talento y su creatividad, y luego añadía: «Tras aquella formidable fachada, no obstante, Bruce escondía su aspecto más frívolo», de modo que la mayoría de las conversaciones —como las que pueblan las novelas de Gervase Fen— acababan frente a una barra, «partidos de risa en los taburetes de los bares». Larkin también recuerda que, durante aquellas intensas semanas de estudios eruditos y universitarios, Crispin se entregó a un ejercicio literario agotador: «Se había pasado diez días escribiendo [...] un relato detectivesco titulado *El misterio de la mosca dorada*».

Es precisamente esta imagen de Edmund Crispin la que resulta a un tiempo contradictoria y atractiva: como uno de aquellos decorados rotatorios de antaño (igual que el que se describe en esta novela), el autor ofrece indistintamente su cara frívola o su hierático rostro de alta cultura; casi sin sentir pasa de una fiesta donde todo son bromas y cotilleos a una sentencia moralista extraída de un oscuro autor del siglo XVII. Por otro lado, Bruce Montgomery (que utilizó el seudónimo de Edmund Crispin para preservar sobre todo su carrera musical, al parecer) era muy consciente de estar desarrollando con sus novelas una faceta que algunos podrían considerar frívola y ligera. A pesar del éxito que tuvieron en su momento y del prestigio que aún conservan entre todo tipo de lectores, como dice su biógrafo David Whittle, el propio autor nunca tuvo una opinión especialmente favorable de su obra literaria. En una carta fechada en agosto de 1969 y dirigida a Larkin, le decía: «Sí, el caso de la vieja juguetería resulta bastante divertido, ¿verdad?». Se refería, naturalmente, a la que muchos especialistas consideran su mejor novela: *La juguetería errante* (*The Moving Toyshop*, 1946). Y añadía: «Bueno, por lo que a mí respecta, yo no le veo mayor interés, aunque supongo que el placer que tuve al escribirla habrá perdurado en la novela de algún modo».

No resulta especialmente difícil comprender este desapego por la parte más «frívola» de su producción: en primer lugar, Edmund Crispin comenzó a escribir sus

novelas detectivescas cuando aún no se había graduado en Oxford; *El misterio de la mosca dorada*, por ejemplo, se publicó cuando el autor tenía veintitrés años, y *La juguetería errante* vio la luz en 1946, solo dos años después. Por otro lado, también aquí se advierte el esnobismo intelectual del que hacía gala, transformado en una especie de mala conciencia oxoniense por haber dedicado horas y horas a las «frivolidades» detectivescas en vez de haber abundado en la faceta culta que —se suponía— era obligada en un estudiante de Oxford.

Antes de la aparición de Sherlock Holmes en 1887 con el *Estudio en escarlata* de Arthur Conan Doyle, los neoyorquinos ya conocían bien los métodos detectivescos gracias a Nick Carter, que había tenido su propia *Nick Carter Detective Library*, con casi trescientos números repletos de casos escritos por distintos autores. Al doblar el siglo entraron en acción el padre Brown (1910), de Chesterton, y Hércules Poirot (1920), de Agatha Christie, entre otros muchos. Todos ellos, y los centenares de autores que cayeron en el olvido, eran herederos de una tradición culta decimonónica, y fueron configurando paulatinamente los rasgos propios de la actividad literaria detectivesca. Dar con el asesino era para ellos una actividad *intelectual*, y el detective con frecuencia está al margen de las pasiones y los vicios que caracterizan al resto de los personajes. No hay sentimentalismos ni moralismos en el detective, sino pura actividad intelectual: se trata de desentrañar un misterio, un crimen, y de descubrir al asesino, y el lector espera que el autor se ciña a esta estructura. La característica esencial de los detectives de principios de siglo era su inteligencia. La verdad, dice Donald Sassoon, sale a relucir gracias a la pura fuerza de la inteligencia investigadora de los detectives: «Una razón más para que sea el género popular preferido por los intelectuales».

Como Crispin, Arthur Conan Doyle también lamentó que Sherlock Holmes se llevara toda la fama que él deseaba para otras obras suyas (novelas históricas) que consideraba más cultas. Pero lo cierto es que la novela detectivesca era un tarro de miel para los lectores —de toda clase y condición— y, de hecho, el *interbellum* (1920-1940) se conoce como la Edad de Oro de la literatura detectivesca, con los inefables Hércules Poirot, la señorita Marple, Maigret, Gideon Fell, Perry Mason, etcétera. En muchos de ellos se daba, como en Edmund Crispin, la contradicción generada por unas ventas notables y la conciencia de no estar escribiendo novelas «de verdad». En 1937, por ejemplo, Simenon publicó una novela «de verdad», larga, titulada *El testamento de Donadieu*, en la que no aparece Maigret. Algunos críticos reputados —e incluso el mismísimo André Gide— reconocieron los valores literarios de Simenon; el problema era que las novelas «literarias» de Simenon (en Gallimard) no se vendían en absoluto como las novelas en las que aparecía Maigret (en Fayard). En fin, Bruce Montgomery también estaba sometido a esa tensión entre la supuesta alta cultura y la cultura popular, y para un «esnob intelectual» como Crispin, el problema de conciliar un género menor con la obligación culta —o «literaria»— era acuciante y, si no angustioso, seguramente sí molesto. En todo caso era un conflicto

cuya resolución se hacía necesaria.

Bruce Montgomery aborda la superación de esta «mala conciencia» desde varios frentes, todos ellos relevantes e interesantísimos desde el punto de vista literario.

El primero remite a la decisión de escoger como protagonista-detective a un profesor de Lengua y Literatura, que ejerce en el ficticio *college* del St. Christopher, en Oxford. Hércules Poirot era belga, exiliado en Inglaterra, antiguo policía, un poco presuntuoso; la señorita Marple era una señora de cierta edad cuya pasión por el crimen detectivesco era similar a su curiosidad; Gideon Fell era un cascarrabias tan gordo que se ayudaba de dos bastones para caminar; Albert Campion (de Margery Allingham) era un aristócrata, y Montague Egg (de Dorothy L. Sayers) era viajante de comercio. En la historia del género, Gervase Fen es probablemente el primer profesor de Literatura que ejerce como detective aficionado. Es un tipo larguirucho, con un pelo rebelde que se encrespa en la coronilla, estafalario en el vestir —con ese enorme sombrero descrito siempre como «extraordinario»— y en sus costumbres, dueño de un descapotable destartado y ruidoso llamado *Lily Christine III*, y con una acendrada afición por todos los productos líquidos que se expenden en los *pubs* británicos. Larkin aseguraba que Gervase Fen era el retrato amable y caricaturesco del catedrático W. G. Moore, que fue tutor de Bruce Montgomery en Oxford. La primera vez que aparece el profesor Fen en una novela (precisamente aquí, en *El misterio de la mosca dorada*), Crispin lo presenta hojeando un ensayo sobre «los escritores satíricos menores del siglo XVIII, que estaba releendo a conciencia solo con la intención de confirmar la mala opinión que tenía de ellos». Esta es una de las características esenciales de Fen: sus juicios literarios son implacables y virulentos, y ni siquiera Shakespeare se libra de sus andanadas.

Un ejemplo conocido bastará: en *La juguetería errante* Fen propone al novelista Cadogan (también acuciado por la mala conciencia literaria) un extraordinario juego cuyas normas se reducen a lo siguiente:

¡Personajes de ficción detestables! Ambos jugadores deben estar de acuerdo en la solución, y cada jugador tiene cinco segundos para pensar un personaje. Si no lo consigue, pierde el turno. El primer jugador que pierda su turno tres veces, pierde el juego. Deben ser personajes que el autor haya intentado infructuosamente que resulten simpáticos.

No hay, desde el punto de vista estructural, ninguna razón para que el profesor y el novelista emprendan este virulento juego. El resultado es lo más parecido a un pelotón de fusilamiento literario: entre los personajes más detestables de la literatura, Fen y Cadogan escogen a «esos odiosos charlatanes, Beatrice y Benedick» (*Mucho ruido...*, de Shakespeare); a *lady* Chatterley y al «tío guardabosques ese», de D. H. Lawrence; a Britomart del poema épico *La Reina de las Hadas*, de Edmund Spenser; a «casi todos los personajes de Dostoievski» y, para concluir, a «esas

vulgares zorrillas cazamaridos» de *Orgullo y prejuicio* (Jane Austen).

En otro de estos episodios literarios, Edmund Crispin asume la responsabilidad de utilizar el látigo en una de las escenas críticas más ácidas de su producción: en *Trabajos de amor ensangrentados*, un personaje declama ciertos versos de T. S. Eliot (de la «Canción de amor de J. Alfred Prufrock») y, cuando concluye, le pregunta a Gervase Fen: «¿Cree usted que el tío que escribió eso valdrá lo mismo dentro de cuatrocientos años?». Fen se ríe para sus adentros y replica educadamente: «No sabía que fuera usted un devoto del señor Eliot». La respuesta es demoledora: «No, yo no, señor. Es mi hija. Tiene quince años».

Larkin señaló en alguna ocasión el gran «sentido del absurdo» que poseía Bruce Montgomery. Uno de sus escritores favoritos era Edward Lear (1812-1888), autor de un famoso *Book of Nonsense* (1846; 1872) que forma parte ya de la tradición popular y culta de la literatura británica. La importancia de los *limericks* de Lear es radical en la obra de Crispin, hasta tal punto que conforman la estructura intelectual de *La juguetería errante*, y sobre ellos se despliegan las pistas que darán lugar a la resolución del caso. No es extraño, por tanto, que el profesor Fen tenga como referencia indispensable la onírica obra de Lewis Carroll, *Alicia en el País de las Maravillas* (1865). Las exclamaciones favoritas del profesor Fen son: «¡Oh, por mis orejas y mis bigotes!» y «Oh, ¡por mis patas de conejo!». En ocasiones, cuando está apurado de tiempo y se ve obligado a correr por las calles de Oxford, también exclama: «¡Oh, Dios mío, llego tarde, llego tarde...!».

Los personajes y la propia ciudad universitaria de Oxford proporcionan a Bruce Montgomery el escenario adecuado para su turbamulta de referencias librescas, literarias, musicales, artísticas y periodísticas. En una discusión con su editor, el escritor de baladas líricas populares Richard Cadogan (*La juguetería...*) le espeta: «Centrémonos en el asunto, que no estamos en una obra de Chéjov». Otros personajes son periodistas, profesores, dramaturgos, actores, estudiantes, y casi todos lectores de obras buenas, malas y regulares. En *Trabajos de amor...*, la pieza clave es —¡nada menos!— un supuesto manuscrito perdido de William Shakespeare: el título de la novela de Crispin es una paráfrasis retorcida y cómica de *Love's Labour's Won*, la supuesta y mítica obra de Shakespeare de la que no hay ni rastro; los más dicen que se trata de una obra perdida, tal vez una secuela de *Love's Labour's Lost* (*Trabajos de amor perdidos*), aunque hay otras teorías. Y en la novela que precede a este epílogo, todo gira en torno a la representación de una obra teatral basada en cierta pieza de un dramaturgo menor llamado Pirón. *El canto del cisne* se desarrolla en el mundo de la ópera y, concretamente, en la representación de *Los maestros cantores de Nuremberg*, de Wagner.

¿En qué medida este apabullante universo referencial de Bruce Montgomery afecta a los fundamentos literarios de su novelística? Aún no debemos responder a esta pregunta, porque el autor aún tiene reservadas más sorpresas. Y es posible que algunas de ellas remitan sobre todo a esa preocupación por mantenerse a flote en las

aguas de la novelística popular y querer alcanzar la orilla esnob de «lo culto» y «lo literario».

El segundo recurso de Bruce Montgomery para la superación del conflicto entre lo popular y lo culto resulta especialmente llamativo. Es lo que Crispin denomina *mystification*; no se trata exactamente de la «mistificación» española (engaño, embaucamiento, falsificación), sino más bien algo relacionado con la perplejidad o el desconcierto. Esta idea aparece en Crispin ya en la primera novela (*El misterio de la mosca dorada*), cuando el jefe de policía *sir* Richard Freeman (aficionado a la poesía dieciochesca) recrimina a Gervase Fen la manía de no desvelar el nombre del asesino y las circunstancias del crimen hasta el final de la novela. (¿Cómo podría ser de otro modo?, se pregunta el lector). La novela detectivesca de la Edad de Oro tiene rasgos que se convierten con el tiempo en tópicos, y uno de esos tópicos es que la novela comienza con un asesinato y lo que sigue es la reconstrucción histórica y circunstancial de los hechos. El final, como dice Donald Sassoon en su análisis de la novela detectivesca, «ofrece una explicación que da sentido a toda la novela». Edmund Crispin se ciñe al «guión» de la novela detectivesca, pero parece consciente de que dichas limitaciones empobrecen su literatura, y entonces abraza todos los recursos vanguardistas y *mistificadores* que tiene a mano, y obliga a sus personajes a elaborar un discurso metaliterario en el que —naturalmente— también se burla del propio género policíaco. «Lo sé, lo sé —dice *sir* Richard Freeman—, no puedes revelar el nombre del asesino hasta el último capítulo». Estos rasgos desconcertantes —y tópicos de la vanguardia culta— son muy propios de Crispin y los utilizará con frecuencia en sus obras.

Quizá el giro mistificador más radical de Montgomery —y aquí entramos de lleno en el tercer peldaño para superar la mala conciencia del esnob oxoniense— se produce al final de *El misterio de la mosca dorada*. No es de extrañar que semejante final fuera criticado y censurado —seguramente para alegría intelectual de Crispin—, porque dejaba *in albis* al lector común (ese que no se sabe las obras completas de Shakespeare de memoria). El lector lo tiene muy reciente: solo unas páginas atrás en este mismo libro. Tras la resolución del caso, Gervase Fen y Nigel Blake se encuentran en el bar (cómo no) del teatro y el periodista, antiguo alumno de Fen, pregunta por el significado del anillo en el dedo de la víctima. El profesor le contesta que la víctima, Yseut, «vivía para el sexo; y para el sexo, o por el sexo, murió: justicia poética». Nigel, desesperado, le pregunta: «¿Pero cuál es la referencia?». Pero Fen no contesta. Cambia de conversación y abandona el bar dejando a su amigo con dos palmos de narices: perplejo y desconcertado.

Es forzoso apuntar aquí que la mayoría de las ediciones (incluidas las inglesas) prescinden de cualquier explicación al respecto. El lector de esas ediciones tiene dos posibilidades: conocer todos y cada uno de los versos de las obras de Shakespeare o quedarse para siempre sin saber, como Nigel, cuál es... ¡la referencia, la referencia!

*El misterio de la mosca dorada* era la primera novela de Edmund Crispin, pero el

joven estudiante de Oxford tuvo el desahogo y la desvergüenza de presentar al público un relato cuyo título y resolución final remitía a ciertos versos del *Rey Lear* de los que solo podría acordarse alguien versado en el inmortal dramaturgo inglés: «¿De qué se te acusa? / ¿De adulterio? No morirás. ¿Morir por adúltero? / No: goza el gorrión, e incluso la mosca dorada / se aparea en mi presencia. ¡Que cunda el fornicio!». (*Lear*, IV, v). Crispin insistió en este tipo de estrambotes cultos en *La juguetería errante*. En ese caso, ofrece una solución psicológica a toda la trama y, sobre todo, desvela que la idea de la novela parte de una referencia culta, aunque posteriormente se plasme en una novela detectivesca. Y la referencia era un poema menor de Alexander Pope (1688-1744) titulado *The Rape of the Lock*, una suerte de parodia en la que se narraba el robo de un rizo femenino con ampulosidad épica y homérica, para incidir en la burla y la farsa. ¿Quién podría recordar que en ese poema casi olvidado del inmortal autor del *Essay on Man* se encontraban los versos «Con múltiples vanidades de todas partes procedentes / de un lado a otro [las damas] trasladan la juguetería errante de su corazón...»? En este caso, Crispin al menos se digna recordar que la referencia está en Pope y en *El rizo robado*. Pero no es lo habitual.

Lo habitual es que el autor esparza citas, referencias y comentarios cultos a lo largo de sus novelas y —con frecuencia— ni siquiera utilice unas comillas para apuntar que se trata de una alusión culta. En esta misma novela, por ejemplo, el lector recordará que Fen va a entrevistarse con Jean Whitelegge y, para comentar su pasión por los trabajos detectivescos, alude a T. S. Eliot: «Como Webster, yo también estoy poseído por la muerte». El lector debería estar al tanto de que T. S. Eliot es el autor de «*Whispers of Immortality*» (1920), que comienza con los versos: «Webster estaba completamente poseído por la muerte / y veía la calavera bajo la piel». Además, el lector debería estar al tanto de que el Webster al que se refieren Eliot y los personajes de Crispin es John Webster, un dramaturgo de principios del siglo XVII.

Un caso más, escogido casi al azar, entre el centenar largo de referencias utilizadas por Crispin en *El misterio de la mosca dorada*: Nicholas habla con una amiga y, con ánimo hiriente, cita a unos desconocidos Timón, Frinia y Timandra. La referencia es una obra incompleta y rara, titulada *Timón de Atenas*, escrita alrededor de 1608 y cuya atribución a Shakespeare es incluso dudosa. Frinia y Timandra son dos prostitutas que el personaje de Crispin recupera para zaherir a una mujer: «Putas que solo dais enfermedades y ninguna satisfacción».

Los ejemplos son infinitos, y no es cosa de abrumar aquí al lector: baste recordar que en *Trabajos de amor ensangrentados* todos los títulos de los capítulos esconden referencias cultas: Virgilio, Shakespeare, Hervey, Marvell, Pope...

Esta pasión referencial cultista, desde luego, puede explicarse como la consecuencia natural de ese temperamento esnob cocinado en los fogones de la Universidad de Oxford, pero a quien redacta este epílogo siempre le quedará la duda de si semejante vicio intelectual se debe a su educación o se trata de una «pedantería

innata»: el autor de *La juguetería errante* nació en 1921 y en su familia siempre lo consideraron un «accidente inesperado»; cuatro años menor que su hermana Elspeth, vino al mundo con un problema congénito en los pies, y durante muchos años estuvo sometido a operaciones y aparatos ortopédicos. Sus padres le impusieron el nombre de Bruce y todos los 2 de octubre le regalaban una araña. ¿Una araña? ¿Por qué? Sus padres le regalaban una araña para que el niño recordara la historia de un tocayo suyo, el rey de Escocia Robert the Bruce (1274-1329): dice la leyenda que Robert the Bruce, estando escondido en una cueva de la isla de Rathlin, observó la tenacidad de una araña y tuvo en cuenta siempre su ejemplo para triunfar en sus contiendas. Por supuesto, Bruce Montgomery recuerda este hecho de su infancia en una oscurísima referencia apuntada en *Trabajos de amor ensangrentados*.

Lo característico —y también lo enojoso para muchos lectores— es que Edmund Crispin solo advierte o explica sus referencias (literarias, musicales, artísticas o periodísticas) en rarísimas ocasiones. Desde luego, el autor salvaba y superaba con creces de este modo su conflicto intelectual «literatura popular/literatura culta», pero a costa de someter al lector común a unas exigencias que hoy —en términos generales, entiéndase— son inasumibles. En realidad, también lo eran en su tiempo. Eran exigencias inasumibles para sus contemporáneos y para sus compatriotas. Lo eran incluso para sus compañeros universitarios.

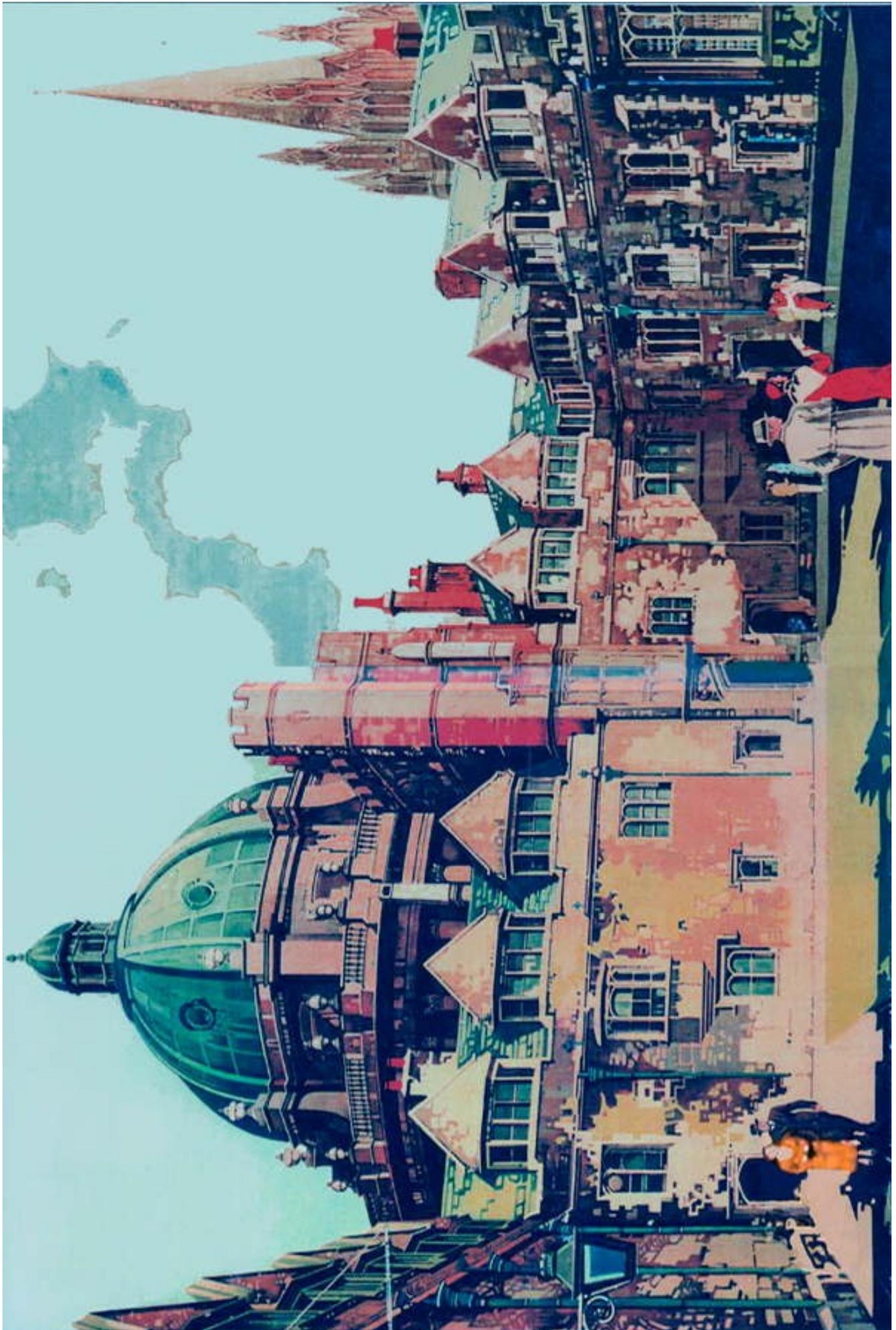
Bruce Montgomery solía compartir mesa de estudio y mesa de *pub* con un trío de excepción: Philip Larkin, Kingsley Amis y Alan Ross. Los tres recordaron en distintas ocasiones que la presencia de Bruce resultaba un tanto intimidatoria. Todos sabían que aquel joven rubio estaba muy por encima de ellos en distintos aspectos, tal vez porque había aprendido las lecciones de perseverancia de la araña de Robert the Bruce y, así, había podido superar sus dificultades físicas. Alan Ross, que con frecuencia se quedaba boquiabierto ante los «conocimientos enciclopédicos» de su compañero, contaba que «Bruce conocía a escritores, pintores y músicos de los que yo jamás había oído hablar; aquello me obligaba a quedarme callado en las reuniones y cuidarme muy mucho de sacar a relucir mi ignorancia en su presencia».

Tal es la sensación que tiene el lector al enfrentarse a estas delirantes y divertidísimas historias detectivescas, donde lo intelectual y lo popular conforman un todo extravagante pero coherente. Se dice que las novelas de detectives son el entretenimiento frívolo más intelectual, y desde luego Edmund Crispin no dudó a la hora de proponer verdaderos retos intelectuales (y enciclopédicos) a aquellos que se atrevieran con sus novelas. Lo cual, por otra parte, no impide que cualquier lector pueda acercarse a ellas con la seguridad de que va a disfrutar de una fantástica y divertida aventura detectivesca. Así fue como Bruce Montgomery salvó su conciencia erudita y universitaria, y, al tiempo, pudo darse el placer de disfrutar de su «frivolidad literaria» favorita: las novelas populares de detectives.

JOSÉ C. VALES









EDMUND CRISPIN (1921-1978). El verdadero nombre de Edmund Crispin era Bruce Montgomery. Nació en 1921 en Chesham Bois, Buckinghamshire y asistió al St. John's College en Oxford, donde se licenció en Lenguas Modernas y donde fue organista y maestro de coro durante dos años. Cuando se le preguntaba por sus aficiones, Crispin solía decir que lo que más le gustaba en el mundo era nadar, fumar, leer a Shakespeare, escuchar óperas de Wagner y Strauss, vagar y mirar a los gatos. Por el contrario, sentía gran antipatía por los perros, las películas francesas, las películas inglesas modernas, el psicoanálisis, las novelas policíacas psicológicas y realistas, y el teatro contemporáneo. Publicó nueve novelas así como dos colecciones de cuentos, todas protagonizadas por el profesor de Oxford y detective aficionado, Gervase Fen, excéntrico docente afincado en el ficticio St. Christopher's College. Novelas que le hicieron ganarse un lugar de honor entre los más importantes autores ingleses de novela clásica de detectives. La juguetería errante (1946), la publicación de la saga de Gervase Fen, a la que seguirán otros títulos, como Love Lies Bleeding, (1948), The Case of the Gilded Fly (1944), Holy Disorders (1945), Buried for Pleasure (1949) y El canto del cisne, (1947). Crispin dejó de escribir novelas en la

década de los cincuenta, pero continuó redactando reseñas de novelas de detectives y de ciencia ficción para el Sunday Times. Murió de un ataque al corazón en 1978.

## OBRAS

- *Case of the Gildey Fly* (1944); «El caso de la mosca dorada».
- *Holy Disorders* (1945).
- *The Moving Toyshop* (1946); «La juguetería errante».
- *Swan Song* (1947); «El canto del cisne».
- *Love Lies Bleeding* (1948); «Trabajos de amor ensangrentados».
- *Buried for Pleasure* (1949).
- *Frequent Hearses* (1950)
- *The Long Divorce* (1952)
- *The Glimpses of the Moon* (1977).
- *Beware of the Trains* (1953) (short story collection).
- *Fen Country* (1979) (short story collection).

# Notas

[1] Todos son personajes literarios medievales bien conocidos. Nicolette es la protagonista del romance medieval francés *Aucassin et Nicolette*. Eloísa es la mítica amante del filósofo escolástico Abelardo (siglo XII). Tanto Julieta como Crésida son personajes de Shakespeare. Yseut, por supuesto, es la amada Isolda de Tristán. *(Todas las notas son del traductor, salvo que se indique lo contrario.)* <<

[2] Los manzanos silvestres son muy floridos y llamativos, aunque no producen manzanas que puedan comerse. <<

[3] Palabras de Troilo en *Troilo y Crésida*, de William Shakespeare. <<

[4] Del *Coriolano* de William Shakespeare, obra en la que el protagonista se dirige al pueblo llamándolo «miasmas de ciénagas podridas» o «carroñas de cuerpos insepultos que infectan el aire». <<

[5] Se refieren al dramaturgo William Wycherley (1640-1716), cuya obra más popular fue *The Country Wife* (1675). La compañía conocida como Lord Chamberlains Men era el grupo teatral en el que desarrolló sus actividades Shakespeare. <<

[6] Durante la guerra, el *black-out* era obligatorio en todas las ciudades de Gran Bretaña, y en la memoria colectiva ha quedado para siempre la angustia de tener que apagar la luz y cerrar persianas y ventanas durante la noche, para evitar dar pistas al enemigo alemán. <<

[7] Se refiere al artículo 34 de la doctrina anglicana, que remite a las Tradiciones de la Iglesia. <<

[8] Salmo 95, invitación a la oración matutina. <<

[9] Spencer y Darwin son nombres bien conocidos; William Morris (1834-1896) fue el fundador del movimiento Arts & Crafts, de gran importancia en el Reino Unido. Y las siglas B. V. se corresponden con Bysshe Vanolis, el nombre que adoptó el poeta escocés James Thomson (1834-1882). Inmediatamente después se cita al imprescindible historiador Edward Gibbon (1737-1794) y su obra magna *Declive y caída del Imperio romano*. <<

[10] De Shakespeare, *Medida por medida*: «Ay, but to die, and go...». <<

[11] «Des Helden Fredenswerke» es la quinta parte del «poema sinfónico» *Ein Heldenleben* (*Una vida de héroe*, 1898), de Richard Strauss. Algunos párrafos más abajo se cita «La batalla» o «La batalla del héroe» («Des Helden Walstatt»), que es la parte cuarta. <<

[12] Se trata de una referencia inexacta a uno de los famosos poemas-ripios absurdos de Edward Lear (*Book of Nonsense*), que tanta fama cosechó en su momento y que fue decisivo en la resolución del caso de *La juguetería errante*. <<

[13] Si el lector se toma la molestia de llevar a cabo este experimento, comprobará que la aseveración de Fen es perfectamente correcta. (N. del A.) <<

[14] El personaje de *Alicia en el País de Las Maravillas*. <<

[15] La historia de Nigel Blake fue una versión resumida de lo que se ha contado en los capítulos 2-4. Nada fundamental se omitió o se añadió. (*N. del A.*) <<

[16] Se refiere al dramaturgo Philip Massinger (1583-1640). <<

[17] Shakespeare, *Rey Lear*. <<

[18] El dicho latino es «*De mortuis nil nisi bonum*», esto es: «De los muertos nada se diga, sino lo bueno». Robert Warner varía el adagio: «De los muertos nada se diga, salvo lo malo». <<

[19] Es una expresión típica de Gervase Fen, tomada de *Alicia en el País de las Maravillas*. <<

[20] John Aubrey (1626-1697), muy popular por sus cotilleos biográficos en *Brief Lives*. <<

[21] El esnobismo erudito. La aposiopesi es una figura retórica que se utiliza para indicar reticencia y dudas. <<

[22] «Apoláustica» es un término de la filosofía clásica que remite a la vida del placer sensual. <<

[23] Son personajes de canciones infantiles (el primero es una especie de gallina, y el segundo, una especie de oso peludo) sobre los cuales escribió Edward Lear. <<

[24] Los vigilantes (*proctors*) son toda una institución en Oxford. Eran los encargados de visitar los *pubs* y bares de la localidad y comprobar que los estudiantes de sus *colleges* no estaban de fiesta cuando debían estar estudiando o en clase. Por desdichado, eran los miembros más desprestigiados de la comunidad. <<

[25] Fórmula hipocorística para el (ficticio) St. Christopher College. <<

[26] Se trata de una cita del famoso «You are old, Father William»: el título y el comienzo del poema que recita Alicia en la obra de Lewis Carroll *Alicia en el País de las Maravillas*. <<

[27] Literalmente, una afinidad electiva. <<

[28] Richard Brinsley Sheridan (1751-1816), en *The Critic*. <<

[29] Herbert Morrison (1905-1989), periodista americano, se hizo famoso por la narración del accidente del dirigible Hindenburg el 4 de marzo de 1936 en Nueva Jersey. Morrison nunca dijo «*We must go to it*», como sugiere Gervase, sino «*Get out the way, get out the way!*». (¡Apártense, apártense!). [Volver a nota 49](#) ||| <<

[30] En castellano en el original. <<

[31] *Die Lorelei*: «La damisela más encantadora está sentada allí arriba, tan hermosa...». <<

[32] Así en el original. <<

[33] Se denomina también ironía sofoclea. Se refiere a la resolución de una tragedia que todos conocen o adivinan, salvo el protagonista. <<

[34] Es una expresión francesa que significa «a lo que íbamos» o «volvamos a lo que estábamos». <<

[35] Brasenose College. <<

[36] Ambos hacen referencia a un poema de T. S. Eliot: «*Whispers of Immortality*» (1920). Por su parte, el Webster al que se refiere Eliot y los personajes de Crispin es John Webster, un dramaturgo de principios del siglo XVII. <<

[37] De *Medida por medida*. <<

[38] Desde 1918, la Royal Air Force —curiosamente— se convirtió en una de las instituciones musicales más importantes del Reino Unido, con numerosas bandas de música que animaban a las tropas dentro y fuera del país. Era un destino de alistamiento común entre los músicos. <<

[39] Se refiere a la peculiar obra de Shakespeare *Timón de Atenas*. En ella, Timón recibe a Alcibíades, que viene acompañado de dos prostitutas, Frinia y Timandra, contra las que Timón lanza toda suerte de improperios. <<

[40] Recuérdese el té enloquecido del capítulo VII: «*No room! No room!*». (¡No hay sitio, no hay sitio!), le dicen el Sombrero Loco y sus secuaces a Alicia. <<

[41] Son grupos de himnos que se interpretan con melodías o tonos particulares. Los nombres remiten a los compiladores de los himnarios respectivos. <<

[42] La tercera inscripción del cuento de Wilkes: «Buscaré hasta que lo encuentre». <<

[43] De *Mucho ruido y pocas nueces*. <<

[44] Una paráfrasis de las palabras de Falstaff en *Enrique IV*: «The better part of valour is Discretion». <<

[45] Véase plano (N. del A.) <<

[46] Los órganos de tubo, como el que utilizaba Donald Fellowes, tienen dos *stop-jams* o registros, uno a cada lado del teclado, con palancas que, al sacarse hacia fuera, proporcionan determinados sonidos al órgano. Se supone que dichas palancas aún permanecerían fuera en el órgano, pues nadie había vuelto a tocarlo. <<

[47] Great Western Railway, una de las compañías privadas que operan los ferrocarriles del Reino Unido. <<

[48] Se refiere a Benedick, protagonista de *Mucho ruido y pocas nueces*. <<

[49] [Ver la nota 29](#) ||| <<